Libro III

LA MAGIA CEREMONIAL

Capítulo 1
NECESIDAD, VIRTUD Y UTILIDAD DE LA RELIGION

Es horα de ocuparnos de objetos más elevados, y de fijar nuestro espíritu en la parte de la Magia que nos enseña a investigar y conocer las leyes de las Religiones, y cómo debemos aprender lα verdad a través de la religión divina, y segúh las ceremonias religiosas formar y ejercitar nuestro espíritu y pensamiento, mediante el cual podemos únicamente comprender la verdad, pues todos los magos juzgan que si el espíritu y el pensamiento no se hallan en buen estado, el cuerpo no puede existir allí; que el hombre está verdaderamente sano cuando alma y cuerpo están tan bien unidos y acordes que las fuerzas del espíritu v del pensamiento no son inferiores a las del cuerpo. Según la opinión de Hermes no podemos tener esa firmeza y vigor espirituales sino a través de la pureza de vida, de la piedad y de la religión divina, pues la santidad de la religión purifica el pensamiento y lo diviniza. La religión llega incluso en auxilio de la naturaleza, fortifica sus fuerzas como la medicina fortalece la salud corporal, tal como el labrador aumenta la fertilidad de la tierra.

Los demonios malignos engañan muy a menudo a quienes descuidan la religión y sólo se apegan a la naturaleza; en el conocimiento de la religión se halla menosprecio y remedio contra los vicios y protección contra los demonios del mal. En fin, nada es más agradable ni mejor recibido ante Dios que el hombre perfectamente piadoso y religioso; está tan por encima de los demás hombres como los dioses inmortales lo están por encima de él. Debemos, pues, después de prepararnos bien mediante una buena vida, entregarnos a la piedad divina y a la religión, y en ese estado, en un aquietamiento de todos los sentidos y una tranquilidad de espíritu, recibir esa divina ambrosía, ese néctar divino, néctar, digo, que el profeta Zacarías llama vino que hace germinar vírgenes, alabando y adorando al Baco elevado por sobre los cielos, el soberano de los dioses, el rey del sacerdocio, el autor de la regeneración, celebrado por los antiguos poetas bajo el título de nacido dos veces, de quien recibimos los influjos tan divinos en nuestros corazones.

Capítulo 11

EL SILENCIO Y LA OCULTACION DE LAS COSAS QUE SON MISTERIOS Y SECRETOS EN LA RELIGION

Quienquiera desee entregarse a esta ciencia, deberá guardar bajo religioso silencio en el fondo del corazón, como Secreto de religión, doctrina tan sagrada, ocultándola con constancia inquebrantable, que impida hablar de ella. Pues como dice Mercurio, ello implica ofender la religión, al dar en confidencia al pensamiento irreligioso de lα multitud un tema tan lleno de majestad divina; y el divino Platón prohibió publicar entre el pueblo el sacramento y los secretos de los misterios; Pitágoras, de modo parecido, y también Porfirio, obligaban a sus discípulos al secreto de religión; asimismo, Orfeo exigía, de aquellos a quienes iniciaba en las ceremonias de las cosas sagradas, el juramento del silencio, para impedir que los secretos de la religión llegasen a oídos profanos; es por ello que, en su himno del verbo sagrado, canta:

Amigos de la virtud, os' exhorto a escuchar tan sólo mis palabras y esforzar vuestros espíritus; al contrario, quienes desdeñáis las leyes sagradas, retiráos de aquí prontamente; retiráos lejos de aquí, desdichados; ¡idos bien lejos, profanos! Vos, mι querido Museo, que os apegáis a la contemplación de las cosas divinas, y que las custodiáis en el fondo de vuestro corazón, recoged mis palabras, y observando con ojos sagrados, conservadlas en vuestra memoria. En tal sentido, no miréis sino al gran autor del mundo, la única alma inmortal que os enseñamos tal como es en el presente sermón.

Y también en Virgilio, al hablar de la Sibila, hallamos estas palabras, a la llegada de la diosa:

¡Lejos de aquí, lejos de aquí, profanos, grita el augurio; salid de nuestro bosque sagrado!

Es por ello que sólo eran recibidos los iniciados en la celebración de los misterios de Ceres Eleusina; estaba presente el heraldo que gritaba en alta voz que el vulgo profano se alejase del lugar de las ceremonias.

En Esdras leemos la misma orden, respecto de los misterios cabalísticos de los hebreos, expresado en estos términos: "Dad estos libros a los sabios del pueblo, que sepáis capaces de comprenderlos y conservar el secrete". Por ello los egipcios confeccionaban los libros religiosos relativos a los secretos de las ceremonias sobre un papiro hierático, es decir, consagrado; en estos libros escribían las letras ocultas denominadas sagradas. Macrobio, Marcelino y los demás historiógrafos dicen que se los llamaba jeroglíficos, para impedir que los profanos pudiesen conocer las escrituras de esa clase. Por ello Apuleyo se expresa en estos términos:

Luego de celebrar el sacrificio pronunciando las palabras, él saca de la abertura del santuario ciertos libros que se distinguen por letras desconocidas que sugieren palabras abreviadas de un discurso formal, entremezclado en parte con figuras de anímales, y en parte con acentos anudados y entrelazados en forma de rueda, juntos como sarmientos, para impedir a los profanos curiosos ¡a posibilidad de leerlos. Si guardamos silencio y ocultamos las cosas que son secretos religiosos, seremos dignos discípulos de esa ciencia; pues, como dice Tertuliano, hay obligación de guardar la fe del silencio en las religiones, pues quienes obran de otro modo se hallan al borde del precipicio; de allí deriva la precaución de Apuleyo respecto de los misterios de las cosas sagradas: Os descubriría los misterios sí me estuviese permitido decíroslos, y os daría el conocimiento sí estuviérais autorizados a escucharme, pero yo hablando y vosotros escuchando seríamos igualmente castigados por nuestra temeraria curiosidad. Por falta parecida hallamos en la historia que Teodoto, poeta trágico, fue castigado con ceguera por querer aplicar a una fábula determinadas cosas de los misterios de la escritura de los judíos. De modo similar, Teopompo, que había empezado a traducir al griego unos versículos de la ley divina, fue confundido y perdió el espíritu en un momento; esto sucedió porque luego de su desdicha se dirigió a Dios con grandes plegarias para conocer la causa del accidente, y a través de un sueño le fue contestado que ello obedecía a que efectuaba un criminal tráfico de cosas divinas, exponıéndolas a la profanación del público. Asimismo, cierto personaje llamado Numerıo, curioso por las cosas ocultas, se convirtió en criminal ante los dioses, por haber comunicado e interpretado al público los misterios sagrados de la diosa de Eleusıs, pues vio en sueño a las diosas eleusianas ante la puerta abierta de un lupanar con ropas de prostitutas, y al observarlas asombrado en ese estado, ellas le comunicaron enfurecidas que él por fuerza las había lesionado en su honor, prostituyéndolas ante todos los transeúntes; a través de este reproche, Numerio aprendıó que no debía hacerse conocer al público las ceremonias practicadas en la religión de los dioses.

Por ello los antiguos se preocuparon siempre por velar los sacramentos de Dios y de la naturaleza, cubriéndolos con enigmas de diversas clases; esa práctica fue así conservada como ley entre los indios, brahmanes, etíopes, persas y egipcios. En sujeción a esa ley, Mercurio, Orfeo y todos los antiguos adivinos, igual que los filósofos, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristoxenes y Ammonio, conservaron inviolables el secreto. Con este espíritu, Plotino, Orígenes y los demás discípulos de Ammonio, según lo expresa Porfırıo en su libro sobre la educación y disciplina de Plotino, prestaron juramento de no revelar los dogmas del Maestro; y debido a que Plotino, quebrando el juramento del secreto prestado entre las manos de Ammonio, reveló los misterios en público, lo devoraron horriblemente los pıojos según lo informan algunos historiadores. También el Cristo, hallándose aún sobre la tierra, habló *sub conditione*, y de manera que sus discípulos más secretos entendiesen el misterio del Verbo de Dios, y los de-más selle el sentido de las palabras, prohibiendo arrojar carne sagrada a

los perros y perlas a los cerdos. Por ello el Profeta dice: "Oculté vuestras palabras en el secreto de mı corazón, por temor a ofenderos". Es, pues, pecar contra la decencia profanar haciendo públicos, mediante escritos, los secretos comunicados oralmente entre un reducido número de sabios. Por tanto, el lector deberá disculparme sı silencio muchos grandes misterios y sacramentos impotantísimos de la Magia ceremonial. Creo suficiente haber expresado lo necesario que debe saberse, obteniendo de la lectura de estos libros algún conocimiento•' de estos misterios. Pero deberá recordarse que estos son comunicados con la misma condición con que Dionnısio obligó a Timoteo, en el sentido de que quienes los entiendan no los den a conocer a los indignos, y que estos arcanos sagrados, retenidos entre una pequeña cantidad de sabios, sean custodiados con lα reverencia debida. Al comenzar esté libro quiero advertir a los lectores sobre una cuestión importante: así como las divinidades detestan las cosas expuestas al público Y profanadas, y aman, por el contrario, los secretos, de igual manera toda experiencia de la Magia aborrece lo público, quiere estar oculta, se fortalece mediante silencio, pero se destruye mediante la declaración, sin que se obtenga el efecto completo; pues se pierden todos sus beneficios al exponerlas a los incrédulos. Es preciso que, quien opere en la Magia y quiere sacar provecho, guarde el secreto, no comunique a nadie su obra, ni el lugar, ni el tiempo, nı lo que desea, ni su voluntad, sino a su maestro, a su coadjutor o asociado que deberá ser también fiel, creyente, reservado y digno de esa ciencia, mediante naturaleza o instrucción; pues también la excesiva garrulería de un asociado, su incredulidad y su indignidad impiden la operación y hacen abortar el efecto.

Capítulo 111

LA DIGNIFICACION NECESARIA PARA CONVERTIRSE EN MAGO VERDADERO Y REALIZADOR DE MARAVILLAS

Al comienzo del primer libro de esta obra, hemos hablado de la cualidad que debe tener el Mago, pero ahora vamos a decir la cosa arcana, necesaria y secreta, a quien quiera operar en este arte; esa cosa arcana es el principio, el complemento y la clave de todas las operaciones de la Magia, y es la Dignificación misma del hombre en virtud y potencia tan altas. Esa facultad requiere en el hombre una admirable dignificación: el hombre sólo tiene el intelecto que es la más soberana intelıgencia del alma, que puede operar solamente las obras milagrosas; sı está muy ocupado en el comercio carnal y poseıdo por el alma sensible del cuerpo, obtendrá algún poder de las sustancias divinas; esto hace que mucha gente busque este arte sin hallarlo. Es preciso, pues, que quienes aspiramos a

una dignidad tan altα pensemos en dos cosas: la primera, por qué medio nos desapegaremos de los afectos de la carne, del sentido mortal y de las pasiones de la materia y del cuerpo; la otra, por qué vía y cómo nos elevaremos hasta este íntele,to puro y junto a las virtudes de los dioses, sin las cuales jamas podemos llegar felizmente al conocimiento de las cosas secretas y a la virtud de las operaciones milagrosas. En estas cuestiones consiste toda la dignificación que brinda la naturaleza, el mérito y el arte de la religión. La dignidad natural es una excelente disposición del cuerpo y de todas sus partes que no oscurece las luces del alma con mancha algυnα y que no le causa perturbación ni movimiento algunos de humores; y esa excelente disposición del cuerpo y sus órganos proviene de la situación, del movimiento, de la luz y de la influencia de los cuerpos y las almas celestes que presiden en el nacimiento de cada uno, como son aquéllos cuya nπveηα casa es afortunada por Saturno, el Sol y Mercurio; de modo parecido, Marte en la novena casa rige a los espíritus. Estas cosas son tratadas con bastante amplitud en los libros de astrología. Quien carezca (le tan feliz constitución debe suplir el defecto de la naturaleza mediante educación, vida muy arreglada y buen uso de las cosas naturales, hasta obtener la consumación de la perfección, tanto interior como exterior. De allí derivα que se tomara tanta precaución en la elección de un sacerdote en la ley mosaica; no debía haberse acercado a un muerto, ní a una viuda, ni a una mujer con su menstruación, ní debía ser leproso, sujeto a flujo de sangre ní hernias; debía ser sano, con todos sus miembros, de buena vista, sin cojera ní joroba, y de nariz bien delineada. Apuleyo, en su Apología, dice que el hijo que se desea consagrar mediante encantamiento debe ser elegido sαno, sin defectos, ingenioso, bien constituido, entero, industrioso y de buen decir, a fin de que el poder divino se aloje en su persona como en un habitáculo, y que el espíritu de ese níío, experto en breve lapso, se reduzca a su divinidad. En cuanto a la dignidad meritoria, su perfección consiste en dos cosas, a saber: la doctrina y la obra. El fin de la doctrina es conocer lα verdad; es preciso, pues, como se dijo al comienzo del primer libro, ser sabio y experto en estas tres facultades de las que hemos hablado; luego de eliminados los impedimentos, debe consagrar su alma, por entero, a la contemplación, encerrándola en sí misma, porque en nosotros mismos tenemos naturalmente la fuerza para comprender y disponer las cosas, pero somos turbados en el goce de estas cosas por las pasiones que nos obstaculizan por parte de la sexualidad, de las falsas imaginaciones y de los apetitos desarreglados; el conocimiento y el poder divino se presentan tan pronto desaparecen estos impedimentos. En cuanto a la operación religiosa, no tiene menor eficacia, y a menudo ella sola es también eficaz para que adquiramos una virtud deifica, pues las obras sαgrαdαs, hechas y representadas según el rito, tienen tan grande fuerza que, sin ser comprendidas y no obstante cumplidas con piedad y todas sus ceremonias, y creídas con fe firme, constituyen no desdeñable poder para honrarnos con el poder divino. La dignidad que se obtiene mediante la fuerza de la religión se perfecciona, en ciertas ceremonias relí-

giosas, expiaciones, consagraciones y funciones sagradas, a través de quien consagró públicamente su espíritu a la religión, el cual tiene el poder de imponer lαs manos y de iniciar mediante la virtud sacramental que imprime el carácter de la virtud y del poder divino, que se llama consentimiento divino, por el cual el hombre, sostenido por la naturaleza divina Y casi compañero de los espíritus celestes, lleva inserto en sí el poder de la divinidad; y esa ceremonia fue incorporada al número de sacramentos de la iglesia.

Por tanto, quien sea hombre perfecto por el espíritu sagrado de la religión, quien tenga sentimientos piadosos y constancia inquebrantable para lα religión, y crea sin dudar de nada, quien sea aquél a quien la autoridad de las cosas sagradas y la naturaleza, por sobre todo, han conferido la dignidad que las divinidades no desdeñan, rezando, consagrando, sacrificando e invocando, podrá obtener virtudes espirituales y celestes, e imprimirlas a las cosas que le pertenezcan, y a voluntad, y mediante esa misma dignidad dar espíritu y vida a toda obra de la ciencia mágica. Pero quien pretenda algo en cuestión de Magia sin la autoridad del oficio, sin el mérito de la santidad y la doctrina, sin la dignidad de la naturaleza y la educación, trabajará en vano y se engañará a sí mismo y engañará a sus adherentes, e incurrirá en la indignación de las divinidades con peligro de perecer.

Capítulo IV

LOS DOS SOSTENES DE LA MAGIA CEREMONIAL: LA RELIGION Y LA SUPERSTICION

Dos cosas rigen todas las operaciones de la Magia ceremonial: lα Religión y la Superstición. La Religión es una contemplación perpetua de las cosas divinas y una re-ligación con Dios y los poderes divinos mediante las obras pías; ella les ofrece servicio respetuoso, santificación del culto, veneración digna y ejercicio de las ceremonias del culto divino según el rito. La religión es, pues, una especie de disciplina de los sacramentos externos y de las ceremonias, por la cual, como por ciertos signos exteriores, somos advertidos sobre cosas interiores y espirituales; y este ejercicio de la religión es tan singular en nuestra naturaleza que nos distingue más de los demás animales que la razón misma. En consecuencia, todos quienes la menosprecian, como dijimos antes, no tienen confianza sino en lαs fuerzas de la naturaleza y son a menudo engañados por los espíritus malignos. Los más religiosa y santamente disciplinados ní plantan un árbol, ni una vid, ní emprenden la menor acción sin una invocación divina, según el mandato del Doctor de las naciones en su epístola a los Colosenes, donde

dice: "Todo cuanto hagáis con palabras u obras, hacedlo en nombre del Señor JESUCRISTO, dándole gracias, y a Dios, el Padre, a través de él". Unir, pues, las fuerzas de la religión a las fuerzas de la naturaleza y las matemáticas dista de ser una falta y, al contrarío, es un crimen impío que falte; esto es lo que hace decir al rabino Henina en su libro de los Senadores, que "quienquiera se sirva de una criatura, omitiendo la bendi-
ción, pasa por haberla usurpado mediante hurto y rapiña sobre Dios y la Iglesia". Salomón toca así este punto: "Quien quite una cosa de posesión de su padre o madre es usurpador". Dios es nuestro Padre y lα glesia es nuestra Madre, según la Escriturα: "¿No es él vuestro Padre que os ha tenido en su posesión?" Y en otro sitio dice: "Escucha, hijo mío, la disciplina de tu padre, y no olvides la ley de tu madre". Nada desagrada más a Dios que ser descuidado y desdeñado; al contrario, nada le agrada más que ser respetado y adorado. Por ello Dios no permite que ninguna criatura del mundo sea eximida de religión; todas las cosas creadas tienen veneración para con Dios; todas las criaturas le dirigen plegarias, dice Proclo, y entonan himnos en honor de los jefes de su orden; pero unos oran de una manera natural, otros de una manera racional, otros de una manera intelectual, y todos a su manera, según el cántico de los tres niños, bendicen al Señor. Los ritos y las ceremonias de la religión son diferentes según lα diversidad de tiempos y países, y cada religión tiene una cosa buena que se dirige a Dios mismo, creador de todas las cosas. Y aunque Dios no aprueba sino una sola religión cristiana, no obstante no desapruebα en absoluto los demás honores religiosos que se le rinden en otras partes, y no los deja sin recompensa, sí no en la eternidad, al menos en el tiempo, o incluso disminuye el castigo. A los impíos y gentes sin religión, Dios los odia como sus enemigos, los fulmina y extermina, porque su impiedad es más grande que la de quienes siguieron una religión falsa y errónea, pues según el juicio de Lactancio, no hay religión, por errónea que sea, que no contenga un poco de sabiduría que pueda excusar a quienes cumplieron con el primero de todos los oficios y deberes del hombre, si no según lα verdad de la cosa, al menos con voluntad.

El hombre no puede llegar por sus propias luces a la religión verdadera; es menester que Dios le enseñe; en consecuencia, todo culto y honor dirigidos a Dios fuera del espíritu de la religión verdadera, es superstición; y toda veneración que haga aparecer más celo hacia el culto divino que la religión verdadera, es, de modo parecido, superstición; de modo similar, esa veneración que tributa honor divino, o a quien no se debe, o de una manera indebida, es también superstición. Deberá pues tenerse cuidado de que, a veces, por un mal culto supersticioso, no se injurie al Dios soberano y todopoderoso, pues eso sería un gran crimen y el más vergonzoso según los filósofos. En consecuencia, la superstición, aunque contraria a la religión verdadera, no es totalmente reprobada más' que todas sus especies, ya que se la sufre en muchas cosas y los jefes de la religión lo observan. Entiendo como esta especie de superstición principalmente la que guarda cierto parecido con la religión, y que en la medida

en que imıta todo lo existente en la religión respecto de los milagros, los sacramentos, las ceremonias, las observancias y todas las demás solemnıdades, produce un poder no pequeño, y no obtiene menos fuerza de la credulidad del oficiante. En el -primer libro hemos observado hasta dónde podía llegar el poder de una firme credulidad, y esto es muy notorio en el vulgo. La superstición exige pues credulidad, lo mismo que la religión requiere fe. La credulidad constante gene tanto poder que opera y realiza milagros, en las opiniones y operaciones falsas; pues toda persona, en su religión aunque falsa, siempre que la crea verdadera, eleva su espíritu según la fuerza de su credulidad hasta tornarse conforme a los espíritus que son los jefes y dueños de la religión, y realiza obras donde la razón y la naturaleza no ven nada. Lα duda y la desconfianza, no sólo en la superstición sino también en la religión verdadera, abaten la fuerza de todα obra mágica, y retıran toda la virtud del efecto que se busca, igual que en las más fuertes experiencias. Veremos, mediante ejemplos, cómo la superstición, remeda a la religión, a saber: la excomunión de lombrices y langostas para que no dasíyen los trigales; el bautismo de campanas, imágenes y demás. Pero debido a que los magos famosos de la antigüedad υ los autores de esa ciencia entre los antiguos, fueron caldeos, egipcios, así-ríos, persas y árabes, cuya religión en total estaba pervertida y era una idolatría emponzoñada, debemos precavernos mucho, no permitıendo que sus errores penetren por encima de las buenas razones de nuestra religión católica. Eso sería blasfemia y anatema, y υo mismo sería un blasfemo de esa ciencia, si no advirtiera el lector. Todos los escritos por mí prepa-

rados y aquí incuídos fueron obtenidos por mí de autores extranjeros, y no los entrego como verdades sino como conjeturas cercanas a la verdad, cual imitacıón de las cosas verdaderas. Debemos pues extraer la verdad entre los errores de los antiguos, 10 cual no podemos lograrlo sin una profunda inteligencia; debe tenerse la sabiduría que sepα extraer el bien de todo mal y reducir a línea recta todas las cosas oblicuas, y que conozca el buen uso de todas las cosas que aquélla gobierna, como lo ejemplifica Agustín con la persona del carpintero que tiene instrumentos que le son necesarios y cómodos, y tanto oblicuos y complicados como derechos.

Capítulo V

LAS TRES GUTAS DE LA RELIGION, QUE NOS CONDUCEN AL SENDERO DE LA VERDAD

En materia de Religión tenemos tres Guías que nos conducen hasta el sendero de la Verdad, que regulan toda la religión, y que constituyen la base. Estas tres guías son el Amor, la Esperanza υ la Fe. El Amor es el

vehículo del alma, que por sobre todas las demás virtudes salidas de los altos cielos desciende desde las inteligencias hasta los más bajos, expandiendo por todo sus beneficios; atavía nuestro espíritu con tantos ornamentos que lo iguala a la belleza de Dios y lo diviniza; nos conserva en toda actividad, y hace lograr los efectos según nuestras súplicas, dando fuerza y virtud a nuestras oraciones, como leemos en Homero que Apolo acogió la plegaría de Crises porque era su amigo; y también leemos en el Evangelio, respecto de María Magdalena: Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho.

En cuanto a la Esperanza, firme en lo que pide, sin dudas, inquebrantableinente, nutrirá al espíritu y lo perfeccionará, estableciendo particularmente todas las cosas en el bien.

En cuanto a la Fe, superior- a todas las otras, no fundada sobre palaliras humanas sino sobre la revelación divina, ilumina todas las cosas del universo, pues, al descender de lo alto, proceder de la primera luz y ser la más cercana, es mucho más noble y digna que las ciencias, las artes, las opiniones y el testimonio de los hombres y de las demás criaturas, llegando a nuestro intelecto a través del reflejo recibido de la primera luz. En fin, por la fe, el hombre se convierte en algo igual a los poderes superiores y posee el mismo poder. Esto hizo decir a Proclo: "Así como la fe, que no es ligera creencia o credulidad, está por encima de la ciencia, de igual modo la fe, que es verdadera fe, está supersustancialmente por encima de toda ciencia y todo entendimiento, y nos une inmediatamente a Dios". La fe es, en efecto, la fuente de todos los milagros; ella sola, según la opinión de los platónicos, es la que nos hace acercar a Dios, y obtener su protección y bendición a través de la virtud. Así leemos que Daniel fue salvado de las fauces de los leones. porque creyó en su Dios; y el CRISTO (lijo a la homorroísa: "Tu fe te ha curado"; y cuando los ciegos le pidieron recobrar la vista, les pidió que tuviesen fe, en estos términos: "¿Creéis que os puedo devolver la vista?" Así, en Homero, Palas consuela a Aquiles con estos términos: "Yo mismo he venido a apaciguar tu cólera, sí tienes fe". Por ello el poeta Lino dice que deben creerse todas las cosas, porque todas las cosas son fáciles para Dios. nada le es imposible, y en cπιιsecuencia nada es íncreible. Al creer pues en las cosas que conciernen a la religión experimentamos la fuerza. pere sí no tenemos fe, nada asombroso realizaremos y trabajaremos sólo para nuestra desdicha, como la apreciamos en el ejemplo de Lucas en estas palabras: "Algunos judíos exorcistas de la vecindad intentaron temerariamente invocar el nombre JESUS sobre quienes estaban poseídos por espíritus malignos, diciendo: Os conjuro por JESUS que Pablo predica; mas el espíritu maligno respondió: Conozco a JESUS y sé quién es Pablo, ¿pero quién eres tú? Y el hombre poseído por el peor de los demonios 'se lanzó sobre los judíos exorcistas con tal furia que debieron huir de la casa donde estaban, totalmente desnudos y cubiertos de heridas".

Capitulo VI

EL AUXILIO DE LAS GUTAS ELEVA AL ALMA HASTA LA NATURALEZA DIVINA, CONVIRTIENDOLA EN OPERADORA DE MILAGROS

Cuando nuestro pensamiento es purificado, divinizado y euforizado por el Amor religioso, adornado por la Esperanza, conducido por la Fe, ubicado sobre la altura y plasmado por el espíritu humano, obtiene en sí la verdad, y en la Verdad Divina, como en el espejo de lα eternidad, ve el estado de las cosas mortales e inmortales, sus esencias, sus causas y la plenitud de las ciencias, comprendiendo todo al momento. De allí surge que, en ese estado de pureza y elevación, conocemos las cosas que están por encima de la naturaleza, y entendemos todo lo de este mundo da abajo ; y no sólo conocemos las cosas actuales y las pasadas, sino que también recibimos incesantemente los oráculos de lo que pronto ocurrirá y de lo que no ocurrirá sino largo tiempo después. Además, no sólo en las ciencias, las artes y los oráculos un pensamiento de esa calidad adquiere una virtud divina sino también recibe el poder Milagroso en todas las cosas trasmutables por el imperio. De allí deriva que, constituidos en naturaleza, dominamos a veces sobre la naturaleza y realizamos operaciones tan milagrosas, súbitas y elevadas que hacen obedecer a los Manes, trastornan a las estrellas, constriñen a las divinidades y hacen servir a los elementos; es así que las personas consagradas a Dios, elevadas mediante estas tres virtudes teologales, mandan a los elementos, impulsan las nubes, hacen surgir los vientos, hacen fundir las nubes en lluvia, curan las enfermedades y resucitan a los muertos. Todos estos milagros fueron realizados en di-versos países, los poetas nos lo cantan en sus obras, los historiadores nos lo narran, y todos los más famosos filósofos, al unísono con los teólogos nos lo confirman y aseguran en el sentido de que todos estos milagros se pueden realizar; así los profetas, los apóstoles y todos los demás hombres de Dios resplandecieron a través de los altos poderes. Debe saberse, pues, que así como por la virtud del primer agente se realiza una cosa sin la cooperación de causas intermedias, de igual modo, por la sola obra de la religión se realiza una cosa sin la aplicación de las fuerzas naturales y celestes: mas nadie puede operar por la virtud de la religión pura y sola si no se tornó totalmente intelectual, de la naturaleza de las inteligencias.

Quienquiera opere mediante la religión sola, sin el concurso de las demás virtudes, es absorbido y consumido por la divinidad, y no podrá vivir largo tiempo; y quienquiera se aproxima sin estar purificado, hará recaer sobre sí la condenación, y será librado para que Io devore el espíritu maligno.

Capítulo VII

LA NECESIDAD DE CONOCER AL DIOS VERDADERO EN LA MAGIA, Y EL JUICIO DE LOS ANTIGUOS MAGOS Y FILOSOFOS ACERCA DE LA DIVINIDAD

Debido a que todas las criaturas no pueden existir ni actuar sin el concurso de Dios, su Creador soberano, y luego de las demás divinidades que recibieron el poder de fabricar y crear, no como causa principal sino instrumental en virtud del Creador (pues El es el principio v la causa primera de todas las cosas, mas producido por las causas segundas es producido más efectivamente por la primera que también produjo las causas segundas, que llamamos dioses del segundo orden), es pues necesario que todo Mago conozca al Dios verdadero, que creó de la nada y produjo todas las cosas como causa primera, y que conozca a los otros dioses, divinidades o poderes superiores que llamamos causas segundas. También es preciso que sepa con qué culto, veneración y sacrificios, según lα condición de cada uno, debe reconocer y honrar a todos en particular. Quien invoca a los dioses y no les tributa el honor que les corresponde personalmente, ni honra a cada uno en particular con las ceremonias requeridas que les conciernen, no disfruta de su presencia ni obtiene los efectos que de ellos anhela; tal como una cuerda estropeada perjudica la armonía. A veces también existe el peligro del castigo, como está escrito de los asirios que Salamanasar lo hizo sobrevenir en Samaria, porque ignoraron los honores debidos al Dios de la tierra por todas las leyes; Dios echó sobre ellas leones que los exterminaron, porque ignoraron el rito del Dios de lα tierra.

Veamos ahora lo que los Antiguos Magos y Filósofos creyeron respecto a Dios. Leemos en la historia que Nicocreonte, rey de Chipre, al consultar al oráculo de Serapis, para saber quién era el Dios soberano, recibió del oráculo esta respuesta: que debía reconocer como gran Dios a aquél cuya cabeza era el cíelo; el vientre, los mares; los pies, la tierra; las orejas ubicadas en el aire; los ojos, la luz del sol radiante. Orfeo cantó casi lo mismo en estos versos:

Es el rey del palacio de las estrellas, es Júpiter mismo; es el principio y origen de todas las cosas, verdaderamente un so lo poder y un solo Dios todopoderoso; todas las cosas están ubicadas en su gran cuerpo real; la tierra, el mar, el fuego y el aire, la noche y el día, la sabiduría, la primera fuente, pero sobre todo el encantador amor están en este gran cuerpo del rey, del soberano Júpiter. Veréis su cuello observando respetuosamente los grandes techados del cielo. Esa cabeza de cabellos de oro, esa melena leonina, estos rayos de estrellas rutilantes, esa cabeza que remata en dos cuernos semejantes a los de un toro; uno es Levante, el otro Poniente.

Capítulo VI

EL AUXILIO DE LAS GULAS ELEVA AL ALMA HASTA LA NATURALEZA DIVINA, CONVIRTIENDOLA EN OPERADORA DE MILAGROS

Cuando nuestro pensamiento es purificado, divinizado y euforizado por el Amor religioso, adornado por la Esperanza, conducido por la Fe, ubicado sobre la altura y plasmado por el espíritu humano, obtiene en sí la verdad, y en la Verdad Divina, como en el espejo de lα eternidad, ve el testado de las cosas mortales e inmortales, sus esencias, sus causas y la plenitud de las ciencias, comprendiendo todo al momento. De allí surge que, en ese estado de pureza y elevación, conocemos las cosas que están por encima de lα naturaleza, y entendemos todo lo de este mundo da abajo; y no sólo conocemos las cosas actuales y las pasadas, sino que también recibimos incesantemente los oráculos de lo que pronto ocurrirá y de lo que no ocurrirá sino largo tiempo después. Además, no sólo en las ciencias, las artes y los oráculos un pensamiento de esa calidad adquiere una virtud divina sino también recibe el poder Milagroso en todas las cosas trasmutables por el imperio. De allí deriva que, constituidos en naturaleza, dominamos a veces sobre la naturaleza y realizamos operaciones tan milagrosas, súbitas y elevadas que hacen obedecer a los Manes, trastornan a las estrellas, constriñen a las divinidades y hacen servir a los elementos; es así que las personas consagradas a Dios, elevadas mediante estas tres virtudes teologales, mandan a los elementos, impulsan las nubes, hacen surgir los vientos, hacen fundir las nubes en lluvia, curan las enfermedades y resucitan a los muertos. Todos estos milagros fueron realizados en di-versos países, los poetas nos lo cantan en sus obras, los historiadores nos lo narran, y todos los más famosos filósofos, al unísono con los teólogos nos lo confirman y aseguran en el sentido de que todos estos milagros se pueden realizar; así los profetas, los apóstoles y todos los demás hombres de Dios resplandecieron a través de los altos poderes. Debe saberse, pues, que así como por la virtud del primer agente se realiza una cosa sin lα cooperación de causas intermedias, de igual modo, por la sola obra de la religión se realiza una cosa sin lα aplicación de las fuerzas naturales y celestes: mas nadie puede operar por la virtud de la religión pura y sola si no se tornó totalmente intelectual, de la naturaleza de las inteligencias.

Quienquiera opere mediante la religión sola, sin el concurso de las demás virtudes, es absorbido y consumido por la divinidad, y no podrá vivir largo tiempo; y quienquiera se aproxima sin estar purificado, hará recaer sobre sí la condenación, y será librado para que lo devore el espíritu maligno.

Capítulo VII

LA NECESIDAD DE CONOCER AL DIOS VERDADERO EN LA MAGIA, Y EL JUICIO DE LOS ANTIGUOS MAGOS Y FILOSOFOS ACERCA DE LA DIVINIDAD

Debido a que todas las criaturas no pueden existir ni actuar sin el concurso de Dios, su Creador soberano, y luego de las demás divinidades que recibieron el poder de fabricar y crear, no como causa principal sino instrumental en virtud del Creador (pues El es el principio y la causa primera de todas las cosas, mas producido por las causas segundas es producido más efectivamente por la primera que también produjo las causas segundas, que llamamos dioses del segundo orden), es pues necesario que todo Mago conozca al Dios verdadero, que creó de la nada y produjo todas las cosas como causa primera, y que conozca a los otros dioses, divinidades o poderes superiores que llamamos causas segundas. También es preciso que sepa con qué culto, veneración y sacrificios, según la condición de cada uno, debe reconocer y honrar a todos en particular. Quien invoca a los dioses y no les tributa el honor que les corresponde personalmente, ni honra a cada uno en particular ion las ceremonias requeridas que les conciernen, no disfruta de su presencia ní obtiene los efectos que de ellos anhela; tal como una cuerda estropeada perjudica la armonía. A veces también existe el peligro del castigo, como está escrito de los asirios que Salamanasar lo hizo sobrevenir en Samaría, porque ignoraron los honores debidos al Dios de la tierra por todas las leyes; Dios echó sobre ellos leones que los exterminaron, porque ignoraron el rito del Dios de la tierra.

Veamos ahora lo que los Antiguos Magos y Filósofos creyeron respecto a Dios. Leemos en la historia que Nicocreonte, rey de Chipre, al consultar al oráculo de Serapis, para saber quién era el Dios soberano, recibió del oráculo esta respuesta: que debía reconocer como gran Dios a aquél cuya cabeza era el cíelo; el vientre, los mares; los pies, la tierra; las orejas ubicadas en el aire; los ojos, la luz del sol radiante. Orfeo cantó casi lo mismo en estos versos:

Es el rey del palacio de las estrellas, es Júpiter mismo; es el principio y origen de todas las cosas, verdaderamente un so lo poder y un solo Dios todopoderoso; todas las cosas están ubicadas en su gran cuerpo real; la tierra, el mar, el fuego y el aire, la noche y el día, la sabiduría, la primera fuente, pero sobre todo el encantador amor están en este gran cuerpo del rey, del soberano Júpiter. Veréis su cuello observando respetuosamente los grandes techados del cielo. Esa cabeza de cabellos de oro, esa melena leonina, estos rayos de estrellas rutilantes, esa cabeza que remata en dos cuernos semejantes a los de un toro; uno es Levante, el otro Poniente.

En otra parte dice:

Mas sus ojos son Febo de luz resplandeciente y la Luna revestida con el color púrpura de Febo; este éter regio es el pensamiento presíiente del porvenir, al que ni ruido, ni violencia, ni reputación, ni secreto alguno puede ocultársele, penetrando victorioso por doquier. Además, su cuerpo invencible se extiende sin fin, sin medida; sus grandes hombros y su ancho pecho es el aíre; tiene a los vientos cono alas; vuela con ellas por todas las cosas, se desplaza mds rápido que el Euro. Su vientre sagrado es nuestra antigua madre la tierra, que es su redondez, y las altas montañas constituyen su tamaño; el mar, sonoro en medida, constituye la cintura. Además, los confines de las tierras, los cimientos de este gran globo y el infierno lleno de furores son las plantas de los pies de este gran señor del Olimpo. Fue él quien. después de ocultar todas las cosas bajo tierra, retirarulolas luego de su fondo, las produjo en un bello día.

Se cree pues que Júpiter es el mundo universal, v que ciertamente es el pensamiento de este mundo que, conteniéndolo en sí mismo, lo produjo; esto hizo también decir a Sófocles: En verdad no hay sino un solo Dios que creó el cielo que vemos y la tierra capaz de albergar tantas criaturas. Eurípides también dijo: "¿Véis a este Altísimo que tiene entre sus brazos al éter infinito y la tierra de todas partes? Creed que es Júpiter, creed que es Dios".

El poeta Ennío canta así:

Observad esa sublime belleza, es Júpiter a quien todo el mundo invoca.

En consecuencia, el mundo universal es Júpiter, como dice Porfirio, es un animal cπnstituido por animales, un Dios constituido por dioses. Es Júpiter, un entendimiento que produjo todas las cosas, creando todo mediante su inteligencia; esto hizo también que Orfeo nos cantase estos bellos versos en honor del Verbo sagrado:

Es un Dios perfecto, que todo lo creó, que conserva todo, y que está por encima de todo; sólo el pensamiento superior puede comprenderlo; sólo lo ven los ojos de ese pensamiento; jamás causa mal a los mortales; aparte de él, no hay otro.

Y poco después añade estas palabras:

El es el principio, el medio y el fin. He aquí lo que todos los antiguos profetas nos enseñaron, y lo que Dios nos dio escrito en dos Tablas.

Y en el poema acuerda incluso al Verbo sagrado el título de Gran Autor. solo e inmortal. Zoroastro, de modo parecido, en su Historia sαgrαdα de cuestiones persas, nos definió a Dios con estos términos: Dios es el primero de todos los seres que no están sujetos a mancha ní corrupción, que no comenzó, ní terminará jamás, sin partes, muy semejante a sí

misıno, el coτιdυctor y el autor de todos los bienes, el Padre de todas las cosas. bondadosísimo y prudentísímno, luz sagrada de la justicia, perfección absoluta de la naturaleza, su inventor y su sabiduría. Apuleyo le des-cribe corno el *Basileus,* es decir, el rey, causa (le toda la naturaleza de las cosas, la razón y el origen primordial, el autor soberano del espíritu, eterno, conservador de las vidas, que engendra sin propagación, que no está limitado por tiempo, lugar ní cambio alguno, concebible apenas por los espíritus, e inefable para todos los hombres. De allí deriva que Eurípides recomiende que se otorgue a Júpiter el título de Dios soberano; de acuerdo con ese juicio, Orfeo dijo que todas las cosas habían sido iluminadas ν debla creerse que las otras potencias eran sus ministros, a saber, las que están fuera de Dios y separadas (le él: por ello los filósofos les llaman ministros de Dios e inteligencias separadas. En conseceuncia, dicen que el culto de la religión se debe al Júpiter supremo y a él sólo, y no a las demás potencias sino en consideración del mismo Júpiter.

Capítulo VIII

EL JUICIO DE LOS ANTIGUOS FILOSOFOS RESPECTO DE LA TRINIDAD

Agustín y Porfírio nos testimonian que los platónicos colocaron Tres Personas en Dios: pues a la primera la llaman Padre del universo; a la segunda, el Hijo y primer pensamiento, llamado también con este nombre por Macrobio; a la tercera, Espíritu o Alma del Mundo, que Virgilio también llama Espíritu, según la opinión de Platón, cuando canta:

El espíritu nutre interiormente a la matería, y el pensam.τento universal expandiεPlo por tollos sus miembros le da sus *movimientos.*

Plotíno ν Filón enseñan que el Hijo de Dios` es el primer pensamiento, es decir, el entendimiento divino que procede del Padre, de la misına manera que el verbo de una persona que habla o como una lu1 de otra luz. Por ello se le llamó Verbo, la Palabra, y el esplendor del Dios Padre: pues el pensamiento divino que concibe el bien soberano por un solo acto, ja-más interrumpido, sin cambios, engendra en sí mismo su progenie, y su hijo, que es lα inteligencia plena, su semejanza plena, y ejemplo perfecto del mundo. A esto Juan ν Mercurıo lo denominan Verbo o Palabra, ν Platón, el Hijo del Dios Padre. Orfeo lo llama Palas surgida de la cabeza (le Júpiter. es decir, la sabiduría. Es la altísima imagen del Dios Padre, no obstante por alguna relación, o algún absoluto interno, como engendrado distinto del generador. la que, en el Eclesiastés, al hablar de sí misma. dice: "He salido de lα boca del Altísimo, primogénita que precede a

todas las criaturas". Jámblico dice que este Hijo, juntamente. con el Padre, suman uno y son esencialmente el mismo Dios, bajo la denominación de Padre e Hijo. De modo similar, Mercurio Trismegisto, en su Asclepio, expresa, en diversos lugares, el Hijo de Dios; pues dijo: "Mi Dios y Padre engendró otro pensamiento constructivo"; y en otra parte agrega: "La unidad engendra la unidad, y refleja su amor sobre sí"; y en el *Pymandro* (donde parece profetizar la ley de la gracia y el misterio de la regeneracíón) dice: "El Dios Hijo y Hombre en conjunto es el autor de la regeneración, por la voluntad de un solo Dios". Incluso le nombra Dios plenísimo de la fecundidad de los dos sexos. De manera parecida, los sacerdotes filósofos de la India dicen que el mundo es, en parte, macho y hembra. Orfeo también lo llama alma del mundo y Júpiter masculino y femenino, y dice que los dos sexos están en los dioses; por ello en sus himnos dirige su canto a Minerva con estos términos: "En verdad has producido hombre y mujer", etc. Apuleyo en su libro sobre el Mundo, según lα teología de Orfeo, tradujo este versículo sobre Júpiter:

Júpiter es macho y hembra, ignorando la muerte.

Y Virgilio, respecto de Venus, canta: *Yo desciendo y Dios me guía.*

En otra parte, al referirse a Juno o Alecto, dice:
Dios no me falló cuando, en mi plegaria, alcé hacia él mi diestra.

Y Tíbulo también dice en su canto:
3'o, que mediante mi palabra, violé la divinidad de la gran Venus.

Lα historia narra que el pueblo careno honraba al dios Luna con una veneración maravillosa. Esa inteligencia plena de la soberana fecundídad producía el amor que ata a la inteligencia con el pensamiento superior, y ello en la medida en que le es de una proporción infinita más íntima, y más apegada que las demás producciones a sus parientes, y es la tercera persona, a saber, el Espíritu Santo. Jámblico se refiere también a los oráculos de los caldeos, que atribuyen a Dios un poder paternal, lα emanación del intelecto proveniente del Padre, y el amor ígneo procedente del Padre y del Hijo, y el mismo Dios. Esto hace que en Plutarco hallemos la descripción de los antiguos sobre Dios, diciendo que es un espíritu intelectual e ígneo, sin forma pero que se transforma en todo lo que quiere, igualándose a todas las cosas. Leemos en el Deuteronomio estas palabras: "Dios es un fuego devorador". Zoroastro, al hablar de él, dice que todas las cosas fueron engendradas por el fuego. Heráclito de Efeso enseñó, de modo parecido, que todas las cosas surgieron del fuego. El hace sostener al divino Platón que Dios habita en una esencia ígnea, queriendo decir el inefable esplendor de Dios en sí mismo y el amor con que se ama a sí mismo. Y en Homero descubrimos que el éter es el reino de Júpiter, al que canta:

Júpiter oscureció las nubes y reina en *el éter.*

Y en otra parte dice:

El cielo es patrimonio de Júpiter, quien está entrónizado sobre las nubes hasta donde puede extenderse el éter.

Aether deriva, según la gramática griega, de *aetho* que, en latín, significa *arden, ardo, me quemo ;y* de *aér,* vocablo griego, que significa en latín *spiritus, espíritu;* de allí la palabra griega *aethér,* es decir, *spiritus arden, espíritu ardiente.* Por ello Orfeo denominó *pyripnon* al éter, que quiere decir *soplo de fuego o soplo ígneo.* Por tanto, el Padre, el Hijo y el Espíritu de amor y totalmente ígneo, son llamados por los teólogos las tres Personas, a las que Orfeo en sus conjuros invoca también con estos términos: "Cielo, te conjuro, sabia obra del gran Dios. Te conjuro, voz del Padre, que habló en primer término, cuando afirmó el mundo universal sobre la sabiduría de sus consejos". Hesíodo reconocía las mismas personas, bajo los nombres de Júpiter, Minerva y Bules, en su Teogonía, explicando la doble producción de Júpiter con estas palabras: "La primera fija, en efecto, Tritonia, la de los ojos glaucos, tan poderosa como su Padre, y el sabio Bules, es decir, el consejo". Orfeo lo declaró de muchas maneras, en los versos antes mencionados, a causa de su doble emanación: porque es producido por Júpiter y Minerva por igual. Agustín, en su cuarto libro de la Ciudad de Dios, dice que Porfirio, sostenedor de la doctrina de Platón, puso tres Personas en Dios: la primera que llama el Padre del universo; la segunda que llama el primer pensamiento, y Macrobío, el Hijo; la tercera, que llama el Alma del Mundo, que Virgilio, según la opinión de Platón, llama el Espíritu, al decir:

El Espíritu mora en el mundo, lo sostiene, y esa Alma del Mundo presente en todas sus partes, da movimiento a esa gran masa.

Es pues Dios, como dice Pablo, de quien todas las cosas derivan, en quien todas las cosas existen y por quien todas las cosas se sostienen. Pues del Padre, como primera fuente, emana todas las cosas; en el h ijo como en una piscina, están ubicadas todas las cosas por sus ideas; a través del Espíritu Santo, todas las cosas son explicadas y distribuidas, cada una según su propio rango.

Capítulo IX

LA VERDADERA FE ORTODOXA RESPECTO DE DIOS Y LA SANTISIMA TRINIDAD

Los doctores católicos y el pueblo fiel ordenaron que debía creerse y confesarse que sólo hay un Dios verdadero, increado, infinito, omnipotente, eterno, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Tres Personas, en ver-

dad las tres eternas e iguales entre sí, que sin embargo son una sola esencia y sustancia, y una naturaleza absolutamente simple. La fe católica, la religıón ortodoxa, lα verdad cristiana consiste en que adoremos a un Dios en la trinidad y a la trinidad en la unidad, sin confundir las personas ní separar la sustancia. El Padre, desde todα lα eternidad engendró al Cijo, y le dio su sustancia, retenıéndola. El Hijo, de modo parecido, recibió al nacer la sustancia del Padre; sın embargo no tomó la persona propia del Padre. ni el Padre la transfirió al Hijo: pues ambos son de una sola y misma sustancía, aunque personas diferentes: y el Hijo, aunque eterno como el Padre, engendrado por la sustancia del Padre antes de todos los siglos, nació no obstante de la sustancia de la Virgen en el tiempo. y se llamó Jesús, un Dios perfecto, un hombre perfecto, tomando su subsistencia del ahna racional y de la carne humana, quien tuvo todo lo que el hoτιιbre tiene, excepto el pecado. Debemos pites creer que nueslm Seíior Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre, una persona, dos naturalezas: que es un Dios engendrado antes de todos los siglos, sin madre: que en el tiempo fue hecho hombre, sin Padre, de una Virgen, pura antes y después del alumbramiento: que sufrió en la cruz y allí murió, pero que restauró la vida en la cruz y destruyó la muerte con la muerte; que fue sepultado, descendió en los infιernos, pero liberó a las almas de los Natríαrcas, v resucitó al tercer día por su propia virtud; que ascendió a los cíelos ν envió su Paráclito. y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, v que en su venida todos los hombres resucitarán en su carne y rendirán cuentas de sus propios actos. Ile aquí la verdadera fe: quien no crea en esto o lo dude, está prıvado de esperanza (le vida y salvación eterιιas.

Capítulo X

LAS EMANACIONES DIVINAS, DENOMINADAS NUMERACIONES POR LOS HEBREOS, ATRIBUTOS POR OTROS, Y DIOSES Y DIVINIDADES POR LOS GENTILES; LOS DIEZ SEPHIROTH Y LOS DIEZ NOMBRES SANTISIMOS DE DIOS, REGENCIAS E INTERPRETACIONES

Aunque Dios mismo exista en tres personas de una esencia unísíma, sin embargo no dudamos que haya en él ciertas divinidades en gran cantida(l, que los filósofos llamaron Dioses. los doctores hebreos, Numeraciones. v nosotros. Atributos: como la sabiduría, que Orfeo llama Palas: la inteligencia, que llama Mercurio: la producción de la forma, que llama Saturno: la fuerza procreadora. que llama Neptuno: la naturaleza secreta de las cosas. que llama Juno: el amor. que llama Venus: la vida lúcida, que llama el Soló .polo: y la razón del mundo universal, que llαmα Pan:

en cuanto al alma la deriomína Mare, Neptuno y Océano, como productora de las criaturas de este mundo inferior, contemplando a los seres superiores y retornando a sí misma; y en otra parte menciona incluso a esa pluralidad :

Júpiter y Plutón, Febo y Dionisio son uno solo, mas repetimos la razón del porqué: es que hay un Dios en todos.

Y Valerlo Soran dijo en su poesía:

Júpiter omnipotente es rey de reyes y Dios, generador y generadora de dioses, Dios único y todos los dioses juntos.

Es así que los teólogos de los gentiles, que se manejaban con grandísima prudencia, honraban a un solo Dios bajo nombres diferentes, y también bajo ambos sexos. Los hombres mortales, dice Plinio, agobiados de penas y trabajos, hicieron muchos dioses de un Dios para recordar su debilidad, a fin de que teniendo muchos dioses para repartir y escoger, como en porciones, cada uno buscase el favor de aquél que más necesita-se; así, quienes necesitaban fe, invocaban a Júpiter; quienes necesitaban previsión, invocaban a Apolo; quienes necesitaban sabiduría, invocaban
a Minerva; y quienes necesitaban otras cosas, las pedían a sus dioses bajo
otros nombres. Esa diversidad de tantas especies de divinidades provino de las debilidad y confusión de los hombres que necesitaban recıbir gra-cias en cantidad y de muchas especies según sus necesidades; pero sólo hay
un Dios, soberano dispensador de todas las gracias y cosas. Por eso,
Apuleyo, en su libro del Mundo, dirigido a Faustino, habla de esta mane-ra: "Sólo hay un Dios, una sola dıvinidad, pero se le acuerdan muchos nombres a causa de la multitud de aspectos por cuya diversidad adopta muchas formas". Y Marco Varrón, en su libro del Culto de los dioses, dice: "Así como todas las almas se reducen a una sola Alma del Mundo, o (lel universo, de igual modo todos los dioses se relacionan con un solo Júpiter que, al ser por doquier el mismo Dios, es adorado bajo el nombre de diferentes divinidades y poderes". Es preciso, pues, saber intelectuali-zar perfectamente las propiedades sensibles, por medio de una analogía secreta; quien quiera entender los himnos de Orfeo y de los antiguos magos hallará de ese modo que no difieren de los arcanos cabalísticos ni de las tradiciones ortodoxas. Los dioses que Orfeo llama Curetes e incorruptibles, Dionisio los denomina poderes. Los cabalistas los asignan a la numeración *pahad,* es decir, el temor divino; de manera que lo que en la Cábala se llama *ensoph,* Orfeo lo llama *noctem,* noche; Tifón, en Orfeo, es el mismo que Zamael en la Cábala.

Los mecubales de los hebreos, muy entendidos en materias divinas, recibıeron diez Nombres divinos principales, especies de divinidades o miembros de Dios, que a través de diez numeraciones denominadas Sephiroth, como a través de vestiduras, instrumentos o ejemplos del arquetipo,

influyen y actúan sobre todas las criaturas, comenzando por todas las superiores en particular, y continuando hasta las últimas pero con cierto orden. Estos nombres divinos influyen prımera e inmediatamente sobre los nueve órdenes de ángeles y el coro de las almas bienaventuradas, y a través de ellas sobre las esferas celestes, los planetas y los hombres, después de los cuales cada cosa recibe, luego, su fuerza y virtud.

El primero de estos nombres es *Eheie,* el nombre de la esencia divina; su numeración lleva el nombre de *Keter* que es interpretado como corona o diadema; significa el ser simplísimo de la divinidad, y se llama "lo que el ojo no ha visto"; se le atribuye a Dios Padre, e influye por el orden de los Serafınes, o como dicen los hebreos, *Haioth Hacadosch,* es decir, *animalia sanctitatis,* anímales de santidad; y de allí, a través del *primum mobile,* da liberalmente el don del ser a todas las cosas, llenando el universo en toda su circunferencia hasta el centro. Su inteligencia particular se llama Metatron, es decir, príncipe de los rostros, cuyo oficıo es ıntro-ducır a los otros ante la faz del príncipe y, a través del ministerio de aquél, el Señor habló a Moisés..

El segundo nombre es *lud, o Tetragrainmaton* junto con *lud;* su numeración es *lloch.mah,* es decir, *sapientια,* sabiduría; significa divinidad llena de ideas y primogénito, y se atribuye al Hijo; influye por el orden de los Querubines, u orden que los hebreos denominaban *Ophanim,* las formas, o las ruedas, y de allí sobre el cıeclo de las estrellas, fabrıcando allí tantas figuras como ideas contiene en sí, disipando el caos o confusión de las criaturas, mediante el ministerio de su inteligencia particular, denominada Raziel, que fue el gobernador de Adán.

El tercer nombre se llamó *Tetragrammaton Elohim;* su numeración se denomina *Binah,* es decir *providentia o intelligentia,* providencia o intelıgencia; significa jubileo, remisión, reposo, conversión penitencial, gran trompeta, redención de} mundo, y la vida del siglo por venir, se aplica al Espíritu Santo e influye por el orden de los Tronos, o de aquéllos a quienes los hebreos llaman *Aralim,* es decir ángeles grandes, fuertes y robustos, y de allí, por la esfera de Saturno, proveyendo la forma de la materia fluida; su inteligencia particular es Zaphkiel, gobernador de Noé, y la otra inteligencia es Iophiel, gobernádor de Sem.

He aquí las tres numeraciones soberanas y más altas, que son como sedes de las personas divinas, por cuyo mandato todas las cosas sobre-vienen, pero la ejecución se realiza por el ministerio de otras siete numeraciones llamadas por eso numeraciones de la fabricación.

El cuarto nombre es *El;* su numeración es *Hoesed,* es decir *clerınentia o bonitas,* clemencia o bondad; significa gracıa, misericordia, piedad, magnificencia, cetro y mano derecha; influye por el orden de las Dominaciones, o aquellos a quienes los hebreos llaman *Hasmalim,* por la esfera de Júpiter, formando las efigies o representaciones de los cuerpos, dando a todos la clemencia y la justicia pacífica; su inteligencia particular se denomina Zadkiel, gobernador de Abraham.

El quinto nombre es *Elohim Gibor,* es decir, *Deus robustus, puniens culpas improborum,* Dios fuerte, que castiga las culpas de los inicuos; su numeración se llama *Geburah,* es decir, poder, gravedad, fuerza, juicio, que castiga con estragos y guerras, y se le atribuye el tribunal de Dios, la cintura, la espada y el brazo izquierdo; se llama también *Pachad,* te-mor; influye por el orden de las potestades, que los hebreos llaman *Seraphim y,* de allí, por la esfera de Marte, a quien pertenece la fuerza, la guerra y las aflicciones, cambia de lugar los elementos; su inteligencia particular es Camael, gobernador de Sansón.

D. sexto nombre es *Eloha,* o nombre de cuatro letras, junto con *Vaudahat;* y su numeración es *Tiphereth,* es decir, ornamiento, belleza, gloría, placer; significa el bosque de la vida; influye por el orden de las Virtudes, que los hebreos llaman *Malachim,* es decir, ángeles, sobre la esfera del sol, dándole esplendor y vida, y produciendo luego los metales; su inteligencia particular es Rafael, que fue gobernador de Isaac y del joven Tobías, y el ángel Peliel, gobernador de Jacob.

El séptimo nombre es *Tetragrammaton Sabaoth o Adonai Sabaoth,* es decir, el Dios de los ejércitos; su numeración es *Netzah,* es decir, triunfo, victoria; se le atribuye la columna derecha; significa eternidad y justicia de Dios vengador; influye por el orden de los Principados, que los hebreos denominan *Elohim,* es decir, dioses, sobre la esfera de Venus, celo y amor de justicia; produce los vegetales; su inteligencia se llama Haniel, y su angel, Ceruiel, conductor de David.

El octavo nombre es *Elohim Sabaoth,* que se interpreta también como Dios de los ejércitos, no de la guerra y la justicia sino de la piedad y la concordia, pues los dos nombres, éste y el anterior tienen, individualmente, su término de ejército; su numeración se llama *Hor,* que se interpreta como alabanza, confesión, benevolencia y gran renombre, y se la atribuye la columna izquierda; influye por el orden de los Arcángeles, que los hebreos llaman *Ben Elohim,* es decir, hijos de los dioses, sobre la esfera de Mercurio, esplendor y ornamento conveniente, y produce los animales; su inteligencia es Miguel, que fue gobernador de Salomón.

El noveno nombre es *Sadai,* es decir, omnipotente y que lo satisface todo, y también *Elhai,* que significa Dios vivo; su numeración es *lesod, o* sea, fundamento; significa buen entendimiento, alianza, redención, y reposo; influye por el orden de los Angeles, que los hebreos llaman *Querubines,* sobre la esfera de la Luna, acrecentamiento y mengua de todas las cosas, y preside sobre los genios de los hombres y les distribuye los ángeles guardianes; su inteligencia es Gabriel, que fue conductor de José, Josué y Daniel.

El décimo nombre es *Adonai Melech,* es decir, Señor *y* rey; su numeración es *Malchut,* o sea, reino e imperio; significa iglesia, templo de Dios y puerta; influye por el orden *Animástico,* es decir, de las almas bien-aventuradas, denominado por los hebreos Issim, es decir, Jerarquías; influyen sobre el conocimiento de los hijos de los hombres, y les dan ciencia

milagrosa de las cosas, industriosidad y don de profecía; son presididos por el alma de Messiha, o como dicen otros, por lα inteligencia Metattron, que lleva el nombre de la primera criatura, o alma del mundo, y conductora de Moisés.

Capítulo XI

LOS NOMBRES DIVINOS Y SU PODER Y VIRTUD

Aunque Dios es unísimo, sin embargo, lleva muchos nombres, que no representan muchas esencias diferentes o dívinidades, sino que por sus nombres sagrados, como a través de canales, hace correr sobre nosotros una cantidad de bienes, dones y gracias. En el capítulo anterior describimos diez de estos nombres. cuya enumeración efectuara Jerónimo a Marcela; Dionisio recogió cuarenta y cinco, tanto de Dios Padre corno del CRISTO. Los mecubales. o doctores hebreos, extraen de cierto texto del Exudo setenta y des nombres, tanto de Dios como de los ángeles, que llaman Nombre de setenta y dos letras, *y Schemhamphoras,* es decir, expositorıo. Otros, que van más lejos, relacionan con cadα pasaje de las Escrituras tantos nombres divinos que ignorarnos enteramente el número y significación. Entre el número de estos nombres, además de los señalados, está el nombre de la esencia divina, Ehele אהיה, que Platón tradujo ώ ν
de allí que unos llaman τό όγ a Dios y otros όώγ . Ήay otro nombre, *Hu.* הוא, revelado en Isaías, que significa abismo de la divinidad, que los
griegos interpretaron como τάυτòν, y los latinos *úlenupsum,* el idéntico. Otro es *Esch* אש, que Moisés recibiera y significa fuego. Otro nombre es *Na* נא *,* que debe invocarse en las contrariedades y nostalgias. Hay también otro nombre. *Iah* יה y el nombre *Elíon* אליון, el nombre *Mαcom* מקום , el nombre *Caphu* כפו, el nombre *I u n o n* יונן , y el nombre *Emeth* אמת , que se interpreta como verdad y es el sello de Dios: y otros dos nombres, *Zur* צור, *y Aben* ambos significan piedra sólídα,' y el segundo, el אבן, Padre con el Hijo: y muchos otro, nombres incluidos en las escalas numéricas del segundo libro.

Se obtienen muchos nombres de Dios v de los ángeles en las Sagradas Escrituras, por las especies de arte cabalístico, calculatorío, notariaco gemátrico: cuando se forma un nombre o muchas dicciones retirando algunas de sus letras, o cuando un nombre separado en cada una de sus letras significa o forma muchos. Se obtiene a veces del comienzo de expresiones, por ejemplo, este nombre *Agla* אגלא , de este versículo de la Sagrada Escritura אתה גיבר לאולם אדני , es decir, tú eres el Dios fuerte de la eternidad. De modo parecido, el nombre יאיה , obtenído de este versículo

יהוה אלהינו יהוהאחד, es decir, Dios nuestro Dios un Dios. De manera similar, el nombre *lava* יאוה, obtenido de este versículo יהיה אור ויהי אור, es decir, que se haga la luz y la luz se hizo. Asimismo el nombre *Araritha* de este versículo de la Escritura: un principio de su unidad, principio de אראריתא, tomado de este versículo de la Escritura: un prıncıpıo de su unıdad, principio de su singularidad, su vicisitud, uno, ייהודו תמודתו אחד אחד ראש אחדותו ראש También hay otro nombre, *Hacaba* הקבה, obtenido de este versículo הקדוש ברוד הוא, es decir, *sanctus benedictus ipse,* el mismo santo bendecido. De modo semejante, el nombre *lesu* ישו, se halla al coinienzo de estos dos versículos, a saber יבוא שילוה ולו, es decir, *quo usque veniat Messiah,* hasta que venga el Mesías; *y* el otro, ינון שמו וית es de*cir. perinaneat nomen ejus,* que su nombre permanezca por siempre. Asimísmo, existe el nombre *Amen* אמן obtenido de este versículo מלך נאמן אדני , es decir, *Dorainus rex Jidelis,* Señor rey fiel. A veces estas clases de nombres se obtienen del final de expresiones. como el mismo Amen del fin del versículo לא בן הרשעים , es decir, *non sic impii,* tampoco haya impíos. Asimismo, en el final de este versículo, לי מה שמו מה que lleva *míhi quid,* para mí qué, *nomen ejus quid,* su nombre es el qué, se halla en el *Tetragrammaton,* el nombre de cuatro letras. En la confección de todos estos nombres la letra se pone sobre la expresión, y la letra se extrae de la ex-presión, o del comienzo, o del fin, o del sitio que se quiere; y a veces estos nombres se obtienen de todas estas letras en particular, como se obtienen estos setenta y dos nombres de Dios de estos tres versículos del Exodo que comıenzan con estas tres expresiones ויסע ויבא ויט, el primero y último versículo escritos derecha a izquierda, pero el medio de izquierda a derecha, como lo haremos ver enseguida; y así a veces una expresión se obtiene de otra expresión, o un nombre de otro nombre, por la transposición de las letras, como *Messiah* מויח, de *Jísma* ישמח, y *Michael* lacym de מלאכי *lachi.* Pero también a veces por su cambio alfabético, que los cabalistas llaman *Ziruph* צירוף, como del nombre tetragrammaton hwhy, obtienen los nombres xpxm *Mazpaz.* קוזו *Kuzu.* A veces también se cambian los nombres por medio de la igualdad numérica, como *Metattron* מטטרון por *Sadai* שדי: pues uno y otro suman trescientos catorce; por la misma razón el nombre *lai* ייאי equivale al nombre *El* אל, por igualdad numérica, pues uno y otro suman treinta y uno.

Estos secretos están muy ocultos, son muy difíciles de interpretar císntificamente y no es posible entenderlos nı enseñarlos en idioma alguno, sallo en hebreo. Pero debido a que los nombres divinos, como dice Platón en Crátilo, están en posesión de los bárbaros, que los recibieron de Dios sin cuya ayuda nadie puede comprender las palabras y nombres verdaderes de Dios, no podemos decir sino lo que Dios nos reveló mediante su pαra bondad. Pues son los sacramentos y vehículos de la omnipotencia divina, instıtuidos no por los hombres ní por los ángeles sino por el gran Dios mismo de cierta manera. según el número y la figura inamovibles de sus caracteres y su estabilidad eterna; respiran lα armonía de la divinidad y son santificados por lα asistencia divina. Por ello, los poderes celestes

temen estos nombres divinos, los infiernos tiemblan, los ángeles los adoran, los cacodemonios se aterrorizan, todas las criaturas los reverencian, todas las religiones los veneran. La observancia religiosa y la invocación piadosa que efectuamos con temor y temblor nos dan gran fuerza y la unión deifica y también el poder para realizar obras y efectos maravillosos sobre la naturaleza. Por ello nadie está autorizado a cambiarlos de manera alguna, ní por razón alguna. Por ello Orígenes ordena que se los conserve inviolablemente en sus mismos caracteres. Y Zoroastro prohibe cambiar las palabrrs bárbaras y antiguas; pues como dice Platón en Crátilo: "Todos los verbos o nombres divinos nos fueron comunicados o por los dioses, o por la antigüedad cuyo inicio es difícil obtener, o por los bárbaros". Y Jámblico dice, de modo parecido, que no deben cambiarse de un idioma a otro, pues los nombres traducidos a otro idioma no tienen el mismo sentido. En consecuencia, estos nombres divinos son un medio apropiadísimo y poderosísimo para conciliar y unir al hombre con los dioses, como leemos en el Exodo: "En todo lugar en que recuerdes mí nombre, vendré a tí y te bendeciré". El Señor dice en el libro de los Números: "Póngase mi nombre sobre los hijos de Israel y les daré mi bendición". Por ello el divino Platón, en Crátilo y Filebo, ordena que se respeten los nombres divinos más que los templos y estatuas divinas, porque la imagen y la virtud de Dios es más expresiva en la función del espíritu, principal-mente cuando es inspirada divinamente, que la conservada en las obras de las manos. Las palabras sagradas no tienen, pues, en función de tales, su fuerza en la boca de los magos sino a través del poder oculto de las divinidades, que opera por su virtud en los espíritus de quienes están apegados a ellas por la fe. La virtud secreta de Dios a través de estos nombres divinos, como a través de vehículos, es transferida en quienes tienen oídos para oír, en quienes se convirtieron en templo y morada de Dios, y se purificaron por el mérito de la fe, por la gran pureza de costumbres y por la invocación de los dioses, tornándose capaces de recibir estas emanaciones divinas.

Quien ponga en práctica, según el ritual, estas palabras o nombres divinos con esa pureza de espíritu, de la manera requerida por la tradición, efectuará muchísimas operaciones miríficas, tales como las que encontramos en la historia respecto de Medea, en estos términos:

Ella pronunció tres veces palabras que hacían dormir tranquilamente, que calmaban el mar tempestuoso y detenían la rapidez de los ríos.

A esto, los antiguos doctores de los hebreos que por el ministerio de las palabras efectuaban por lo común muchas maravillas, se aplicaron más que todos los demás. Es así que los adherentes de Pitágoras propendieron a la curación mirífica de enfermedades, tanto espirituales como corporales. Por este medio, según la historia, Orfeo sobre el mar, como Argonauta, desvió con ciertas palabras una horrible tempestad. Filóstrato dice que Apolonio de manera semejante resucitó en Roma, pronunciando secreta-

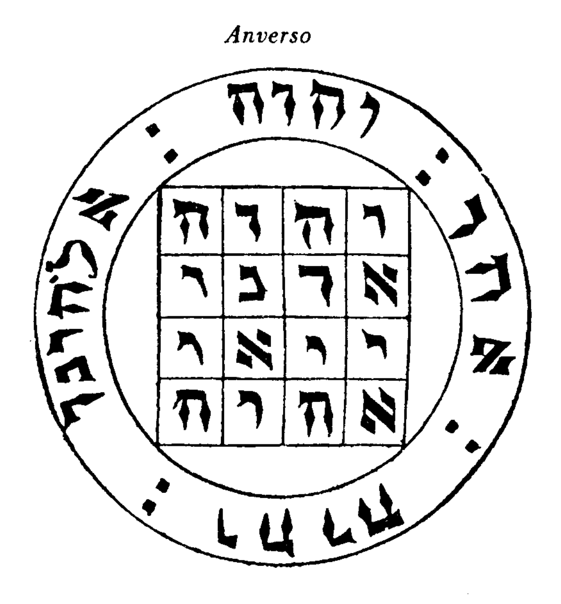
mente unas palabras, a una muchacha muerta, y que con otras hizo apare-■ er los Manes de Aquiles. Y Pausanias nos dice también que en las cíud ales lidias de Heliocesarea e Hipepias había dos templos consagrados a la diosa denominada Pérsica y en ambos, al celebrar el servicio divino cl mago ponía maderas secas sobre el altar y cantaba himnos, pronunciaba luego ciertas palabras bárbaras tomadas de un libro que tenía en la mano, y luego se veía al punto que las maderas ardían por sí solas, sin que se le pusiese fuego, surgiendo una llama muy luminosa. Sereno de Samos también registró por escrito, entre sus preceptos medicinales, que sí se escribe el nombre *abracadabra,* disminuyendo, a saber, letra tras letra según el orden ascendente desde la última hasta la primera, como aparece en la figura siguiente, todo aquél que lleve prendido o colgado de su cuello esta figura, curará, disminuyendo gradualmente, su fiebre tercianα o de otra índole.

a	b	r	a	c	a	d	a	b	r	a
a	b	r	a	c	a	d	a	b	r	
a	b	r	a	c	a	d	a	b		
a	b	r	a	c	a	d	a			
a	b	r	a	c	a	d				
a	b	r	a	c	a					
a	b	r	a	c						
a	b	r	a							
a	b	r								
a	b									
a										

Pero el rabino Hama, en su libro de la Contemplación, dio, contra todas las enfermedades de los hombres y toda clase de aflicciones, un talismán o medalla de una fuerza mucho más grande, cuyo anverso lleva los cuatro nombres cuadrados de Dios, en cuadrado uno sobre otro de manera que, de arriba abajo de la medalla aparezcan similarmente otros cuatro nombres o sellos muy sagrados de la divinidad, cuya intención está

contenida escrita sobre el círculo de lα circunferencia de esa medalla; para el reverso, la medalla lleva la inscripción del nombre de siete letras *Ararítha,* y su interpretación está escrita alrededor de ella, es decir, el versículo de donde fue tomado, tal como aquí se la representa.

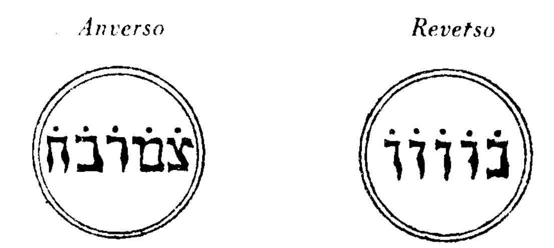
Anverso



Reverso



Pero hay que inscribir todos estos nombres divinos y todo lo aquí representado sobre una medalla de oro purísimo, o pergamino virgen, bello y sin mancha, con tinta preparada con humo de cirio consagrado o incienso, y agua consagrada, y todas estas cosas hechas por un artista purificado, sin pecado, lleno de esperanza inquebrantable, y animado por fe firme y espíritu elevado hacía el Dios altísimo, para que puedan obtener y dar esa virtud divina, cene dice el rabino, De modo semejante, pαrα asegurarse contra los pavores y maldades de los demonios malignos y de los hombres, y contra todos los peligros posıbles, de camınos, aguas, enemigos y armas, se escribirá como se dijo antes, de un lado estos caracteres יבווו en el anverso צמרכה que son los comienzos y finales de los cınco primeros versículos del Génesis y el símbolo de toda la creación del mundo; se dice que el hembre que lleve consigo este escrito en ligadnra, siempre que confíe muy fervorosamente en Dios fundador del unıverso, se librará de todos los males.



No habrá que asombrarse de que las palabras sagradas que Dios omnipotente empleó para crear el cıelo y la tierra, llevadas con uno, tengan mucho poder, puesto que descubrió por experiencia, como dice Rab Costa Ben Luca, que muchas otras cosas que no son naturales tenían grandes fuerzas; así, el dedo de un feto colgado del cuello de una mujer le impide concebir mientras lo lleve. Asimismo, hay en ciertas palabras sagrados y nombres divinos una fuerza grande y divina, que es la virtud que opera efectos maravillosos.

Zoroastro, Orfeo, Jámblico, Sinesıo y Alquindo son testigos de estos hechos igual que los más grandes filósofos; Artefio, de modo parecıdo, mago y filósofo, escribió un libro particular sobre las virtudes de las palabras y los caracteres. Orígenes, no menor autoridad que todas los grandes filósofos, sostiene contra Celso que hay una virtud admirable oculta en ciertas palabras divinas; y el Seíiior dice en el libro de los Jueces: Mí nombre que es Pele פלא, que entre nosotros se interpreta como realizador de milagros, o realızador de maravillas. Pero ni los hombres ni los ángeles saben el verdadero nombre de Dios, y El sólo lo conoce, y no será hecho público, como dicen las Escrituras, antes que la disposıción de
las cosas, para recibir a Dios, sea plena e íntegra.
Sin embargo, Dios 'lene muchos otros términos para los ángeles, y

otros para los hombres, pero no tenemos nombre de Dios, como dice Moisés el egipcio, que no se funde sobre sus obras y signifique con participación, salvo el nombre *tetragrammaton,* que es santo, y significa la sustancia del Creador de una significación pura, en la que ninguna otra cosa partícipa con Dios creador; por ello, se llama el nombre separado, que se escribe y no se lee, y que no expresamos sino sólo nombramos, y que significa, según el lenguaje de lo alto, lo que pertenece a Dios y tal vez también a los ángeles.

Los ángeles tienen, de mαnera semejante, otros nombres entre ellos en su lenguaje particular, que Pablo denomina las lenguas de los ángeles, de las que conocemos muy poco. En cuanto a sus otros nombres, son de su ministerio y obras, y no tan grandemente eficaces. Por eso los magos los citan por sus propios nombres, a saber, los que llevan en el cíelo y están contenidos en las Sagradas Escrituras.

Capítulo XII

EL INFLUJO DE LA VIRTUD DE LOS NOMBRES DIVINOS SOBRE LAS COSAS DE ESTE MUNDO INFERIOR A TRAVÉS DE LOS MEDIADORES PARTICULARES

Aunque el soberano Creador y causa primera gobierna y ordena todas las cosas, sin embargo participa el cuidado de ejecutarlas entre diferentes Ministros benéficos y maléficos, que Juan llama, en su Apocalipsis, a unos, ángeles del favor, y a los otros, ángeles del rigor. De estos ángeles habla el profeta: "El Angel del Señor mora en torno de quienes le temen, para salvarlos". Y en otra parte describe las órdenes que Díos envía a ejecutar por ,medio del ministerio de los ángeles malos. Todo lo que Dios ejecuta mediante los ángeles como sus ministros, también lo realiza mediante el cíelo y las estrellas, pero como mediante sus instrumentos, para hacer, por ese medio, que todas las criaturas trabajen juntas para su servicio, de modo que, asimismo, cada parte del cielo y cada estrella gobierne cierta comarca o cantón de la tierra, y crea el tiempo, el espacio y el individuo en particular, de manera que se pueda ajustar la fuerza influyente del ángel de este mismo sitio de la tierra y de la estrella en los mismos lugares, tiempos y especies. Esto hizo hablar así a Agustín en el libro de las Proposiciones: "Cada cosa visible en este mundo es gobernada por un poder angélico que la preside". Por ello, Orígenes, en su comentario sobre el libro de los Números, dice: "El mundo necesita ángeles que presidan los ejércitos de lα tierra, los reinos, provincias, hombres y bestias, el nacimiento v evolución de los anímales, los arbustos, las plantas y otras cosas, y que reciban esa virtud que se dice que existe en las cosas a través

de una propiedad oculta". También es muy necesaria la asistencia de los ángeles para dirigir las obras santas, las virtudes y los hombres, pues quienes ven siempre el rostro del Padre soberano pueden, mediante su buena dirección, guiar a los hombres y de manera semejante cada cosa por pequeña que sea, a su sıtio y ubicación, como miembros armoniosos de este mundo donde Dios habita como primer gobernante y allí dispone todo con grandísima bondad, sin estar contenida ní limitado, sino limitando y conteniendo, por el contrario, todas las cosas en sí; asimismo,'Juan describe esa famosa ciudad celeste, cuyas doce puertas están custodiadas por doce ángeles que hacen correr sobre ellas las influencıas que reciben del nombre divino doce veces completo y los nombres de los doce apóstoles y del Cordero en los cimientos de esa ciudad. Así como en la ley de Moisés estaban escritos sobre las piedras del *ephod* y sobre los cimientos de la santa ciudad descripta por Ezequiel, los nombres de las tribus de Israel, gobernándolos el nombre de cuatro letras, de manera parecida en el Evangelío están escritos sobre las piedras del cimiento de la ciudad celeste los nombres de los apóstoles que representan a las tribus de Israel en la iglesia, sobre las cuales está el nombre del Cordero, es decir, el nombre *IESV* que tiene toda la virtud del nombre de cuatro letras, expande su poder y virtud, pues este Padre *tetragramma* le dio poder sobre todas las cosas.

Los cielos reciben pues de las ángeles sus influjos, y los ángeles los reciben del gran nombre de Dios y de IESV cuya virtud es primera en Dios, luego expandida en los diecinueve ángeles por cuya ministerio se derrama sobre los doce signos y siete planetas, y de allí sobre todos los demás ministros e instrumentos de Dios, penetrando hasta lo ínfimo. Por elle el CRISTO dijo: "Todo lo que pídiéreis a mí Padre en Mí Nombre El os lo dará". Y al resucitar dijo: "Por la virtud de mí Nombre alejarán los demonios del cuerpo de los poseídos". De manera que después de ello no es menester más el nombre de cuatro letras cuya virtud total es transferida al nombre *IESV* por el cual se operan todos los milagros y no existen otros nombres, dice Pedro, dados a los hombres por los que necesaria-mente puedan ser salvados que no sea aquél. No debemos creer que, pronunciando el nombre de JESUS con la boca manchada, como el nombre de un hombre cualquiera, tendremos poder para realizar milagros por su vírtıd, sino que deberá invocárselo en el Espíritu Santo, con espíritu purificado y gran fervor, sí queremos obtener las grandes promesas formulαdαs en El, y sobre todo, ante todo, debe conocérselo perfectamente, sin lo cual no tendremos excusa, según el pasaje del Profeta: "Le escucharé por-que ha conocido mi nombre". Por ello no podemos ahora recibir del cielo gracia ní fαvor sin la autoridad, el favor y el consetıtímiento del nombre *IESI* Esto hace que las hebreos y los cabalistas muy consumados en lα ciencia de los nombres divinos no puedan, desde la venida del CRISTO, operar nada como 1π hαcíαn sus antepasados en virtud de estos antiguos nombres. Y es un hecho constante y justificado por la experiencia, que no hay demonio ní poder malignos infernales que puedan resistir a este nombre; deben hincar sus rodillas y obedecerle cuando se les pronuncia el

nombre de *IESV* para honrarlo; temen no sólo este nombre sino también su signo, la cruz; y no sólo todos los poderes del cielo, de la tierra y de los infiernos doblan sus rodillas, sino que también le reverencian las cosas insensibles; y a la menor señal todo tiembla cuando se pronuncia, con corazón fiel y labios sinceros, el nombre *IESV,* y se efectúa el signo salutífero de la cruz con manos puras e inocentes. No en vano el CRISTO dijo a sus discípulos: "Expulsaréis los demonios con la virtud de mi nombre", etc. porque en ese nombre hay cierta virtud expresa sobre demonios, enfermedades, serpientes, venenos, lenguas y cosas de esa índole. Esta virtud del nombre existe tanto por Dios que la instituyó como por el nombre propio y su peculiar fuerza. Esto hace que, así como toda criatura teme y reverencia el nombre de quien la creó, a veces también los hombres malos y corrompidos, siempre que agreguen fe a la invocación de estos nombres divinos, obligan y fuerzan a los demonios, y realizan otras grandes acciones.

Capítulo XIII

LOS MIEMBROS DE DIOS
Y SU INFLUJO SOBRE LOS NUESTROS

Encontramos diferentes pasajes de las Sagradas Escrituras donde se hace mención de los Miembros y Ornamentos de Dios. Se entiende por Miembros de Dios ciertas fuerzas de muchas especies permanentes en Dios mismo, de máxima simplicidad, distinguidas por los nombres sagrados de Dios. Las vestiduras y ornamentos de Dios son como ciertas vías o relaciones, emanaciones o canales por los cuales se comunica y expande sus beneficios sobre sus criaturas. En la medida en que nuestro pensamiento toque los bordes de sus hábitos y ornamentos, hará surgir sobre él una virtud divina de uno de los miembros de Dios; y el Señor lo declara muy claramente respecto de la hemorroísa, diciendo: "Alguien me ha tocado, pues he sentido que una virtud ha salido de mí". Estos miembros de Dios son semejantes a los nuestros, pero son las ideas y los ejemplos sobre los cuales fueron formados los nuestros; si tornamos ritualmente nuestros miembros conforme a estos ejemplos, entonces, al modificarnos según la misma imagen, nos convertimos en verdaderos hijos de Dios y semejantes a Dios, realizando y operando las obras de Dios. En las Escrituras encontramos muchas cosas relativas a los miembros de Dios; pues respecto de la cabeza se lee en el Cantar de los Cantares: Tu cabeza encima de ti, como el Carmelo ; y el cabello de tu cabeza, como la púrpura del rey. Este Carmelo no significa la montaña situada sobre las costas del mar de Siria sino un gusanillo que produce la púrpura. De modo parecido, en cuanto a

sus ojos, párpados y orejas, he aquí lo que hallamos en los Salmos: Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas sobre sus plegarias; sus ojos se detienen sobre el pobre, y sus labios interrogan a los hijos de los hombres. Respecto de la boca, el gusto, la garganta, los labios y los dientes, se lee en Isaías: "No has interrogado a mí boca". Y en el Cantar de los Cantares: "Tu garganta es como el mejor vino; el vino que beberá mi amado es digno de él, tal como el alimento que pasará por sus labios y dientes". También tiene narices con las que, como aparece muchas veces en lα Ley, huele los sacrificios en aroma de suavidad. Tiene hombros, brazos, manos y dedos, de los que leemos estas palabras en Isaías: "El principado fue fundado sobre sus hombros. ¿Quién conoce la fuerza del brazo del Señor?" Y el Rey Profeta dice en su cántico: "Tus manos, Señor, me han hecho y formado". Y además: "Veré tus cíelos, las obras de tus de-dos". También tiene mano derecha y mano izquierda; esto es lo que hace decir al Salmista: "El Señor dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra". Los Evangelios atestiguan que a su izquierda ubicará a los condenados el último día. Y he aquí su corazón, su pecho, su espalda, sus nalgas y su rostro, que hallamos en las Escrituras, donde en el Libro de los Reyes se lee que Dios halló a David un hombre según su corazón. En el Evangelio también tenemos el pecho sobre el que el discípulo bienamado, dormido, recibió los arcanos divinos, y el Salmista describe su espalda como de oro pálido. Y él mismo dice en Jeremías: "Les mostraré mi espalda y no mí rostro, el día de su perdición". De modo parecido, el Salmista dice de sus pies: "La noche bajo sus pies". Y en el Génesis se dice que "se pasea a mediodía".

Hallamos en las Escrituras pruebas semejantes de muchas mo3alidades de Ornamentos y vestiduras de Dios; por ejemplo en el Salmista, con estas palabras: "El Señor ha reinado, se revistió de belleza y cubrió de luz como con un vestido". Y en otra parte: "Te has revestido de confesión y honor"... "El abismo le sirve de vestidura y de manto". Y en Ezequíel, Dios habla así: "Extendí mi manto sobre tí y oculté tu oprobio". En el Salmista vemos incluso su vara, su bastón, su espada y su escudo, expuestos con estas palabras: "Tu vara y tu bastón me han consolado... su verdad te cubrirá con su escudo". Y en el Deuteronomio se hace :nencıón de la espada de su gloria. Hay muchas cosas de esa índole que nos declaran los oráculos sagrados. Es cierto que nuestros miembros, los hábitos. adornos Y todas los cosas que están sobre y entorno de nosotros son regidas, dirigidas, c9nservadas, gobernadas y juzgadas por estos miembros v ornamentos divinos según los dichos del Profeta: "El posó mis pies sobre la piedra y dirigió mis pasos". Y dice en otra parte: "Bendito sea el Señor mí Dios que dispone mí mano para el combate y mis dedos para la guerra". Al hablar de su boca dice: "Puso -en mí boca un cántico nuevo". Y el Salvador expresa en otra parte: "Os daré boca y sabiduría". Y dice de nuestros cabellos: "No caerá un cabello de vuestras cabezas... vuestros cabellos están contados". Pues el Dios omnipotente, deseoso de que uniésemos sus imágenes y nos tornásemos semejantes a él, construyó nuestros miembros, nuestras articulaciones, nuestras figuras, que se mani-

fiestan en nosotros de diversas maneras, como signos a semejanza de sus virtudes ocultas, y conservan el orden y la proporción que en él existen. Esto hizo decir a los mecubales hebreos que, si el hombre, sujeto capaz de recibir el influjo divino, tiene un miembro cualquiera de su cuerpo limpio de inmundicias y purificado, entonces ese mismo miembro se tornará habitable y apropiada morada del miembro de Dios que está oculto como debajo de un velo; de manera que sí necesita algo respecto de este miembro, invocando el nombre de dónde él depende, es Oído prontamente a los efectos que solicita, según el pasaje de la Escritura: "Le prestaré oídos puesto que ha conocido mí nombre". Estos son los grandes y secretos misterios de los que no debe hablarse más ampliamente en público.

Capítulo XIV

LOS DIOSES DE LOS GENTILES, LAS ALMAS DE LOS CUERPOS CELESTES, Y LOS LUGARES ANTIGUAMENTE CONSAGRADOS A CADA DIVINIDAD

Los filósofos nos dejaron tesis que demuestran, como lo expusimos antes, que los Cielos y las Estrellas son animales divinos y que sus almas están dotadas de entendimiento, y participan del pensamiento divino; también afirmaron que hay otras almas que los presiden, y que hay otras sustancias separadas por encima de ellas, que son como gobernantes y administradores, que se llaman inteligencias y demonios. El mismo Platón dijo que las almas celestes no están retenidas en sus cuerpos como nuestras almas en los nuestros, sino que están donde quieren y tienen la dicha de ver a Dios, y que sin pena ni inquietud gobiernan sus cuerpos y les dan movimiento, y que al mismo tiempo mediante este movimiento gobiernan sin dificultad las cosas de este mundo inferior; por ello se decía que estas almas eran Dioses, se les tributaba honores divinos y plegarías, se les ofrecía sacrificios y se les honraba con diferentes cultos. Estos son los dioses que todos los pueblos reconocieron; para ellos Moisés ordenó en el Deuteronomio con estas palabras: "No sea que alces tus ojos al cielo, y viendo el sol y la luna y las estrellas, y todo el ejército del cielo, seas impulsado, y te inclines a ellos y les sirvas; porque Jehová tu Dios los ha concedido a todos los pueblos debajo de todos los cíelos. Pero a Vosotros Jehová os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad como en este día". Y en el mismo libro, capítulo XVII, llama dioses al sol, la luna y las estrellas. Y los doctores hebreos, sobre este pasaje del Génesis que dice que Abraham dio presentes a los hijos de sus concubinas, *Shemoth steltoma,* es decir, nombres extranjeros, pero que a Isaac lo convirtió en heredero de todos sus bienes, dicen que los hijos de las concubinas no entraron en la heredad del Dios *Tetra-*

grammaton y del soberano Creador en la bendición de Abraham sino que cayeron bajo el dominio de dioses y divinidades extranjeros, mientras que Isaac *y* sus descendientes fueron asignados al Dios omnipotente *Tetragramma,* y que de ninguna manera quedaron sujetos a los dioses extranjeros. Por ello se les reprocha, en el Deuteronomio, que se'hayan sometido a los dioses extranjeros y adorado a dioses desconocidos, a los que no estaban asignados. Además, Jesús Naveo, después de poner al pueblo en posesión de la tierra de promisión, viendo vencidos a los enemigos, efectuó la repartición de las posesiones de Israel y aconsejó al pueblo elegir un Dios para que le rindieran honores, diciendo: "Hoy tenéis libertad de escoger el Dios que queráis, a quien rendiréis sumisión y respeto, sea entre los dioses que vuestros padres sirvieron en Mesopotamia, sea entre los dioses de los amorreos de los que poseéis la tierra". El pueblo respondió: "Serviremos al Dios *Tetragramma, y* a El reconoceremos como nuestro Dios". A lo cual Jesús replicó: "No podréis porque el Señor Dios *Tetragramma* es un Dios santo, fuerte y celoso de su gloría". Y como el pueblo perseverara en la voluntad de servir al Dios *Tetragramma,* Jesús les dijo: "Sois testigos; puesto que habéis escogido al Señor para servir-lo des}iacéos de los dioses extranjeros que tuvisteis con vosotros y entregad vuestros corazones al Dios de Israel". Y Jesús alzó una piedra de considerable grosor, diciendo: "Esta piedra será testigo de vuestra sumisión y veustro compromiso, para impedir que por azar, luego, no os desdigáis e incurráis en falsedad ante el Señor, diciendo que no lo habéis escogido como vuestro Dios con la obligación de servirle". Había, pues, dioses que los demás pueblos de la tierra honraban, y que eran el sol, la luna, los doce signos, *y* todos los otros cuerpos celestes *y* obras divinas, no como cuerpos simples sino como cuerpos animados; y toda la milicia celeste, y el alma que Jeremías llama la Reina del Cielo, es decir, la virtud que rige el cielo, a saber, el Almα del Mundo, de la que Jeremías habla en estos términos: "Los hijos amontonan leña, los padres encienden el fuego y las mujeres acercan la grasa, para ofrendar regalos en honor de la Reina del Cielo". A estos pueblos se les prohibía honrar a esa reina y a las demás almas celestes del culto de Dulía, admitiéndose sólo el culto de Latría, que pertenece al Dios único; y los que lo rindieron a otros dioses fueron
reprobados por el Señor.

En los capítulos anteriores enunciamos los nombres de las almas o divinidades; pero para saber qué partes del mundo, qué pueblos y qué ciudades tuvieron sus dioses particulares y protectores, habrá que leer en especial a Orígenes, Tertuliano, Apuleyo, Diodoro y la mayoría de los demás historiadores.

Todos los pueblos crearon y practicaron religiones y ceremonias particulares en honor de sus dioses. Los beocios adoraron a Anfiarao; los afros a Mopso; los egipcios a Osiris e Isis; los etíopes de Meroe, a Júpiter y Baco; los árabes, a Baco y Venus; los escitas a Minerva; los naucratitas a Serapis; los sirios a Atagartes; los árabes a Diafaré; los afros a Celesto; y los nornos a Tibeleno. En Italia, de modo parecido, por consa-

gración municıpal Delventino era el dios de los crustumenos; Viridiano, de los parnesianos; Aucaria, de los esculanos; Nursia, de los volsinios; Valencia, de los otrıculanos; Norcia, de los sutrinos; y Curis, de los Falısces. Los lacios honraron mucho a Marte; los egipcios a Isis; los mauros a Juba; los macedonios a Cabiro; los penos a Urano; los latinos a Fauno; los romanos a Quirino; los sabinos a Sango; los atenienses a Minerva; la isla de Samos a Juno, Pafos y Venus; los lerrinos a Vulcano; los naxos a Líbero; y los delfos a Apolo. wídío les canta en sus Fastos:

Pallada, Cecropídae; Minoía Creta, Dianam; Vulcanum, tellus Hypsipylaea colit;
Junonein, Spartae; Pelopeíadesque Mycenae, Pinnigerum;
Fauni Menalis ora caput;
Mars, Lacio venerandus erat, quia praesidet ar nís.

Los cartagineses y leucadios honraban a Saturno; Creta, Pyré, Homo-la, Ida, Elis y Libia donde estaba su oráculo, Epiro, Lacio, Gnidia, Licia y Pisa de Macedonia honraban a Júpiter; los termones, los escritas y la Tracia a Marte. Los escitas veneraban un dios único que era el sol; le sacrificaban el caballo; los heliopolitas y los asirios también honraban al sol, igual que bajo el nombre de Apolo, los rodios, los hiperbóreos y los milesios; era también el dios del Parnaso, de Fasela, de Cintia, de los montes Soractes, y de las islas Claros, Tenedos, Delos y del lugar de Mallos en lα isla de Lesbos, y del bosque o fuerte de Grinea, e incluso de las ciudades de Pataras, Kisa, Tarapnas, Cirra, Delfi, Arrefnia, Entrosi y Tegíra; a él fue también consagrado bajo el nombre de Baco y Dionisio, Tebas y la isla de Naxos, Nisa, la ciudad de Arabia, Calícoros, río de Paflagonia, como así también el Parnaso y los montes Citeres de Beocia, donde se celebran cada dos años las fiestas en honor de Baco; de manera similar, los pueblos de Tamarita, vecinos de los hircanos, honraban a Baco con sacrificios muy peculiares. Los asirios fueron los primeros hombres que reconocieron a Venus, y después de ellos los pafos en la isla de Chipre, los fenicios y los citereos que dieron el ejemplo a los atenienses después de Ageo; los lacedemonios honraban a Ármatha; los habitantes de Delfos a Venus Epitibia: también se la honraba en Ces y Amathos, isla del Mar Egeo, en el bosque del monte Ida, en la ciudad de Hipepa, en Erice, monte de Sicilia, en Calidonia, en Cirene y en Samos. Y según el testimonio de Aristóteles, de todas las divinidades de los antiguos nadie recibió mayores honores y en más lugares que Venus. Los galos efectuaban grandes sacrificios a Mercurio a quien llamaban Teutates; e incluso los arcadios y los hormopolitas. los egipcios los memfitas. Se honraba a la Luna bajo el título de Diana, en la provincia táurica de Escitia, y se le había construido un templo famosísimos en Efeso, y en Micenas después del asesinato de Thoas, rey de la Táurica, tras erigir Ifigenia y Orestes su estatua, ésta fue honrada con una modificación en los ritos sagrados cerca de Aricia; también se la honraba entre los magnesios, pueblos de Tesalia; en Pisa,

ciudad de Acaya; en Tíbur, sobre el monte romano Aventino; en Pergue, ciudad de Panfilia; y en Agras, provincia de Ática; y la historia registra que el pueblo cαreno honraba a la Luna bajo el sexo masculino.

También se acostumbraban sacrificios en honor de otras divinidades, como los celebrados a Minerva y Palas en Atenas; en los montes Pireo y Aracinto; en el río Tritón; en Alcomenes, ciudad de Beocia; y en Neo, que es una de las Cícladas. Los lugares dedicados a Ceres son Eleusis de Ática; Enna y Catana, ciudades de Sicilıa, y el monte Etna. Vulcano fue más honrado en lα isla de Lemnos que en cualquier otro lugar, igual que en Imbros, isla de Tracia, e incluso en Terasia, que le estaba totalmente consagrada; también lo reconocía Sicilia. Los troyanos honraban a la diosa Vesta, que Eneas después de su huida legó a Italia; era reconocida en Frigia, en los montes Ida y Díndimo, en Reatina, ciudad de Umbría, como así también en el monte Berecinto y en Pesino, ciudad de Frigia. Se sacrificaba a Juno en las ciudades de Cartago, Prosena, Argos y Micenas; asimismo, en la isla de Samos y entre los pueblos faliscos. Se honraba a Neptuno en Orquesta, ciudad de Beocia; en el promontorio de Tenaro, en Laconia; y en Trecena.

He aquí pues la lista de los dioses gentiles que los gobernaban y bajo cuya autoridad vivían; a ellos Moisés, en su Deuteronomio, los denomina dioses de la tierra a quienes son asıgnados todos los pueblos, no hablando de otros dioses que de los astros del cíelo y de sus almas.

Capítulo XV

LA OPINION DE NUESTROS TEOLOGOS SOBRE LAS ALMAS CELESTES

Esta opinión no sólo pertenece, pues, a poetas y filósofos sino también a las Sagradas Escrituras, y los católicos nos aseguran que los cielos y los cuerpos celestes están animados por ciertas Almas divinas; pues el mismo Eclesiastés nos describe el alma del cíelo, y Jerónimo en su comentario sobre el mismo, la confiesa y reconoce expresamente. Orígenes, de manera similar, en su libro de los Principios, describe los cuerpos celestes como animados, porque se los considera receptores de las órdenes divinas, lo cual sólo compete a una criatura racional; pues está escrito: Llené todos los cielos con mis mandamientos. También se señala que Job estuvo sin que las estrellas fuesen exentas de mancha de pecado pues esto es lo que se lee: Las estrellas no son puras en su presencia, lo cual no puede en verdad relacionarse con su resplandor.

Los cuerpos celestes tienen almas; esta es la opíηíóη de Eusebio Pánfilo en sus soluciones teológicas, y de Agustín en su Enquiridion; entre los modernos, la opinión de Alberto el Grande en sus Cuatro coiguales; de

Tomas de Aquino en sus libros de las Criaturas espirituales; y de Juan Scoto sobre la segunda de las Sentencias; su criterio es segundo por el cardenal Nicolás Cuzan, personaje sapientísimo. Está incluso Aureolo quien apoya en una discusión muy acalorada la existencia de estos cuerpos celestes animados, y que no sería erróneo honrarlos con el culto de dulía e implorar sus sufragios y asistencia; esto lo cohonestaría Tomás sı no temiese que esa ceremonia diese lugar a la idolatría. El mismo Plotino nos dice que conocen nuestras súplicas y las escuchan. Quien se oponga a las opinıones de todos estos grandes hombres y las considere dogmas sacrílegos, deberá escuchar a Agustín en su Enquıridion y en el libro de las Retractaciones; y a Tomás en el segundo libro contra los Gentıles y en los Quodlibetarıos; Scoto sobre las Sentencias; Guillermo de París en la Suma del Universo: ellos le replicarán de consumo que la fe católica no es lesionada porque se diga que los cuerpos celestes están animados o no lo están. Aunque parezca ridículo, pues, a muchos espíritus atribuir almas a las esferas y estrellas y, como los dioses de los Gentiles, suponer que gobiernan cada una sus provincias, ciudades, tribus, pueblos, naciones y lenguas, eso no parecerá extraño a quienes encaren sabiamente esa doctrina.

Capítulo XVI

LAS INTELIGENCIAS Y DEMONIOS, SUS TRES GENEROS DIFERENTES Y SUS DIVERSOS SOBRENOMBRES; LOS DEMONIOS INFERNALES Y SUBTERRÁNEOS

Es preciso ahora, según el orden y conexión de las materias. hablar aquí de las Inteligencias, de los Espíritus v dρ los Demonios. Una inteligencia es una sustancia intelectual. despojada d~• toda masa de cuerpo den-so y corruptible, inmortal, sin función de lo- sentidos, ubicuamente presente e influyente. Y todas las inteligencias-espíritus y demonios son de la misma naturaleza. Aquí llamo demonios no a los que denominamos diαblos sıno a los espíritus que son así llamados según el significado propıo del nombre, como quien diría sapientes, inteligentes y sabios.

Además de lo que los magos nos enseñan, hαy tres clases de estos espíritus. A los del primer orden lis llaman Supercelestes, y almas profundamente separadas del cuerpo. y casi esferas intelectuales, que adoran y sirven al Dios único, su unidad o centro firme y estable donde todos se relacionan: por ello los llaman dioses, porque participan en alguna cosa de lα divinidad, y están siempre llenos de Dios y abrevados con el néctar divıno. Están vueltos hacia Dios; no tienen gobierno sobre los cuerpos del mundo y no sirven al minısterio de este mundo ınferior, sino que reciben

la luz de Dios, pαrα influir sobre los órdenes de abajo, distribuyendo a cada uno de ellos sus oficios.

Inmediatamente después de ellos están las Inteligencias Celestes, que llaman demonios mundanos, porque no se dedican al culto divino sino que se concentran en las esferas del mundo y presiden individualmente los cielos y las estrellas; por ello incluyen tantos órdenes como cielos en el mundo y estrellas en los cíelos; y unos los llaman saturnianos, los que gobernahan el cielo de Saturno y Saturno mismo; los otros, jupiterinos, que debían gobernar el cíelo de Júpiter y Júpiter mismo. De modo parecido, daban sobrenombres a los diversos demonios, según el nombre y virtud de las otras estrellas; y porque los astrólogos de la antigüedad reconocían cincuenta γP cinco movimientos celestes, les asignaron para conducirlos un número parecido de inteligencias o demonios; en el cielo estrellado también ubicaron demonios pαrα gobernar los signos, las triplicidades, los decanatos, los quinarios, los grados y las estrellas; pues aunque toda lα escuela de los filósofos, incluidos los peripatéticos, asignó a cada esfera de estrellas una sola inteligencia, sin embargo, como cada estrella y cada pequeña parte del cielo tiene su propia fuerza e influencia a diferencia de las demás, es necesario que tenga ella misma su inteligencia rectora que le dé su fuerza y le haga accionar. Incluyeron, pues, doce demonios principales para presidir los doce signos del zodíaco, otros treinta y seis demonios para presidir una cantidad parecida de decurias, setenta y dos pαrα presidir una cantidad similar de quinarios del cielo, las lenguas de los hombres y los pueblos, otros cuatro para presidir las triplicidades y los elementos, siete gobernadores de todo el mundo por los siete planetas; y a todos asignaron sus nombres y signos que llaman caracteres, de los que se servían pαrα invocaciones, encantamientos, esculturas y grabados, poniéndolos sobre los instrumentos de sus operaciones, imágenes, láminas, espejos, anillos, cartas, cirios y otras cosas de esa índole, de manera que cuando operaban respecto del sol, efectuaban su invocación con los nombres del sol y con los nombres de los demonios solares, y así con el resto.

En tercer lugar, incluyendo a los Demonios que son como ministros debajo de los otros, para gobernar el mundo inferior, que Orígenes denomina ciertas virtudes que disponen las cosas sobre la tierra; pues en efecto, a menudo nos conducen sin que se los vea en nuestros viajes y asuntos; también con frecuencia se hallan en los combates, y hacen triunfar a sus amigos con el auxilio que prestan sin sentirlo ; pues se dice que pueden, a voluntad, hacernos prosperar, o lanzarnos a lα adversidad. Los distribuyen, de modo parecido, en muchos órdenes y los hay para el fuego, el aire, el agua y la tierra, según la cantidad de las cuatro fuerzas de las almas celestes, el pensamiento, la razón, la imaginación y la naturaleza vivifica v motora. Por ello, los demonios del fuego siguen el pensamiento de las almas celestes, ν contribuyen a la contemplación de las materias sublimes: los demonios del aire siguen a la razón y favorecen el poder racional, lo separan de alguna manera del sensual y vital, sirviendo así principalmente Para la vida activa, como los del fuego lo hacen para la vídα contempla-

tiva; los demonios del agua siguen a la imaginación y el juicio, y son para lα vida voluptuosa; los demonios de la tierra siguen a la naturaleza, y son para la facultad vegetativa.

Además distinguen a este género de demonios en saturnianos y jupiterínos, por relación con los nombres de las estrellas y los cielos. Además incluyen otros ρατα Oriente, otros para Occidente, otros ραrα el Mediodía y otros para Septentrión. En fin, no hay parte del mundo que no tenga sus demonios asistentes y presentes, no como simples asistentes sino principalmente como sus gobernadores en acción, pues se hallan por doquier, aunque entre ellos están los que operan principalmente y envían los efluvios de virtudes más fuertes que los otros. No ha de entenderse esto en el sentido de que están sujetos a las influencias de las estrellas sino más bien que corresponden al cíelo supramundano que es el principal director de todas las cosas y al que deben adecuarse todas las cosas; por ello, tal como los demonios se adaptan a diferentes estrellas así lo hacen en diversos lugares y tiempos, sin depender de tiempo ní lugar, ni de los cuerpos que gobiernan, sino porque responden a los decretos de lα sabiduría que así lo ordenó; por ello favorecen y protegen más estos cuerpos, lugares, tiempos y estrellas. Unos los llaman diurnos, otros, meridianos, y otros nocturnos; asimismo, unos se llaman silvestres, otros montaíieses, otros campestres, otros domésticos; de allí derivan: Silfos, Faunos, Sátiros, Panes, Ninfas, Náyades, Nereidas, Dríadas, Píéridas, Hamadríadas, Potámidas, Hínidas, Agaptes, Palas, Paréadas, Dodonas, Feniles, Lavernas, Parcas, Musas, Aónidas, Castálidas, Helicónides, Genios, Meónidas, Fevíadas, Camenas, Carites, Genios, Lemures y demonios semejantes a los que llaman pueblo de los dioses, y otros, semidioses y semidiosas. Algunos de estos dioses son tan humanos y familiares que están sujetos a las pasiones de los hombres; Platón cree que los hombres efectúan a menudo asombrosas operaciones mágicas, al ser instruidos por esta clase de demonios, de la misma manera que ciertas bestias corrientes entre nosotros, como cisnes; canes y elefantes, con la instrucción de los hombres realizan cosas sorprendentes y por encima de su especie. Las historias de Dinamarca y Noruega narran que en estos países existen demonios de diversos géneros, dedica-dos a servir a los hombres. Además, algunos de ellos son corporales y mortales, sus cuerpos nacen y mueren, pero viven largo tiempo; esto es lo que creen los egipcios y platónicos, sosteniendo esta opinión principal-mente Proclo. Plutarco, Demetrio el filósofo y Emiliano el retórico aseguran lo mismo, pues dan testimonio de que entre los prodigios de sus tiempos, el gran demonio Pan y muchos οττος, tras llorar y proferir gran-des gritos, murieron.

Según la opinión de los platónicos se dice que hay tantas legiones de demonios de este tercer género como estrellas en el cielo, y que hay tantos demonios en cada legión como el número de estrellas en el cielo. Estáη los que hacen ascender el número verdadero de buenos espíritus, cono lo registró por escrito Αταιιαsío, considerado el número de hombres. a 99 partes. según la parάbola de las cíen ovejas; otros lo hacen ascender

a nueve partes solamente según la parábola de las diez dracmas; otros estıman que el número de ángeles es igual al de los hombres, pues está escrito: El limita los lindes de los pueblos según el número de los ángeles de Dios. Muchos otros autores escribieron muchas otras cosαs respecto del número de ángeles; pero los teólogos más recientes, Agustín y Gregorio, siguiendo al maestro de las sentencias, ınfieren que la cantidad de ángeles buenos sobrepasan al espíritu de todos los hombres, a la cual corresponde una cantidad opuesta, infinita, de espíritus inmundos, de igual proporción en el mundo inferior que la de espíritus puros en el mundo superior, y algunos teólogos dicen haberlo sabido mediante los oráculos.

Debajo de aquéllos incluyen al género de Demonios Subterráneos o tenebrosos, que los platónicos denominan ángeles desertores, vengadores de crímenes e impiedades, según el decreto de la justicia divina. Tambıén los detiominann demonios malos y espíritus malignos, porque ofenden y causan mal voluntariamente. Se hace ascender su número a muchas legiones; también se efectúa lα distinción según los nombres de las estrellas y los elementos, y las partes del mundo; y se les asignan reyes, príncipes y presidentes, con sus nombres. Entre ellos fueron escogıdos como jefes cuatro reyes muy maléficos, de igual proporción a las partes del mundo; bajo estos reyes mandan muchos otros demonios jefes de legiones, y de modo parecido muchos otros debajo de éstos, que tienen oficios particulares. De allí las Gorgonas, los lobos-duendes, las furias; de allí Ctesífone, Alecto, Megere y Cerbero. Esto es lo que dice Porfírio de esta clase de demonios: habitan en un lugar cercano a la tierra o, mejor, en las entrañas de la tierra; no hay maldad que no pongan en práctica; tienen humor totalmente violento e insolente, por lo que se hallan en frecuentes maquinaciones y tienden las emboscadas más violentas y súbitas; y cuando efectúan sus incursiones se ocultan en parte, y en parte practican la violencia, regodeándose dondequiera reinan lα injusticia y la discordia.

Capítulo XVII

LOS ÁNGELES SEGUN LAS OPINIONES DE LOS TEOLOGOS

En cuanto a nuestros teólogos, en comunión de espíritu con Dionisıo, concretan tres diferencias de Angeles y los dividen cαdα una en tres órdenes, creando así tres diferencias y nueve órdenes en total; a los órdenes los llaman Jerarquías, y a las diferencias, Coros. Proclo también los divide en nueve.

En la primera jerarquía inclıyen a los Serafines, los Querubines y los Tronos, como demonios o espíritus supercelestes que contemplan el orden de la divina Providencia: los primeros, en la bondad de Dios; los

segundos, en la esencia de Dios y en su forma; los terceros, en su sabiduría. Incluyen en lα segunda jerarquía a las Dominaciones, las Virtudes y las Potestades, como demonios mundanos que cooperan en el gobierno del mundo: los primeros de elles ordenan lo que los otros ejecutan; los segun-dos administran los cielos y cooperan a veces en la realización de milagros; los terceros rechazan lo que aparentemente puede perturbar la ley divina. En la jerarquía tercera y última, incluyen a los principados, les arcángeles y los ángeles, que Jámblico computa de ιgual modo; éstos cumplen el oficio de demonios ministros, y tienen a su cargo la custodia de las cosas de este mundo inferior: los primeros de elles se encargan de las

cosas públicas, de los príncipes y magistrados, de las provincias y reinos, cada cosa con su ángel; de allí deriva que en Daniel aparezcan estas pαlαbras: el príncipe del reino de los Persas se opuso a mí durante veintiún días; y Jesús, hijo de Sirac, atestigua que a cada nación se ha asignado un ángel rector, lo que Moisés también nos lo revela en el cántico del Deuteronomio, al decir que el Altísimo, al, separar las naciones de la tierra, las limitó según el número de ángeles de Dios; los segundos asisten a los sacrificios, dirigen el culto divino de cada hombre, y ofrecen, en presen-

cia de los dioses, las plegarías y los sacrificios de los hombres; los terceros disponen de las cosas menores y son los guardianes de cada uno en particular, entre les cuales están también los que dan la fuerza y la virtud a las

hierbas y piedras más pequeñas y a todas las cosas inferiores, que tienen muchas cosas comunes con Dios y muchas con los hombres, y son los ministros mediadores,

Pero Atanasio, además de los Tronos, Querubines y Serafines, que están más cerca de Dios, y que lo ensalzan con himnos y alabanzas sin fin, rogando también por nuestra salud, nombra otros siete órdenes que llama con el nombre común de milicia del cíelo. El primero de ellos es el orden de los Doctrinarios, integrado por quien habló a Daniel, diciéndole: "Vine

a tu encuentro para enseñarte lo que sobrevendrá a tu pueblo en los últi-mos tiempos". Luego sigue el orden de los Tutelares, del que se habla en Daniel: "He aquí Miguel, uno de los príncipes que llegó en mi auxilio...

entonces surgirá el gran príncipe Miguel que está de parte de los hijos de tu pueblo"; en este mismo orden estuvo también el que condujo al joven Tobías. Después de este segundo orden está el de los Procuradores, del que se habla en Job, donde se leen estas palabras: "Sι se halla un ángel que hable por él, rogará al Señor y obtendrá su favor"; se explica también sobre éstos en lo que registra el capítulo XVI del Eclesiastés, *ín fine* (sic) : "En el juicio de Dios su obra es desde el comienzo, y desde la institución de los hombres distinguió sus porciones, no tuvieron hambre nι trabajaron, y no abandonaron sus obras; nadie causará angustias a su prójimo durante la eternidad". Sigue después el orden de los Ministros, del que Pablo, en su Epístola a los Hebreos, habla en estos términos: "¿No son todos espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los

que serán herederos de la salvación?" Después de ellos está el orden de

los Auxiliares, de los que se habla en Isaías en estos términos: "Salió una

vez el ángel del Señor y abatió a ciento ochenta y cinco mil en el campo de los asirios". Detrás de este orden está el de los Receptores de las almas, de los que se lee en Lucas que el alma de Lázaro fue llevado al serio de Abraham por los ángeles, y este mismo pasaje nos enseña a hacernos amigos del Mammon de la iniquidad para que seamos recibidos en los tabernáculos de la eternidad. Por fin está el orden de los Asistentes, de los cuales se lee en Zacarías: "Aquí están los dos hijos del óleo del esplendor que son los asistentes del dominador de la tierra universal".

En cuanto a los teólogos hebreos, cuentan y denominan de otra manera estos órdenes diferentes. El sitio más elevado es ocupado por los llama-dos חיות הקדש , es decir, los animales de santidad, o vidas, por los cuales Dios אהיה distribuye el don del ser. El lugar siguiente es ocupado por los *Ophanim,* אופנים , es decir, las formas o ruedas, por las que Dios ייהוה disipa el caos. En tercer lugar están los *Aralim* אראלים , los ángeles grandes, fuertes y robustos, por los cuales el *Tetragramma Elohim* pronunciado o el *Tetragramma* junto con *Hei* היהוה, dirige la forma del flujo de la materia. En cuarto lugar están los *Hasmalim,* השמלים por los cuales *El* la modela las efigies de los cuerpos. En quinto lugar está ubicado el orden de los *Serafines,* שרפים , por los cuales Dios *Elohim Gibor* אלהים ניבר extrae los elementos. El sexto es *Malachim,* מלכים , es decir, los ángeles por los cuales *Eloha* אלה produce los metales. El séptimo, *Elohim* אלהים; es decir, los dioses, por los cuales el Dios tetragramma *Sabaoth* יהוה צבאות produce los vegetales. El óctavo *Ben Elohim* בני אלהים, es decir los hijos de los dioses, por los cuales Dios *Elohim Sabaoth* אלהים צבאות procrea los anímales. El noveno e inferior, *Querubines* כרובים, por los cuales Dios *S a d a i* שדי se ocupa del género humano. Debajo de todos estos órdenes está el orden animástico, denominado *Issim,* אישים es decir héroes, hombres fuertes y bienaventurados, por los cuales Adonai ynda derrama el don de profecía

Capítulo XVIII

ORDEN DE LOS DEMONIOS MALIGNOS, SU CAIDA Y NATURALEZA DIVERSA

Hay doctores en teología que suelen efectuar nueve clasificaciones de Demonios Malignos, como igual proporción de tropas adversarias de los nueve órdenes angélicos. La primera clase de estos espíritus malignos son los séudodioses, los falsos dioses, así llamados porque usurpan el nombre de Dios y pretenden hacerse adorar como dioses; exigen sacrificios y adoraciones, como el demonio que dijo al CRISTO: "Si me adoras proster-

nándote en tierra, te daré todo lo que ves", mostrándole todos los reinos de la tierra; y su príncipe es el que dijo: "Me elevaré sobre lo alto de las nubes y seré semejante al Altísimo"; por ello se llama Belcebú, es decir, viejo dios. Después de ellos están los *espíritus mentirosos,* como el que

salió de la boca de los profetas de Acab, y su príncipe es la famosa serpiente Pitón que dio el nombre de Pitio a Apolo, y de Pitonisa a la mujer de que habla Samuel y a la otra mencıonada en el Evangelio que lleva a Pitón en el vientre; esta clase de demonios se mezcla con los oráculos e ilusiona a los hombres con adivinaciones y falsas predicciones de modo que los engañan. La tercera clase de estos espíritus son los *vasos de iniquidad,* también llamados vasos de ira; son los inventores de maldades y toda clase de artificios para causar mal; como en Platón el demonio Theuro, que enseña a los hombres los pasatiempos y juegos de azar, pues estos desdichados apegos humanos son fuente de todo género de crímenes, maldades y depravación corporales y espirituales. De ellos habla Jacob en el Génesis respecto de las bendiciones de Simeón y Leví: Los vasos de iniquidad están en sus habitaciones; mí alma no deberá participar de sus asambleas. El Salmista los denomina vasos de muerte; Isaías, vasos de furor; Jeremías, vasos de cólera; y Ezequiel, vasos de crimen y corrupción; y su jefe se llama Belial, que significa desobediente, prevaricador y apóstata, del cual habla Pablo en su Epístola a los Corintios en estos términos: ¿Cómo hacer coincidir al CRISTO con Belíal? En cuarto lugar están los *vengadores de crímenes,* que tienen por jefe a Asmodeo, es decir, ejecutor del juicio. Después de ellos sıguen en quinto lugar los *prestigia-dores* que falsifican milagros *y* son instrumentos de cacómagos y malhechores que engañan al pueblo con sus milagros, igual que la serpiente sedujo a Eva; su príncipe es Satán, del que está escrıto en el Apocalipsis que sedujo al unıverso, dαndo grandes señales de su poder y haciendo descender el fuego del cíelo en presencia de los hombres, seduciendo así a los habitantes de la tierra con los milagros que le está permitido realizar. En sexto lugar se presentan los *poderes del* aire; estos espíritus malignos se mezclan con truenos, rayos y centellas, corrompen el aire, y producen pes-tes y otros males; a ellos pertenecen los cuatro ángeles mencionados en el Apocalipsis, que tienen permiso para perjudicar al mar y lα tierra, controlando con su poder los cuatro vientos que soplan desde los cuatro rıncones de la tíerra; su jefe se llama Merírím, es decir, demonio del mediodía, espíritu de calor y tempestad, demonio furioso del Mediodía, aquél a quien Pablo denomina, en su Epístola a los Efesios, príncipe del poder del aíre de este mundo y espíritu que actúa sobre los hijos de la astucia. El séptimo lugar es ocupado por las *furias,* y éstos son los espíritus que derraman males sobre la tierra, discordias, guerras, desolaciones y pillajes; su príncipe se llama Abaddon, es decir, exterminador, devastador. En octavo lugar están los *incriminadores* o exploradores, que tienen por príncipe a Astaroth, es decir, explorador y espía, llamado Diábolos en griego, es decir, incrímínador o calumniador, el cual en el Apocalipsis es denominado acusador de nuestros hermanos, acusándolos día y noche en presencia de

nuestro Dios. Por fin, en último lugar están los *tentadores* o insidiosos, que siguen individualmente a su hombre, y son aquéllos a los que, por esa causa, llamamos, genios malignos, y su jefe es Mammon que se interpreta como codicia.

Todos los doctores admiten de común acuerdo los espíritus malignos, errantes en este mundo inferior, enemigos de todo el mundo, que por ello se llaman diablos. De ellos habla Agustín en el primer libro de la Encarnación del Verbo, dirigido a Januario, donde dice: "La iglesia ha enseñado, en su predicación, que existen realmente en este bajo mundo, pero no ha determinado con demasiada claridad cuáles son ní de qué manera existen". He aquí, sin embargo, la opinión que muchos autores tienen sobre estas clases de espíritus, en el sentido de que este diablo fue un ángel que apostató, juntó muchos ángeles consigo, los cuales hasta ahora se llaman sus ángeles. No obstante, Grecia no cree que todos estos espíritus estén condenados ni que sean malos con propósito deliberado, sino que. desde la creación del mundo, la disposición de las cosas estuvo ordenada de manera que los espíritus malignos fuesen verdugos de las almas 1,ecadoras. Los otros teólogos dicen que los demonios malignos no fueron creados sino que surgieron de entre las filas de los ángeles buenos, expulsados del cíelo a causa de su prevaricación; y no sólo los teólogos y los doctores hebreos, sino también los asirios, árabes, egipcios y griegos nos confirman, con sus doctrinas, la caída de estos espíritus desdichados. Ferécides Síro nos describe la caída de los demonios, y dice que Ofis, es decir, serpiente demoniaca, fue jefe de este ejército de espíritus rebeldes. Esa misma caída nos la narra Trismegisto en el Pymandro, y Humero la cantó en sus versos bajo el nombre de Atarum. Plutarco, en su discurso de la usura, nos da a entender que Empédocles estaba al tanto de la caída de los demonios. Los mismos demonios confesaron la desdicha de su caída en muchas ocasiones. Estos espíritus miserables fueron precipitados en ese palle de miseria; una parte vaga cerca de nosotros, en este aíre tenebroso; cros en su habitación de los lagos, los ríos y los mares; otros sobre la t rra aterrorizan a los terrestres, y se lanzan sobre quienes cavan pozos y b i rgan las entrañas de la tierra para hallar allí metales, producen las aberturas de las tierras, conmueven los cimientos de las montañas y no sólo atormentan a los hombres sino también a los anímales; los otros sólo se ríen de ellos por sus ilusiones, trabajan más para fatigarlos que para causarles mal: otros se elevan por sobre las alturas ordinarias asumiendo cuerpos de gigantes, o se achican y reducen hasta tomar la pequeñez de pigmeos y, adoptando muchas figuras, producen de esa manera falsas alarmas a los hombres; otros se dedican a mentir y blasfemar, como el demonio del que habla el tercer libro de los Reyes, que dice: "Saldré y seré espíritu de mentira en la boca de todos los profetas de Acab". La clase más alta de estos demonios corresponde a quienes obstruyen los grandes caminos, se lanzan sobre los transeúntes, se solazan en guerras y efusiones de sangre, y afligen a los hombres con crudelísimos ataques. Hallamos algo de este estilo en Mateo donde se documenta que la gente los

temía tanto que no osaba cruzar por el camino que ellos importunaban. Después de todos éstos, la Escritura nos habla también de los demonios llamados de noche, de día, y de mediodía; describe otros espíritus maléficos con diversos nombres, como leemos en Isaías: onocentauros, erizos, peludos, sirenas, lamias, mochuelos y avestruces; y en los Salmos; áspides, basiliscos, leones y dragones; y en el Evangelio a menudo se lee estos vocablos: Mammon, príncipes de este mundo y gobernadores de las tinieblas, que tienen en su totalidad a Belcebú como jefe, llamado también príncipe de depravación. Porfírio dice que su príncipe es Serapis, que los griegos también denominan Plutón; asimismo, tienen como general a Cerbero, el can tricéfalo, así llamado porque se halla en tres elementos: aire, agua y tierra, y es un demonio muy pernicioso ; de allí deriva que Proserpina, con mucho poder sobre estos elementos, sea una de sus jefes, según su propio testimonio en las respuestas de estos versos:

Soy Lucina, la hija de tres naturalezas, lα rubia Febé de tres cabezas de toro, que descendida del cielo toma muchas formas, señalada por tres signos, triple simulacro de la tierra, del aíre y del fuego, porque custodio la tierra con mis dogos negros.

Este es el juicio de Orígenes sobre los demonios: Si los demonios, que por propia voluntad, junto con su jefe el diablo, dejaron de servir al Señor, hubiesen comenzado poco a poco a arrepentirse, habrían encarnado humanamente, de modo que, luego, mediante esa penitencia, al asumir la misma ruta después de la resurrección que la asumida para encarnar humanamente, habrían podido retornar de su exilio a la visión de Dios, y ser librados entonces de cuerpos etéreos y aéreos, y todos los poderes del cíelo, de la tierra y de los infiernos habrían doblado sus rodillas prosternados ante Dios, para hacer que Dios sea todas las cosas en todos. Además, el Divino Ireneo aprueba la opinión del mártir Justino, que dijo que Satán ρo osó en parte alguna del mundo a blasfemar contra Dios, antes de la venida del Señor a la tierra, porque todavía ignoraba su condición. La mayoría de estos demonios caídos espera la salvación; esta es la opinión de muchos, según la historia de Pablo el ermitaño, escrita por Jerónimo y reverenciada en las horas canónicas por toda la Iglesia; y, según la leyenda de Brandano, sostienen que sus plegarias serán escuchadas, o bien por la razón que leemos en el Evangelio en el sentido que el CRISTO atendió la plegaria de los demonios, permitiéndoles entrar en una piara. Estas opiniones son también apoyadas por la autoridad del Salmo 71 según ᴾuestro cómputo y 72 según los hebreos, donde leemos que los etíopes se postrarán ante él y sus enemigos lamerán el polvo ; allí se lee, según la ver-dad hebrea: Los habitantes de lα soledad doblarán las rodillas ante él —es decir, los espíritus aéreos le adorarán, según los cabalistas¯, y sus enemigos lamerán el polvo— es decir, lo que interpretan sobre Zazele y su ejército, del cual leemos en el Génesis: "Comerás tierra todos los días de

la vida". El profeta dice en otra parte: "Porque el polvo de la tierra es su pan". Con ese espíritu los cabalistas creen también que algunos demonios se salvarán y es cierto que esa fue, de modo parecido, la opinión de Orígenes.

Capítulo XIX

LOS CUERPOS DE LOS DEMONIOS

Los teólogos y filósofos modernos son contestes respecto de los Cuerpos de los demonios, pues Tomás afirma que todos los ángeles carecen de cuerpo, incluidos los demonios malignos, pero que a veces toman cuerpos que luego desechan pronto, y Dionisio dice constantemente, en los Nombres Divinos, que los ángeles carecen de cuerpos. No obstante, Agustín, al hablar sobre el Génesis, se expresa así: "Los demonios son considerados animales de aíre y fuego, porque son vigorosos mediante lα naturaleza de los cuerpos aéreos, y no se disuelven con lα muerte, ya que en ellos el elemento es más apropiado para actuar que para padecer". El mismo autor parece establecer que los ángeles, desde el comienzo de su creación, tuvieron cuerpos aéreos formados con la porción más pura y elevada del aíre, aptos para actuar y no para padecer, y que, tras la conformación, aquélla se conservó en los ángeles buenos, mientras que se modificó en los malos, al caer, en el aire más burdo, de manera que pueden ser atormentados con el fuego. El gran Basilio atribuye cuerpos a los demonios y ángeles puros por igual, que son como espíritus sutiles, aéreos y puros. Gregorio Nascianceno comparte la misma opinión. Apuleyo cree que los demonios carecen de cuerpo, ya que en el libro del demonio de Sócrates, habla así: "Hay otra clase de demonios más nobles, libres, desapegados del cuerpo, a los que se invoca con ciertas oraciones". Pero Pselo, platóníco y cristiano, no cree que la naturaleza de los demonios carezca de cuerpo; no obstante, el cuerpo angélico no es igual al demoníaco; pues el cuerpo del ángel está exento de toda materia y el del demonio es, en alguna medida, material, como los cuerpos de las sombras, y está sujeto al padecimiento, de manera que siente el dolor al golpeársele y el fuego le convierte en cenizas visibles, lo cual se dice que ocurrió en otro tiempo en Toscana. Y aunque se trate de un cuerpo espiritual, no obstante es muy sensible y sufre ante el contacto; y aunque esté cortado, se vuelve a unir y rehacer como el aire y el agua, mientras experimenta gran dolor; por ello los demonios temen al tridente, las flechas y las espadas; de allí surge lo que en Virgilio dice la Sibila:

Hazte a un lado y desenfunda tu espada.

A este respecto, Servio dice que Eneas quiso tener una espada consagrada. Orfeo describe también los géneros de cuerpos demoníacos. En verdad, hay una clase de cuerpo que no está compuesto sino por fuego, pero que es invιsible, y a los de esa índole Orfeo los llama demonios ígneos y celestes. Hay una segunda clase compuesta de fuego y aire mezclados y surtidos por igual, la de los demonios etéreos y aéreos; si en la composición de esta clase de cuerpo entra alguna porción de agua, resulta una tercera clase de cuerpos de donde derivan los demonios acuosos, que a veces se observan; sí a eso se suma algo terrestre que no sea burdo, se los llama demonios terrenos, que entonces son más evidentes y cαptαbles con nuestros sentidos. En cuanto a los cuerpos de los demonios más elevados (los ángeles), están compuestos del elemento etéreo más puro, son totalmente invisibles en general, a menos que, por permiso divino, no descubren su apariencia. Lα textura de estos cuerpos está constituida poτ hilillos tan transparentes y sutiles que nuestros rayos visuales no pueden descubrirlos, deslumbran con su esplendor y no resultan patentes por su sutileza; Caicidio dice lo siguiente: "Hay demonios etéreos y aéreos con proporción tal de fuego que no los torna transparentes y otra proporción de tierra que no los torna sólidos al tacto, y su conjunto es un nexo de serenidad etérea y liquidez aérea que forma una superficie inalterable".

Los otros demonios no son recomendables ní despreciables; no siempre son invisibles, a veces aparecen y se transforman en diversas figuras; también asumen formas de sombras, de simulacros muertos, con grasa y humedad de cuerpos grasos; tienen una comunicación excesiva con *Sylva* (αlmα maligna según los antiguos), y a causa de su proximidad con la tierra y el αgυα, están también sujetos a los placeres y lubricidad terrestres; así son las lamías, los íncubos y los súcubos, v la conjetura que incluye entre éstos a la Melusina no carece de razón; entre los demonios no hay machos ni hembras (según opinión de Marcos) ; esa diferencia sexual es de los cuerpos compuestos y no de los demoníacos, que son simples. Cada especie (le demonios no puede realizar toda clase de figuras a voluntad; los de aire y fuego pueden asumir las formas de todo lo que concibe su imaginación; en cuanto a los demonios subterráneos y tenebrosos, debido a que su fantasía se halla encerrada en la estrechez (le un cuerpo espeso y pesado, no pueden crear esa diversidad (le figuras que realizan los demás. Los demonios del agua y los que habitan la superficie de la tierra, toman, a menudo, de la blandura del clemente, figura (le mujeres; así son las Náyades, pero las Dríadas habitan sitios secos y áridos, y con cuerpos más áridos aparecen bajo el sexo masculino y adoptan la figura de Sátiro, de Onósceles con patas de asnos, de Faunos, de Silfos y de íncubus, de los que Agustín documentó poτ escrito y muchos saben por propia experiencia, que a menudo acosan y persiguen a las mujeres, en procura de compañía, y que ciertos demonios, que los gαlos llaman dusιanos, buscan sin cesar esa lubricidad.

Capítulo XX

LA HOSTILIDAD DE LOS DEMONIOS MALIGNOS Y LA PROTECCION DE LOS BUENOS QUE VELAN POR NOSOTROS

Todos los teólogos coinciden en que los Demonios Malignos son de una naturaleza tal que odian por igual a dioses y hombres; por ello la Providencia divina puso cerca de nosotros a los Demonios más Puros, a quienes nos recomendó como pastores y conductores para que nos asistan todos los días, rechacen a los demonios malignos, los detengan y atemoricen pαrα que no nos causen el mal que desearían; así, en Tobías, se lee que Rafael atrapó al demonio llamado Asmodeo y tos dejó en el desierto del Alto Egipto. Así habla Hesíodo de estos espíritus: "Son 30.000, viven sobre la tierra que los nutre; están puestos por Júpiter como guardianes inmortales pαrα observar la justicia y la misericordia, revestidos de aíre y desplazándose ubicuamente por la tierra; pues no podría haber príncipe ni persona importante que pudiera vivir segura, ni mujer alguna podría salvar su pureza, nadie de este valle de la ignorancia llegaría al fin propuesto por Dios, sí los buenos demonios no custodiasen en torno de nosotros, o sí los demonios malignos estuviesen autorizados a satisfacer los malos designios de los hombres". De manera que cada uno de nosotros tiene como custodia particular a uno de estos demonios buenos, que le fue enviado para dar fuerza al espíritu del hombre y guiarlo hacia el bien; también nos es enviado uno de los malos como ehemigo, que preside la carne y el deseo, y el buen guardián combate por nosotros en favor del espíritu contra el enemigo y la carne; el hombre, en medio de estos comba-tes, librado a su propia decisión, confiere la victoria a quien quiere. Por eso no podemos acusar a los ángeles sí no conducen las naciones que les son confiadas al conocimiento del Dios verdadero, a la piedad y religión verdaderas; y sí las dejan caer en errores y cultos perversos; es preciso acusar a quienes voluntariamente abandonaron el camino recto, apegándose a los espíritus del error, acordando lα victoria al diablo; pues el hombre tiene en sus manos el poder de tomar el parido que quiera y de vencer sí así lo desea, y si supera a su enemigo, el demonio se convierte en su esclavo, y una vez vencido no puede atacar a otro, igual que una avispa que quedó sin aguijón. A esta opinión adhiere Orígenes en su libro Pe*riarchon,* concluyendo que los santos combaten contra los malos espíritus, y al salir victoriosos, debilitan sus ejércitos, de modo que quien fue vencido por alguien, luego no puede inquietar más a otro. Cada hombre recibió un buen espíritu y un diabólico espíritu maligno; ambos buscan unirse con nuestro espíritu y procuran atraerlo hacía ellos y mezclarse en sus asuntos, como el vino que se mezcla con el agua. El bueno, de un lado, por medio de buenas obras que le convienen, al unirnos a los ángeles cambia nuestra naturaleza, como está escrito respecto de Juan Bautista en Malaquías: "He aquí que te envío mí ángel ante tu faz". En otra parte

está escrito acerca de esa transmutación y unión: "Quien se apega a Dios se convierte en un espíritu con él. De modo parecido, el demonio maligno trabaja en nosotros para convertirnos en semejantes y apegados a él por medio de malas obras . n las que nos compromete, como dice el CRISTO respecto de Judas: "¿No os he elegido a los doce y uno de vosotros es el diablo?" Y ésto es lo que dice Hermes: "Cuando un demonio se desliza en un alma humana derrama semillas de su propia idea, lo que hace que esα alma cargada con estas semillas, llena de furor, realice por este medio cosas asombrosas y todas las operaciones correspondientes a los demonios:
pues el buen demonio, al entrar en un alma santa, la eleva a la luz de la sabiduría, mas el demonio maligno, deslizado en un alma despravada la lleva al robo, al homicidio, a la lubricidad y a todos los quehaceres de los demonios malignos". Los buenos demonios, dice Jámblico, purifican las almas en la perfección, manifiestan en nosotros su diversidad, con su presencia nos dan la salud corporal, lα fuerza espiritual y la tranquilidad de pensamiento, destruyen en nosotros los gérmenes de la muerte, activan el calor, fortaleciéndolo para conservar la vida, y derraman armoniosamente unα luz perpetua en el pensamiento inteligible.

Los teólogos discuten sobre sí el hombre tiene muchos guardianes o uno sólo. Creemos que tiene muchos, según lo que expersa el Profeta: Encomendó a sus ángeles tu cuidado para cuidarte dondequiera vayas. Esto se entiende según el testimonio de Jerónimo, no sólo del CRISTO, sino también de todo hombre en particular. Todos los hombres son, pues, gobernados por el ministerio de diversos espíritus, y conducidos en cada grado de virtud, mérito y dignidad, según su dignidad y buenos oficios; por el contrario, los indignos son humillados por los demonios malignos, y al mismo tiempo por los buenas espíritus, y empujados hasta el último grado de miseria según la exigencia de sus faltas. Todos los custodiados por los ángeles más sublimes están por encima de los demás hombres; pues los ángeles que los cuidan los elevan y someten a otros mediante cierta fuerza secreta, y aunque no se lo perciba, no obstante se siente cierto yugo de preeminencia del que no es fácil librarse, y se teme y reverencia esa fuerza y poder que los ángeles superiores envían a sus superiores, y que reprimen a los inferiores con el terror de la preeminencia.

Parece que Humero opinaba así cuando dice que las musas hijas de Júpiter son siempre compañeras inseparables en presencia de los reyes hijos de Júpiter, tornándolos venerables y majestuosos. Así leemos que Marco Antonio, luego de hacerse muy amigo de Octavio Augusto, jugaba a me-nudo con éste, quien le ganaba siempre. Un mago le dio este consejo en secreto: Antonio, ¿por qué os juntáis con este joven? Huid de él, evitadle, pues aunque tengáis más edad y experiencia que él, y seáis de más ilustre familia, y hayáis sido más grande emperador que él en las guerras que dirigisteis con tantos hombres y victorias, no obstante vuestro genio teme al genio de este joven, y vuestra fortuna adula a la suya; si no huís lejos, es posible que os abandone por entero y se apegue a él. ¿Un príncipe no es un hombre como los demás? ¿Cómo le temerán y

reverenciarán entonces sí el terror divino quo lo rodea no lo elevara por encima de los demás, y si no los humillara sacudiéndolos de temor a fin de que le reverencien como su príncipe? Por ello es que debemos esforzarnos mucho a fin de que, purificados por las buenas obras, persiguiendo las cosas divinas, escogiendo los tiempos y sitios oportunos, lleguemos al rango de los ángeles más elevados y potentes que cuidan de nosotros, y merezcamos con justicia la preferencia sobre los demás.

Capítulo XXI

LA OBEDIENCIA A NUESTRO GENIO
Y EL MODO DE DESCUBRIR SU NATURALEZA

Así como cada país tiene su estrella cierta en el cielo y su imagen celeste, también tiene en las jerarquías supercelestes una Inteligencia que 10 gobierna y protege con una infinidad de otros espíritus o demonios de su orden como sus ministros, que reciben en total el nombre común de hijos *de Elohim Sabaoth* צבאות בני אלהים, o sea, los hijos del Dios de los Ejércitos. Por ello todas las veces que el Altísimo libre guerra, un sangriento combate, la desolación de un reino y la humillación del pueblo en sus reductos, al igual que lo que debe sobrevenir sobre la tierra. habrá antes una batalla entre los espíritus de las Alturas como está escrito en Isaías: "El Señor de los Ejércitos revistará el Ejército del Altísimo en la Altura y el de los reyes de la tierra sobre la tierra". En Daniel hallamos este combate de espíritus y jefes, por ejemplo, del príncipe del reino de los persas, del príncipe de los griegos, del príncipe del pueblo de Israel y el combate entablado entre ellos. Parece que Homero compartió esta opinión, al cantar:

Un estrépito resonó en la corte celestial cuando, de uno y otro lado, los dioses se lanzaron a cruel lucha: Febo Apolo guerreó contra Neptuno, Palas Atenea luchó contra Marte, Diana, con el carcaj en la espalda, combatió contra Juno, Cilene alado abrumó a Latona con sus flechas.

En cada región hay toda clase de espíritus y demonios, pero los más poderosos son los que pertenecen al orden que preside esa región. Así en la región del sol los espíritus solares son más, fuertes que los demás; en la región de la luna predominan los espíritus lunares, y así en el resto; por eso, acorde con nuestra opinión, al cambiar de lugares y provincias sobrevienen diferentes acontecimientos en nuestros asuntos y negocios; y lα mayor o menor fortuna correspondiente depende de que el demonio que es nuestro genio haya recibido más poder o que hayamos obtenido un demonio más poderoso del mismo orden. Así los hombres

solares, sí entran en una región o provincia gobernada por el sol, serán allí más felices, porque tendrán conductores o genıos más poderosos y favorables, los que, al presidir con mayor preeminencia, hacen que todos los negocios culminen a menudo felizmente. superando sus fuerzas y esperanzas. Esa es la razón de que haya q~e escoger el lugar, el pαís y el tiempo donde se pueda trabajar, habitar y frecuentar, según la naturaleza y el instinto de su genio, sí se quiere tener más buena fortuna en la vida. A veces también es bueno cambiar de nombre, ya que como las propiedades de los nombres son índices (le las cosas mismas, relacionando como un espejo las condiciones de sus formas, de allí surge que, al cambiar de nombre, a menudo ocurre que cambian las cosas. Por ello es con razón que las Sagradas Escrituras expresan que cuando Dios estuvo a punto de bendecir a Abram y Jacob, cambió sus nombres y a uno lo llamó Abraham y al otro Israel:

Los sabios de la antigüedad enseñan a conocer la naturaleza del genio del hombre, por los astros *y* sus influencias, *y* los aspectos de los que aparecen con el nacimiento de cada uno, pero 10 efectúan con doctrinas tan diversas y cπntrarias que es dificilísımo obtener de sus manos los misterios de los cíelos. Porfirio busca el conocimiento del genio en la estrella que domina el nacimiento; y Materno lo obtiene de allí o de los planetas con muchas dignidades, o del astro cuya casa esté ocupada por la luna después de lα que ella ocupa al nacer el hombre. Los caldeos sólo buscan conocer al genio en el sol o la luna. En cuanto a los demás, incluidos muchos hebreos, creen que es preciso sacarlo de un polo cardinal de los cíelos, o de todos. Otros creen que al buen genio hay que hallarlo en la undécima casa, llamada por eso demonio bueno, y que el genio malo debe buscarse en la sexta casa, llamada por eso demonio malo. Pero como la búsqueda de estas cosas es ardua y muy oculta. nnos costará menos trabajo determinar cuál es lα naturaleza de nuestro genio, atendiendo a lo que nos sugiera nuestra alma (cuando está libre de trabas, purificada de vanos pensamientos y malos afectos, limpia de todo contagio como en la infancia) a lo que nos dicte el instinto de la naturaleza, y a lo que el cielo incline. Estos son, sin duda, los consejos dados por el genio a cada uno, desde el comienzo de su nacimiento, y que nos ıncita y encamina hacia donde su estrella nos inclina.

Capítulo XXII

LOS TRES GUARDIANES DE CADA HOMBRE; SUS ORIGENES

No hay hombre sobre la tierra que no tenga como Gʋardián un demonio Triple v bueno; uno es sagrado, el segundo es de nacimiento, y el tercero es de profesión. El Demonio sagrado, según la doctrina de los

egipcios, no deriva de astros ní planetas, sino de una causa superior, del mismo Dios, dueño de los espíritus, que lo asignó al alma racional en su descenso; ese espíritu es universal, por encima de la naturaleza. Es el (lírector de la vida del alma y presenta siempre buenos pensamientos ,+ la mente, actuando en nosotros sin cesar, comunicándonos la luz, aunqu' no lo advirtamos siempre; mas una vez libres de pecados, sí llevamos una vida tranquila, entonces le reconocemos, se queda con nosotros y nos hace oír su voz aunque antes guardase silencio en nuestra presencia, y se ocupa sin cesar de hacernos llegar a la perfeccíón sagrada. Así, con la ayuda de este demonio podremos torce! la malignidad del destino, y sí lo honramos religiosamente con bυετιas .bras y vídα santa, como sabemos que Sócrates lo hizo, los platónicos een que nos da un maravilloso auxilio tanto con sueños como con sígnos, desviando los males que nos amenazan y conservando y procurando los bienes con gran esmero; por ello los pitagóricos, al entonar sus himnos, por lo común ruegan a Júpiter que los preserve del mal o les diga qué demonio puede cometerlo.

El segundo Demonio es de progenie o nacimiento, llamado también genio; nos llega de la disposición del mundo y del giro de los astros que pasan durante el nacimiento. Hαy autores que creen que eI alma, a punto de descender en el cuerpo, escoge este guardián en el coro de los demoníos y no es dueña de elegirlo como su conductor si él, de su parte, no quiere tomarla bajo su tutela. Este espíritu es el ejecutor y conservador de la vida, la concilia con el cuerpo, la cuida tras comunicarla al cuerpo, y ayuda al hombre a cumplir el oficio al que los poderes celestes lo destinaron al hacer. En consecuencia, todos los que recibieron un genio feliz son virtuosos en sus obras, capaces, fuertes y prósperos; por esa razón los filósofos los llaman afortunados o bien nacidos.

El Demonio de la profesión se recibe de los astros que presiden la profesión o secta a la que pertenece un hombre, y el alma lo escoge tácitamente cuando comienza a usar la elección y una vez que adoptó una regla de vida. Este demonio cambia cuando sobreviene cambio de profesibτι; entonces, según la dignidad de la profesión, se recíbe demonios de profesión más dignos y de orden más elevado, que cuidan sucesiva-mente del hombre que se adscribe progresivamente tal y tal guardián de profesión a medida que a- (ende de virtud en virtud. Cuando nuestro empleo conviene a nuestra naturaleza, somos ayudados por un demonio semejante de profesíón que se pone de acuerdo con nuestro genio particular, y nuestra vída se torna más tranquila, feliz y próspera; pero cuando nos dedicamos a una profesíón que no concuerda con nuestro genio y le desagrada, nuestra vida sólo es dolor y trabajo, dificultada por patrones que no concuerdan. Así sucede que un hombre adelanta en una ciencia, oficio o empleo en poco lapso, sin gran sacrificio, con logros nulos en otras ocupaciones por más sacrificio y esmero que ponga. Y aunque no debe descuidarse ninguna ciencia, ningún arte ní oficio, ninguna virtud, sin embargo, para prosperar en la vida y actuar con buen éxito, ante todo habrá que empezar por conocer el propio genio, la propia na-

turaleza, y qué bien promete la disposición celeste de nacimiento y Dios, soberano dispensador de todas estas cosas que las brinda a cada uno según le place. Habrá que seguir estos principios, practicar esa virtud que eleva y dirige el Soberano distribuidor que hizo descollar a Abraham en la justicia *y* la clemencia, a Isaac en el temor, *y •a* Jacob en la fuerza, a Moisés en lα dulzura y los milagros, a Josué en la guerra, a Fineo en el celo, a David en la religión y la victoria, a Salomón en la ciencia y la celebridad, a Pedro en la fe, a Juan en la caridad, a Santiago en la devoción, a Tomás en la prudencia, a Magdalena- en la contemplación, y a Marta en el servicio. Cuando se desee avanzar fácilmente en una virtud, habrá que procurar llegar a su perfección para descollar en una cosa,ya que no se puede en todas. No habrá que descuidar en las demás tanto como se pueda; sí se es lo suficientemente dichoso de contar con genios de naturaleza y profesión concordantes, se hallará un doble progreso y un acrecentamiento de los bienes de la naturaleza y de los beneficios de la profesión, pero sí son discordantes, habrá que seguir al mejor, pues a veces se lograrán más beneficios de una buena profesión que del propio nacimiento.

Capítulo XXIII

EL IDIOMA DE LOS ÁNGELES
PARA CON NOSOTROS Y ENTRE ELLOS

Podríamos poner en duda que los ángeles o demonios, espíritus simples y puros, se sirvan de un habla vocal o Lenguaje éntre ellos y para conversar con nosotros, sí no fuese que Pablo dice en una de sus obras:
Si yo hablase el lenguaje de los hombres y los ángeles. ¿Pero cuál es esta habla, cuál ese lenguaje? Casi todo el mundo lo desconoce. La mayoria cree que, si se sirven de un idioma particular, este es el hebreo, por ser el primero de todos, proveniente del cíelo y existente ante de la confusión de lenguas que sobrevino en Babilonia; en este idioma Dios Padre entregó su ley a Moisés; el CRISTO, su hijo, predicó el Evangelío, y los profetas produjeron tantos oráculos por medio del Espíritu, Santo; y cuando todas las lenguas están sujetas a tantas modificaciones y corrupciones, la hebrea permanece siempre inviolable. Además, la señal evidente de esa creencia consiste en que, aunque todos los demonios o inteligencias en particular hablan el lenguaje de las naciones sobre las que presiden, sin embargo, a quienes conocen el hebreo no les hablan sino en este idioma.

El modo de hablar de los ángeles nos resulta oculto como ellos mismos.
Nosotros no podemos hablar sin lengua ní órganos de la palabra

(como garganta, paladar, labios, dientes, pulmones, arteria espiritual y músculos del pecho) que reciben del alma el principio de su movimiento. Si alguien habla de lejos a otra persona, debe gritar más fuerte; a quien habla de cerca le basta susurrar al oído de quien le escucha, y sí con el menor soplo pudiese establecer una unión con quien lo escucha, su palabra no necesitaría absolutamente sonido alguno para ser captada, como ocurre con una imagen en los ojos o en un espejo. Así hablan las almas separadas del cuerpo, los ángeles y los demonios, y lo que el hombre realiza con la voz sensible, ellos lo cumplen grabando la idea de la palabra en aquellos a quienes hablan, de manera más excelente que si fuera enunciada con la voz audible. Los platónicos dicen que Sócrates percibía su demonio con los sentidos, no del cuerpo que poseemos sino del cuerpo etéreo, oculto en el cuerpo humano; Avicena cree que de esta manera también los profetas veían y oían a los ángeles. Este instrumento, cual-quiera sea la calidad de su virtud por la que un espíritu hace conocer a otro espíritu las cosas que corren por el pensamiento, se llama, según el apóstol Pablo, la lengua de los ángeles. No obstante, también emiten muy a menudo voces sensibles, exclamando, por ejemplo, en ocasión de la Ascensión del Señor: "Galileos, ¿de qué sirve que os detengáis a contemplar el cielo?" Y en la antigua ley se comunicaron con muchos Patriarcas en voz alta e inteligible. Mas esto ocurrió al revestirse de cuerpos. No sabemos con qué sentidos estos mismos espíritus o demonios oyen nuestras invocaciones y plegarias, y ven nuestras ceremonias. Pues el cuerpo de los demonios es espiritual por su naturaleza en la mayoría, sensible por doquier, ya que sin intermediario toca, ve, oye, y nada puede impedir las funciones de estos espíritus; no sienten de igual manera que nosotros, y tal vez tengan órganos distintos, como las esponjas absorben el agua, extrayendo con todo su cuerpo las cosas sensibles, o bien de otra manera que ignoramos: pues los animales que conocemos no tienen, en su totalidad, iguales órganos sensorios que los nuestros, y sabemos que están incluso los que carecen de orejas y no obstante estamos seguros que oyen el sonido, sin que conozcamos de qué manera ocurre esto.

Capítulo XXIV

LOS NOMBRES DE LOS ESPIRITUS Y SUS DIVERSAS IMPOSICIONES; LOS ESPIRITUS QUE RIGEN LAS ESTRELLAS, LOS SIGNOS, LOS POLOS DEL CIELO Y LOS ELEMENTOS

Los nombres de los espíritus buenos y malos son de muchas especies y muy diferentes; sus nombres propios y verdaderos, igual que los de los astros, sólo los conoce Dios que es el único que puede contar la mul-

titud de estrellas y llamarlas por sus nombres; rio podemos conocer ninguno, a menos que Dios nos los revele y en las Sagradas Escrituras hallaremos muy pocos enunciados. Los doctores hebreos creen que Adán impuso los nombres a los espíritus por lo que expresa este pasaje de la Escritura: Dios hizo venir ante Adán todo lo que había creado, a fin de que le pusiera nombre: y el nombre que dio a cada cosa es su verdadero nombre. Basados en esto, los mecubales hebreos creen que el hombre puede también dar los nombres a los espíritus, pero sólo quien antes se tornó digno y quien, por un don dıvino muy particular o un poder sagrado, fue elevado a esa dignıdad. Pero debıdo a que el hombre 110 puede con su voz componer un nombre capaz de expresar la naturaleza de la divinidad ní toda la virtud de la esencia angélica, con más frecuencia se da a los espíritus nombres tomados de sus obras, que sıgnifican algún oficio o efecto, como el que el coro de espírítus desea: entonces estos nombres, igual que las ofrendas consagrada- a los dioses, adquieren la eficacia y virtud de hacer llegar de lo alto y de lo bajo cualquier sustancia espiritual que opere el efecto deseado. 1 o ví y conocí a determinada persona que escribía sobre un pergamıno virgen el nombre y el signo de cierto espíritu a la hora de la luna, se lo hacía tragar a una rana de río, y luego de pronunciar muy quedamente algunos versos la hacía volver a su elemento, desencadenándose muy jironto lluvia y granizo. A la misma persona le vi escribir el nombre y el signo de otro es1o-ıtu, a la hora de Marte, sobre un pαpel, dárselo a un cuervo y dejarlo volar, después de haber murmurado unos versos y, de repente, del lado por donde volába el cuervo surgían nubes y rayos, tamblaba el císelo y la tierra y se producían truenos espantosos; síη embargo, estos nombres de espíritus no estaban en lenguas desconocidas ní significaban sus oficios.

Así son los nombres de estos ángeles: Raziel, Gabriel, Miguel, Rafael Haniel, que signıfican, respectivamente, visión de Dios, virtud de Dios, fuerza de Dios, medıcina de Dios y gloria de Díos. De modo pαrecido, para los malos oficios de los demonios malignos, he aquí sus nombres como aparecen escritos y que se leen: ilusionista, engañador, ensoñador, fornicador y muchas otras cosas de este estilo. De los Patriarcas hebreos tenemos los nombres de los ángeles que presıden los planetas y signos: sobre Saturno, por ejemplo, Zapkiel: sobre Júpiter, Zadkiel; sobre Marte. Canmael: sobre el Sol. Rafael: sobre Venus, Ha-niel; sobre Mercurio, Miguel: υ sobre la Luna, Gabriel; estos son los siete espíritus que tienen siempre delante el rostro de Dios, a los que fue confiada lα dısposición de todo el reino del cielo v la tierra, que está debajo del orbe de la Luna. Estos espíritus, en efecto. como dicen los teólogos son más mısteriosos, los que gobiernan todas las cosas medıante ciertas mutaciones de horas, días y años, tal como lo relacionan los astrólogos con los planetas a los cuales presiden; por ello Trismegísto Mercurío los llama los siete gobernadores del mυτιdπ, los que por medio de las císelos reunen, como mediante instrumentos, las influencias de todas las estrellas v de tonos los signos, distribuyéndolas inmediatamente en es-

te mundo inferior. Hay doctores que atribuyen estos espíritus a las estre-]las bajo nombres un poco diferentes, diciendo que la inteligencia llamada Orifiel preside a Saturno; Zachariel a Júpiter; Zanael a Marte; Miguel al Sol; Anael a Venus; Rafael a Mercurio; y Gabriel a la Luna; y cada uno de estos espíritus gobierna al mundo trescientos cincuenta y cuatro años y cuatro meses; y este gobierno comienza por la inteligencia de Saturno, luego reina cada uno en su orden, las inteligencias de Venus, Júpiter, Mercurio, Marte, la Luna y el Sol, y una vez cumplido este giro, el gobierno recomienda con Saturno. El abate Tritemio escribió un tratado particular sobre este tópico, dedicado al Emperador Maximiliano; gυíeι examine este libro a fondo, obtendrα un gran conocimiento de los tiempos por venir.

En cuanto a los doce signos, Aries es gobernado por Malquidiel; Tauro por Armodel; Géminis por Ambriel; Cáncer por Muriel; Leo por Verquiel; Virgo por Hainalíel; Libra por Zuriel; Escorpio por Barquiel; Sagitario por Aduaquiel; Capricornio por Hanael; Acuario por Gamhiel; ti Piscιs por Barquiel.

Juan, en el Apocalipsis, menciona también a estos espíritus gobernantes de planetas y signos, diciendo al comienzo, respecto de los prime-ros: Y por los siete espíritus que están delante del trono de Dios. He descubierto que gobiernan también los planetas. Y al fin del libro, donde describe la construcción de la ciudad celeste, dice que había doce ángeles en las doce puertas de la ciudad.

Hay además veintiocho ángeles que son los seíiores de las veintiocho casas de la Luna; estos son sus nombres, por orden: Geniel, Enediel, Amixiel, Azariel, Gabiel, Diraquiel, Seheliel, Amnedíel, Barbiel, Ardefiel, Neciel, Abdizuel, Iazerιel, Ergediel, Ataliel; Azeruel, Adriel, Egíbiel, Amu-tiel, Kyríel, 'Bethnael; Geliel, Requiel, Abrinael, Azíel, Tagriel, Alheniel y Amnixiel.

Hay también cuatro ángeles principales, gobernantes de los cuatro lentes y de las cuatro partes del mundo: uno de ellos, Miguel, gobierna el viento del Oriente; Rafael, el viento de Occidente; Gabriel el viento del Norte; y Noríel, y según otros Uriel, el viento del Mediodía. También se atribuye como gobernantes de los elementos a Cherub en el aíre, Tharis en el agua, Aries en la tierra y Seruph en el fuego, o según Filón, Nathaniel, Cada uno de estos espíritus es gran príncipe, y tiene el poder de realizar muchas cosas en el dominio de sus planetas y signos, en sus tiempos, anos, meses, días y horas, en sus elementos, regiones del mundo y Viernes; cada uno de ellos tiene muchas legiones debajo de sí, a las que manda. De la misma manera los malos espíritus son comandados poτ cuatro reyes poderosísimos, según las cuatro partes del mundo. cuyos nombres son: Uricus, res, del Oriente; Amaymon, rey del Mediodía; Paymon, res' de Occidente; y Egyn, rey de Septentrión; estos pueden ser denomιnadOS mejor por los doctores hebreos: Hamael, Azazel, Azael y Mahazael; llenen debajo de ellos muchos otros comandantes de legiones de espíritus } presidentes, v otros demonios innumerables, cada uno con sus oficios

particulares. Además, los antiguos teólogos griegos cuentan seis demonios que denominan Telquines, y otros Alastores, los que para hacer mal a los hombres sacan con las manos el agua de lα Estigia y la derraman sobre la tierra, de donde provienen las desdichas, las pestes, y el hambre; y se dice que estos demonios eran Actus, Megalesius, Ormenus, Lycus, Nicon y Mimon.

Por lo demás, quien desee conocer exactamente los nombres de cada uno de los ángeles y demonios malignos, sus oficios, lugares y tiempos, deberá buscarlos en el libro de los Templos del rabí Simón y en su libro de las Luces, igual que en casi todos los comentarios del libro de la Formación: allí hallará todas estas cosas descriptas con amplitud.

Capítulo XXV

LOS NOMBRES SAGRADOS DE LOS ANGELES SEGUN LOS DOCTORES HEBREOS, TAL COMO LOS OBTIENEN DE LA BIBLIA; LOS 72 ANGELES CON EL NOMBRE DE DIOS; LAS TABLAS ZIRUPH Y LAS DE LA CONMUTACION DE LETRAS Y NOMBRES

Hay también otros nombres sagrados de los espíritus buenos y malos, dados a cada uno de sus oficios y mucho más poderosos que aquellos de los que hablamos antes; esos nombres son extraídos de las Sagradas Escrituras, según el arte que enseñan los mecubales hebreos, tal como son extraídos de ciertos pasajes de las Escrituras ciertos Nombres de Dios. Su regla general consiste en que en todas partes de las Sagradas Escrituras donde se expresa algo relativo a lα esencia divina, puede extraerse regularmente el nombre divino; y en todas las partes de las Sagradas Escrituras donde se halle expresado un nombre divino, se debe examinar el oficio que responde a este nombre. En consecuencia, en todas las partes de la Escritura donde se habla del ministerio o la obra de algún espíritu bueno o malo, se puede extraer de allí el nombre del espíritu bueno o malo, observando esa regla fija quien desee obtener los nombres de los buenos espíritus del bien y los nombres de los malos espíritus del mal, sin confundir negro con blanco, día con noche, ni luz con tinieblas. Esto queda aclarado y explicado por estos versículos, tomados como ejemplo: "Sean como el polvo ante lα faz del viento, impulsándolos el ángel del Señor; que sus vías sean tenebrosas y resbaladizas, persiguiéndolos el ángel del Señor".

יהיו כמוץ לפני רוח ומאלאך יהוה רחה
יהי דרכם חשך וחלקלקות ומלאך יהוה רדפם

Del Salmo 35, según el cómputo de los hebreos, y el 34 según e nuestro, fueron extraídos los nombres de estos ángeles, מידאל *Mídael* מיראל y *Mirael,* del orden de la Milicia celeste. Lo mismo ocurre coi este versículo: Pondréis un poder sobre este impío y a Satán a su diestra Del Salmo 109 según los hebreos, 108 según los latinos:

הפקר אליו רשע ושטן יאמד אל ימינו

se obtiene el nombre del cacodemonio *Shihi,* yuyc*,* que señala al demonio maquinador. En el Exodo hay cierto texto, que contiene tres versículos, cada uno de los cuales está escrito con 72 letras, comenzando el primero *Vaiisa* ויסע, el segundo *Vaiavo* ויבא y el tercero *Vaiot* ויט
los tres, extendidos en una líneα, a saber, e l primero y el tercero de izquierda a derecha, y el del medio en sentido contrario, comenzando por la derecha para terminar por la izquierda, cada triplicidad de letras puestas unas después de otras constituyen los nombres que son los 72 nombres que los hebreos llaman Schemhamphoras; y si se agrega al final de cada uno de estos nombres, el nombre divino *El* אל , *o Iah* יה , constituyen entonces los 72 nombres de tres sílabas de los ángeles, cada uno de los cuales lleva el nombre de Dios, como se lee en este pasaje de la Escritura: "Mí ángel marchará delante de vosotros, observadle, pues lleva mi nombre". Ellos son los que presiden sobre los 72 quinarios del cíelo, en número parecido de naciones, lenguas y parte del cuerpo humano, y que cooperan con los 72 ancianos de la sinagoga y los 72 discípulos del CRISTO. Sus nombres, según la ext r acción efectuada por los cabalistas, están expuestos en la tabla que sigue, de acuerdo con una modalidad que expresamos. Hay también otras muchas maneras de fabricar las Schemhamphoras con estos mismos versículos, como cuando se los escribe a los tres en orden y alternadamente de derecha a izquierda, además de los que se obtiene con las tablas Ziruph y las tablas de conmutación de las que hablamos antes. Como estas tablas sirven para la composición de todos los nombres divinos y angélicos, los hemos incluido también a continuación de este capítulo.

He aquí los 72 Angeles *Schemhamphoras,* portadores del nombre de Dios, y su Tabla.

Tabla de los 72 Angeles Schemhamphoras

כ	ל	ה	ה	מ	י	ח	ל	א	ה	כ	א	ל	ם	ע	ס	י	ו
ל	א	ק	ר	ב	ז	ה	א	ל	ז	ה	כ	ל	ח	ל	י	י	ה
י	ו	ם	י	ח	ל	ע	ו	ד	י	א	א	ח	ש	ם	ט	י	ו
אל	יה	יה	אל	אל	אל	יה	יה	יה	אל	אל	יה	אל	יה	יה	אל	אל	יה
Caliel	*Leuuiah*	*Hakamiah*	*Hariel*	*Mebahel*	*Iezalel*	*Hahaiah*	*Lauiah*	*Aladiah*	*Haziel*	*Cahethel*	*Achaiah*	*Lelahel*	*Mahasiah*	*Elemiah*	*Sitael*	*Ieliel*	*Vehuiah*
מ	כ	ל	י	ד	ל	א	ר	ש	י	ח	כ	ח	כ	י	נ	פ	י
כ	ו	ה	ח	ש	כ	ו	י	א	ר	א	ה	ה	ל	י	ל	ה	ו
ד	ק	ח	ו	ד	ב	מ	י	ה	ת	א	ה	ו	ה	י	כ	ל	נ
אל	יה	יה	יה	יה	אל	אל	אל	יה	אל	יה	יה	יה	אל	אל	אל	יה	יה
Manadel	*Chavakiah*	*Lehahiah*	*Iehuiah*	*Vasariah*	*Lecabel*	*Omael*	*Reiiel*	*Seheiah*	*Ierathel*	*Haaiah*	*Nithhaiah*	*Haheuiah*	*Melahel*	*Ieiael*	*Nelchael*	*Pahaliah*	*Leuuiah*
נ	נ	ע	ה	ד	ו	ם	ע	ע	ס	י	ו	ם	ה	י	ר	ח	א
י	נ	מ	ח	נ	ה	י	ש	ר	א	ל	ו	י	ה	י	ה	ע	נ
ת	א	מ	ש	י	ו	ה	ל	י	ל	ה	ל	כ	ה	ז	ע	מ	י
אל	אל	יה	יה	אל	אל	אל	יה	אל	יה	יה	יה	אל	אל	אל	אל	יה	אל
Nithael	*Nanael*	*Imamiah*	*Hahasiah*	*Daniel*	*Vehuel*	*Mihael*	*Asaliah*	*Ariel*	*Sealiah*	*Ielahiah*	*Vevaliah*	*Michael*	*Hahahel*	*Ieiazel*	*Rehael*	*Haamiah*	*Aniel*
מ	ה	י	ר	ח	א	ם	ד	מ	ע	י	ו	ם	ה	י	נ	פ	ם
ו	י	כ	א	ב	י	נ	מ	ח	נ	ה	מ	צ	ר	י	מ	פ	כ
מ	י	מ	ה	ו	ע	ק	ב	י	ו	ה	ב	ר	ח	ל	מ	י	ה
יה	אל	יה	אל	יה	אל	אל	יה	אל	אל	אל	אל	אל	אל	אל	יה	אל	יה
Mumiah	*Haiaiel*	*Iabamiah*	*Rochel*	*Habuiah*	*Eiael*	*Manakel*	*Damabiah*	*Mehiel*	*Anauel*	*Iahhel*	*Umabel*	*Mitzrael*	*Harahel*	*Ieialel*	*Nemamiah*	*Poiel*	*Mebahiah*

Tabla derecha de las Conmutaciones

ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א
א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב
ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג
ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד
ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה
ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו
ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז
ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח
ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט
ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י
י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ
כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל
ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ
מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ
נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס
ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע
ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ
פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ
צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק
ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר
ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש
ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת

Tabla invertida de las Conmutaciones

א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת
ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש
ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר
ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק
ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ
צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ
פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע
ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס
ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ
נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ
מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל
ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ
כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י
י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט
ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח
ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז
ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו
ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה
ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד
ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג
ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב
ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א

Otra Tabla invertida, denominada Irracional

א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת
ב	ג	ר	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ת	א	ל	ש
ג	ר	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ש	ת	א	ב	ם	ר
ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	נ	ס	ע	פ	צ	ר	ש	ת	א	ב	מ	ג	ק
ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	ם	ס	ע	פ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	נ	צ
ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	ס	ע	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ה	ג	ד	פ
ז	ח	ט	י	כ	ל	נ	ם	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ו	ה	ס	ע
ח	ט	י	כ	ל	ם	נ	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ו	ז	ע	ה	ס
ט	ו	כ	ל	ם	ס	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ז	ת	ו	ע	נ
י	כ	ל	נ	ס	ע	צ	ק	ר	**ט**	ת	א	ב	ג	ד	ה	ז	ח	**ש**	פ	ו	מ
כ	מ	נ	ס	ע	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ח	ט	י	ז	פ	ל
ל	נ	ס	ע	פ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ח	ט	י	מ	צ	ז	כ
מ	ס	ע	פ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ט	כ	ל	נ	ח	צ	י
נ	ע	פ	צ	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	י	כ	ל	מ	ס	ק	ח	ט
ס	פ	צ	ד	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	י	**ק**	ל	מ	נ	ע	ט	**ב**	ח
ע	צ	ק	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ח	ט	כ	ל	מ	נ	ס	פ	י	ר	ז
פ	ק	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ז	ח	ט	כ	ל	מ	נ	**ר**	ע	צ	**ס**	י	ו
צ	ר	ת	א	ב	ג	ד	ד	ז	ח	ש	י	ל	מ	נ	ס	ע	פ	כ	ש	ק	ה
ק	ת	א	ב	ג	ה	ו	ז	ח	**ש**	י	ם	נ	ס	ע	פ	צ	כ	ר	ל	**ט**	ר
ר	א	ב	מ	ד	ג	ה	ע	ו	פ	ז	צ	ח	ק	ט	י	**ס**	ש	ל	**ב**	ח	ג
ש	ל	מ	ג	ג	ר	ס	ה	ע	ו	פ	ז	צ	ח	**ב**	ד	י	ק	**ט**	ח	א	ב
ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ר	ג	ב	א

Tabla de las Combinaciones de Ziruph

אל	בת	גש	דר	הק	וצ	זפ	חע	טס	יג	כם
אב	גת	דש	הד	וק	זצ	חפ	טע	יס	כנ	לם
אג	דת	הש	וד	זק	חצ	טפ	יע	כס	לנ	במ
אד	בג	הח	וש	זד	חק	טצ	יפ	כע	לס	מנ
אה	בד	ות	זש	חד	טק	יצ	כפ	לע	מס	גג
או	בה	גר	ות	חש	טר	יק	כצ	לפ	מע	נס
אז	בו	גה	ית	טש	יד	כק	לצ	מפ	נע	דס
אח	בז	יו	דה	טת	יש	כד	לק	מצ	נפ	סע
אט	בח	גז	דו	ית	כש	לד	מק	נצ	ספ	הע
אי	בט	גח	דז	הו	כת	לש	מד	נק	סצ	עפ
אכ	בי	גט	רח	הז	לת	מש	נד	סק	עצ	וס
אל	בכ	גי	רט	הח	וז	מת	גש	טד	עק	פצ
אמ	בל	גכ	רי	הט	ות	גת	סש	עד	פק	זצ
אג	במ	גל	רכ	הי	וט	זח	סת	עש	פר	צק
אס	בנ	גמ	רל	הכ	וי	וט	עת	פש	צר	חק
אע	בס	גנ	רמ	הל	וכ	די	חט	פת	צש	קר
אפ	בע	גס	רג	המ	ול	זכ	חי	טת	קש	צר
אצ	בפ	גע	דס	הנ	ומ	זל	חכ	טי	קת	דש
אק	בצ	גפ	דע	הס	ונ	זמ	חל	טכ	רת	יש
אר	בק	גצ	דפ	הע	וס	זנ	חמ	טל	יכ	עת
אש	בר	גק	רצ	הפ	וע	זס	חנ	טמ	יל	כת
את	בש	גר	רק	הצ	ופ	זע	חס	טנ	ימ	כל

Otra Tabla Ziruph, denominada Racional

אב	גת	רש	הר	וק	זצ	חפ	טע	יס	כנ	לם
אג	רב	הת	וש	זר	חק	טצ	יפ	כע	לס	מנ
אר	הג	וב	זת	חש	טר	יק	כצ	לפ	סע	נס
אה	ור	זג	תב	טת	יש	כר	לק	מצ	נפ	סע
או	זה	חר	טג	יב	כת	לש	מר	נק	סצ	עפ
אז	חו	טה	יר	כג	לב	כת	נש	סר	עק	פצ
אח	טז	יו	כה	לר	מג	נב	סל	עש	פר	צק
אט	יח	כז	לו	סה	גר	סג	עב	פת	צש	קר
אי	כט	לח	מו	גו	סה	ער	פג	צב	קח	רש
אכ	לי	מט	נח	סז	עו	פה	צר	קג	רב	שת
אל	מכ	ני	פט	עח	פז	צו	קה	רר	שג	תב
אם	גל	סכ	עי	פט	צח	קז	רו	שה	תר	בג
אנ	סמ	על	פכ	צי	קט	רח	שו	תו	בה	גר
אס	ענ	פמ	צל	קכ	רי	שט	תח	בז	גו	רה
אע	פס	צנ	קם	רל	שכ	תי	בט	גח	רז	הו
אפ	צע	קס	רנ	שם	תל	בכ	גי	רט	הח	וז
אצ	קפ	רע	שס	תנ	במ	גל	רכ	הי	וט	זח
אק	רצ	שפ	תע	נס	גנ	רמ	הל	וכ	זי	חט
אר	שק	חצ	כפ	גע	רס	הנ	ום	זל	חכ	טי
אש	חר	בק	גצ	רפ	הע	וס	זנ	חמ	טל	יכ
את	בש	גר	רק	הצ	ופ	זע	חס	טנ	ימ	כל
אב	גר	הו	זח	טי	כל	מנ	סע	פצ	קר	שת

Tablas de Trasposiciones Numéricas

					א
				אא	ב
				אב	ג
			בב	אג	ד
			בג	אד	ה
		גג	בד	אה	ו
		גד	בה	או	ז
	דד	גה	בו	אז	ח
	דה	גו	בז	אח	ט
הה	דו	גז	בח	אט	י

					י
				יי	כ
				יכ	ל
			ככ	יל	מ
			כל	ימ	נ
		לל	כמ	ינ	ס
		למ	כנ	יס	ע
	ממ	לנ	כס	יע	פ
	מנ	לס	כע	יפ	צ
נ נ	מס	לע	כפ	יצ	ק

				ק
			קק	ר
			קר	ש
		רר	קש	ת
		רש	קת	ך
	שש	רת	קך	ם
	שת	רך	קם	ן
תת	שך	רם	קן	ף
תך	שם	רן	קף	ץ
תם	שן	רף	קץ	**א**

וה	זד	חג	טב	יא
וו	זה	חד	טג	יב
	זו	חה	טד	יג
	זז	חו	טה	יד
		חז	טו	יה
		חח	טז	יו
			טח	יז
			טט	יח
				יט

סנ	עמ	פל	צכ	קי
סס	ענ	פמ	צל	קכ
	עס	פנ	צמ	קל
	עע	פס	צנ	קמ
		פע	צס	קנ
		פפ	צע	קס
			צפ	קע
			צצ	קפ
				קצ

תן	שף	רץ
תף	שץ	
תץ		

5	10	10	10	10
ה	דו	גז	בח	אט
50	100	100	100	100
נ	מס	לע	כפ	יצ
500	1000	1000	1000	1000
ך	תס	שז	רף	קץ

Capítulo XXVI

MODO DE HALLAR LOS NOMBRES DE LOS ESPIRITUS Y LOS GENIOS POR LA DISPOSICION DE LOS CUERPOS CELESTES

Los antiguos magos nos legaron el arte de hallar el Nombre del Espíritu que deberá ser invocado para realizar el efecto deseado; como, por ejemplo, sí teniendo delante una determinada armonía celeste para fabricar una imagen, un anillo o para toda otra operación, trabajando bajo tal constelación, se desea hallar el espíritu director de esα operación. Una vez preparada lα figura del cíelo, se arrojarán las letras, según número y arden, desde el grado del ascendente, según la sucesión de los signos por cada grado llenando todo el circuito del cíelo; entonces, estas letras caídas en los sitios de las estrellas que se observan como presidiéndolos, señaladas aparte en número y orden, según el número y las fuerzas de estas mismas estrellas, dan el nombre del espíritu, a saber, del bien. Pero sí se realiza la misma operación desde el comienzo del grado del Occidente al encuentro del progreso de los signos, el espíritu que las letras significarán será uno de los malos.

Algunos maestros hebreos y caldeos enseñan a buscar la naturaleza y el nombre del genio de cada hombre, mediante el siguiente artificio: Una vez conocido el grado del ascendente de esa natividad, e igualados los cuatro puntos principales del cielo, entonces el planeta que tenga más dignidad en estos cuatro puntos principales del cíelo, y que los árabes llaman Almuten, deberá ser señalado como primero de todos, y después de él, en décimo lugar, el que más se le acerca por el número de dignidades, y así por orden los demás planetas que tienen alguna dignidad en los antedichos puntos cardinales; al guardar este orden se conocerá su verdadero lugar y grado en el cielo, y comenzando desde el grado del ascendente a arrojar, por cada grado, según el orden de los signos, las veintidós letras del alfabeto hebreo, entonces las letras que caigan en los lugares de las estrellas antedichas, anotadas y dispuestas según el orden hallado antes en las estrellas, y bien combinadas según las reglas de la lengua hebrea, forman el nombre del genio; al cual según la costumbre, se agrega un nombre monosilábico de la omnipotencia divina, como *El o lah.* Pero sí lα proyección de las letras se efectúa comenzando por el ángulo del Occidente y contra la sucesión de los signos, y sí las letras que caigan sobre el Nadir (es decir, el punto opuesto de estas estrellas antes mencionadas) se juntan en el orden que expresamos antes, constituirán el nombre del genio malo.

Pero los caldeos proceden de otra manera, pues no toman el Almuten de los cardinales, sino el Almuten de lα undécima casa, y obran en todo como se expresó antes; hacen provenir el mal genio del Almuten del ángulo de la duodécima casa que llαmαn demonio malo, comenzando la proyección de las letras por el grado de Occidente contra el orden de

los signos. Está también la mayoría de los árabes y algunos hebreos que derıvan el nombre del genio de los lugares de las cinco *hylegiones,* efectuando siempre la proyección a partir del comienzo de Aries, y poniendo en orden las letras halladas según el orden de las *hylegiones,* conocido por los astrólogos, para construir el nombre del genio bueno; y extraen el nombre del genio malo de los lugares opuestos a las *hylegiones,* efectuando la proyección por el último grado de Piscis contra el orden de los signos. Hay otros que no toman los lugares de las *hylegiones* sino los del Almuten sobre las *hylegiones,* efectuando la proyección desde el horóscopo, como se dijo antes. Y estos nombres así dispuestos según los números proporcionados por el cálculo de los astros, compuestos de letras juntas y alternadas, pero de sonido y significado desconocidos, deben tener según los principios secretos de la filosofía, declarémoslo, más fuerza en obra mágica que los nombres significativos, cuando el espíritu estupefacto por su enigma y concentrado con toda la fuerza de su pensamiento, creyendo firmemente que recubren una cosa divina, hace resonar estas palabras y estos nombres con reverencia aunque no los comprenda, para gloria de la divinidad, prosternándose cautivo en el afecto espiritual de la piedad.

Capítulo XXVII

EL ARTE DE CALCULAR LOS NOMBRES SEGUN LA TRADICION DE LOS CABALISTAS

Para hallar estas clases de nombres existe otro artificio llamado Calculatorio, que se realiza con las tablas siguientes. Si se entra, con un nombre sagrado divino o angélico, en la columna descendente de las le-tras y se toman las letras que se hallarán en los ángulos correspondientes bajo sus estrellas y signos, y se las ordena por orden, constituirán el nombre del buen espíritu de la naturaleza de la estrella o del signo bajo los cuales se entró; y si se entra en la columna ascendente tomando los ángulos correspondientes por encima de las estrellas y los signos marca-dos sobre la línea de abajo, se halla armado el nombre del espíritu malo. Estos son los nombres de los espíritus buenos y malos, sin considerar orden ni cíelo de los administrantes, que puede multiplicarse por este medio en nueve nombres de igual proporción de órdenes en esa tabla; es decir, que si se entra con un nombre, puede extraerse de éste otro nombre de espíritu de un orden superior, tanto bueno como malo. No obstante, el principio de este cálculo depende de los nombres de Dios: pues toda voz tiene fuerza en Magia, con tal que dependa de la voz de Dios y esté formada.

Debemos saber, pues, que todo nombre de ángel debe provenir primero de un nombre de Dios; por ello se dice que los ángeles llevan el nombre de Dios, según lo escrito, "porque mí nombre está sobre él". Asimismo, para distinguir los nombres de los ángeles buenos respecto de los de los malos, por lo común se les pone al final un nombre de la omnipotencia divina, como *El, On, lah o lod,* y se lo pronuncia juntamente con él; y porque Iah es un nombre benéfico y Iod un nombre deífico, estos dos nombres sólo se unen a los de los ángeles; pero el nombre El, que significa fuerza y virtud, se une algunas veces con los espíritus malos, pues estos no pueden subsistir ni realizar nada sin la virtud de Dios.

Además debe saberse que hay que tomar los ángulos correspondientes de la misma estrella y del mismo signo, a menos que la entrada no sea con un nombre mixto, como los de los genios y aquellos de los que hablamos en el capítulo anterior, que están compuestos por disposiciones del cíelo según la armonía de estrellas diferentes; pues todas las veces que se entra en la tabla con estos debe tomarse el ángulo correspondiente de-bajo de la estrella o el signo de la letra de entrada.

Están también los que entienden de tal modo el empleo de estas tablas, que creen que sí la entrada se realiza con el nombre de la estrella, o del oficio, o del efecto deseado, se hace salir al demonio, bueno y malo, sirviendo para este oficio o este efecto. Asimismo, están los que creen firmemente que entrando con el nombre propio de la persona que sea se pueden extraer los nombres de los genios, debajo de la estrella que parezca presidir a tal persona, según conozcan por la fisiognomía, sus pasiones, inclinación, profesión y fortuna, que es marcial, saturníana o solar, o de otra naturaleza estelar. Y aunque los primeros nombres de este género no obtienen virtud alguna, o brindan muy poca significación, no obstante los nombres extraídos y derivados de ellos son de gran eficacia, igual que los rayos del sol concentrados en un espejo cóncavo queman muy ardientemente cuando el sol sólo calienta mediocremente.

En cuanto al orden de las letras en estas tablas bajo las estrellas y los signos, es casi parecido al de los decanatos, novenarios y duodenarios entre los astrólogos. Alguien llamado Alfonso de Chipre escribió sobre este artificio calculatorio; no conozco a otro que lo haya ajustado también con las letras latinas. En verdad, como las letras de cada lengua (nos referimos a esto en el libro I) en cuanto a número, orden y figura tienen origen celeste y divino, creo que ese modo de calcular los nombres de los espíritus se puede realizar no sólo con las letras hebreas sino también con las caldeas, árabes, egipcias, griegas y latinas, y con todas las demás, construyendo con ellas tablas regulares a imitación de las precedentes.

Pero esta es la objeción que plantean muchas personas: sucede que muchos hombres de diversas naturalezas y fortunas, a causa del mismo nombre, tienen en las tablas el mismo genio o un genio del mismo nombre. Debe saberse, pues, que no es extraño creer que el mismo demonio pueda estar repartido entre muchas almas y que el mismo pueda presidir

a muchos. Además, así como diversas personas llevan a menudo el mismo nombre, cle igual modo los espíritus de diversas funciones y naturalezas pueden distinguirse por el mismo nombre y por un solo y mismo signo o carácter, no obstante con relación diferente; pues así como la serpiente lleva tanto el tipo del Cristo como del diablo, de igual modo los mismos nombres y los miste os signos se adaptan parejamente a un orden de demonios malos o de demonios buenos. En fin, la intención ferviente de quien invoca, por la que nuestro entendimiento se une a las inteligencias sepa-radas, hace que seamos escuchados ora por un espíritu, ora por otro, siempre que se lo invoque bajo el mismo nombre.

Estas son las Tablas del cálculo de los Nombres de los espíritus buenos y malos, presididos por los siete Planetas, y bajo el orden de los doce Signos de la Milicia celeste.

ENTRADA DE LOS MALOS

	☽	☿	♀	☉	♂	♃	♄	*Linea de los Buenos*
ת	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	א
ש	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ב
ר	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	ג
ק	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ד
צ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ה
פ	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	ו
ע	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ז
ס	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ח
נ	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ט
מ	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	י
ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	כ
כ	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	ל
י	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	מ
ט	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	נ
ח	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	ס
ז	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	ע
ו	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	פ
ה	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	צ
ד	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ק
ג	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	ר
ב	ס	נ	ק	ל	כ	י	ט	ש
א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ת
Linea de los Malos	♄	♃	♂	○	♀	☿	☾	

ENTRADA DE LOS BUENOS

ENTRADA DE LOS MALOS

ENTRADA DE LOS BUENOS

	♓	♒	♑	♐	♏	♎	♍	♌	♋	♊	♉	♈	*Línea Buenos*
ת	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	א
ש	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	ב
ר	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ג
ק	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ד
צ	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ה
פ	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ו
ע	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	ז
ס	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ח
נ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	ו	ה	ט
מ	ח	ו	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	י
ל	ז	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	צ	פ	כ
כ	פ	צ	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ל
י	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	ח	ז	מ
ט	ז	ח	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	נ
ח	ה	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ר	ק	ס
ז	ק	ר	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ע
ו	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	י	ט	פ
ה	ט	י	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	צ
ד	י	ט	ח	ז	ו	ה	ד	ג	ב	א	ת	ש	ק
ג	ש	ת	א	ב	ג	ד	ה	ו	ז	ח	ט	י	ר
ב	ת	ש	ר	ק	צ	פ	ע	ס	נ	מ	ל	כ	ש
א	כ	ל	מ	נ	ס	ע	פ	צ	ק	ר	ש	ת	ת
Línea de los Malos	♈	♉	♊	♋	♌	♍	♎	♏	♐	♑	♒	♓	

Capítulo XXVIII

LOS NOMBRES DE LOS ESPIRITUS, TOMADOS A VECES DE LAS COSAS QUE ELLOS PRESIDEN

Existe otro género de nombres tomados de las Cosas a las que estos espíritus presiden, que les es impuesto como si tomasen el nombre de estrellas, hombres, sitios, tiempos o cosas parecidas, añadiendo, al final un nombre divino, de esta manera: el espíritu de Saturno se llama Sabathiel; el espíritu de Júpiter, Zedekiel; el espíritu de Marte, Madimiel; el espíritu del Sol, Semeliel o Seoschiah; el espíritu de Venus, Nogahel; el espíritu de Mercurio, Chochαbiah o Cochabiel; y el espíritu de la Luna, Iareahel o Levanael. También se llaman de la misma manera los espíritus que presiden los signos, según su orden que comienza por Aries: Teletiel, Suriel, Tomimiel, Sartamiel, Ariel; Betuliel, Masniel, Acrabiel, Chesetiel, Gediel, Deliel y Dagymiel; como sí dijésemos en latín Ariel, Tauriel, Geminiel, Cancriel, Leoniel, Vírginiel, Libriel, Scorpiel, Sagittariel, Capriel, Aquariel, y Písciel, y en relación con los planetas, Saturniel, Joviel, Martiel, Soliah, Veneriel, Mercuríel, Lunael o Lunaiah. Pero como todos los espíritus buenos y malos (lo cual lo dijimos antesl buscan la unión con el hombre, la cual la adquieren a menudo de alguna manera, descubrimos en las Sagradas Escrituras que algunos hombres fueron llamados dioses, ángeles y diablos. Asimismo, los nombres de quienes, dotados de alguna excelencia singular de virtud o contraídos a una maldad incorregible, abandonaron este siglo, fueron incluidos entre los nombres de los demonios buenos o malos, y están compuestos con ellos, yα sea que se entienda las almas de estos hombres o sus genios buenos o malos. Así leemos en Esdras el nombre del arcángel leremiel, derivado de Jeremías, el profeta; asimismo, Zachariel, de Zacαrías; Uriel, de Urías; el profeta que Joaquín mató. De modo parecido, Samuel, Ezequiel y Daniel, son nombres de profetas y ángeles. Phaniel es el nombre de un ángel y de un lugar donde Jacob luchó toda la noche contra el ángel. Ariel es el nombre de un ángel y se entiende como quien diría león de Dios; existe a veces el nombre de un demonio maligno y de una ciudad que se llama por eso Ariópolis, donde se honraba al ídolo de Ariel.

De modo similar, en las Sagradas Escrituras hallamos que muchos nombres de espíritus malignos provienen de hombres malísimos o de moradas de hombres perversos, como el nombre Astaroth que es el nombre de un cacodemonio, y que otrora fue el nombre de la ciudad Og del rey Basán, que habitaran los gigantes. Lo mismo ocurre con Astaroth, antigua ciudad de los amorreos; Rapharim, valle; y Jeramiel, país de los alofiloros. Hay también nombres de ídolos y cacodemonios, por ejemplo: Remma, simulacro del ídolo de Damasceno; Chamos, ídolo de Moab; Melchím, ídolo de los amonitas; Bel, ídolo de los babilonios; Adramelech, ídolo de los asirios; Dagon, ídolo de los alofíloros. Y Filón narra que

los amorreos tenían siete estatuas de oro que llamaban las santas Ninfas, las que al ser invocadas, mostraban a los amorreos sus trabajos para cada hora del día; y los nombres de estas ninfas eran los de mujeres que fueran esposas de siete hombres pecadores que les fueron consagradas después del diluvio, es decir, Cancán, Phut, Selath, Nebroth, Abırón, Elath y Desuat; estaban cubiertas con piedras preciosas talladas y consagradas; una de estas piedras tenía la virtud de devolver la vista a los cıegos; y todas estas piedras no pudieron consumirse con el fuego; también existían libros consagrados con las piedras que, de modo similar, no pudieron ser quemados ni cortados con hierro nı dañados con agua hasia cuando el ángel del Señor las llevó y sumergió en el fondo del mar. Sabemos también que Nimbroth Chodorlaomor, Balach y Amalech son nombres de reyes incluidos en el número de los cacodemonios. Los gigantes, de modo parecido, tienen un nombre común con los malos demonios *Enakim,* ענקים , porque na fueron a imagen de Dios, es decir, no recibieron el esplendor del entendimiento espiritual, sino que su razón multiplicó las malas especies de los fraudes y pecados; por ello no se los incluye en la especie de los hombres, como dice Rabí Moisés, el egipcio, sino en la especie de las bestias y los demonios, salvo que tengan figura humana; y tales hombres, dice, fueron los hijos de Adán que nacieron antes de Seth, después de Abel; de ellos los filósofos hebreos dijeron que Adán engendró a *Tochot* תוכות , es decir, los diablos. Pero después que halló gracia ante los ojos del Señor, engendró a Seth a su imagen y semejanza, es decir, quıen a imagen de Dios adquirıó la perfeccıón humana, sin la cual no puede contarse entre la especie humana, a causa de depravaciones que causan todos los males y perjuicios.

Los magos también consideran (véase Porfirio) que las almas malas se transforman en demonios y se tornan dañinas como ellos; el testimonio del CRISTO es parecido cuando dice respecto de Judas Iscariote a sus discípulos: "¿No os elegí doce en total y uno de vosotros es el diablo?" Por ello se los llama demonios suplementarios, porque proceden del número de almas humanas incorporadas en las centurias de los demonios. De allí deriva que se dé a los hombres malísimos y a los demonios los mismos nombres, sea porque con estos nombres entendamos sus almas o los genios malos que tomaron los nombres de los hombres perversos, como sı asumiesen el papel de un personaje cualquiera. Además, los nombres Behemoth y Leviathan significan bestias y demonios. Un curioso ındagador puede, con estos ejemplos, hallar y conocer los nombres tanto de los demonios buenos como de los malos.

Capítulo XXIX

LOS CARACTERES Y SELLOS DE LOS ESPIRITUS

Ahora hablaremos de los Caracteres y Sellos de los espíritus. Estos caracteres no son otra cosa que ciertas letras y escrituras oscuras que impiden a los profanos emplear y leer los nombres sagrados de los dioses y espíritus: los antiguos llamaban a estas letras Jeroglíficas o sagradas, porque sólo servían en los sacrificios de los dioses. Creían que era una gran impiedad mezclar los misterios sagrados de los dioses con los caracteres de que se servía el populacho para escribir toda clase de cosas profanas y vergonzosas. Por ello Porfirio dice que los antiguos, deseosos de esconder del populacho indigno ante Dios y sus virtudes divinas, al dar a entender con figuras sensibles y objetos visibles las cosas invisibles, por medio de letras sagradas, habían transmitido a los hombres grandes misterios, explicándolos con ciertas figuras simbólicas; cuando, por ejemplo, consagraron toda clase de cosas derechas y redondas al mundo, al ,sol, a la luna, a la esperanza y a la fortuna; el círculo, al cíelo; las serciones del círculo, a la luna; las pirámides y obeliscos, al fuego y a los dioses olímpicos; el cilindro, al sol y a la tierra; el pene, a la generación y a Juno, a la que también estaba dedicada la figura triangular, en consideración al sexo femenino. Por ello esta clase de caracteres no tenía otros fundamentos que la voluntad y autoridad del institutor, de aquel, digo, que recibió el poder de instituir y consagrar estas clases de letras, y existieron entre diferentes naciones y sectas religiosas lós maestros de sacrificios, cuyas instituciones no llegaron hasta nosotros salvo algunos fragmentos dispersos aquí y allá que nos dejaron los autores. Entre estas clases de caracteres están los indicados por Pedro de Appona, dejados por Honorio de Tebas, cuyas figuras, en relación con nuestro alfabeto, están aquí representadas:



Capítulo XXX

OTRA MANERA DE ESCRIBIR LOS CARACTERES, TRANSMITIDA POR LOS CABALISTAS

Entre los hebreos hay muchas clases de Caracteres, y una es antıquísima: se trata de la Escritura Antıgua que emplearon Moisés y los profetas, que no debe ser revelada temerariamente a nadie, pues las letras hoy- en díα utilizadas fueron instituidas por Esdras. Entre ellos hay una escritura que llaman Celeste, pues explican que fue ubicada y figurada entre los astros, igual que los otros astrólogos obtienen las imágenes de los signos de los lineamientos de las estrellas. Hαy también otra escritura que llaman *Malachim o Melachini,* es decir, escrituτa de los ángeles, o real. Tienen otra que llaman Pasaje del río. He aquí los caracteres y las figuras de estas escrituras:

Escritura Celeste



Los cabalistas tienen aún otra forma de caracteres, muy respetada antiguamente entre ellos; perp en la actualidad el uso es tan común que casi cayó en manos del vulgo; hela aquí, tal como la ponen en práctica. Es

preciso dividir los veintisiete caracteres hebraicos en tres clases, de las que cada una contiene nueve letras, a saber: la primera אבגדהוזחט que son las marcas de los números simples y de las cosas intelectuales partidas en nueve órdenes de ángeles; la segunda contiene יכל מנסעפצ , marcas de las decenas y de las cosas celestes, en nueve orbes de los cielos; la tercera clase contiene las cuatro letras restantes del alfabeto con las cinco finales en orden, así קרשתךםןףץ , marcas de las centenas y de las cosas inferiores, es decir, de cuatro elementos simples de los cinco géneros de compuestos perfectos.

Ellos distribuyen luego estas tres clases en nueve cámaras, de las que la primera está compuesta por tres unidades, a saber: la intelectual, la celeste, y la elemental; la segunda está compuesta por las díadas; la ter-cera, por las tríadas, y así las otras. Estas cámaras están formadas por la intersección de cuatro líneas paralelas que se entrecortan en ángulos rectos, como está representado en la figura que sigue:



Si se fragmenta esta figura en sus partes, el resultado son otras nueve figuras particulares, a saber:

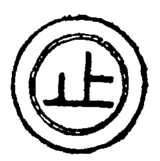


Estas nueve figuras de compartimientos caracterizan sus letras mediante el *notariacon* arriba reseñado que, al ser de un solo punto, sígnifica la primera letra de su compartimiento; sí es de dos puntos, significa la segunda; sí es de tres puntos representa la tercera; como sí se quisiera formar los caracteres de Michael מיכאל, seguirá este orden, extendido en cinco figuras, de esta manera:



Las citadas se reducen a tres figuras, de esta manera:

Estas a su vez se reducen a una; no obstante, los puntos *notariacon* por lo común no se marcan, y por ende los caracteres de Michael se re-presentan de esta manera:



Hay también otra clase de caracteres, común a casi toda clase de letras y lenguas, y muy fácil, que se realiza con la unión de letras; pon-gamos por ejemplo el nombre del ángel Michael; sus caracteres tomarán esta forma:



Esta modalidad la emplean mucho los árabes y no hay escritura que se entrelace más fácil y elegantemente para cifrar los nombres que la lengua árabe. Ha de saberse que los espíritus angélicos, al ser de entendimientos puros y totalmente incorporales, no se invocan con signos, caracteres, figuras ni otros gestes humanos; pero al no conocerse su esencia, ni su cualidad, les dedicamos y consagramos figuras y signos según sus nombres, operaciones o demás, de acuerdo con nuestros sentimientos; no es que así podamos hacerlos acudir a nosotros de un modo cualquiera, sino que nosotros nos elevamos hacia ellos, en tanto que mediante estas cases de caracteres y figuras extrañas elevamos hacía ellos nuestros sentidos; luego, por cierta admiración de nuestra razón, les ofrecemos nuestra veneración religiosa y de allí nos elevamos con todo nuestro pensamiento hasta una adoración estática; después, al invocarlos en espíritu y verdad por sus verdaderos nombres y caracteres, y con fe maravillosa, esperanza infalible y amor vivificantes, obtenemos de ellos la virtud so-licitada.

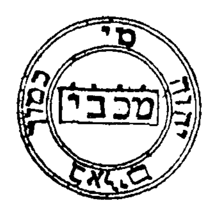
Capítulo XXXI

OTRA CLASE DE CARACTERES Y SIGNOS DE LOS ESPIRITUS, SOLO CONOCIDOS MEDIANTE REVELACION

Hay otro género de caracteres sólo obtenible por Revelación, inhallable de otro modo; la virtud de estos caracteres proviene del poder re-velador, del que son signos latentes, inspiradores de la armonía de una divinidad, o parecidos a compromisos o alianzas efectuados entre nosotros y ellos. De esa clase de caracteres son el signo revelado a Constantíno, con la inscripción latina *IN HOC VINCE,* y otro revelado a Antíoco, de sobrenombre Sotér, con figura pentagonal que declara salud, pues .la figura de este pentágono índica en letras u y i e i a , es decir, salud. Estos dos reyes, llenos de confianza y por la virtud de estos signos, lograron insigne victoria sobre sus enemigos.

Así, Judas, por esto llamado Macabeo, preparado para luchar con los judíos contra Antíoco Eupátor, recibió de un ángel este signo famoso מכבי, en virtud del cual en un primer combate derrotaron a catorce mil enemigos con gran número de elefantes, y en una segunda acción, treinta y cinco mil, pues este signo representa el nombre de cuatro letras, y es símbolo notable del nombre de setenta y dos letras por la igualdad numérica; se expresa así: מי במון באלים יהוה o sea: ¿Quién como Tú entre los fuertes, Tetragramma? He aquí, pues, cómo deben formarse las figuras de estos tres signos notables:



Además, Porfirio habla de estas clases de caracteres en el libro de las Respuestas, diciendo que los mismos dioses hicieron oir y comprender a los hombres las cosas que les placían, los medios de invocarlos y lo que debía ofrendárseles; que también les enseñaron las figuras de los simulacros como debían ser; que, de manera similar, les revelaron los caracteres y las figuras, y que él había aprendido estas cosas por el oráculo de. Proserpina. Porfirio añade que Hécate enseñó cómo realizar sus simulacros, con ramilletes de ajenjo alrededor, ratones domésticos pinta-dos (por ser para ella bellísimas decoraciones) en igual cantidad a la de sus formas, pues mucho le complacían; con ello debía quemarse sangre, mirra, estoraque y otras sustancias olorosas, prometiendo que aparecería en sueños y daría respuesta a quien realizase estas cosas. He aquí el oráculo de Hécate:

Quale mihi facies simulacrum adverte docebo: Sylvestri
cape nata loco, atque absinthia circum Ponito, tum totum
coelato et pingito mures,
Qui soleant habitare domos: pulcherrima sunto Haec ornamenta
atque animo gratissima nostro. Tum myrrham, thus, styracem
ipsorumque cruorern Contento pariter murum, sacra desuper inde
Verba cane, et tot yero adhibe muresque repone, Quod mihi tu
esse vides *f ormas, tum sumito laurum, Ex que ejus trunco*
vaginam aptato, piasque
Tune ef funde preces simulacro, et debita solee Vota haec si
facies, per somnum meque videbis.

Tales eran antaño los secretos misterios de los dioses y demonios de los gentiles, por los que persuadían a los hombres que se los podía constreñir, retener y ligar. De allí deriva que Jámblico y Porfirio enseñaran que quien invoque a los demonios sagrados debe rendirles y tributarles el honor propio de cada uno en particular, bajo la forma de gracias, oblaciones, dones, sacrificios, palabras y caracteres apropiados a su condición. De lo contrario no se disfrutará de la presencia de las divinidades o demonios, ní se obtendrá efecto alguno; además, ellos pro-curarán perjudicar a los demasiado negligentes en las ceremonias de su invocación.

Capítulo XXXII

COMO ATRAER A LOS DEMONIOS BUENOS Y CONFUNDIR A LOS MALOS

La eficacıa de lα religión tiene su efecto por medio de la presencia de los demonios, pues en religión no puede realizarse obra alguna que sea admirable a menos que esté presente uno de los Demonios Buenos en lá práctica de esa obra, como rector y realizador. Aunque hay muchos y diversos medíos para ganar y atraer hacía nosotros a los demonios buenos, sin embargo, carecemos de lazos capaces de retenerlos y no les podemos forzar; pero podemos invocarlos con ciertas cosas sagradas, como leemos en Apuleyo, por las estrellas del cielo, por las divinidades infernales, por los elementos naturales, por el silencio de la noche, por las concepciones felices, por los desbordamientos del Nilo, por los misterios de Memfis y los sistros de Faros; y como leemos en otra parte en Porfirio : Tú que surges del limo, que resides en el lugar, que navegas sobre el navío, que Cambias de forma de hora en hora, y sufres un cambio en cada signo del Zodíaco. Con tales y semejantes oraciones e himnos, por-que son signos de virtudes divinas, los demonios se ponían a veces al servicıo de los hombres; o es que se vean forzados a acudir por una es-pecie de necesidad sino que lo hacen voluntariamente y por una especie de hábito, y son más accesibles cuando acuden mediante plegarías d quienes los ınvocan; por ello en Porfirio, en el libro de las Respuestas,
Hécate dice:
He venido aquí ganada por vuestras plegarias. Y en el mismo,

Porfirio dice en otra parte:

Vencidas por la plegaria de los hombres, las divinidades del cielo son obligadas a descender sobre la tierra y a decir el porvenir.

Pero además, lα alianza que la divınidad tiene con el pensamiento humano hace que los buenos espíritus se encuentren de buen grado con nosotros, y nos comuniquen su poder y virtud, ayudándonos y cooperan-do con nosotros mediante iluminaciones, inspiraciones, oráculos, vaticinios, sueños, milagros, prodıgios, adivinaciones y augurios, y actuando sobre nuestras almas, como sobre imágenes familıares, perfeccionándolas con los efluvios de sus virtudes, y asemejándolas en la medida de lo posible hasta que nuestra alma realice cosas casi admirables que los demonios celestes cumplen corrientemente.

En cuanto a los Demonios Malos, los combatimos con ventaja con ayuda de los buenos, prıncipalmente cuando el combatiente está en gracia de Dios por la santidad de su vida y lucha contra ellos εοη las armas de

las palabras sagradas y los encantamientos terribles, como conjurarlos por el poder divino, por los venerables nombres y caracteres de las virtudes sobrenaturales, por los milagros, sacramentos, misterios sagrados y otras cosas de este estilo. Estos conjuros o exorcismos, en la medida en que se cumplen en nombre de la religión y de la virtud divina son formidables contra los demonios malignos: por ello, a veces, los mismos profanos subyugan y alejan a los malos demonios con estos conjuros sagrados, insoportables para aquellos.
Esto hace decir a Cipriano en el libro titulado "Los ídolos no son dioses", que los demonios conjurados por el Dios verdadero se nos rınden de inmediato y son obligados a salir de los cuerpos de los posesos, ya sea que huyan al punto o se desvanezcan gradualmente, según que la fe del paciente ayude o la gracia del conjurante avente. Y Atanasio, en el libro de Cuestıones Diversas, dice que no hαy palabra más terrible nı más destructora del poder de los demonios que el comienzo del Salmo LXVII (sic) : "Aparezca Dios y desaparezcan sus enemigos". Tan pronto se recita este versículo, el diablo se desvanece entre gemidos y desaparece. Y Origines, al escribir contra Celso, dice que muy a menudo se observó que al pronunciarse el nombre de Jesús una infinidad de demonios abandonaron las almas y los cuerpos de los posesos, ınyectando grandísima fuerza en las personas de donde los demonios habían sido aleja-dos. Con frecuencıa, las amenazas y oprobios proferidos contra los malos demonios, particularmente contra los menores, como lamias, íncubos y demás, bastan para detenerlos o rechazarlos; como leemos en Lucano acerca de este maleficio:

Os haré salir por vuestro propio nombre, sacaré de los infiernos a los canes que custodian la Estigia, y los expondré a la luz de lo alto. Buscaré en todas las piras, observaré todas las exequias, os haré salir de vuestras tumbas, y os alejaré de todas vuestras urnas. Y a ti, Hécate, que acostumbras disfrazarte en la asamblea de lis dioses, te haré aparecer ante ellos, pálida y cadavérica, y te impediré cambiar tu rostro infernal.

Y leemos en Filóstrato que Apolonío y sus discípulos, caminando bajo el claro de luna, encontraron los fantasmas de una lamía que cambıó de figura y desapareció ante sus ojos; pero Apolonío advirtió al punto de qué se trataba, pronunció conjuros e indicó que lo mismo hicieran sus acompañantes, pues sabía que las ınjurıas y el desprecio son el verdadero medio de rechazar a esta clase de fantasmas y, tan pronto sus acompañantes pronuncíαroη las injurias, el espectro se desvaneció como un ídolo, gimiendo; pues esta clase de demonios es tan cobarde que lo amedrentan las amenazas con cosas que no pueden causar daño, los inquietan. los hacen temblar y los dominan. Jeremón, autor sagrado, di-ce también que lαs injurias y amenazas son cosas muy violentas contra Ios demonios.

Además, como ya dijimos, hay un género de demonios no muy malígilos, muy familiar a los hombres, de manera que está sujeto a las pasiones humanas; muchos de estos espíritus gozan con las conversaciones humanas y voluntariamente moran con los mortales; algunos aman apa-• sionadamente a las mujeres, otros a los niños, otros se complacen con los animales tanto salvajes como domésticos. Otros habitan en los bosques y frondas, otros en las aguas, prados y fuentes: así los Faunos y los Lemures aman los campos, las Náyades las fuentes, las Potámides los ríos, las Ninfas los estanques y lagos, las Oreadas las montañas, las Húmedas los prados, y las Dríadas y las llamadríadas los bosques, donde también se retiran los Sátiros y Silfos. Las Ninfas se solazan entre las plantas, y sobre los promontorios, las Naptas y las Agaptas con las flores, las Dodenas con las bellotas, y las Paleas y Fenilias en los forrajes y la vida campestre. Quien desee invocar a estos espíritus puede hacerlo sin dificultad en los sitios donde moran, atrayéndolos con los mejores perfumes, los tonos más seductores de instrumentos musicales, confeccionados con tripas de ciertos animales y maderas escogidas a tal efecto, uniendo ésto con cantos, versos y encantamientos convenientes para este tipo de ceremonias. Y lo que aquí resulta más importante es la simplicidad de genio, la inocencia de espíritu, una gran credulidad y un silencio constante. Por ello con más frecuencia se aparecen a los niños, a las mujeres, a las personas de clase más humilde, y tiemblan ante los espíritus fuertes y osados que nada temen; no causan mal alguno a lα gente de bien y a los amigos de la pureza, pero sí lo producen a los malvados e impuros. De esta clase de espíritus son los lemures, los lares, las larvas, los despojos mortales, sombras y espantajos. De allí deriva que Plotino (liga que las almas de los hombres son, a veces, demonios, y que de los hombres surjan los lares, sí durante lα vida obraron bien (los griegos los llaman eudemoπios, es decir, demonios bienaventurados), pero que sur-jan lemures y larvas si merecieron mal, y estos son los demonios perjudiciales, provenientes de los hombres, llamados, por ende, cacodemonios por los griegos; también se los denomina Manes, cuando se duda de sus méritos. Hay muchos ejemplos de estas apariciones, como la que nos narra Plinio el Joven sobre la casa de Atenodoro, filósofo de Tarso, don-de se veía la sombra de un anciano espantoso, acompañada de un ruido insoportable. Filóstrato nos cuenta un caso semejante sobre la lamía de Menipo, filósofo de Licιa, que en Corinto se transformó en una bellísima mujer, que Apolonío de Tíana hizo reconocer por una lemur. El mismo Apolonio descubrió en Efeso un espíritu maligno semejante bajo el aspecto de un viejo mendigo, causante de una peste que asoló á los efesios; este viejo mendigo, al ser lapidado por orden de aquel filósofo, apareció en su lugar una especie de perro de ganado, y pronto cesó la peste.

También hay que señalar que quien opere intelectualmente sobre los malos demonios, los ligará por imperio de los buenos; pero quien opere sólo mundanamente. se condenará a la Gehena.

Capítulo XXXIII

LAS LIGADURAS DE LOS ESPIRITUS, SUS CONJUROS, Y LA MANERA DE EXTERMINARLOS

Las ligaduras con las que se ata a los Demonios, se los confunde y extermina, son de tres clases. Algunas se obtienen del mundo elemental, como cuando conjuramos algún espíritu por las cosas inferiores y naturales que le son simpáticas u hostiles, ya sea que los llamemos o espantemos, como las flores, las hierbas, los animales, la nieve, el hielo, los infiernos, el fuego y demás; o que se incluya a menudo estas cosas en las alabanzas bendiciones y consagraciones divinas, como aparece en el Cántico de los tres niños y en el Salmo "Alabad al Señor de los Cíelos", e incluso en la consagración y bendición del cirio pascual: pues esta ligadura opera en la facultad aprehensiva del espíritu por amor u odio, en tanto que los espíritus mismos presiden, favorecen una cosa natural, o innatural, y sienten aversión hacia otra; también estas clases de cosas se odian o aman respectivamente. De allí deriva el dicho de Proclo: Como el león teme al gallo, principalmente al gallo blanco, así el espíritu que aparece bajo la forma de un león desaparece tan pronto se le exhibe un gallo.

El segundo vínculo se obtiene del mundo celeste; esto ocurre cuando conjuramos a los espíritus por el cíelo, las estrellas, sus movimientos, sus rayos, luces, gracia, resplandor, nobleza, fueza, influencia, prodigios y cosas semejantes; y este vínculo opera sobre los espíritus en forma de ad-monición o ejemplo. Existe también algo imperioso, sobre todo sobre los espíritus ministros y los de los últimos órdenes.

El vínculo tercero y verdadero deriva del mundo intelectual y divíno; se cumple mediante la autoridad de la religión, como cuando con-juramos por los sacramentos, los milagros, los nombres divinos, los signos sagrados y los demás misterios de la religión; por ello esta ligadura es soberana, la más fuerte de todas, actuando en el imperio y poder del espíritu.

Ha de observarse que debido a que la providencia universal precede a la particular, y el alma universal precede a las particulares, comenzamos la invocación por los vínculos superiores y por los nombres y virtudes que gobiernan las cosas, y luego invocamos por los vínculos inferiores y por las cosas mismas.

Ha de saberse también que estas ligaduras sirven no sólo para ligar y contener a los espíritus, sino también para todas las criaturas, como por ejemplo: tempestades, incendios, diluvios, pestes, enfermedades, fuer-zas de armas y toda clase de animales, tomándolas a modo de conjuro; como en el conjuro de las .serpientes, además de las cosas naturales y celestes, se invoca a los misterios de la religión sobre la maldición de la serpiente en el paraíso terrenal, la elevación de la serpiente en el desierto,

empleando asimismo este versículo del Salmo XCIX: (sic) "Caminarás sobre el áspid y el basilisco, y conculcarás al león y al dragón".

La superstición tiene, de modo similar, mucha fuerza sobre estas clases de cosas, transfiriendo un rito sacramental a lo que deseamos ligar o detener, como la excomunión, la sepultura o los obsequios, para ex-terminar las enfermedades, las serpientes, las ratas y los gusanos, de lo cual hace mención lα historia, y lo que se sigue aún realizándose.

Capítula XXXIV

EL ORDEN ANIMASTICO Y LOS HEROES

Después de los coros de los espíritus bienaventurados está ubicado inmediatamente el Orden *Animástico,* que los teólogos hebreos llaman Issim, es decir, hombres robustísimos; y los magos gentiles los llaman Héroes, o semidioses, o dioses Semones. Fulgencio, autor de envergadura, cree que se los llama así porque no se los juzga dignos del cíelo por su poco mérito, y que sin embargo merecen más que la tierra por su veneración de la gracia, como ocurriera con Príaco, Hippo y Vertumno; o bien porque, al haber tenido en vida virtudes divinas y haber realizado en el mundo mucho bien, al abandonar este cuerpo mortal, fueron lle-
vados a los coros de los dioses bienaventurados, que velan sobre las necesidades de los mortales con iguales virtudes y bondad con que se condujeron en la tierra; o también porque fueron procreados por una secreta semilla de los dioses, pues se cree que fueron engendrados por dioses o demonios que, al unirse a los hombres, consiguientemente constituyen una naturaleza mixta entre el hombre y el ángel; esta es también la opinión de Lactancio. En nuestros días también hay personas que mantienen comercio y sociedad conyugal con los espíritus, y a este respecto todo el mundo ha creído que Merlín, poeta sagrado de los bretones. fue hijo de un demonio y una virgen. De modo similar se ha creído que Platón, príncipe de la sabiduría, nació de una virgen poseída por el fantasma de Apolo; y la historia narra que algunas mujeres godas, llamadas alrumnes, notables por su gracia y belleza, salieron del campamento de Filimiro, (o como dicen otros, de Idantresis, rey de los godos) penetra-ron en el desierto de la Gcitia asiática, gozaron de la compañía de faunos y sátiros, y dieron a luz a los primeros hunos. Asimismo, según lo ex-presa Pselo, los demonios nacen a veces del semen productor de ciertos animalejos.

En consecuencia, estos héroes no tienen menos poder sobre el ordenamiento y gobierno de este mundo inferior que los dioses y demonios; cada cual posee su oficio y patronazgo; por ello se les dedicó, como a los

mismos dioses, templos, imágenes, altares, sacrificios, votos y todos los demás misterios religiosos. Y sus nombres, al ser invocados, tienen virtudes divinas y mágicas pαra realizar determinados milagros, lo cual muchas personas lo experimentaron al invocar el nombre de Apolonío de Tiana, según dichos de Eusebio; y leemos muchos otros hechos milagrosos de Hermes, Atlas, Esculapio y otros héroes gentiles, en los antiguos, tanto poetas como historiadores y filósofos; pero estas son ensoñaciones paganas.

En cuanto a nuestros héroes santos, creemos que tienen su fuerza del poder divino, pues todos están dominados, como lo atestiguan también los teólogos hebreos, por el alma del Mesías; es el mismo JESUCRISTO quien, a través de sus diversos santos, como sí fuesen miembros apropiados, confiere y distribuye los diferentes dones de su gracia en este mundo inferior; y todos los santos, tanto en general como en particular, tienen, cada uno, su oficio, para cooperar con él. Por ello, cuando solicitamos su ayuda mediante rezos e invocaciones, nos conceden de muy buen grado en la medida de las diferentes gracias que recibieron del Señor, cada uno de sus dones, sus beneficios y sus gracias; y nos conceden esto con mayor prontitud y abundancia que los poderes angélicos por ser más próximos y semejantes a nuestra naturaleza, ya que ellos fueron criaturas como nosotros, y experimentaron iguales pasiones y flaquezas. Por ello conocemos mejor sus nombres, sus dignidades y los servicios que nos pueden prestar.

Su número se eleva casi al infinito pero hay doce principales, que son los doce apóstoles del CRISTO, sentados (como dice la verdad evangélica) sobre los doce tribunales, para juzgar a las doce tribus de Israel, distribuidos, en el Apocalipsis, sobre doce cimientos en las doce puertas de lα ciudad celeste, que presiden en los doce signos, están marcados sobre doce piedras preciosas, y a los que fue distribuido el orbe de las tierras. Estos son sus nombre verdaderos:

El primero: שמעון הכפי, Symehon Hacaephi, es decir, Pedro.
El segundo: אלפחי Alckuz , a quien llamamos Andrés.
El tercero: יעפבה ahacobah, Santiago el Mayor.
El cuarto: פוליפוש Polipos, a quien denominamos Felipe.
El quinto: ברכיה , Barachiah, es decir, Bartolomé.
El sexto: יוהנה, Iohanah, que pronunciamos Juan.
El séptimo: תמני, Thamni, a quien llamamos Tomás.
El octavo: מדון, Medon, a quien designamos como Mateo.
El noveno: יעקב, lahacob, o sea, Santiago el Menor.
El décimo: המיפא, Chatepha, llamado Tadeo.
El undécimo: שמאם, Saman, que es Simón el Cananeo.
El duodécimo: מתתיה Matattiah, que quiere decir Matías.

Después de los apóstoles están los setenta y dos discípulos del CRISTO, que gobiernan los quinarios del cielo, las tribus, los pueblos, las

naciones y las lenguas. Luego sigue una multitud innumerable de santos, que también recibieron dwersos oficios, lugares, naciones y pueblos bajo su presidencia y tutela; y estos son los que realizan los deslumbrado-res milagros que vemos y consideramos verdaderos, en atención a las plegarias de los fieles que los invocan.

Capítulo XXXV

LOS DIOSES MORTALES Y TERRESTRES

Los Dioses mortales están ubicados inmediatamente después de es-tos últimos, y también los denominamos Héroes, Dioses de la Tierra, o 'cooperadores de los dioses de lo alto, y se trata de los Reyes, Príncipes

Pontífices que gobiernan en este mundo y io ordenan según sus leyes. Por ello los consideramos dioses, los obedecemos y honramos, pues Dios permitió que compartan con El su nombre, y les confirme este privilegio llamándolos dioses, como lo hizo con Moisés, diciéndole: "Yo que te he constituido dios para Faraón". Además, al hablar de estos dioses de la tierra, ordena lo siguiente: "No murmurarás de los dioses". Y de nuevo: "Si el hurto está oculto, el dueño de casa os conducirá delante de los dioses". Y el Salmista dice: "Los príncipes de los pueblos están reu-nidos con el -dios Abraham, porque los dioses poderosos de la tierra son grandemente elevados". Y en otro pasaje: "Dios integra el consejo de los dioses y, en medio de ellos, los juzga". Y poco después añade: "Yo mismo he dicho: vosotros sois los dioses, y todos, hijos del Altísimo". Y a este respecto se suma la orden que Dios efectuó de honrarlos y respetarlos, dándoles décimos y primicias, atribuyéndoles derecho soberano, prohibiendo que se murmure de ellos y ordenando que se los obedezca aunque sean díscolos. He aquí porqué toda la antigüedad trataba a sus príncipes como dioses: este es el testmonio de Jano, en Ovidio, primer Fasto. en estos términos:

Poderoso reinó en la época en que los dioses eran dueños de la tierra y. las divinidades se hallaban entre las moradas de los hombres.

Y el divino Platón ordenó, en el libro tercero de su República, que se honrase como a dioses a los príncipes, tanto en vida como después de muertos; y esta orden la recibieron todas las naciones 37 desde el inicio del mυηdo, es decir, la de deificarlos con honores divinos, y consagrarlos con memoria eterna. De allí deriva que se impusiese sus nombres, en eterna rememoración, a ciudades, provincias, montañas, ríos, mares, islas y,océanos; después se les dedicaron con gran pompa pirámides, colosos,

arcos de triunfo, estatuas, trofeos, templos, juegos, y grandes fiestas; y con sus nombres se llamaron los cíelos, las estrellas, los días y los meses: así fue que se los denominó Enero por Jano, Julio por Julio César, Agosto por Augusto; de modo parecido el chía miércoles deriva de Mercurio Trismegisto, y el jueves de Júpiter. Y la historia da fe de que esa costumbre no sólo la observaron los egipcios, griegos y romanos sino también los pueblos más bárbaros, como los godos, daneses y teutones. De allí deriva que, según el testımonio de Sajón Gramático, al díα que aquellos llaman de Mercurio, estos lo denominan de Odín; y al de Júpiter, lo llaman Thor, por los nombres de Odín y Thor, antiguos reyes de los godos y daneses. Y no se los llamó godos por otra razón que porque, en su lenguα llamaban Gotth al, Dios soberano; de allí surge que los denominados teutones reciben este nombre porque en su lengua llamaban Teutanes al dios Marte al que honraban ; y los galos también daban este nombre a Mercurio.

Los reyes y los pontífices, sı son justos, cooperan con los dioses y gozan de un poder semejante. Por ello, con solo tocar a los enfermos o con su sola palabra, curaban los males y gobernaban a veces la atmósfera y los cíelos, como lo canta Virgilio respecto de Augusto, con estos términos:

Llovió toda la noche y he aquí que los espectáculos retornan; es que el gobierno del mundo lo comparten Júpiter y César.

Y esto es lo que atestigua la Escritura respecto a Josué, quien al combatir con Gabaón, ordenó al sol y a la luna en estos términos: "Sol, de-tente contra Gabaón, y tú, luna, contra el valle de Aialón. Y el sol y la luna se detuvieron ante su orden, y el sol no se puso un día entero hasta que obtuvo victoria total v sujeción de sus enemigos"; en este caso se aprecia que el Señor obedecí' a la voz del hombre. De modo similar, Moisés hizo abrir un gran canhíno en el Mar Rojo, y Josué en el Jordán, haciendo pasar al pueblo a pie. Alejandro de Macedonia hizo otro tanto respecto de su ejército. A veces tuvieron también espíritu profético, como lo hallamos en las Sagradas Escrituras respecto de Caife, porque predijo que sería pontífice ese año.

Debido a que el Señor quiso que los reyes y pontífices fuesen llama-dos dioses, por comunicación del nombre y del poder, también es verdaderainente nuestro deber complacerlos y preferir sus juicios a los nuestros, obedecerlos enteramente, suplicarles y honrarles, rendirles toda clase de respetos y reverenciar en sus personas al Dios supremo.

Capítulo XXXVI

CREACION DEL HOMBRE A SEMEJANZA DE DIOS

Dios, excelencia de todas las excelencias, como dice Trismegιsto, hizo dos imágenes que se le asemejan, a saber, el mundo y el hombre, en uno de los cuales se propuso crearse un juego de sus maravillosas opera-raciones, y en el otro, hallar allí su goce; como él es uno, creó un mundo; como es infinito, creó el mundo redondo; como es eterno, creó el mundo incorruptible y eterno; como es inmenso, creó el mundo más grande que todo; como es la vida misma, también enriqueció al mundo con semillas vitales, capaz de producir él mismo todas las cosas; y como es omnipotente, por su sola voluntad, sin necesidad alguna de naturaleza, creó el mundo, no de una materia preexistente, sino de lα nada; y porque es la bondad soberana, al abrazar con su voluntad perfecta y su amor esencial a su verbo que es la primera idea de todas las cosas, fabricó este mundo exterior sobre el ejemplo del mundo interior que es el ideal, sin emitir nada de la esencia de lα idea, puesto que de la nada creó lo que tenía por idea en la eternidad.

De modo similar, Dios creó al Hombre a su Imagen; pues así como la imagen de Dios es el mundo, de igual modo la imagen del mundo es el hombre; de allí deriva que algunos crean que se dijo que el hombre no fue creado simplemente imagen de Dios, sino a imagen de él, como sι se dijese la imagen de la imagen, es decir, microcosmos. El mundo es un animal racional e inmortal; de modo semejante, el hombre es un animal racional, pero mortal, es decir, corruptible, pues, como dice Hermes, al ser el mundo inmortal, es imposible que perezca alguna de sus partes. E igual que el vacío el morir no se halla en parte alguna. No decimos pues del hombre que cuando el alma y el cuerpo se separan, αlgυηα cosa de una u otro perezca o retorne a la nada. La verdadera imagen de Dios es en realidad su Verbo, sabiduría, vida, luz y verdad, que existe por sí mismo; y el espíritu del hombre es lα imagen de esa imagen, en razón de la cual se dice que somos hechos a imagen de Dios, y no a imagen del inundo, o de las criaturas. Pues así como la mano no puede tocar a Dios, ní el ojo le puede ver, ní el oído escucharlo, de igual modo el espíritu del hombre no se puede tocar, ver ni oir. Y así como Dios es infinito y nada lo puede constreñir, de igual modo el espíritu del hombre es libre y no puede ser constreñido nι medido; y además, así como Dios dirige con su solo pensamiento todo este mundo y todas las cosas contenidas en él, de igual modo el espíritu del hombre lo abarca también en su pensamiento, y lo único que tiene de común con Dios, el espíritu humano mueve ʋ gobierna su cuerpo a voluntad, igual que Dios mueve y gobierna al mundo entero a voluntad. Por ende, necesariamente el espíritu del hombre, sellado por el Verbo de Dios, ocupa también un cuerpo humano, para concretar una imagen perfecta del mundo. Por ello al hombre se le llamó el otro mundo

y la otra imagen de Dios, pues en sí mismo posee todo lo contenido en el macrocosmos, tan enteramente que no queda nada que no se halle parecida, real y verdaderamente en el hombre mismo; y todas estas cosas efectúan allí las mismas funciones y los mismos oficios que en el macrocosmos. Los elementos existen en él según las propiedades verdaderas de su naturaleza. En él hay una especie de cuerpo etéreo, vehículo del alma, que por proporción representa al cielo. En él existe la vida vegetativa de las plantas, los sentidos de los animales, el espíritu celeste, la razón angélıca y el pensamiento divino, igual que la verdadera conjunción de todas estas cosas hacia un mismo fin y la posesión divina. Por ello las Sagradas Escrituras llaman al hombre toda la criatura; y no sólo el hombre fue creado como un segundo mundo, y contiene todas las partes en sí mismo, sino que incluso concibe y contiene a Dios mismo. Por eso Xxste, el pitagórico, dice que el espíritu del hombre es el templo de Dios, lo que Pablo expresó con mayor claridad al decir: Sóis el templo de Dios. Y las Sagradas Escrituras dicen lo mismo en muchos pasajes. El hombre es pues una perfectísima imagen de Dios, puesto que el hombre contiene una excelencia que no le pertenece, contiene todas las cosas por su virtud y simplemente, como causa y principio de todas las cosas; el hombre tiene de él la facultad y virtud de contener de modo semejante todas las cosas, pero por el acto solamente y a modo de composición, como tejido, vínculo y nexo de todas las cosas. Por ello sólo el hombre tiene el honor de poseer símbolo con todo, operacíón con todo, conversación con todo. Simboliza con la materia en su propio respecto; con los elementos, en su cuerpo cuádruple; con lαs plantas, en la virtud vegetativa; con los anímales, en la sensitiva; con los cíe-los, en el espíritu etéreo y el influjo de las partes superiores sobre las inferiores; con los ángeles, en el entendimiento y la sabiduría; con Dios, en la contención de todas las cosas. Conversa εοη Dios y las Inteligencias por la fe y la sabiduría; con los cielos y los cuerpos celestes, por la razón y el razonamiento; con los inferiores, por el juicio y el dominio. Actúa con todo y tiene poder sobre todo, sobre Dios mismo, comprendiéndolo y amándolo. Y así como Dios conoce todas las cosas, de igual modo el hombre puede conocer también todo lo que es cognoscible, teniendo en común como objeto adecuado la existencia, o como dicen otros, lo verdadero mismo. No se halla en el hombre dısposición alguna donde no se vea brillar una chispa de la divinidad; y en Dios nada hay que no esté también representado en el hombre. En consecuencia, quien tenga conocimiento de sí, conocerá todas las cosas en sí: conocerá primero a Dios a imagen del cual fue creado; conocerá al mundo del cual lleva la imagen; conocerá a todas las criaturas con las que sımboliza, igual que el dulzor que puede obtener y extraer de piedras, plantas, anímales, elementos, cielos, demonios, ángeles y todas las cosas pudiendo acomodarlos unos con otros en su sitió, tiempo, orden, medida, proporción y acuerdo, atrayéndolos y rechazándolos, tal como el imán actúa sobre el hierro. Y Geber, en su *sumrna* de Alquimıa, enseña que nadie puede llegar a la perfección de este arte sin conocer en sí los principios; asimismo, cuanto más se tenga el conocimiento de sí.

más se adquirirá la fuerza de atracción, se realizarán cosas más grandes y maravillosas, y se llegará a una tan grande perfección que se convertirá en hijo de Dios, asumirá la forma de la imagen misma, que es Dios, y se unirá con él; prerrogativa ésta que no es acordada ni a los ángeles, ní 01 mundo, ni a criatura alguna, sino al hombre únicamente, es decir, prerrogativa de ser hecho hijo de Dios y ser unido a Dios. Al estar el hombre unido con Dios, todo lo existente en el hombre está junto a aquél, primero el pensamiento, luego el espíritu y las fuerzas animales, la virtud vegetativa y los elementos, hasta la material, atrayendo también consigo el cuerpo del cual subsistió la forma, elevándolo'α una condición mejor y a una naturaleza celeste hasta que sea glorificado por la inmortalidad. Y ello, como ya lo hemos dicho, es un don especial en el hombre, por el cual esa dignidad de imagen divina le es propia y no pertenece a ninguna otra criatura.

Hay otros teólogos que dicen que los tres poderes del hombre (lα memoria, el entendimiento y lα voluntad) son la imagen de la divina Trinidad. Están incluidos quienes, yendo más lejos, hacen consistir esa imagen no sólo en estos tres poderes, que llaman actos primeros, sino también en los actos segundos, de esta manera: así como la memoria representa al Padre, el entendimiento al Hijo y la voluntad al Espíritu Santo, de igual modo el Verbo producido por nuestro entendimiento, el amor que emana de la voluntad y el entetdimiento mismo que tiene el objeto presente y lo produce, representan al Hijo, al Espíritu y al Padre. Y los teólogos más misteriosos dicen, además, que cada uno de nuestros miembros representa en Dios una cosa de la que lleva la imagen y que también representamos a Dios en nuestras pasiones, pero mediante cierta analogía; pues hallamos en las Sagradas Escrituras la cólera de Dios, su furor, su penitencia, su complacencia, su afecto, su odio, su juego, su placer, sus delicias, su indignación, y otras cosas semejantes; y nosotros mismos, en capítulos precedentes, dijimos algo de los miembros divinos, que puede relacionarse con este capítulo.

Hermes Trismegisto, quien también reconoció la Trinidad divina, nos la describe por el entendimiento, la vida y el fulgor, que llama en otra parte el Verbo, el Pensamiento y el Espíritu; y dice que el hombre, hecho a imagen de Dios, representa la misma Trinidad, pues posee en sí un pensamiento inteligente, un verbo vivificante, y un espíritu como una luz divina que se difunde por doquier, y llena, mueve y une tildas las cosas; sin embargo, no ha de entenderse esto del espíritu natural, que es un medio por el cual el alma se une con lα carne y el cuerpo, con lo que el cuerpo vive, efectúa sus funciones y un miembro trabaja sobre el otro, y de lo cual hemos hablado en el libro I de esta obra; sino que aquí hay que entender un espíritu racional, que sin embargo tiene cuerpo de algún modo; no tiene un cuerpo burdo que se puede tocar y ver, síno un cuerpo sutilísimo, que puede unirse bien con el pensamiento, es decir, el superior y divino que está en nosotros; y no es preciso que nadie se asombre sí nos oye decir que el alma racional es este espíritu y algo corporal, o que esa

alma tiene y percibe algo de naturaleza corporal mientras está en el cuerpo y se sirve como de un instrumento, siempre que se entienda bien lo que en la doctrina de Platón es el cuerpo etéreo del alma que le sirve de vehículo.

Plotino y todos los platónicos consideran también, después de Trismegisto, tres partes en el hombre, denominadas lo alto, el medio y lo bajo. Lo alto es la parte divina que se llama pensamiento, o porción superior, o entendimiento iluminado. Moisés la llama, en el Génesis, el hálito de las vidas, que Dios o su espíritu sopló en nosotros. Lo bajo es el alma sensitiva, que se llama incluso ídolo; el apóstol Pablo lo llama el hombre animal. El medio es el espíritu racional, que reúne Y liga estos dos extremos, es decir, el alma animal con el pensamiento, teniendo por la naturaleza los dos extremos. Difiere, por tanto, de la parte superior que se llama entendimiento iluminado, pensamiento, luz, y porción suprema; difiere también del alma animal, de lα que el Apóstol enseña que debemos separarlo por la virtud del Verbo de Dios, diciendo: La palabra de Dios es viviente y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos, pues llega a separar el alma del espíritu. Pues como esa suprema porción no peca jamás, jamás consiente el mal, se opone siempre el error y beneficia a quien la lleva, así como lα parte de abajo, el alma animal, está siempre hundida en el mal, el pecado y la concupiscencia, llevándonos siempre a lo peor que existe; de ella dice Pablo: "Percibo en mis miembros una ley contraria, que me retiene bajo la ley del pecado". El pensamiento pues, la *meas,* la parte de arriba, no es condenada, sino que dejando a sus asociados en su castigo, vuelve intacta a su origen. En cuanto al espíritu que Plotino llama alma racional, al estar naturalmente libre, puede tomar la parte de una y otra a voluntad; sí permanece constantemente apegada a la parte superior, al fin se une con ella y se beatifica hasta ser absorbida en Dios; sí se apega al alma inferior, se corrompe y desmerece, hasta convertirse en un demonio maligno. Lo que acabamos de decir se debe entender respecto al pensamiento y al espí-^^tu.

Hablemos ahora de la palabra o verbo. Mercurio la cree de igual importancia para la inmortalidad; pues la palabra o verbo es la cosa sin la que nada ha sido hecho ní se puede hacer, y además es la expresión de quien expresa y de lo expresado; el decir de quien dice y lo que dice, es la palabra y el verbo; lα concepción de quien concibe y lo que concibe, es el verbo, la escritura de quien escribe y lo que escribe, es el verbo; la formación de quien forma y lo que forma, es el verbo; la creación del creador y lo que crea, es el verbo; la hechura del hacedor y lo que hace, es el verbo ; la ciencia de quien sabe y lo que sabe, es el verbo. Y todo lo que se puede decir no es sino el verbo, y se llama igualdad: pues hay una relación igual en todas las cosas, una no es más que la otra, acuerda a todas las cosas el derecho de ser lo que son ní más ni menos, se torna sensible y torna sensibles a todas las cosas consigo, así como la luz se torna visible y todas las cosas con ella: por esa razón Mercurio denominaba verbo al hijo luminoso del pensamiento. Pero la concepción por la cual el pensa-

miento se concibe es el verbo intrínseco engendrado por el pensamiento, es decir, el conocimiento de sí mismo; en cuanto al verbo extrínseco y vocal, es el nacimiento y la manifestación de este verbo, y el espíritu pro-cedente de la boca con sonıdo y voz que significa algo. Es cierto que nuestra voz, nuestro verbo y nuestra palabra, a menos que estén formados por la voz de Dios, se mezclan en el aire y se desvanecen; pero el soplo y el verbo de Dios persiste con el sentido y la vida que los acompañan. En consecuencia, todos nuestros discursos, todas nuestras palabras, todos los hálitos de nuestra boca y todas nuestras voces carecen de virtud en Magia Sı no están formados por la voz divina. Y Aristóteles, en. sus Meteoros y al final de su Moral, confiesa que no hay fuerza moral ni naturαl que no provenga de Dios; y en sus dogmas secretos, dice que nuestro entendimiento, bueno y sano, puede mucho sobre los secretos de la naturaleza, siemμre que sea ayudada con el concurso de la fuerza divina, y que de otro modo nada puede hacer. Así, mediante nuestras palabras podemos producir muchos milagros, si están formadas por el verbo de Dios, y por ellas nuestra generación unívoca también se cumple, como dice Isaías: "Señor, hemos concebido ante tu faz, igual que las mujeres conciben ante la faz de sus maridos, y hemos dada a luz al espíritu". A este respecto, como un hecho recibido entre los gimnosofistas de la India, según una tradición pasada de mano en mano, Buda, príncipe de su dogma, produjo una hija de su costado; y los mahometanos creen firmemente que la mayoría de aquéllos a quienes llaman en su idioma *Ne f esogles* nace sin cópula carnal mediante determinada manera secreta de dispensación divina; su vida, en consecuencia, será admirable, impasıble, como angélica, y totalmente so-brenatural.

Pero dejemos todas estas ingenuidades y digamos que el Uníco rey Mesías, Verbo del Padre, hecho carne, Jesucristo, reveló este secreto y lo manifestará más ampliamente dentro de un lapso determinado. He aquí por qué, con pensamiento idéntico a él, como dice Lazarelle en la Copa de Hermes,

el generador ya dio al hombre la palabra para que cree dioses semεjantes a los dioses, enviándoles su Espíritu de lo alto. Bienaventurado quien conozca los grandes deberes de su condición y se redima voluntariamente; pues deberá ser incluido en el rango de los dioses y no será menor que los dioses de lo alto. Unos se ocυpαn de desviar los males cuyo destino nos amenazα, y a rechazar lejos el peligro de las enfermedades; otros dαn presagios de sueños, consuelan a los hombres en sus miseriαs, dαn males a los impíos y brillαntes recompensαs a los *piadosos: así cumplen el manda-miento de Dios Padre. Ellos son los discípulos de Dios,*

los que no nacieron de lα voluntad de la carne ní de la voluntad del hombre, ní de la voluntad de la mujer, sino que tienen a Dios por Padre. En cuanto a la generación unívoca, es aquélla en la que el hijo es semejante al Padre de todas maneras y donde el engendrado según la especie es igual

al generador, y esa generación es el poder del verbo formado por el pensamiento, verbo bien recibido en un sujeto dispuesto, como semen en una matriz, para la generación y el alumbramiento ; digo dispuesto y bien recibido, porque todas las cosas no participan del verbo de la misma manera, sino unas de una manera y otras de otra. Y estos son secretos muy ocultos de la naturaleza, que no deben ser revelados en público.

Capítulo XXXVII

EL ALMA HUMANA Y LOS MEDIOS DE SU UNION CON EL CUERPO

El Alma del Hombre es una determinada luz divina, creada a imagen del Verbo Causa de Causas y primer ejemplo, la sustancia de Dios signada con su sello cuyo carácter es el Verbo eterno. El alma del hombre es una determinada sustancia divina indivisible, presente en su totalidad en cada parte del cuerpo, producida por un autor incorporal de tal naturaleza que tiene todo el poder del agente y nada del fondo de lα materia. El alma es un número sustancial, uniforme, que retorna sobre sí misma, y racional, de una condición elevada muy por encima de todos los cuerpos materiales, que no se divide como lα materia, y no proviene de cosas debajo de ella y corpórales sino de una causa eficiente; pues no es un número cuantitativo, es un número independiente de todas las leyes corporales; por ello no está sujeta a división iii a multiplicación por partes. El alma es, pues, una determinada sustancia divina, que emana de fuentes divinas, y que lleva el número consigo, no el número según el cual el Arquitecto dispuso todas las cosas, sino el número racional que le permite totalmente comprender por la proporción que tiene cori todas las cosas.

Esa alma humana, que según la doctrina de los platónicos procede inmediatamente de Dios, se une por los Medíos convenientes a este cuerpo material; a este efecto, desde su mismo descenso, se halla revestida de un pequeño cuerpo celeste y aéreo, que se llama vehículo etéreo del alma, o carro del alma; mediante este pequeño cuerpo, por orden de Dios que es el centro del mundo, e infusa en el punto medio del corazón que es el centro del cuerpo humano, y de allí se expande por todas partes y todos los miembros de su cuerpo; esto lo hace acercando su carro al calor natural por el calor del espíritu que engendra el corazón ; así se sumerge en los humores, por los que se fija en los miembros y se aproxima igualmente a todos, transfundiéndose de uno a otro, tal como el calor del fuego se une al aíre y al agua, trasladándose totalmente hacía el agua a través del aire. Así se explica cómo el alma inmortal, por medio de un pequeño cuerpo inmortal, que es el vehículo etéreo, se halla encerrada en un cuerpo burdo

y mortal. Pero cuando por enfermedad o mal, estos medios se separan o destruyen, entonces esa misma alma efectúa su regreso sobre cada uno de ellos y vuelve a fluir al corazón que fuerα el primer receptáculo del alma, y el espíritu del corazón, al faltar, y al extinguirse su calor, lo abandona, y el hombre muere; el alma vuela con este vehículo etéreo y sale del cuer-
po, los genios y demonios guardianes la siguen y conducen ante su Juez, donde después de pronunciada la sentencia, Dios conduce tranquilamente a las almas buenas a la gloria, y el demonio violento conduce a los malos al castigo.

Capítulo XXXVIII

LOS DONES DIVINOS QUE EL HOMBRE PUEDE RECIBIR, DE LO ALTO, DE TODOS LOS ORDENES CELESTES Y DE LAS INTELIGENCIAS

La Fuente suprema de los bienes derjima sobre los hombres toda clase de Dones y Virtudes a través de los siete Planetas, como mediante instrumentos: r , r Saturno, alta contemplación, profunda inteligencia, juicio de pese, sólido razonamiento, estabilidad y firmeza de las resoluciones; por Júriter, prudencia inquebrantable, templanza, benignidad, piedad, modestia, justicia, fe, gracia, religión, equidad, clemencia y realeza; por Marte, veracidad intrépida, firmeza y fuerza indomables, ardorosa valentía, fuerza de actuar y ejecutar, y vehemencia de espíritu invariable; por el Sol, espíritu noble, imaginación limpia, genio científico y decisión, madurez, consejo, celo, luz de la justicia, razón y discernimiento del justo para con el injusto, que separa la luz de las tinieblas de la ignorancia, acuerda gloria de haber hallado la verdad, y la caridad que es la reina de todas las virtudes; por Venus, amor ferviente, bellísima esperanza, impulsos del deseo, orden, concupiscencia, belleza, suavidad ansia de acrecentamiento, propia opulencia; por Mercurio, fe penetrante y creencia, un razonamiento claro y definido, fuerza de interpretar, y pronunciar, nobleza de• elocución, sutileza de espíritu, riqueza del razonamiento y prontitud de los sentidos; por la Luna, concordia pacífica, fecundidad, fuerza de producir y aumentar, áe crecer y decrecer, templanza moderada y solicitud que, actuando tanto en secreto como en público, conduce a todas las cosas, se preocupa de la tierra en cuanto a la manera de manejar nuestra vida y de procurar para sí y para los demás el acrecentamiento. Estos dones se obtienen principalmente de estas siete inteligencias que se hallan ante la faz de Dios, las que disponen al alma para que sea sede de estas virtudes; en cuanto a los planetas, sólo disponen de los cuerpos, dando la complexión del hombre adecuado, proporcionada para toda clase de bienes, y templada: son como instrumentos de las inteligencias. Pero Dios, al ser

la causa primera, dirige estos influjos y sus acrecentamientos. Quienes efectuaron, pues, la búsqueda exacta de las perfecciones y las diversas dls. posiciones de las almas, juzgan que adoptan diversas naturalezas y propiedades, según lα diversidad de medios por los que llegan a nosotros, y que no se unen con los cuerpos sino después de ser dispuestas por las estrellas. Así creen que en un cuerpo conducido por el temperamento jupiterino, el alma es infusa, atemperada por la divinidad e inteligencia de Júpiter, y lo mismo con los demás. Si actúa bien en este cuerpo según tal disposición, retorna purgada, habiendo expiado a la divinidad y al sitio de donde descendió.

Y en mayor medida los Coros angélicos dan al hombre maravillosas virtudes para fortalecerlo. Los Angeles le convierten en anunciador de la voluntad divina y en intérprete del pensamiento divino. Los Arcángeles le dan dominio sobre todas las cosas que tiene derecho a gobernar, como los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del cielo. Los Principados le dαη la sumisión de todas las cosas, abarcando todas las fuerzas y atrayéndolas a todas hacia sí mediante una virtud secretísima y superceleste. Las Virtudes le dan la fuerza necesaria en la lucha constante contra los enemigos de la verdad y de la recompensa por la que recorremos el estadio de esta vida. Las Potestades le dan su apoyo contra los enemigos de este domicilio humano. Las Dominaciones le dan auxilio para domar a este enemigo doméstico que llevamos siempre con nosotros, y para llegar al fin que nos es debido. Los tronos nos dan la unión para reunirnos y recogernos, y fijar nuestra memoria en los espectáculos de la eternidad. Los Querubines nos dan la luz del pensamiento, la fuerza de la sabiduría, las altísimas ideas y figuras por medio de las cuales podemos contemplar las cosas divinas. Los Serafines nos dan un perfecto abrazo amoroso, para permanecer al fin fijos en ellos.

Estos son los grados y escalas por los que los hombres ásciendan sin trastornos a toda clase de virtudes, mediante cierto encadenamiento, prosecución y ruta natural, según le diversa disposición corporal y espiritual, y según el favor de las estrellas para disponer del cuerpo, y de las inteligencias que las presiden, cuya alma toma la naturaleza al descender, como la luz toma el color del vidrio al atravesarlo; también según el favor del Obrero soberano que coopera mediante su virtud, que es la fuente de todos los bienes, sin la cual no se puede poseer nada bueno ni alcanzar perfección alguna. Por ello trabajan en vano quienes sólo se afirman sobre la corriente de la naturaleza, sobre las fuerzas y el favor de las cosas de este mundo inferior, y creen con ello llegar tan sólo a las cosas divinas custodiadas por los buenos servidores, y que al poner un pie en los cíelos pro-curan robar al favor celeste, que no debe recebirse sino de Dios. Pues las cosas de este mundo inferior (me refiero a animales, hierbas, piedras y me-tales) obtienen su fuerza del cielo; el cielo la obtiene de las inteligencias, y éstas, del Obrero en quien todas las cosas preexisten en su máxima virtud; así como en el hombre, que es el mundo menor, no existe miembro

alguno que no responda a un elemento, a un planeta, a una inteligencia, a una medida y a una numeración en el arquetipo, tal como lo hemos demostrado antes.

Capítulo XXXIX

INFLUENCIAS DE LO ALTO, BUENAS POR NATURALEZA,
QUE SE CONVIERTEN EN MALAS EN ESTE MUNDO INFERIOR, Y SON CAUSA DE MALES

Debido a que toda virtud y poder derivan de lo alto, de Dios, de las inteligencias y los astros, que no pueden equivocarse ni causar mal, es preciso que todos los Males y todo lo de aquí abajo, discordante y disonante, provenga de la Mala Disposición del sujeto receptor, como lo can-tara muy bien Crisipo :

¡Cuán falsamente los mortales acusan a los dioses, quejándose con necedad!
Somos nosotros mismos la causa de nuestros males; cada cual
sólo sufre por su causa.

De allí que Júpiter, en Homero, rememorando la suerte de Egisto muerto por Orestes, diga a lα asamblea de los dioses:

¡Oh, qué crimen! Los prımeros en acusarnos son los mortales, a nosotros que somos sus divinidades, y nos juzgan causa y origen de los males que les sobrevienen; mas es la vida detestable que llevan y sus propios actos los que los hacen perecer, porque por propia voluntad buscan la desdicha fuera del destino.

Cuando el sujeto, a causa de la maldad, recibe mal los influjos de lo alto, o su debilidad no puede soportar la fuerza de las causas superiores, entonces, del influjo así recibido en una materia llena de discordias, resulta una disonancia, una deformidad y algo malo, mientras las fuerzas y virtudes celestes permanecen siempre, sin embargo, en su estado de bondad. En efecto, mientras ellas existen en sí mismas y el dispensador de las luces las influye con las santas inteligencias y los cíelos hasta que llegan a la luna, su influjo es bueno, como de primer grado; mas cuando luego la influencia es recibida en un sujeto vil, ella misma se envilece; pues entonces, a causa de la diversa naturaleza del receptor, ella es retıbida allí de distintas maneras, y a causa de las cualidades que están en discordia en el mismo sujeto, ella también varía υ padece con el sujeto que padece. De allí que resulte de todo lo comprendido en el sujeto una cosa distinta de la que allí influencian los poderes superiores. Por ello la cualidad malé-

fica que se halla en las cosas de aquí abajo es muy diferente del influjo celeste, y por tanto así como no se debe imputar la desdicha del legañoso a la luz, ní el incendio al fuego, ní las heridas al hierro, ní las ataduras y prisiones a los jueces, sino a las malas disposiciones y acciones, de igual manera no habrá que achacar a las influencias celestes la causa de nuestros males. Si estamos bien dispuestos, las influencias de los poderes superiores cooperan con nosotros en todas las cosas para beneficiar, mas a aquéllos que, a consecuencia de sus pecados perdieron lo divino que existe en nosotros, todo se les convierte en mal.

La causa, pues, de todos nuestros males es el pecado, que es un desarreglo y una intemperancia de nuestro espíritu; sí nos gobernamos contra éste o nos estancamos y alejamos respecto de lo que demandan de su parte las influencias celestes, todas las cosas se alteran y desajustan para nuestra perdición; entonces se cumple en el cuerpo del hombre, aunque de óptimo temperamento y en lα mejor armonía, una tempestad de elementos, se agitan los malos humores, y los buenos se desarreglan y separan unos de otros, y cada uno, a su vez, ataca y atormenta al cuerpo; se experimenta un violentísimo desorden causado por exceso o falta, por accidente intrín. seco o alimentación superflua, que genera una superabundancia de humores; de eso mismo provienen las enfermedades, y los espíritus anímales, sin freno que los retenga, que se alzan para atacar. Las influencias celes-tes, buenas por naturaleza, se tornan maléficas, tal como lα luz del sol causa daño a los ojos enfermos. Saturno proyecta inquietud, fastidio, melancolía, delirios, tristeza, terquedad, blasfemia, desesperanza, mentira, larvas de lemures, horrores sepulcrales, espantos de osarios y ataques demoníacos; Júpiter proyecta espíritu de avaricia, malas ocasiones de enriquecimiento y tiranía; Marte envía cólera violenta, arrogancia profana, audacia temeraria y cruel obstinación; el Sol proyecta orgullo imperioso y ambición insaciable; Venus proyecta decepciones concupiscentes, amores lascivos y vergonzosas liviandades; Mercurio envía fraudes, engaños, embustes, invenciones malevolentes y prontitud para el pecado; la Luna proyecta inestabilidad total en el progreso y todo lo contrarío a la naturaleza humana. De esa manera el hombre, al no coincidir con los poderes celes-tes, recibe mal de donde debería recibir bien. A causa de esta misma discordancia con los poderes de lo alto, como dice Proclo, caen en el poder de los demonios del mal que llegan como lictores de Dios, para atormentar. Entonces reciben directivas por medio de los ángeles del mal, h i t a ser bien castigados y sufrir las penas correspondientes a sus pecados, volviendo el hombre a la naturaleza celeste:

Un mago muy bueno puede pues desviar muchos males listos a sobre-venir, procedentes de las disposiciones de las estrellas, puesto que presiente su naturaleza, previéndolos, aportando precauciones y prevenciones contra sus ocurrencias, e impidiendo que un sujeto mal dispuesto, como hemos dicho, reciba mal de donde debería obtener bien.

Capítulo XL

TODO HOMBRE TIENE CARACTERES DIVINOS MARCADOS SOBRE SI, EN CUYA VIRTUD PUEDE LLEGAR A REALIZAR MARAVILLAS

Con una experiencia nada desdeñable se demostró que el Hombre tiene el Poder de dominar y ligar, y lo obtiene de la naturaleza. Pues, según el testimonio de Plinio, se dice que el elefante muestra tranquila-mente el camino al hombre que halla a su paso extraviado en el desierto; también se dice que este animal, al advertir rastros humanos, tiembla temeroso de sus emboscadas, se detiene, mira en derredor y se espanta. De modo similar, el tigre más cruel que las demás bestias feroces, al ver al hombre, se dice que lleva de inmediato sus cachorros a otra parte. Existen muchos otros hechos semejantes a éstos, relatados por diferentes auto-res, que integran grandes volúmenes sobre la naturaleza de los animales. ¿Pero de dónde surge que estos animales sepan que el hombre, a quien jamás vieron, es temible para ellos, y aunque lo hayan visto muchas veces, sí lo conocen, por qué le temen sí le sobrepasan en tamaño, en fuerza y velocidad, o cuál es esta naturaleza del hombre para infundir tal pavor a los animales más feroces? Esto es lo que quienes trabajaron en la historia de los animales buscan y señalan, aunque dejaron a otros la enseñanza y demostración de esto. Con relación a este punto doctrinario, Apolonio de Tiana (como leemos en Fílóstrato), al ver que un niño guiaba a un gran elefante, cuando Damon le preguntó por qué un animal tan grande obedecía a una criatura, le respondió que ello se debía a determinado terror activo que el Obrero Divino había puesto en el hombre, y que el presentimiento que tienen todas las criaturas inferiores al hombre y todos los animales, le hace temer y respetar a aquél; y este temor, que es como el Carácter terrible y el Signo de Dios impreso en el hombre, hace que todas las cosas se le sometan y le reconozcan como su amo, ya sea servidor o animal. Sin esto un ηíño no conduciría manadas de grandes animales y elefantes, ni el rey impondría temor a su pueblo, ní los jueces a los criminales.

Fue pues la idea divina la que imprimió en los hombres este carácter que los cabalistas hebreos denominan Pahad פחד, mano izquierda y espada de Dios; y el hombre no tiene sólo una marca qué impone temor sino también otra que impone amor. cuya idea se llama, en las numeraciones divinas, Haesed חסד, que significa clemencia, y mano derecha y cetro de Dios. Estas numeraciones divinas emplean el ministerio de las inteligencias y estrellas, para imprimirnos las marcas y caracteres, a cada uno según su capacidad y pureza; y estos signos estaban en posesión del primer Protoplasto, sin duda, en toda su integridad, fuerza, plenitud y perfección, cuando todos los animales, atraídos por una tranquila clemencia, y sometidos por el temor, llegaron como ante su amo para recibir de éste sus nombres. Mas luego de [1].a prevaricación del pecado, cayó de esta dig-

nidad con toda su posteridad: sin embargo este carácter no se borró completamente en nosotros. Cuanto más cargado de pecados está un hombre, más alejado está de estos caracteres divinos, y menos recibe, v lo que debería hacerle bien y concitarle respeto, le hace caer en la servidumbre y el temor. tanto de anímales como de hombres y demonios. Caín, sintiéndose en este estado, tembló y dijo a Dios: iodos cuantos me encuentran me matarán. Temía a las bestias y a los demonios principalmente: no temía tanto a los hombres que eran todavía muy escasos en número. En los primeros tiempos, muchos hombres que vivían en la inocencia, llevando una vida muy buena, gozaban aún de la obediencia y poder respecto de los anímales, como Sansón, David y Daniel sobre los leones, Elíseo sobre los osos, Pablo sobre las víboras; y muchos anacoretas νίνίαη en los desiertos, en las cavernas y en los cubiles de bestias salvajes, sin temerlas, sin ser incomodados para nada: pues así como por el pecado está señal divina se borra y oscurece, de igual modo reluce cada vez más en quienes se purificaron e hicieron penitencia por sus pecados.

Capítulo XLI

LO QUE SE PIENSA DEL HOMBRE DESPUÉS DE LA MUERTE Y LAS DIFERENTES OPINIONES SOBRE ESTA MATERIA

Todos los hombres tienen establecido morir una vez en su vida, y la muerte es inevitable ; pero hay muchas clases de m u e r t e s ^ una sobreviene según la ley de la naturaleza, otra por accidentes violentos, otra por decisión voluntaria, y la cuarta es ordenada por las leyes humanas por delito cometido, o aplicada por Dios por un crimen, de manera que no parece que los hombres que así mueren hayan pagado el tributo a l α naturaleza, sino más bien que hayan padecido eI castigo por sus faltas, castigo, como dicen los doctores hebreos, del que Dios no exime a nadie. Por ello pactó con Ezequías, de modo que, desde lα destrucción de lα casa del santuario, aunque no quedó miembro alguno de ejecución judicial, la persona digna de morir no pudo evitar los cuatro géneros de suplicios por los que se aplicaba la condena del Talión: pues uno merecía morir lapidado, otro por orden divina era precipitado de lo alto de una casa, o pisoteado por las bestias salvajes, o despeñado; quien merecía el fuego era consumido en un incendio, o concluía su vida con la mordedura de un animal ponzoño-3o, o con lα picadura de una serpiente, o con el veneno; quien abusaba de 3u espada, era degollado; lo mismo ocurría con quien abusaba del poder,

participaba de una sedición popular, de un complot o de emboscadas de adrones; quien debía ser colgado era asfixiado en un remolino o sufría)tra clase de estrangulamiento. El gran Orígenes se preocupó también de

explicar, en este sentido doctrinario, el evangelio del CRISTO: "Quien golpea con la espada, por la espada morirá". Los filósofos paganos también llaman a este orden de Talión, *Adrastea,* es decir, el poder inevitable de las leyes divinas, que en los ciclos venideros da a cada uno lo que le corresponde según la razón y mérito de su vida pasada, de modo que luıen durante su primera vida reinó injustamente, vuelve a caer en otra en estado de servidumbre; quien mojó sus manos en sangre de otro hom-
re, está obligado a sufrir el mismo castigo; quien llevó una vida brutal, ielve a caer en el cuerpo de una bestia. Plotino habla de estas clases de castigos en el libro del Demonio particular de cada uno, diciendo que todos los que se condujeron en el estado propio del hombre, renacen hombres; quienes llevaron una vida sensual, se tornan bestias brutas, con lα diferencia de que quienes unieron la cólera a sus sentidos, resucitan como bestias feroces, y los que hicieron lo propio con la concupiscencia y la voluptuosidad, regresan como anímales lascivos y glotones; mas quienes vivieron con estas pasiones, no tanto la vida de los sentidos cuanto una degeneración de los sentidos, vuelven a vegetar como plantas con los mismos vicios, pues en esta clase de personas sólo primó la facultad vital y no trabajaron sıno para convertirse en plantas; los demasıado apegados al placer de la música en su vida, sin corromperse de otra forma, renacen como anímales melodiosos; quienes reinaron sin razón, se convierten en águalas, siempre que no tengan alguna mancha de maldad; pero en verdad, quien adquirió la virtud civil renace hombre. El mismo Salomón, en sus Proverbios, denomina al hombre ora león, tigre, oso o jabalí; ora liebre, perro (le caza o conejo; ora hormiga, erizo, serpiente o araña; ora águila, lagarto, ^10 u otra ave, y así con el resto. Pero los cabalıstas hebreos no creen que las almas se precipiten en las bestias; no obstante, no niegan que las totalemnte despojadas de razón, permanecen en la otra vida abandonadas a sus pasiones o fantasías brutales; también aseguran que las al-mas renacen tres veces en esta vida, y nada más, puesto que esta cantidad parece bastar para purgar abundantemente los pecados, conforme a este Pasaje de Job: "Libró su alma del temor de continuar avanzando hacia su muerte, para que viva vea la luz". Estos son todos los cambios que Dıos efectuó tres veces en los hombres, para alejar sus almas de la corrupción e iluminarlas con la luz de los vivos.

Veamos ahora qué opinaban los antiguos sobre los muertos. Cuando el hombre muere, su cuerpo retorna a lα tierra de donde provino, v- el Pensamiento asciende a los cíelos de donde descendió, como dice el Eclesiastés: "El polvo vuelve al polvo de donde vino, y el espíritu vuelve a Dios que lo (li0'". Esto nos dice Lucrecio en estos versos:

Lo que vino (le la tierra, a la tierra retorna,'y lo venido de las regiones cıereas retorna a los templos resplandecientes del cielo.

Pero Ovidio se expresa mejor en estos versos:

En el hombre hay cuatro cosas *por considerar.: los Manes, la carne, el espíritu y la sombra; estas cuatro cosas van cada una a un sitio: la tierra cubre la carne, la sombra gira en torno de la tumba, los Manes pertenecen a los infiernos, y el espíritu vuela al cielo.*

En consecuencia, la carne abandonada, el cuerpo despojado de vida, se llama cadáver, que según lo expresan los teólogos hebreos queda en poder del demonio Zazel, del que se dice en las Escrituras: "Comerás tierra todos los días… el polvo de la tierra será tu pan". El hombre fue creado polvo terrestre y, por ello, el antedicho demonio se llama señor de la carne y la sangre, mientras el cuerpo no haya sido purificado con justos funerales, y santificado. Es por eso que los antiguos Padres se esmeraron ordenando expiaciones de los cadáveres, de modo que lo que es muy in-mundo tenga aspersiones de agua bendita, perfumes de incienso, exorcismos con santas oraciones, iluminación con luces mientras esté sobre lα tierra, ysepultura en un lugar santo; esto hace decir, en Humero, a Elpenor, dirigiéndose a Ulises: "Te ruego, Ulises, que te acuerdes de mí y no te alejes de aquí sin darme sepultura, sin la cual quedaré sujeto a la cólera
de los dioses".

En cuanto al pensamiento del hombre, niens, cuya naturaleza es santa y su género divino, debido a que jamás comete falta, no está sujeta a castigo. En cuanto al alma, si obró bien, participa de la dicha del pensamiento, y al salir del cuerpo coη su vehículo etéreo, asciende, liberada, hasta el coro de los héroes, donde se va a reunir con los dioses; allí, beatificada coη una felicidad perpetua de todos sus sentidos y poderes, perfecta en el conocimiento de todas las cosas, goza de lα visión divina y de la posesión del Reino de los Cíelos, y al compartir el poder divino, hace bien a quienes dejó sobre la tierra y les reparte diversos dones como el Dios inmortal. Pero sí obró mal, el pensamiento la juzga y abandona al arbitrio del demonio, y la pobre alma, sin pensamiento, rueda extraviada por los infiernos en forma de *eidolon,* que se llama imagen *(imago),* tal como la desdichada Dido se queja en Virgilío, diciendo:

Y hora es preciso que mι imago, *tan grande como es, vaya a ocultarse bajo tierra.*

Es por ello que esa alma, carente de su esencia inteligible, abandonada al imperio de la fantasía furiosa, está, de allí en más, sujeta a las torturas de las cualidades corporales, sabiéndose, por su falta, privada eternamente, por un justo juicio de Dios, de la visión divina para la que había sido creada. Esa visión divina, como lo atestiguan las Escrituras, es la presencia de todos los bienes, pero la privación de esa visión es la presencia de todos los males, que es el castigo más cruel de todos, y las Sagradas Escrituras lo llaman "el derramatniento de la ira divina". Por ello, esa imagen del alma, que asume a veces cuerpo aéreo, se cubre con una sombra, y al

envolverse, ora aconseja a los amigos, ora atormenta a sus enemigos, cono se ve que Dido amenaza a Eneas, en Virgilio, diciéndole:

Te perseguiré por doquier, presente bajo mi sombra; serás castigado por lo malo que eres.

Las pasiones, los recuerdos y las sensaciones quedan con el alma des-
pués que se separa del cuerpo.

Los platónicos dicen que las almas, prıncipalmente de los asesinados, atormentan y persiguen a sus enemigos, no con un odio humano sino con una Némesis divina y la acción del demonio que lo prevé y permite. Es así que el espíritu de Nabot, como lo interpretan los maestros hebreos, porque emigró ál final de su vidá con deseo de venganza, para satisfacer su espírítu vengativo se convirtió en espíritu de mentira, y por permiso de Dios, salió como espírítu embustero en boca de todos los profetas, hasta que hizo ascender a Acab en Ramod Galaad. Y el mismo Virgilio, con los pitagóricos y platónicos, a los que adhiere nuestro Agustín, confiesa que las almas separadas guardan memoria no extinguida todavía de lo que
hicieron en vida:

La pasión que los vivos tuvieron para con sus carros, armas y bellos caballos les sigue cuando reposαn en tierra.

Y Algazel, en el libro de la Ciencia Divina, y los demás filósofos árabes y mahometanos estiman que las operaciones que el alma realiza en común con el cuerpo, mientras están unidos, imprimen en el alma el carácter de uso y ejercicio, de los que se sırve, tan fuertemente como esté impreso, en su estado de separación, para similares acciones y pasiones que no fueron abolidas en vida; en consecuencia, aunque el cuerpo y el órgano estén destruidos, la operación no cesa por ello, sino que las pasiones y disposiciones semejantes permanecen y éstas son las almas a las que los antiguos llamaban con un término común, Manes, que no habían hecho mal alguno en su vida, o que estaban purificadas por las buenas obras y, como canta Virgilio:

Que derramaron su sangre combatiendo por la patria, fueron en su vida *sacerdotes castos, piadosos adivinos en la digna palabra de Febo, o cultivaron la vida con las artes, y merecieron dejar tras su muerte una feliz memoria haciendo bien a los demás hombres.*

Aunque ellos hayan muerto fuera del estado de gracia y la justificación de la fe, lα mayoría de los teólogos dicen que son llevados a algunos campos afortunados donde no sufren pena alguna, y como afırma Virgilio:

Marchan a sitios jubilosos y vergeles deliciosos de bosques afortuna-dos donde permanece la bieπaventuranza.

Allí deben gozar de determinados placeres maravillosos y del conocimiento sensitivo e intelectual, y tal vez, por revelación, incluso sean instruidos en la fe y la justicia, igual que otrora los espíritus a los que el CRISTO predicó el Evangelio en la prisión. Pues así como es cierto que nadie puede salvarse sin la fe del CRISTO, de igual modo es probable que esa fe sea aún predicada a muchos paganos y sarracenos después de esta vida, en los receptáculos de las almas, para su salvación, y que allí se detengan como en guardia común, hasta el tiempo en que el Soberano Juez venga a examinar los méritos. Lactancio, Ireneo, Clemente, Tertulıano, Agustín, Ambrosio y muchos otros escritores cristianos no son contrarıos a esta opiníón. Sin embargo, las almas que salen de este mundo, con suciedad de impurezas y cargadas de pecados, no son favorecidas por sueños tan felices, sino que vagan por lugares peores, entre horribles fantasmas, sin conocímíento libre de agitación; con el perpetuo deseo de carne y sangre, en el herrumbre de su ruina corporal, están sujetas al dolor y temen a los machetes y las espadas. Sin duda, Humero opinaba esto cuando, en el libro XI de la Odisea hace entrar en materia a la madre de Ulises, difunta, que se mantiene de píe ante él mientras le efectúa un sacrificio, sin reconocerle, ni hablarle toda vez que él impedía que las sombras se aproximasen a la sangre del sacrificio con su espada desenvainada; pero después que por consejo del adivino Tiresias, sin que la espada desnuda de Ulises le ofreciese impedimento alguno e incluso antes de lα liberación de sangre, ella reconoció a Ulises, le habló y le mostró la sombra de su madre de píe en su presencia. Las almas que no expiaron en esta vida las manchas de sus crímenes son obligadas en los ınfiernos a lavar sus huellas y a sufrir las penas correspondientes a sus malas acciones; esto es lo que nos hace entender el poeta con estos versos:

Después que la vida les abandonó con lā luz, estos desdichados no se libran de todos sus males, y todas las pestes corporales no desaparecen por completo, y es absolutamente necesario que los numerosos hábitos largamente acumulados sigan sus modalidades evolutivas; son pues atormentados con penas y sufren los suplicios del viejo mal.

Así como son las costumbres v hábitos de los hombres en esta vida, de igual modo son órdinariamente las pasiones que después de la muerte no abandonan al alma que recuerda muy bien lo realizado en su vida; y ello con mayor fuerza y vivacidad cuando una gran cantidad de funciones diversas de la vida cesaron entonces para ella, como la nutrición, la vegetación, la generación, las sensaciones y, en general, las diferentes ocupaciones, consuelos, negocios y comercio del mundo, igual que los obstáculos del cuerpo material. Pero estas especies se presentan entonces a la facultad imaginativa con tanto mayor trastorno y furor (en esa alma la chispa del entendimiento se mantiene más o menos amodorrada o completamente pagada) que junto con los demonios malıgnos, la proyectan en visiones muy falaces o terribles; es por eso que, en la facultad concupiscible, es

atormentada por la concupiscencia con un bien imaginario y con los bienes que otrora buscara en la vida, sin posibilidad de gozarlos, aunque a veces parecería alcanzar a sus placeres, pero entonces los demonios se lo impiden, aplicándole nuevas penas más crueles aún que las primeras; como vemos, en los poetas, que Tántalo es privado de su festín, Sardanápalo de sus abrazos, Midas de su oro y Sísifo de su potencia: estas almas se denominaron lemures, y sí alguna se ocupa de las cuestiones del hogar y lo habita en sosiego, se llama entonces lar familiar. Pero sufren penas agudísimas en la facultad irascible, causadas por la aversión que tienen al mal imaginario, que las sume en alarmas, temores y sospechas, y les hace ver fantasmas horripilantes, y llevan consigo tristes fantasías: ora que el cielo cae sobre su cabeza, ora que son devoradas por un torrente de llamas, ora que se hunden en el fondo de un gran remolino, ora que se transforman en diversas bestias feroces, ora que son despedazadas por desagradables monstruos, ora que son arrastradas por los bosques, los mares, el fuego, los aires y los sitios más horrendos de los infiernos; ora que los demonios las atrapan y someten a torturas. Pensamos que todas estas cosas sólo sobrevienen después de morir a quienes en esta vida deliran por frenesí, manía o humor melancólico, o son atormentadas en sueños por horribles visiones, como sí estas cosas ocurriesen realmente; en verdad, no están presentes pero basta su sola apariencia para que la atrape su imaginación. Así estas almas, que después de la muerte están como en un sueño perpetuo, son espantadas por las representaciones horribles de sus pecados, y la conciencia de su crimen las precipita en diversos abismos. Por ello Orfeo las llama pueblos de los sueños, cuando dice: "Las puertas de Plutón no pueden abrirse; dentro está el pueblo de los sueños". En consecuencia, estas almas malvadas, sin sitio bueno para detenerse, cuando ruedan en un cuerpo aéreo, nos hacen ver toda clase de formas; entonces se llaman larvas o espantajos, no hacen mal a los buenos pero son perjudiciales para los malos; revestidas de despojos, ora más sutiles, ora más burdos, se presentan bajo el aspecto de diversos animales y monstruos a los que se parecieron por sus costumbres en su vida anterior, tal como lo canta el poeta:

Entonces, diferentes apariencias y formas de bestias salvajes las disfrazan; he aquí, súbitamente, un horrible jabalí, luego un tigre negro, después una leona de blonda cabellera, más tarde un dragón cubierto de escamas, o una llama que crepita y se trasforma en toda clase de monstruos prodigiosos, en fuego, en bestia horrible, en ola.

El alma inmunda del hombre, contraída en esta vida a demasiados hábitos corporales, por determinado sentimiento íntimo del cuerpo ele-mental, se crea otro cuerpo de vapores elementales, de materia suelta, reconstruye como por una especie de absorción este cuerpo que se disipa continuamente, y queda allí sujeta como en una prisión y un instrumento sensible, según cierta ley divina, y allí sufre el frío y el fuego, y todo lo que hiere al cuerpo, al espíritu y los sentidos, como las hediondeces, los

gemidos, las lamentaciones, los rugidos, los golpes, los desgarramientos y las cadenas tal como lo cantó Virgilio:

Pasan *de un castigo a otro y sufren suplicios por su viejas maldades; unas son expuestas, impotentes, suspendidas en medio de los vientos; en cuanto a otras, su crimen infecto es lavado bajo un vasto remolino o quemado con fuego.*

Y en Homero, en el libro de la Neciomancia, Alcínoo cuenta a Ulises:

También hemos visto a Tytión, famoso hijo de la tierra, cubriendo con su cuerpo extendido nueve serpientes, teniendo a ambos lados un infatigable buitre que le roe las entrañas.

A veces estas almas no moran en estos cuerpos figurados solamente, sino que a consecuencia del excesivo apego a la carne y el fango, se lanzan sobre los animales y se apoderan de cuerpos de serpientes y otras bestias, o entran en todas las especies y las poseen a la manera de los demonios. Pitágoras, y antes que él Trísmegisto, son de esta opinión, diciendo que las almas malas son, a menudo, precipitadas en las serpientes y los brutos. Sin embargo, no vivifican ni informan estos cuerpos como formas esenciales sino que los habitan como una prisión, a la manera de un inquilino, o como el motor de un móvil; o bien los sufren muy estrechamente, como Ixíon en sus ruedas de serpientes y Sísifo en su peñón. Y no sólo se apoderan de bestias sino también, a veces, de hombres, como dijimos del alma de Nabot que salió en espíritu de mentira en boca de los profetas. Por ello, algunos dijeron que las vidas o los espíritus de los hombres perversos, al entrar en los cuerpos de algunos. los maltratan largo tiempo y a veces los hacen morir.

A las almas bienaventuradas se les acordó suerte mucho mejor a fin de que puedan, como los ángeles buenos, morar en nosotros e iluminarnos: así leemos en Helio que, sustraído de la vista de los hombres, su espíritu se inclinó sobre Elíseo, y en otra parte, que Dios arrebató el espíritu de Moisés y lo dio a los Setenta. Hay aquí oculto un gran misterio que no ha de ser revelado temerariamente.

A veces también, lo cual es muy raro, las almas son acometidas con tan gran frenesí que no sólo entran en los cuerpos de los vivos sino que también, impulsadas por una fuerza estigiana retornan a los cadáveres que abandonaron y cumplen, como si hubiesen resucitado, actos horribles. Así leemos en Sajón Gramático que alguien llamado Asuit y otro llamado Asmond concertaron por juramento recíproco que, quien sobreviviera al otro, se encerraría con él en la tumba; cuando Asuit murió de enfermedad, se lo puso en una gran caverna can su perro y su caballo, y Asmond, para guardar el juramento de su amistad, se dejó encerrar vivo con él, llevando consigo víveres para largo tiempo. Sin embargo, Eric, rey de Suecia, al pasar un día con su ejército por el sitio de la caverna, hizo abrir (pensando hallar un tesoro) la tumba de Asuít, y expuso al mismo tiempo a As-

mond a la luz; al verlo horriblemente desfigurado, cubierto de podredumbre mortuoria e inundado de sangre que le salía de una cruel herida (porque Asuit, que revivía todas las noches, en sus ataques continuos le había arrancado la oreja izquierda), le preguntó cuál era el origen de eso, y he aquí lo que narró al rey con estos versos:

¿Por qué asombrares de verme tan desfigurado y pálido? Todo hombre vivo desaparece entre los muertos. No sé por qué empresa osada del poder de la Estigia, el espíritu de Asuit fue enviado desde los infiernos para devorar su caballo y meter incluso su perro en su detestable boca. No contento con haber comido su caballo y su perro, después muy pronto me clavó sus garras y me arrancó la oreja, desgarrando mí mejilla. He aquí porqué mi rostro es espantoso y porque véis correr sangre por esta cruel herida. Sin embargo, este monstruo infernal, no actuó impunemente, porque le corté la cabeza con mi espada y traspasé con un chuzo su cuerpo maléfico.

Pausanias nos narra algo parecido sobre los intérpretes del oráculo de Delfos en el sentido de que existe determinado demonio infernal que se llama Eurinomo, que arranca y devora las carnes de los muertos, con tal avidez que apenas deja los huesos totalmente mondos. De manera similar se lee en los anales de los cretenses que los Manes llamados Catéjanes, acostumbraban permanecer en sus cuerpos, regresar a ver a sus mujeres que abandonaran al morir y a gozar con ellas, y que para evitar eso e impedir que infectasen a las mujeres, la ley policial disponía atravesar de lado a lado, con un clavo, el corazón de quienes volvían después de morir, y consumir enteramente su cadáver con fuego.

Sin duda, estas aventuras son asombrosas y tal vez no se las crea, sí las leyes dictadas a este respecto y los relatos de los antíguos no diesen fe de ello. En fin, la religión cristiana no prohibe creer que muchas almas pueden retomar su cuerpo antes de la resurrección universal de la carne; y nosotros creemos que muchas personas, por una gracia singular de Dios, fueron elevadas a la gloría con su cuerpo, y que también muchos fueron llevados al infierno en vida; y a menudo hemos oído decir que los cuerpos de los difuntos habían sido sacados y arrebatados de sus tumbas por los demonios, sin duda para ningún otro objetivo que el de encerrarlos en prisiones y hacer sufrir a sus Manes. En verdad, estas prisiones y cadenas para los cuerpos responden bastante a los habitáculos famosos de sitios inmundos y terríficos, donde están los fuegos del Etna, los remolinos de agua, el retumbar de rayos y truenos, los abismos de la tierra, y donde el país privado de luz y rayos de sol, desconocedor del resplandor de las estrellas, permanece sepultado en las tinieblas y los horrores de una noche perpetua. Allí llegó Ulises, como lo canta Homero:

Se dice que aquí están los pueblos címerios, habitantes de las cavernas, sepultados en tinieblas eternas, que jamás ven el sol al salir o ponerse, y que parecen miserables condenados a una noche eterna.

Y no son bromas todo lo que se nos ha dicho acerca del hueco de Patricia, las cavernas de Vulcano, los cráteres del Etna y el antro de Nursia, que son testimonio transmitido de lo que se vio y conoció. Sajón Gramático narra cosas más grandes aún del reino de Geruth y de la cueva de Ugarthiloc; Plinio, Solino, Pitias y Clearco también mencionan prodigios asombrosos del mar septentrional, de lo que también habla Tácito en la historia de Druso, donde muestra que su ejército, desviado de la proximidad del mar germánico, vió en ese mar cosas espantosas y asombrosas, como torbellinos, formas inauditas de aves y monstruos marinos que no se podía saber sí eran bestias o genios; dice incluso en la historia de Germanía que los heldusios y los axíones, de rostros humanos y el resto como bestias, moran en aquellas comarcas; sin duda son los Manes y demonios los que realizan todos estos prodigios; Claudiano también los
cantó:

En los confines más distantes de los galos hay un sitio, limitado por las aguas del Océano, donde se dice que Ulises ofreció un sacrificio de sangre al pueblo silencioso. Allí se oye el quejido de las sombras como si llorasen; crean pequeños silbidos con su vuelo; allí se vé pasar pálidos simulacros, figuras difuntas que allí emigran.

Aristóteles cuenta que en las islas Eolias, cerca de Italia, en Lípari, había cierto túmulo al que no era posible acercarse de noche con seguridad; quienes allí habitaban aseguraban que se oían címbalos, mugidos de crótalos, risas ruidosas, rumores y sones incoherentes, y que una vez un joven ebrio durmióse de noche en la caverna de esta tumba y al cabo de tres días quienes le buscaban le encontraron allí, le alzaron creyéndolo muerto, y al celebrársele solemnes funerales, de súbito despertó y narró minuciosamente, para gran asombro de todos los asistentes, muchas cosas que había visto y todo lo que había sufrido. En Noruega hay también cierto monte, el más formidable de todos, rodeado por el mar, denominado vulgarmente Hechelberge, que parece una especie de infierno de donde se oye el gemido de tan grandes voces y exclamaciones de personas que lloran, que estos ruidos y algazaras se escuchan hasta a una legua de distancia, y además, grandes buitres y cuervos negrísimos, que vuelan de esta montaña y lanzan horribles graznidos, impiden acercarse; nacen allí dos fuentes inabordables, una por su frío insoportable, la otra por su calor excesivo, que sobrepasan en violencia a todos los demás elementos. También en la misma región, del lado del Mediodía, hay un promontorio llamado Nadhegryn, donde todo el mundo ve los demonios del lugar bajo un cuerpo aéreo. En Escocia está también el monte Dolorosus, espantoso por su horrible ruido de lamentaciones. Y en Turingia está la montaña llamada Horrisonus donde moran los Silfos y Sátiros según fama, experiencia de muchos y testimonio de escritores verídicos. - En diversas comarcas y provincias hay milagros semejantes a éstos, pero yo, que los he visto con mis ojos y tocado con mis manos, no los puedo contar aquí

por temor a que los incrédulos me acusen de mentira, a causa de la magnitud increíble de cosas tan extrañas.

Soy de opinión de no pasar por alto aquí las opiniones de la mayoría de nuestra fe, respecto a los retiros y moradas de las almas, que no difieren mucho de lo que dijimos antes. Tertuliano íntegra ese número y dice en el cuarto libro contra las herejías de Marción: Los hombres sabios, que a véces han oído hablar de los Campos Elíseos, juzgan que existe una especie de determinación local llamada seno de Abrahαm, para recibir a las almas de sus hijos, y en esa región que no es celeste pero que, no obstante se halla por encima de los infiernos, reposan las almas de los justos hasta que la consumación de las cosas restituya, en plena recompensa, la resurrección general. El Apóstol Pedro, al responder a Clemente sobre estas cuestiones, le habla en estos términos: "Me obligas, Clemente, a descubrir algo de los misterios inefables, pero no rehusaré hablarte en la medida en que me esté permitido; el Cristo que existía desde el comienzo y que existió siempre, ayudó siempre, durante todas las generaciones, pero en secreto, a las gentes de bien, principalmente a quienes le atendían, y se les apareció con frecuencia; todavía no era llegado el tiempo para realizar la resurección de los cuerpos llegados a disolución; pero pareció a Dios que era una recompensa mayor que a quien fuese hallado justo se lo conservara más largo tiempo en su cuerpo, o ciertamente (como se hace referencia a cierto justo en las Escrituras), que Dios lo transportase. Lo mishío hizo con otros que cumplieron su voluntad, si bien los conserva, transferidos al Paraíso, para que posean el Reino de los Cielos. En cuanto a quienes no pudieron satisfacer enteramente la ley de justificación y tuvieron en su carne algunos rastros de maldad, sus cuerpos caen en la disolución pero sus almas son conservadas en las regiones donde abandonan los bienes y las alegrías, y purificados ya por la disolución, gozan de la heredad eterna, como retribución por sus buenas acciones.

De modo parecido, Ireneo, al final del libro que escribiera contra las herejías de los sectarios de Valentino, dice: "Como el Señor se retiró en medio de las sombras de la muerte donde estaban las almas de los difuntos, salió luego y resucitó corporalmente, y después de su resurrección fue elevado al cielo, es patente que las almas de sus discípulos (para los que el Señor también operó estas cosas) irán a un lugar invisible que Dios les delimitó, donde permanecerán hasta la resurrección; retomando entonces sus cuerpos y resucitando perfectamente, es decir, en sus cuerpos, tal como resucitó el Señor, y aparecerán en este estado ante Dios; pues no hay ningún discípulo por encima de su maestro, y todo discípulo será perfecto como su maestro. Es así como nuestro Maestro no voló de inmediato, sino que, esperando el tiempo limitado por su Padre para su Resurrección, lo cual también es patentizado por Jonás, resucitando después del tercer día, efectuó su ascensión, tal como nosotros debemos esperar el tiempo que Dios ha limitado para nuestra resurrección y que han predicho los profetas, y así, en nuestra resurrección, seremos elevados con todos aquellos a quienes el Señor juzgue dignos de este honor".

Lactancio Firmiano habla de estas cosas en el libro de las instituciones divinas, titulado: "De la divina recompensa", diciendo: "Nadie crea que las almas son juzgadas inmediatamente después de su muerte, pues todas son detenidas en una guardia común a la espera del tiempo en que el Gran Juez examine los méritos; entonces, los hallados justos recibirán la recompensa de la inmortalidad; aquellos en quienes se declaren y reconozcan pecados y crímenes no resucitarán, sino que serán encerrados en las mismas tinieblas que los impíos, dístinándoselos a ciertos suplicios".

De lα misma opinión son Agustín y Ambrosio; aquél dice en su Enchiridion: "Durante el tiempo existente entre la muerte del hombre y la última resurrección, las almas son retenidas en retiros ocultos, según merezcan el reposo o la pena en relación con su situación en la carne durante su vida". Pero Ambrosio, en el libro del Bien de la muerte, dice: "EI texto de Esdras llama a las moradas de las almas los reservorios y el mismo, dado el lamento del hombre (de que los justos que nos precedieron parecen hallarse, hasta el Día del Juicio, durante largo tiempo frustrados en la recompensa que les corresponde) (lice que el díα del Juιcιo es semejante a una corona: Todo el mundo aguarda el día de la coronacιón, a fin de que ese día la confusión haga rugir a los vencιdos, y los victoriosos reciban lα palma de la victoria. Las almas esperan entonces el cumplimiento del tiempo y la recompensa que merecen, unas en cuanto a pena, otras en cuanto a gloria". Y en el mismo capítulo, el infierno es llamado "lugar invisible donde van las almas liberadas de sus cuerpos". Y en el segundo libro de Caín y Abel: "El alma", dice, "es separαda (le su cuerpo, y después del fin de esta vida permanece aún en la ambigüedad del Juicio futuro".

El pasaje del Evangelio concuerda con estas opiniones, dende al hablar Cristo sobre el Juicio Final, dice en Mateo: "Muchos me dirán ese <lía: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y expulsado los demonios en tu nombre, y realizado muchas virtudes en tu nombre? Mαs yo les diré que no les he conocido jamás". De estas palabras parece resultar que hasta ese día estuvieron en la ιncertidumbre sobre su juicio, y que asegurándose sobre los milagros que habían hecho en nombre de Jesús durante su vida, sin embargo habían permanecido en suspenso sobre esperanza alguna de salvación.

Sobre eso de que el juicio de las almas es diferido para el postrero día, la mayoría de los teólogos creen que los sufragios expiatorios pueden ayudar antes del día fijado para el Juicio, no sólo a los futuros justificados sino también a los condenados. Es así como el divino Gregorio libró del Orco al emperador Trajano, justificándolo para la salvación; aunque algunos creen que no fue librado de la pena de su coúdenación, sino que la justicia de su castigo está prorrogada hasta el Día del Juicio. Pero Tomás de Aquino dice que parece más probable que Trajano resucitó por los sufragios del dívίπo Gregorio, y obtuvo una fuerza graciosa por la que se libró de la pena y del encadenamiento de sus crímenes. Y hay teólogos que estiman que, con las ofrendas de los sufragios, no puede quitarse la pena,

ni descargar la falta, sino que sólo se puede dar algún solaz y brindar algún dulzor, y esto a semejanza de un mozo de cordel que suda bajo su carga y que, por el agua que se le arroja, parece aliviarse de la opresión o del peso, y tener más facilidad para transportar, aunque su agobio en nada haya disminuido. Sin embargo, la opinión más común de los teólogos consiste en que las oraciones y ceremonias fúnebres de nada sirven a los culpables que están en el antro de Plutón.

Pero como estas cosas son tan oscuras que nadie puede comprender-las, muchos emplearon en vano sus facultades intelectuales. Adoptando, pues, el criterio de Agustín, repetimos su opinión del libro X sobre el Génesis: "Más vale dudar de las cosas ocultas que disputar sobre cosas inciertas". No dudo que deba entenderse que aquél es rico en el ardor de las penas y éste es pobre en el frescor de las dichas; en cuanto a saber cómo debe entenderse esa llama del infierno, ese seno de Abraham, esa lengua del rico, ese dedo del pobre, esa sed del tormento, esa gota de frescura, no lo podrán descubrir quienes indagan con espíritu de paz y dulzura ní quienes disputan acaloradamente. Dejemos pues estas cuestiones para pasar a otras cosas; hablaremos ahora del retorno de las almas.

Capítulo XLII

RAZONES POR LAS QUE LOS MAGOS Y LOS NECROMANTES CREEN PODER INVOCAR LAS ALMAS DE LOS DIFUNTOS

Por lo dicho anteriormente, parece_ que las Almas que aman todavía, después de la Muerte, los cuerpos que dejaron (como aquéllos cuyos cuerpos quedaron insepultados o padecieron muerte violenta, vagando aún alrededor de sus cadáveres en el espíritu perturbado y húmedo que las atrae como hacia algo familiar), conociendo los medios que las apegaban otrora a los cuerpos, pueden ser invocadas y atraídas fácılmente mediante semejantes vapores, licores y olores corporales, añadiendo algunas luces artificiales, cantos, sones, y cosas parecidas que puedan poner en movimiento la armonía imaginativa y espiritual del alma, sin descuidar las santas invocaciones y otras cosas de esa índole obtenidas de la religión, a causa de _ la parte racional del alma que es de naturaleza superior. En las Escrituras se lee que la Pitonisa hizo retornar de esa manera a Samuel; de igual modo, la hechicera de Tesalıa hizo erguirse a un cadáver, según Lucano. Esto hace que hallemos en los poetas y narradores de estas clases de cosas que las almas de los muertos no pueden ser evocadas sin sangre ní cadáver, v que las sombras pueden ser fácilmente atraídas mediante fumigacıones, agregando huevos, leche, miel, aceite, agua y harina, como sı se brindase un medio a las almas presentes para que retomen los cuer-

pos; esto es lo que Circe, en Humero, enseña a Ulises con largas disquisiciones. Créese que esto sólo es posible en sitios donde es patente su retorno frecuente, a causa de algo que se les relaciona, como cuerpos abandonados que las atraen, o afectos impresos otrora en la vida, que impulsan a las almas hacía determinados lugares aptos, por ello, para purificar o castigar a los espíritus. En general se conocen por experiencia estos lugares sujetos al encuentro de visiones, incursiones nocturnas y fantasmas reconocibles; los hay bastante conocidos, como ocurre con los cementerios y los sitios donde se ejecutan los juicios criminales, o donde se libraron recientes batallas, o los lugares donde los cadáveres de seres asesinados fueron inhumados pocos años antes sin expiaciones ní ritos funerarios. La expiación y el exorcismo de un lugar, igual que la ceremonia de inhumación debidamente acordada a los cuerpos, impiden a menudo que las almas se acerquen y las rechazan más lejos hacia los lugares de la ejecución del juicio. De allí obtuvo su nombre la necromancia, porque opera sobre los cadáveres y pide respuesta a través de los Manes y las sombras de los muertos, y de los demonios subterráneos, atrayéndolos hacía los cadáveres de los muertos mediante ciertos encantamientos estigianos, mediante invocaciones infernales, sacrificios lúgubres e inmolaciones impías, tal como lo apreciamos en Lucano, respecto de la maléfica Erictona que evocando a un muerte predijo a Sexo Pompeya todo el desarrollo de la batalla de Farsalia. En Pigalia, cuidad de Arcadia, también existieron ciertos magos sacerdotes, muy entendidos en sacrificios, que evocaban las almas de los difuntos; y las Sagradas Escrituras dan fe de que cierta Pitonisa evocó el alma de Samuel. Las almas de los santos aman también sus cuerpos y gscuchan antes y más prontamente lo que se les pide, en el sitio donde se guardan los testimonios de sus reliquias.

Hay dos clases de necromancia: la primera se denomina neciomancía, que hace erguir al cádáver y exige sangre; la otra es la sciomancia, que se conforma con atraer a la sombra. La necromancia realiza todas sus experiencias por medio de cuerpos y osamentas de homicidas, y por medio de sus miembros, y de todo lo derivado de ellos, en atención a que allí se encuentra el poder demoníaco que les es amistoso; por ello obtienen fácilmente los efluvios de los demonios malignos a causa de la semejanza y propiedad que tienen en conjunto; y como tienen mucho poder sobre las cosas de la tierra y sobre los hombres, los necromantes con su auxilio encienden amores criminales, proyectan sueños, enfermedades, odios y otros maleficios semejantes a lo que pueden contribuir también las fuerzas de estas almas que, estando aún envueltas en el espíritu húmedo y perturbado, vagando en torno de sus despojos, cometen las mismas maldades que los demonios malignos. Debido a que por experiencia conocen estas cosas y las almas depravadas y criminales arrancadas de sus cuerpos por una muerte violenta y las de los hombres muertos sin absolución ní sepultura permanecen en torno de sus cuerpos y son atraídas a sus semejantes, los maléficos abusan sin pena para hacer lograr sus ma-

leficios, seduciendo a estas almas desdichadas, ofreciéndoles un cuerpo o haciéndoles tomar alguna parte, llamándolas con invocaciones infernales, conjurándolas por los cadáveres informes dispersos en las vastas campiñas, por las sombras de quienes no fueron enterrados, por los manes que retornan -del Aqueronte, por las huestes de los infiernos donde una muerte prematurá los arrastró, por los horribles deseos de los condena-dos y por los soberbios demonios vengadores de crímenes.

Quien se proponga volver a introducir las almas en sus cuerpos, debe necesariamente saber cuál es la naturaleza propia del alma, de dónde viene, la grandeza y número de grados de su perfección, por qué inteligencias está protegida, por qué intermediarios se difunde en el cuerpo, por qué armonía se unió con él, qué afinidad tiene con Dios, con las inteligencias, con los cíelos, con los elementos y todas las demás cosas de las que lleva imagen y semejanza; en fin, por cuáles influjos se efectúa la unión de todas las partes del cuerpo; pues debe saber todas estas cosas para practicar el arte de resucitar a los muertos, que no pertenece a los hombres sino sólo a Dios que puede comunicarlo a quien le plazca, como lo hizo con Eliseo que resucitó al hijo de la sunamíta. Así se narra que Hércules resucitó a Alcestes, quien vivió largo tiempo; y Apolonío de Tiana devolvió también la vida a una joven muerta. Aquí debe notarse que a veces sucede a los hombres que el espíritu vivificador se retrae en ellos y parecen muertos y despojados de toda sensación mientras, sin embargo, la naturaleza intelectual permanece unida al cuerpo y a la forma, subsistiendo el cuerpo tal cual es; aunque la fuerza vivificante no se ex-tienda sobre él activamente, sino que permanezca retraída, unida con la naturaleza intelectual, no cesa de existir, y aunque se pueda decir que en este estado un hombre está verdaderamente muerto debido a que la muerte es la falta de vitalidad, no obstante este cuerpo no estará verdaderamente separado del alma, y podrá despertar de nuevo y resucitar a la vida. De esa manera ocurren muchos milagros, como los observados en siglos pasados entre los gentiles y judíos; en ese número de hechos puede incluirse lo que narra Platón, en el libro X de la República, sobre Fereo de Panfilía, que estuvo yacente diez días entre los muertos de una batalla y que, dos días después de retirado, resucitó sobre su pira y relató ciertas cosas asombrosas que vio durante esa muerte. En parte hemos contado esas aventuras en el primer libro y lo volveremos a hacer después con mayor amplitud, en los capítulos donde trataremos sobre los oráculos que se producen mediante arrobamiento, éxtasis v agonía de los moribundos.

Capítulo XLIII

EL PODER DEL ALMA HUMANA EN SU PENSAMIENTO, RAZON Y EIDOLON

El alma humana está compuesto por Pensamiento, *mensa* Razón, *ratio, y* Eidolon, *idolum;* el pensamiento ilumina a la razón, la razón in-fluye sobre el *eidolon y* los tres constituyen un alma. Si la razón no es iluminada por el pensamiento, no está exenta de error. El pensamiento no da luz a la razón sı Dios no lo ilumina, como luz primera; pues en Dios está la luz primera que aparece por encima de todo entendimiento; por ello no se la puede llamar luz inteligible, pero cuando esa luz es comunicada al pensamiento se torna intelectual y se la puede comprender; después, cuando pasa del pensamiento a la razón, se torna racional, y no sólo puede ser comprendida sino también cogitada. Luego, cuando por la razón se derrama en el *eidolon* del alma, es no sólo cogitable sino también imaginable, sin ser, sin embargo, corporal; mas, cuando de allí pasa al vehículo etéreo del alma, comienza a tornarse corporal, pero no todavía manifiestamente sensible hasta que haya pasado al cuerpo ele-mental, simple aéreo o compuesto, donde esa luz se torna manifiestamente visible para los ojos.

Los filósofos caldeos, considerando este curso de la luz, nos presen-tan una larga relación del poder del pensamiento, como algo asombroso; dicen que el pensamiento, al fijar toda su agudeza sobre Dios, puede lle-narse con la divinidad, y que lleno de esa manera de luz, y atravesando su rayos cada medio hasta este cuerpo denso, tenebroso, pesado y mortal, puede también derramar en torno de sí una luz abundante, tornarla se-mejante a las estrellas, darle igual resplandor, después, por la abundancia de sus rayos y ligereza, elevarlo en el aíre como la estopa que el fuego llameante eleva, o transportar súbitamente bien lejos este cuerpo como si fuese un espíritu; esto es lo que leemos en los Hechos de los apóstoles respecto de Felipe, cuando, después de ser bautizado el eunuco en la India, se le halló al punto en Azota cosas parecidas se leen sobre Abacuc, en Daniel. Otros, luego de atravesar puertas cerradas, eludieron guardias e hierros, lo cual lo leemos respecto del apóstol Pedro y de Pedro el exor-cista. Menos se asombrará quien vıo a los famosos melancólicos que se pasean en sueños, atraviesan lugares intraspasables, ascienden a alturas inaccesibles y realizan actos corno sí estuviesen despiertos, que persona[s] en vigilia no podrían hacer; de esto no se halla otra razón en la naturaleza que una imaginación fuerte v desbordada. Esa virtud está en el hoi
bre, y está en el alma humana desde el origen de la creación, pero según la diversidad humana esa virtud varía, y es fuerte o débil; aumenta o disminuye, con ejercicio y uso, por lo que es extracto de poder en acto. Quien conozca bıen este misterio puede elevarse en conocimiento hasta lo que su fuerza imaginativa capte en lo alto, y unirse con la fuerz[a]

universal que Alquindo, Baco y Guillermo de París denominan sentido natural, Virgilio, sentido etéreo, y Platón, el sentido vehicular; entonces se derrama sobre ella esa virtud etérea y celeste, que la fortifica mediante su esplendor hasta que concibe las especies, nociones y ciencia de las cosas verdaderas, (de tal manera que lo concebido en su pensamiento, llega como lo concibió, y adquiere tan grande poder que se puede hundir, unir e insinuar en los espíritus de les hombres y darles certidumbre de sus concepciones, de su voluntad y deseo, incluso a grandísimas distancias, como sí ellos las captasen a través de sus propios sentidos sobre el objeto presente) y puede hacer en breve lapso muchas cosas como ,si fuesen realizadas fuera del tiempo. Pero eso no es dado a todos; es privilegio de aquellos cuya fuerza imaginativa y cogitativa es muy fuerte y llega al fin de la especulación; tal hombre es capaz de concebir y anunciar todas las cosas por el esplendor de la virtud universal, o inteligencia y concepción espiritual que está por encima de sus fuerzas naturales; y es esa virtud necesaria a la que hay que seguir y la que debe ser obedecida por todo hombre que busque la verdad. Si la virtud de la imaginación es, pues, tan grande que pueda insinuarse por doquier, sin que distancia de lugar ni tiempo se lo impida, y que a veces arrastre consigo el cuerpo pesado donde ella sueña e imagina, está fuera de duda que el poder del pensamiento será más grande mientras realice su naturaleza, no esté agobiada por los apegos de los sentimientos y se mantenga incorruptible y semejante a ella misma. Pero ahora las almas se llenan de una luz abundante a ejemplo de las estrellas celestes, y de allí reflejan sobre los cuerpos una gran abundancia de luz. He aquí cómo la faz de Moisés era tan luminosa que los hijos de Israel no podían mirarle fijamente a causa del esplendor de su rostro; es así que leemos en la historia que Sócrates, en su transfiguración, estaba en medio de una luz tan grande que sobrepasaba a la de las ruedas del sol; es así que se habla de la transfiguración y elevación corporal de Zoroastro; es así como Elías y Enoc fueron ele-vados al cielo sobre un carro de fuego; es así como Pablo fue arrebata-do hasta el tercer cíelo; es por esa razón que podemos decir que nuestros cuerpos que se llamarán glorificados después del Juicio del mundo, serán de modo similar arrebatados y resplandecerán como el sol y la luna. Avicebrón el mauro, Avicena el árabe, Hipócrates de Ces e incluso toda la escuela de los -caldeos confiesan y hacen ver que esto se pueda hacer y se hizo. Y se halla en los monumentos históricos que Alejandro, al hallarse en la India en gran peligro, se encendió de tal valor que pareció derramar luz a la vista de los bárbaros. También se dice que el padre de Teodorico echaba chispas por todo su cuerpo; y cierto sabio informó del mismo que, por todos lados, las llamas salían de su cuerpo mediante chispas que hacían ruido. Y esa fuerza espiritual no existe sólo en los hombres sino también, a veces, en las bestias, como el caballo de Tiberio al que se le vio echar llamas por la boca.

En cuanto al pensamiento, está por encima del destino en la Providencia, y en consecuencia nada sujeto a las influencias de los cuerpos

celestes, ni a las cualidades de las cosas naturales: la religión es el único remedio para esto. Mas el *eidolon* del alma está en el destino, por encima de la naturaleza que es, de alguna manera, el nexo del cuerpo y el alma, bajo el destino, sobre el cuerpo; por ello está sujeto a cambios a causa de los influjos de los cuerpos celestes, y a los deterioros de las cosas naturales y corporales. Llamo *eidolon* del alma al poder que vivifica y gobierna al cuerpo, de donde derivan los sentidos, por el cual siente las-cosas corporales mediante el cuerpo, mueve el cuerpo por el espacio, lo gobierna en éste, y nutre un cuerpo en el cuerpo. En este *eidolon* dominan dos virtudes poderosísimas: la primera se llama fantasía, o fuerza imaginativa o cogitativa, de la que ya indicamos la potencia y de la que también hablamos en el pasaje sobre las pasiones del alma; la otra es la que se llama sentido de la naturaleza, de la que hemos hablado en el capítulo de los arúspices. El hombre, pues, por la naturaleza del cuerpo está bajo el destino; el alma del hombre por su *eidolon* en el destino, mueve la naturaleza, pero por el pensamiento está por encima del destino en el orden de la Providencia, y la razón es libre de plano ; por ello el alma, por la razón, se eleva hasta el pensamiento donde se llena de luz divina; a veces desciende en su *eidolon,* donde sufre las influencias de los cuerpos celestes y las cualidades de las cosas naturales, y es arrastrada por las pasiones y ocurrencias de los objetos sensibles; a veces el alma ín-tegra se repliega sobre la razón, argumentando sobre cosas extrañas o contemplándose. Es posible que la parte del alma racional, que los peripatéticos llaman intelecto posible, a veces llegue al punto de poder des-cubrir y operar libremente, sin recurrir a los fantasmas. En fin, el poder de la razón es tan grande que siempre que se presenta una cosa, ya sea en el pensamiento, el *eidolon,* la naturaleza o el cuerpo, no puede entrar en el alma sin que allí se aplique la razón. De esa manera, el alma no llega a ver, oir, sentir ní sufrir lo que sea, mientras la razón cogitativa no lo haya captado antes; lo capta cuando no está ocupada, y no cuando está absorbida por otra cosa, como lo vemos patentemente en quienes no observan lo que tienen ante sí mientras su atención está concentrada en otra parte. Habrá de saberse, pues, que ní las influencia .de lo alto, ni los afectos naturales, ní las sensaciones, ni las pasiones del cuerpo y del espíritu, ni ningún objeto sensible pueden actuar sobre el alma ni penetrarla sino es a través del juicio de lα razón misma. Por ello el espíritu, mediante su solo acto y no por violencia alguna del exterior, puede ser tocado o perturbado, lo que está demostrado por la experiencia de una afinidad de mártires. Es así como Anasarco, filósofo de Abdera, arrojado dentro de una piedra hueca por orden de Nicocreón, tirano de Chipre, desdeñó el dolor corporal cuando le golpeaban con un martillo de hierro, diciendo: "Golpea, golpea sobre el caldero de Anasarco; no infundirás pavor al verdadero Anasarco". El tirano ordenó que se le cortara la lengua, pero el mismo Anasarco se la cortó con los dientes y se la escupió en el rostro.

Capítulo XLIV

LOS GRADOS DE LAS ALMAS, SU MUERTE E INMORTALIDAD

El pensamiento, al provenir de Dios o del mundo inteligible, es in-mortal y eterno; la Razón celeste es de larga duración por el beneficio de su origen proveniente del cielo; mas el *Fidolon,* porque sale del seno de la materia y depende de la naturaleza sublunar, está sujeto a la muerte y a la corrupción. El alma pues, es inmortal por su pensamiento, de largα duración por la razón en su vehículo etéreo, pero resoluble a menos que sea restaurada en el circuito de un nuevo cuerpo; no es pues inmortal sin lα unión con el pensamiento inmortal, *meas;* asimismo el *eidolon* del alma, o sea el alma misma sensible y animal, porque es extraída del seno de la materia, perece con el cuerpo hasta la resolución de éste, o la sombra no subsiste largo tiempo en los vapores resolutivos de su cuerpo, no participando para nada de la inmortalidad, a menos que se una a un poder más elevado. Esa alma pues, que está unida al pensamiento, se llama alma estable y que no decae; pero no todos los hombres adquirieron el pensamiento puesto que, como dice Hermes, Dios Padre quiso pro-ponerla como combate y premio de las almas, y quienes descuidan luchar, privados de pensamiento, esclavos de los sentidos corporales, semejantes a los animales irracionales, tienen el mismo género de muerte que ellos, como lo dice el Eclesiastés en estos términos: La muerte de hombres y animales es la misma y la condición es la misma de ambos lados; tal como muere el hombre, igual mueren los animales. Todos respiran de modo similar y el hombre nada tiene de más que la bestia. Por ello, la mayoría de los teólogos cree que estas clases de almas no serán inmortales y sólo tienen la esperanza de la resurrección que restablezca a todos los hombres. Agustín dice que esa era la herejía de los árabes que manifestaban que las almas morían con el cuerpo y que resucitarían con el cuerpo el día del Juicio. Quienes por la gracia de Dios adquirieron el pensamiento, se tornan inmortales según sus obras, como dice Hermes, habiendo abarcado con su inteligencia todo lo que existe en la tierra, en el mar y en los cíelos, y si hay algo más encima del cielo, a fin de que contemplen también el bien mismo. En cuanto a quienes llevaron una vida media, aunque no hayan obtenido la inteligencia divina y tengan una suerte de imagen racional, sus almas, tras salir de sus cuerpos, son relegadas en secretas moradas donde, experimentando las fuerzas sensibles y realizando aún alguna clase de actos, gozan excesivamente o sufren violentamente por la imaginación y por las virtudes irascibles y concupiscibles, y el divino Agustín fue también de esta opinión en el libro que escribiera sobre el espíritu y el alma. Los sabios de la India, de Persia, Egipto y Caldea, dicen que esa alma vive muchísimo tiempo después de su cuerpo, y que, no obstante, no se inmortaliza de inmediato sino pasando por otros cuerpos. Nuestros teólogos tienen opín:únes mny distintas sobre estas cues-

tiones pues dicen que, aunque las almas sean todas de un mismo origen y de un mismo nacimiento, el Obrero las distinguió entre sí por grados, no sólo accidentales sino por ciertos grados intrínsecos enraizados en su esencia, por los que cada alma es diferente de otra en lo que le es propio; Juan Scoto es de esa opinión y los teólogos de París decretaron en sus artículos que era menester tener este criterio. De allí surge lo que dice el Sabio: "Fui niño ingenioso y recibí en heredad un alma buena, es decir, mejor que muchas otras". Según esa desigualdad de las almas en sus grados, cada uno es capaz de su función que recibe de Dios en un don puro, como se lee en los Evangelios: "A uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, y a cada uno según su propia virtud". Y el Apóstol dice: "Dio a unos el don del apostolado, a otros el don de profecía, a otros el don de evangelista y doctor, hasta la consumación de los santos, en la obra del ministerio, en la edificación del cuerpo del CRISTO". Pues, como dice Orígenes, hay ciertas virtudes invisibles a las que, según él cree, fueron distribuidas las cosas que están sobre la tierra, que se distinguen por una diferencia que no es pequeña, como es necesario entre los hombres: por ello, uno atiende al soberano grado dé sabiduría o dignidad; otro difiere poco de las bestias, y apacentándolas se convierte en semibestia; otro abunda en virtudes y es rico en fortuna; otro no tiene nada o tiene muy poco, y a menudo lo poco que tiene se lo quitan y dan a otro que está en la abundancia. Tal es la justicia divina al distribuir los dones, que corresponden a la virtud de cada uno de los que los reciben, a los que también son acordadas recompensas según sus obras, de modo que la proporción entre dones y méritos sea la misma que la existente entre recompensas.

En fin, hay que saber que toda alma noble tiene cuatro clases de operaciones: una, divina por la imagen de la propiedad divina; la segunda, intelectual por la formalidad de su participación con las inteligencias; la tercera, racional por la perfección de la esencialidad propia; y la cuarta, animal o natural por la comunión que tiene con el cuerpo y las cosas de aquí abajo; de tal modo que en todo el conjunto del mundo no hay obra por más admirable, excelente y milagrosa que sea que el alma humana (que contiene su imagen de divinidad que los magos llaman alma estable y que no decae) no pueda realizar por su propia virtud, sin ningún auxilio externo. La forma pues de toda la virtud mágica proviene de esa alma del hombre, la que es estable y no decae jamás.

Capítulo XLV

EL VATICINIO Y EL FUROR

El vaticinio es el movimiento que hace que los sacerdotes u otras personas vean las causas de las cosas y prevean también las cosas por venir, es decir, cuando los dioses o los demonios hacen descender sobre ellos oráculos y les transmiten los espíritus; y los platónicos denominan, a estos descensos, penetraciones de los, espíritus superiores en nuestros espíritus; Mercurio los llama sentidos de los demonios y espíritus de los demonios. A estas clases de espíritus los antiguos los llamaron Eurideas y Pitones, y la antigüedad creyó firmemente que entraban en los cuerpos de los hombres, y se servían de sus voces y de su lengua para predecir las cosas futuras: Plutarco también habló, en su Diálogo, sobre las causas de la desaparición de los oráculos. Pero Cicerón, ateniéndose a la opinión de los estoicos, asegura que la predicción del porvenir no pertenece sino a los dioses, y el astrólogo Ptolomeo habla así: "Sólo los inspirados por la divinidad pueden predecir las particularidades". El apóstol Pedro apoya este criterio, diciendo: "La profecía jamás llegó al hombre a voluntad; bajo la inspiración del Espíritu Santo hablaron los hombres san-tos de Dios". Isaías afirma que los vaticinios de las cosas futuras son propios de las penetraciones de los dioses, cuando expresa: "Anunciad lo que debe suceder, y diremos que sois dioses". Estas clases de penetracioπes o de sentidos no se transmiten en nυestτα alma cuando ella está atentamente ocupada en la consideración de otra cosa sino solamente cuando no está ocupada en nada. Hay tres géneros de esta clase de ausencia, a saber, el furor,. el rapto y el sueño, de los cuales hablaremos ahora por orden.

Capítulo XLVI

LA PRIMERA ESPECIE DE FUROR, PROVENIENTE DE LAS MUSAS

El Furor es una iluminación del alma proveniente de los dioses o los demonios; de allí el dístico de Ovidio:

En nosotros hay un dios y también comunicaciones celestes: este espíritu nos llega de las moradas etéreas.

Platón lo define como alienación y apego, puesto que se retira lo que excítα los sentidos corporales, se aliena del hombre animal y se apega a la divinidad que le da las cosas que él no puede buscar con sus propias

fuerzas; pues cuando el espíritu, libre y separado, flojas las riendas corporales, como de una prisión mal custodiada de la que sale muy fácil-mente, elude por completo las ligaduras de los miembros (ya que nada lo retiene, impulsado por su propio estímulo y excitado por el espíritu divino), comprende todo y prevé las cosas futuras. Hay cuatro especies de Furores divinos; cada uno proviene de su divinidad, a saber, de las Musas, de Dionisio, de Apolo y de Venus.

El primer furor, proveniente de las Musas, despierta aquí y templa al espíritu y lo diviniza, atrayendo, por las cosas naturales, las cosas superiores a las inferiores. Las Musas son las almas de las esferas ce-lestes, según las cuales se halla cada grado por el cual se efectúa la atracción de las cosas superiores a las inferiores. El más bajo de estos grados, que representa la esfera de la Luna, gobierna lo relativo a los vegetales, como las plantas, los frutos de los árboles, las raíces y las cosas que provienen de las materas más duras, como las piedras y los metales, sus aleaciones y suspensiones. Así se dice que la piedra de luna y la piedra de hiena presiden la adivinación; de modo parecido, la verbena y la hierba teangélide presiden el vaticinio, como lo indicamos antes.

El segundo grado, que representa a Mercurio, gobierna lo relacionado con los animales y compuestos de la mezcla de diferentes cosas, bebidas y manjares. Así se dice que el corazón de un topo, sí se lo traga fresco y palpitante, hace adivinar y contribuye al logro de lo que se quiere hacer. Y Rabo Moisés Cusense expresa en sus Comentarios sobre el Levítico que hay un animal ידוע, , *o ledua,* de forma humana, que proyecta de la mitad de su ombligo un cordón con el que se fija a la tierra como si fuese una calabaza; hasta donde llega el cordón, devora y consume para vivir todo lo que haya alrededor de él, y no es posible atraparlo porque desaparece ante la vista, a menos que se corte esa cuerda de un flechazo; entonces muere y todo aquel que aplique en seguida sus huesos, de cierta manera, sobre su boca, experimentará füior y producirá oráculos sobre todo lo que se le pida.

El tercer grado de furor es la esfera de Venus; este grado gobierna los polvos sutilísimos, los vapores, los olores, y los ungüentos y perfumes; de ello hablamos antes.

El cuarto grado pertenece a la esfera del Sol; este grado gobierna la voz, las palabras, los cantos y los sones armoniosos cuya suave cadencia disipa del alma la discordia que la perturba, y eleva el coraje. De allí surge que Hermes, Pitágoras y Platón ordenen apaciguar y exaltar el espíritu con el canto y la armonía. Así se dice que Timoteo enfureció al rey Alejandro con sones; es así como el sacerdote Calamense, según lo expresa Aurelio Agustín, con la ayuda de cierta armonía quejumbrosa y se levitaba a voluntad en rapto y éxtasis. Antes también hablamos de estas cosas.

El quinto grado corresponde a Marte; este grado posee las violentas fantasías, pasiones, ideaciones y movimientos del espíritu; todas estas cosas fueron ya explicadas.

El sexto grado depende de Júpiter; este grado gobierna las discusiones de le razón, las deliberaciones, las consultas y las absoluciones morales; estas cosas ya fueron mencionadas y no hablaremos más de ellas. Tiene incluso debajo de sí las admiraciones y veneraciones; el asombro detiene a veces de tal modo a la imaginación y la razón que olvidan súbitamente todos sus retes; de allí que entonces el pensamiento mismo expuesto solo a la divinidad, ya se trate de Dios o de un demonio, conciba los influjos superiores y divinos, es decir, los que se propusiera antes en su deliberación. Es así como leemos que las Sıbilas y los sacerdotes de la Pitia obtenían los oráculos en los antros de Júpiter y Apolo.

El septimo grado representa a Saturno; este grado gobierna las inteligencias más secretas y las contemplaciones tranquilas del pensamiento; llamo aquí contemplación a la libre claridad del pensamiento suspendido con admiracion sobre los espectáculos de la sabiduría; pues la cogitación que se realiza on enigmas o imágenes, es una especıe de especulación o razonamiento que pertenece a Júpiter, y no es una contemplación.

El octavo grado, que representa al cíelo estrellado, concierne a la concierne a la situacion movimientos, rayos y luz de los cuerpos celestes; también tiene las imagenes anillos y cosas semejantes que se fabrican según la regla de las cosas celestes de lo cual ya hemos hablado.

El noveno grado corresponde al *prímum mobíle,* es decir, a la novena esfera o al unıverso mismo; este grado tiene las cosas más formales, como los numeros,las figuras y los caracteres, y concierne a las influencıas ocultas de las inteligencias del cielo y los demás misterios, los cuales, debido que llevan efigie de las divinıdades celestes y de los cuerpos invocados atraen fácilmente, los fuerzan a allegarse como empujados por cierta necesidad de conformidad, y los retienen con facılidad para impedirles partir. de ellos leemos en los oráculos de Porfirio:

Deteneos por fin, no habléis más, soltad la cinta, desechad las antíguas figuras, elevad los miembros y destruid estas groseras envolturas.

en otro sitio dice:

Librad los pies de estas guirnaldas y lavadlos en las bellas aguas claras; quitad de la mano estos laureles verdes; que toda línea sea destruida; que todos los caractres sean destruidos.

Hemos descrito• con bastante extensión todas estas cosas y más adelante volveremos a hacerlo.

Capítulo XLVII

LA SEGUNDA ESPECIE DE FUROR, PROVENIENTE DE DIONISIO

El segundo Furor, procede de Dionisio; éste, mediante expiaciones exteriores e interiores, exorcismos, sacramentos, solemnidades, ceremonias, consagraciones y observancias conduce al alma hacía el pensamiento, su parte suprema, y crea como un templo impoluto y digno de la preferencía de los dioses, donde habitan los espíritus divinos; entonces, el alma, teniéndolos como compañeros de vida, con su presencia se llena de felicidad, sabiduría y oráculos, no con marcas, signos ni conjeturas, sino con cierta agitación espiritual y con un movimiento desembarazado y libre: es así como Baco producía los oráculos en Beocia, Epiménides en Cos y la Sibila Eritrea en Troya.

Este furor a veces sobreviene mediante una clara visión, a veces expresada con la voz: es así como Sócrates era regido por su demonio, del que seguía escrupulosamente los consejos y escuchaba a menudo la voz en sus oídos, y al que veía con frecuencia en forma de demonio. Los espíritus fatídicos se presentan también como compañeros visibles a los muy purificados; de esto hay muchos ejemplos en las Sagradas Escrituras, como los de Abraham y su sierva Agar, de Jacob, Gedeón, Elías, Tobías, Daniel y muchos otros. Es así como Adán tuvo relación familiar con el ángel Raziel; Sem, hijo de Noé, con lophiel; Abraham, con Zadkiel; Isaac y Jacob con Peliel; José, Josué y Daniel, con Gabriel; Moisés, con Metattron; Elías, con Maltiel; el joven Tobías, con Rafael; David, εοη Cerniel; Manne, con Fadael; Cenez, con Ceruel; Ezequiel, con Hasmael; Esdras, con Uriel; y Salomón, con Miguel. A veces estos espíritus, por su virtud, entran en un cuerpo animado y orgánico, sea animal o humano, adueñándoselo; al servirse entonces de su alma como de una base, producen palabras mediante los instrumentos corporales, como lo demuestra patentemente la burra de Balaam, y Saúl en quien se deslizó el espíritu del Señor que le hacía profetizar. Apolo habla así de estas cosas en las respuestas, según Porfirio:

El resplandor de Febo, atraído por encantamiento, fluyó de lo alto, llevado silenciosamente por el aíre puro; cayó en el corazón inocente, expirando un h6lito sonoro, invadió el pensamiento capaz de divinida[d] santa, y produjo la palabra en un cuello mortal.

Capítulo XLVIII

LA TERCERA ESPECIE DE FUROR, ENVIADO POR APOLO

En cuanto al tercer Furor, proviene de Apolo, es decir, del pensamiento del mundo; aquél, mediante ciertos misterios santos, votos, sacrificios, adoraciones, ınvocaciones y determinados artificios sagrados, o ciertas composiciones secretas, donde los dioses hicieron afluir la virtud de su espíritu, hace ascender el alma hasta el pensamiento supremo, uniéndose con las divinidades y los demonios; es así que leemos que al ponerse el Ephod sobre las personas, estas profetizaban tan pronto se les aplıcaba; es así como leemos en el libro de los Senadores en los capítulos de Eleazar, que Rabí Ismael preparó unos pasteles que llevaban inscriptos ciertos nombres divinos y angélicos, y así consagrados, quien los comía con fe, esperanza y caridad, resplandecía al punto con espíritu profético de sabiduría. Leemos en el mismo sitio que Rabí Johenan, hijo de Jochahidi, iluminó a un burdo labrador llamado Eleazar, que era total-mente iliterato, y hallándose súbitamente penetrado de luz, explicó sın que se lo esperara, en la asamblea de los sabios, misterios tan profundos que asombró a todos; también está el recuerdo de cierto Heraisco egipcío, dotado de tal naturaleza divina, que ante la sola vista de simulacros que encerraban una divinidad, de inmediato le acometía el furor divino. Leemos, de modo parecido, en lαs Sagradas Escrituras que estando Saúl en la asamblea de los profetas, el espíritu del Señor cayó sobre él y profetızó, y que al abandonar la asamblea de los profetas, dejó de profetizar. Una cosa parecida sucedió a los lictores que Saulo envió para que prendıeran a David, los que al ver la asamblea de los profetas y a Samuel al frente, recibieron el espíritu del Señor y también profetizaron.

A menudo, en los profetas arrebatados de furor hay tan grande abundancia de luz que se apodera igualmente de quienes están cerca de ellos, imponiéndoles un espíritu semejante; no es pues increíble que un ignorante se convierta súbitamente en hombre lleno de sabiduría y que, de nuevo, de sabio se torne ignorante. Existe cierto arte (conocido por poquísima gente) de instruir, embellecer e iluminar el espíritu fiel y puro del hombre, de tal manera que puede salir de las tinieblas de la ignoran-cm y ser elevado súbitamente hasta las más altas luces de la sabiduría y las ciencias; por el contrario, hay un medıo, con el auxilio de ciertos arcanos ocultos, de despojar a los inmundos e incrédulos del mismo don de sabiduría y doctrina, y de arrojarlos en su primera ignorancia. El espíritu humano puede también, según lo informa Apuleyo, principalmente sí es simple y puro, por la desviación y desapego producidos ρoτ ciertas cosas sagradas, amodorrarse y exteriorizarse en el olvido de las cosas presentes, de modo que durante la memoria de su cuerpo, retorna a su naturaleza divina y, así iluminado por una luz divina y lleno del hálito de un furor divino, prevé el porvenir y además adquiere el poder de

realizar ciertos efectos maravillosos. Esto es lo que hace decir a Jámblico: "Cuando los adivinos tienen el hálito del espíritu de Dios, nada temen, nada los detiene; pues van por donde nadie puede ir, caminan sobre el fuego impunemente y atraviesan los ríos". Es así que leemos que ciertos antros (como los de Apolo y Trofonio), trebedes, cavernas, fuentes, lagos y cosas semejantes eran dedicados a los dioses de ese modo, o preparados para este misterio, para que los sacerdotes exteriorizasen allí el espíritu de profecía, como dice Jámblico al escribir a Porfirio: "La sibila recibía al dios Delfos de dos modos; o por el espíritu sutil y el fuego que salía de una parte de la boca del antro, o bien permaneciendo también sentada en el santuario sobre un trípode de cobre consagrado a la divinidad, y (le una u otra manera, impulsada por el espíritu divino, producía los oráculos; a veces un gran fuego que sale del antro rodea a la sibila por todas partes y la colma con su divinidad, o firme en el sitio sagrado por el cual el dios la inspira, lanza súbitamente sus vaticinios. Está también la sacerdotisa fatídica sentada en en medio de ramas, o que tiene en la mano una vara recibida de alguna divinidad, o que baña sus pies o el borde de su túnica en las olas, o que extrae de las aguas el vapor del fuego. Todo esto la llena de un esplendor divino y ella pronuncia los oráculos que salen llenos de cosas".

También descubrimos en lα historia que otrora, en el país de Tracia, existía un santuario dedicado a Liber, donde se formulaban oráculos y vaticinios: los sacerdotes de este templo cumplían su oficio después de muchas libaciones. Entre los elarıos, donde estaba el templo de Apolo Clario, los autorizados a producir oráculos efectuaban los sacrificios después de haber bebido agua. También está la fuentecilla fatídica del Padre de Acaya, que pronunciaba oráculos, ubicada frente al templo de Ceres; quienes concurrían allí a consultar sobre la salud de los enfermos, hacían descender poco a poco un espejo, que sujetaban con un hilo. hasta el fondo del agua, y tras efectuar ciertas súplicas y quemar algunos per-fumes, se presentaban en el espejo el desarrollo de lo solicitado. Había también más lejos de Epidauro, ciudad de Laconia, un profundo pantano, que se llamaba agua de Juno; al arrojar allí pasteles de trigo, se recibían respuestas, buenas sí las aguas retenían tranquilamente los pasteles, y malas sı los rechazaban como con desprecio. También se ha dicho que los cráteres del Etna realizaban lo mismo, pues al arrojar piezas de plata o víctimas, se recibían buenos o malos presagios ya fuese que los retuviesen o rechazasen. Dion relata, de modo parecido, cosas de esta índole en la Historia romana, sobre el lugar que dice que se llamaba Ninfeo, donde al arrojar de lα misma manera incienso en las llamas, se recibía oráculos sobre todo lo que cada uno deseaba saber, excepto sobre la muerte y lo relativo al matrimonio. Hay incluso algo maravilloso que nos dejó Aristóteles por escrito respecto de la fuente de los paliscos de Sicilia; quienes llegaban allí a formular juramento, después de haber escrito y firmado sobre tablillas cuanto querían afirmar, lαs arrojaban en la fuen-

te, y si era verdad se las veía flotar sobre el agua, mas sí era juramento falso se hundían de inmediato hasta el fondo: entonces surgía súbitamente un fuego que reducía a cenizas al perjuro. En la ciudad de Dodona había uiia encina que, al ser consultada, se movíα y producía un sonido. En el mismo lugar había también una estatua, con una vara en la mano,

que golpeaba un caldero que tenía cerca, y que respondía con golpecillos;

de allí nace lo que leemos en la epístola de Ausonio a Paulino:

Y el tintineo del caldero de Dodona, no cesa hasta que lis receptáculos tocados en cantidad por tus *varas que los sacuden, responden, dóciles, can golpecillos.*

Capítulo XLIX

LA CUARTA ESPECIE DE FUROR, ENVIADO POR VENUS

En cuanto al cuarto Furor proveniente de Venus, cambia y trasmuta el espíritu del hombre en Dios por el ardor del amor, Y le torna total-mente semejante a Dios, como la propia imagen de Dios. Esto hace decir a Hermes: "Oh Asclepias! Es un gran milagro que el hombre, animal honorable Y adorable, por tomar la naturaleza de Dios que le convierte en Dios, ha conocido la raza de los demonios, de modo que sabe que salió de una fuente parecida a ellos; considera la parte de naturaleza humana en él, fortificado por la divinidad de la otra parte. El alma pues modificada y convertida en semejante a Dios, recibe de él tan grande perfección que conoce todas las cesas por cierto contacto esencial de lα divínídad, que la eleva por encima de todo intelecto; es por ello que Orfeo des-cribe el amor sin ojos, porque está por en_cimα del entendimiento. Entonces eI alma, así convertida en Dios por el amor, y elevada por encima de la esfera intelectual, además de haber adquirido por la pureza de su virtud el espíritu de vaticinio y profecía, efectúa a veces obras más maravillosas y grandes que la naturaleza del mundo, y tal obra se Llama milagro. Así como el cielo por su imagen, su luz y su calor realiza cosas que le fuerza del fuego no cumple por su cualidad natural (lo que se aprecia clara-mente en las operaciones de alquimia y por la experiencia misma), de igual modo Dios por su imagen v su luz, cumple cosas que el mundo no puede realizar por su virtud innata: le imagen de Dios es el hombre, y quien es semejante a Dios por el furor de Venus sólo vive por el pensamiento, con el corazón lleno de Júpiter. El alma del hombre, según los doctores hebreos y cabalistas, es definida como una luz de Dios, creada a imagen del Verbo, primer ejemplo de [1] causa de las causas, sustancia de Dios, representada por un sello *cuves* eara+Iteres son el Verbo eterno.

Al considerar esto, Hermes Trismegisto dice que "el hombre es de tal condición que sobrepasa a los habitantes del cielo, o que, al menos, está en posesión de una misma suerte".

Capítulo L

EL RAPTO Y EL ÉXTASIS, Y LOS VATICINIOS QUE SOBREVIENEN A LOS EPILÉPTICOS, A LOS DESVANECIDOS Y A LOS AGONIZANTES

El Rapto es una abstracción, una alienación y una iluminación del alma, proveniente de Dios, por lα que éste retira al alma de la tierra donde se la hiciera descender. Esto es causado por una perpetua contemplación de las cosas más sublimes, la que mientras une el espíritu por una profundísima tensión a la sabiduría incorporal, lo separa de los objetos sensibles y del cuerpo por medio de agitaciones vehementísimas; y com o dice Platón, de tal manera que a veces abandona su cuerpo y parece hallarse separada; esto es lo que cuenta Aurelio Agustín sobre el sacerdote calamense del que hablamos antes, que permanecía acostado, como muerto, sin respirar ní sentir el fuego ni el hierro. El imperio del alma es pues tan grande cuando sigue a su estado de naturaleza, sin ser agobiada por las atracciones de los sentidos, que asciende súbitamente por su propia virtud, permaneciendo no sólo en su cuerpo, sino también rompiendo a veces sus cadenas y volando hasta el cíelo, donde muy cerca de Dios y semejante a él, convertida en receptáculo de sus dones, recibe, en la luz divina la plenitud de los oráculos. Esto hace decir a Zoroastro: "Es preciso que ascendáis a la luz misma y a los rayos del Padre que os ha enviado un alma revestida de la plenitud de su pensamiento". Y Trismegisto dice: "Habrá que ascender por encima de los cíelos y traspasar bien lejos los coros de los demonios". Y Pitágoras dice: "Si al abandonar el cuerpo atraviesas el libre éter, serás un dios inmortal". Así hallamos en Hermes que Sócrates, Xenócrato, Platón, Plotino, Heráclito, Pitágoras y Zoroastro, transportados en el rapto, adquirían así la sabiduría de muchas cosas. Leemos también en Herodoto que otrora existió en Proconeso un filósofo de sabiduría maravillosa, llamado Ateo, cuya alma a veces salía del cuerpo, y después de largos viajes, volvía a él más sabia que antes. Plinio dice que el alma de Harmon de Clazomene realizaba salidas semejantes, dejando allí a su cuerpo, y que narraba también de muy lejos una cantidad de cosas verdaderas. Incluso en nuestros días, entre los noruegos y pílapíos hay gran cantidad de personas que abandonan sus cuerpos durante tres días enteros y que, al volver, narran cantidad de novedades sobre países distantes, pero mientras viajan es preciso custodiar sus cuerpos, para que ningún animal les pase por encima y lis

destroce, pues de lo contrario, se dice, estas almas no volverían a ingresar en sus cuerpos.

Hay que saber, pues, que según la doctrina de los egipcios, al ser el alma cierta luz espiritual, cuando está separada del cuerpo, penetra en todo lugar y tiempo: igual que una luz encerrada en una linterna, cuando ésta es abierta, se derrama sobre todas las cosas sin desaparecer porque está por doquier y siempre; y Cicerón, en su libro de la Adivinación, di-ce: "El espíritu del hombre no adivina jamás a no ser que esté en tan gran libertad que nada tenga que hacer con el cuerpo, o bien poco". Cuando se llega, pues, a este estado, que es el grado soberano de la perfección -contemplativa, entonces se separa de todas las especies creadas y comprende, no por las especies adquiridas, sino por la inspección que realiza en las ideas, y conoce todo a la luz de las ideas. Platón dice que sólo hay poquísimos hombres que tienen parte de esta luz en esta vida. pero que todos los dioses participan de ella.

El síncope y el morbo comicial imitan también, hasta cierto punto al rapto, y muy a menudo se producen vaticinios como sí el rapto real. mente existiese : en efecto, leemos en la historia que Hércules y muchos árabes descollaron en esta clase de vaticinio. Hay también ciertos vaticinios intermedios, entre las adivinaciones naturales y los oráculos sobre-naturales, es decir, los que por exceso de una pasión, como amor, tristeza, sollozos y agonía de muerte, predicen las cosas futuras, tal como leemos en Estacio respecto de lα madre de Aquiles:

Nec vana parentum
Expavit vítreo sub gurgite remos.

En efecto, en nuestros espíritus hay cierta fuerza transparente y capαz de comprenderlo todo, sepultada en las tinieblas del cuerpo y detenída por los obstáculos de la mortalidad; tras la muerte, adquirida la inmortalidad y liberada del cuerpo, posee el conocimiento pleno y perfecto. De allí les sobreviene a veces, a quienes están cerca de la muerte v debilitados por la vejez, un rayo de luz extraordinaria porque el alma está entonces menos estorbada por los sentidos y comprende más sutil-mente, y al ser sus ataduras un tanto más flojas, sin hallarse más bajo la total servidumbre del cuerpo, y por así decirlo, encontrándose cerca del lugar donde debe emigrar, percibe con facilidad las revelaciones que entonces le son presentadas en sus agonías. De allí surge que Ambrosio, en el libro de la Resurrección, diga: "Nuestra alma está muy cómoda para salir de la prisión corporal; se entrega a movimientos de libertad en el aire sin saber de dónde viene ní adónde va". No obstante, sabemos que vive después de la muerte del cuerpo y que una vez liberada de las trabas de sus propios sentidos, observa libremente lo que antes no veía cuando estaba encerrada en el cuerpo; esto lo podemos juzgar por el ejemplo de los que duermen, cuyos espíritus, como sí reposasen tras la sepultura de sus cuerpos, ganan las alturas y transmiten a sus cuerpos visiones de cosas distantes e incluso celestes.

Capítulo LI

EL SUENO PROFETICO

Entiendo como Sueñe al que, en la pureza y tranquilidad del pensamiento, procede del espíritu fantástico y del entendimiento unidos, o por la iluminación del entendimiento que actúa sobre nuestra alma, o por una simple revelación de una divinidad. Entonces nuestra alma recibe oráculos verídicos y nos proporciona abundantes vaticinios; pues se nos ve interrogar, aprender, leer y descubrir; cantidad de dudas, consejos, cosas desconocidas en las que no se piensa ní se pensó jamás, se nos manifiestan en sueños; allí vemos representaciones de lugares que nos son desconocidos, como así también simulacros de vivos y muertos; nos son predichas cosas futuras y las ocurridas en algún sitio, de las que no teníamos aún noticias; y estos sueños no requieren otra interpretación, igual que los mencionadas en el libro primero, relacionados con la adivinación y no con la presciencia. Sucede también que quienes eso vieron no comprenden, pues como dice el árabe Abdala, ver en sueños depende de la fuerza de la imaginación, y comprenderlos depende de la fuerza del intelecto. Quien tiene el intelecto amodorrado per comercio carnal demasiado grande, o espíritu imaginativo o fantástico, estólido e imperfecto, no puede recibir y conservar las especies e imágenes influidas por el intelecto superior; esa persona es completamente inútil para los vaticinios de los sueños. Es preciso, pues, que, quien desee recibir sueños veríficos, conserve su espíritu fantasmal puro, calmo y sin perturbación, y. se disponga de tal manera que le torne digno de recibir y conocer el pensamiento y el intelecto, ya que tal espíritu aptísimo para los vaticinios es, como dice Sinesio, un claro espejo de todos los *eidolons* que las cosas dejan por doquier.

Así, cuando tenemos salud corporal y tranquilidad espiritual, no es-tamos cargados de comida ni bebida, ni sujetos a necesidad, sin que nos perturbe la concupiscencia ní la ira, y cuando dormimos castamente, entonces nuestra alma pura y divina, libre de todo pensamiento malo, al estar por medio del sueño en su libertad, apoyada sobre este espíritu di-vino del que se sirve como de un instrumento, recibe en sí los rayos e imágenes fulgurantes que proyectan los pensamientos divinos, y los considera como en determinado espejo que la diviniza, donde los ve con mayor certeza, claridad y efectividad que lo obtenible con toda la indagación corriente del entendimiento y el trabajo de la razón: los poderes divinos que la invitaron a su asamblea la instruyen a favor de la soledad nocturna, y la divinidad propicia no le faltará durante la vigilia para ordenar sus acciones. Quien conserve, pues, puro su espíritu con una meditación tranquila y religiosa, y también con un régimen de vida templada y moderada según la naturaleza, se sirve de este es1írıtu bien preparado, pαrα divinizarse y aλquirir la ciencia. Por el contrarío, quien

tenga espíritu fantástico débil y enfermo, no tiene visiones claras y distintas, sino que, como un ojo desviado, en. su debilidad sólo juzga con-fusa e imprecisamente. Asimismo, cuando nos hundimos en el desenfreno y la embriaguez, entonces nuestro espíritu, abrumado por vapores nocivos (tal como el agua turbia experimenta en su esencia diferentes cambios) se engaña y debilita. Por esa razón, el vate Anfiarao, como leemos en Filóstrato, ordenó a un hombre que quería recibir los oráculos que ayunase un día entere, porque el alma no podía vaticinar bien sí no se libraba del vino y el alimento, pues los dioses acostumbran acordar el don de los oráculos a los espíritus sobrios, religiosos y dedicados al servicio divino. Por ello exclama ()den:

¡Oh grandísimo vaticinador! ¡Anunciador de cosas futuras! Tú te acercas a las almas encantadas por el dulce reposo del sueño y despiertas al hablarles su pensamiento, les insirúas por medio del sueño sentencias de espíritus bienaventurados, descubriendo con el silencio a las almas silenciosas las cosas futuras, a estas almas, digo, cuyo pensamiento se sirve del culto divino con la mayor rectitud.

De allí, la costumbre de los antiguos de que, quienes esperasen alguna respuesta, efectuasen antes ciertas expiaciones y sacrificios, y una vez cumplido el servicio divino, se acostasen religiosamente en una habitación consagrada o al menos sobre pieles de animales inmolados. Virgilio menciona esa ceremonia con estos versos:

Piden consejo a los dioses en sus asuntos dudosos; el sacerdote ofren-
dó les presentes, se acostó sobre píeles de ovejas inmoladas y, en la noche silenciosa, aguardó los sueños.

Y poco después, el mismo poeta canta:

Hic et tum pater ipse petens responsa Latinús, Centum
lanigeras mactabat rite bidentes, Atque horum ef fultis
tergo stratisque jacebat Velleribus.

Les principales gobernantes de Lacedemorda, según cuenta Cicerón, se acostaban en el santuario de Pasifae para recibir los sueños. La misma costumbre se adoptaba en el templo de Esculapio, que se creía que enviaba sueños verídicos; los habitantes de Calabria que querían consultar a Podalírio, hijo de Esculapio, dormían sobre píeles de cordero junto a su tumba; y así cada uno recibía en sueños la aclaración de lo que quería saber.

El tiempo más apropiado para los sueños es la noche, cuando los sentidos se aparcan de los objetos ondulantes, de los errores del mediodía y de los afectos vanos, cuando el espíritu no es conmovido por el temor, la reflexión no vacila v el pensamiento muy tranquilo persevera en su con

tracción a la divinidad. Como dice Rabí Iohenan en el libro de los Sena dores, hay cuatro clases de sueños verídicos. La primera llega de mañana, entre el sueño y la vigilia; la segunda es aquélla en la que uno ve a otro; la tercera es aquélla cuya interpretación es manifestada por la visión nocturna al que sueña; la cuarta es la que se repite al que sueña, según lo dijo José al Faraón con estas palabras: El sueño que viste por segunda vez sobre lo mismo es señal de certidumbre. El más cierto de todos los sueños es el que concierne a lo que se repasa y examina en el pensamiento al acostarse, como está escrito: Has empezado, rey, a pensar en tu lecho en lo que debía ocurrir después de estas cosas.

Quien desee interpretar sueños ajenos debe tener ciencia por lα que distinga y discierna las semejanzas de todas las cosas, y conozca las costumbres de todas las naciones, según las leyes que recibieron de Dios y los ángeles. También debe saber que, por así decirlo, no hay sueño que no tenga algo inútil, tal como no existe grano de trigo sin paja; esto lo prueba también el sueño del patriarca José que, al interpretarlo su padre, dijo: ¿El sueño que viste significa que yo, tu madre y tus hermanos te adoraremos sobre la tierra? Pues este sueño no fue enteramente efectivo respecto de la madre que murió poco después. Rabí Johenan en el libro antes citado y Rabí Leví coinciden en que todo sueño profético no puede quedar sin _efecto más de veintidós años: así José tuvo un sueño a los diecisiete años, que con el transcurso del tiempo se cumplió a la edad de treinta y nueve años. Quien desee recibir sueños divinos deberá preparar enteramente su cuerpo, librar su cerebro de vapores y su espíritu de pasiones, ayunar ese día y no beber nada que pueda embriagarlo; su habitación deberá estar ordenada y limpia, exorcizada y consagrada; luego de quemar perfume, untarse las sienes, y ponerse en los dedos los anillos de los sueños, con una figura celeste y una carta consagrada bajo su cabeza, tras invocar a la divinidad con santas oraciones, se acostará en su lecho con el espíritu fijo en lo que quiere saber: así verá sueños muy verídicos e indubitables coπ verdadero entendimiento iluminado. Así, quien sepa reunir lo que dijimos aquí y allá en estos libros, obtendrá sin dificultades el don de los oráculos y los sueños.

Capítulo LII

LAS SUERTES E INDICIOS QUE TIENEN CIERTA FUERZA DE ORÁCULO[S]

Hay incluso ciertas Suertes que tienen virtud divina como los oráculos, y que son como señales del juicio divino, después de solicitarlas nonmuchas plegarias y súplicas. A veces es Dios mismo quien ordena qu[a] las efectúen, como leemos en el Levítico sobre el macho cabrío que de

bía ser ofrecido al Señor y sobre el chivo emisario, y en el libro de los Números respecto de las varas de las tribus de Israel. Por otra parte,

Moisés y Josué echaron suertes en presencia del Señor sobre las tierras y heredades de las tribus de Israel, como Dios lo ordenara. Los apóstoles del CRISTO, después de plegarias, escogieron por suertes a Matías para cubrir el lugar del traidor Judas. El profeta Jonás, al huir de la presencia del Señor, se hizo a la vela hacia Tarso pero los marineros descubrieron por suerte que él era la causa de la tempestad que los amenazaba de muerte por lo que, tras arrojarlo al mar, la tempestad cesó. César narra que Marco Vαlerio Pricιlo, capturado por los enemigos, se libró tres veces por la suerte, condenado a muerte inmediata por fuego o a una pena posterior; se salvó por beneficio de las suertes. En Bura, ciudad de Acaya, había antiguamente un oráculo de Hércules, constituido por huesecillos y un damero; quien se dirigía allí a recabar alguna respuesta, luego de rezar al dιos, arrojaba cuatro huesecillos y según posición y figuras el adivino descubría escrito sobre el damero lo que debía suceder: los dados estaban hechos con huesos de víctimas.

Hay que señalar aquí que los antiguos no empleaban la suerte para minucias sino sólo en apremiantes casos de necesidad y gran utilidad, y con gran religiosidad, reverencia, bendiciones, ayunos, purificaciones, invocaciones, votos, sacrificios y otros misterios sagrados de las religio-

nes. Ello se debe a que una vez comenzadas nuestras operaciones con los ritos sagrados requeridos, atraemos poderosamente la voluntad y benevolencias divinas, y provocamos la presencia de los espíritus divinos, los cuales dirigen las suertes, y nos hacen ver una respuesta verídιca a lo que buscamos. Es preciso pues que quien actúe por suertes se allegue con espíritu bien preparado, sin perturbaciones, sin distracciones, con gran anhelo, firme propósito e intención seguida de saber lo que quiera hallar; además, es preciso que sea fuerte ante Dios y los espíritus celestes por su

pureza, caridad y santidad, y que los invoque con esperanza inquebran-table, fe firme y santas oraciones, pαrα tornarse digno de tener la compañíα de los espíritus y de conocer lα voluntad divina. Si se está preparado y dispuesto de esa manera, serán descubiertos los más grandes secretos ene virtud de las suertes, y uno será vate que dirá la verdad del pasado, del presente y del futuro cuando se le consulte.

Lo dicho aquí sobre las suertes, debe también ser observado en los augurios pronunciados y demás Indicios, es decir, cuando fijamos ante Nosotros con temor al ιgual que con firme expectativa, ciertos indicios para vaticinar, o pedimos un signo, como hicieran, según lo narran las Escrituras, Eleazar, servidor de Abraham, y Gedeón, juez de Israel. Antiguamente había en Faris, ciudad de Acaya, un ídolo de Mercurio en medío del mercado; quien quería obtener una respuesta sobre lo que pedía, tras encender incienso, prender las lámparas que estaban ante la estatua y ofrendar una moneda del país en la mano de la estatua, decía entonces

en su oído lo que quería saber; luego, tapándose con sus dos manos los

oιdos, se retiraba prestamente del mercado; una vez fuera, se destapaba

al punto los oídos y tomaba como oráculo declarado la primera palabra que oía. En consecuencia, aunque estas clases de suertes (depedientes del azar o la fortuna) parezcan sin causa nι razón a los ignoratιtes, no obstante Dios y las virtudes celestes las dιsponen por ciertas razones y no llegan sin la intención de su amo. ¿Acaso no se piensa que cuando Saúl fue escogido rey de Israel, la suerte cαyó sobre él por azar y fortuitamente? No obstante, el Señor, antes de la elección, ya le había establecido como rey y le había hecho dar la unción por manos del profeta Samuel, y Dios que le había hecho rey, dispuso también las suertes para que cαyesen sobre él. Y aquí consideramos que y a es suficiente sobre estas

cuestiones.

Capítulo

LIII

LA PREPARACION PARA RECIBIR LOS ORÁCULOS

Todo hombre que, deseoso de alcanzar el estado supremo del alma, acuda a solιcitar los Oráculos, debe necesariamente, para lleg4r a ello, prepararse mediante castιdad, santidad, pureza y limpieza de modo que su alma no esté manchada por ningún prurito inmundo ni guarde en su
corazón nϊηgυηα cιcatriz de pecados; deberá incluso apartar su espíritu enteramente de las cosas vulgares, purificarlo, en la medida en que la necesidad de lα naturaleza lo permita, de toda enfermedad, debilidad espiritual, maldad y defectos similares, y de toda condición contraria a la razón que la sigue como el orín al hierro, uniendo y disponiendo armoniosamente lo que procura calma mental: pues se debe estar en ese estado sι se quiere recibir las respuestas más verídicas y eficaces. Para saber cόιnο purificar nuestro espíritu y restaurarlo en su pureza divina debemos aprender de la religión y le sabiduría: pues no hay religión sím sabiduría, ni sabiduría sin religión. Lα sabiduría, dice Salomón, es árbol de vida para quienes la abrazaron. Y Lucrecio dice de la sabiduría que es una invención de Dios o un hálito divino, en estos versos:

¡Ese era Dios! ¡Sí, ese erα Dios, famoso Memmio, el primero que halló esta manera de vivir que ahora se l!wna sabiduría y que, con su arte, en medio de tan grαndes olas tempestτιosαs y de tinieblas tan densas, estableció la vida en tan gran tranquilidαιl y tan bello día.

De modo parecido se entiende que es una iluminación die: ína, lo que hace que

Demócrito sólo considere personas sabías a las sacudidas por cierto furor divíno,, como ocurriera con Minos de Creta de quien se dice que aprendió todas las cosas de Júpiter en frecuentes conversaciones que sostuvo con el dios sobre el monte Ida. Así es come los atenienses dicen que Meleságora de Eleusis se convirtió en sabio en la escuela de las Ninfas; también leemos que Hesíodo, siendo pastor en Beocia, tras llevar su hacienda cerca del monte Helicón, recibió allí ciertas zampoñas de las Musas y que al punto adquirió el don de la poesía. Recibir instantánea-mente dones de ese modo no corresponde a un espíritu humano sino a un espíritu divinamente inspirado, es decir, en el que Dios opera todas las cosas; pues, al transportarse Díos mismo a las almas santas, hace que los profetas y taumaturgos sean podérosos en sus obras y palabras, como lo expresan Platón y Mercurio e igualmente el pitagórico Xisto, afirman-do que tal hombre es templo de Dios, o que Dios es su huésped. Esta doctrina es confirmada por nuestro Pablo que llama al hombre "templo de Dios", y dice en otra parte: "Soy omnipotente en quien me fortalece". Pues Dios mismo es nuestra fuerza, sin la cual (como él mismo lo de-clara) nada podemos. Aristóteles también confiesa, en el libro de los Meteoros y en su Moral, que no tenemos ninguna virtud natural ní moral sino de Dios; y en el libro de sus secretos expresa que el entendimiento bueno y sano puede entrar en los secretos de la naturaleza mediante el concurso e influjo de la virtud divina, y de lo contrarío, nada. Este ınflujo lo recibimos tan sólo cuando nos libramos de impedimentos agravantes, de ocupaciones carnales y terrestres, y de toda agitación externa, pues un ojo legañoso y sucio no puede mirar cosas demasiado luminosas, y no podrá comprender las cosas divinas quien ignore la purificación del espíritu. Es preciso que estos pocos lleguen paso a paso y como sí ascendiesen un grado tras otro a esta pureza de espíritu, pues el reciente-mente iniciado en estos misterios no comprende al punto todas las cosas con claridad debemos acostumbrarnos poco a poco hasta que el entendimiento predomine en nosotros y, aplicándose a la luz divina, se mezcle con ella.

Una vez pues, purificada y expiada el alma humana, libre de todα vicisitud, salen en libertad v con movimientos propios, asciende a lo alto, recibe los dones divinos y se instruye también ella misma, cuando se la ve tomar su conocimiento en otra parte; entonces no necesita recordación ni demostración, como resultado de su sagacidad natural y como por su pensamiento, que es la cabeza y el cochero del alma, imita la naturaleza de los ángeles, obtiene al instante 10 que quiere, sin depender de la sucesión ní del tiempo. David no fue literato y de pastor se convirtió en profeta, sapientísimo en cosas divinas; Salomón, en el sueño de una noche, recibió la plenitud del conocimiento de todas las cosas del cíelo y la tierra; así fueron instruidos Isaías, Ezequiel, Daniel y los demás profetas igual que los apóstoles; y pitagóricos y platónicos opinan que el alma, por vía del purgatorio, sin otro estudio ní indagacıón, con una sola comunicación externa, módica y facilísima, que ya poseen en lo alto los inteligibles, puede adquirir la ciencia perfecta de todo lo cognoscible; puede también, con expiación extrínseca llegar al punto de comprender todas las cosas sin división, con su forma sustancial. El espíritu se purí-

fica y expía con la pureza, la abstinencia, la penitencia, la limosna y tam. bién con ciertas prácticas sagradas, como será demostrado después; pues el alma debe ser curada con los estudios de las religiones, estudios ocultos para el vulgo, a fin de que sanada, afirmada por la verdad y munida de protecciones divinas, no tema las sacudidas futuras.

Capítulo LIV

LA PUREZA Y SU CONSERVACION

La Pureza deberá conservarse primeramente en el régimen de vida, en las obras, en los afectos, expulsando todas las impurezas y perturbacíones del alma y todo lo ofensivo para los sentidos y el espíritu, así como todas las cosas que en el hombre son contrarías al cíelo, no sólo si están en el alma y el espíritu sino también las que están en el cuerpo y en torno de éste; pues tal limpieza es considerada muy útil para la pureza espiritual. Por esa razón, los filósofos pitagóricos apasionadas por la posesión de los oráculos, luego de cantar alabanzas divinas, se lavaban en un rıo o en un baño, y vestían túnicas blancas, de lıno, pues juzgaban profana una vestidura de lana, como si fuese excremento, abono animal de ganado; permanecían en una habitacıón pura y perfectamente inmaculada. Los brahamanes, sabios de la Indıa, se lavaban de la misma manera en_ la fuente llamada Dirce, en Beocia, despojándose de todas sus ropas, untándose antes las cabezas con gotas de esencia de ámbar y aromas apropia-dos para ello; después de estar suficientemente purificados según su rito, se dirigían hacia el Mediodía, vestidos con atuendos blancos, de lıno, la blanca mitra sobre la cabeza, llevando anillos en los dedos y sosteniendo bastones en sus manos. Fue norma santa entre los ffimnosofistas la de lavarse de la misma manera tres veces por día y dos veces por la noche con agua fría antes de entrar en los lugares secretos donde reposaban las cosas sagradas; también se servían de vestiduras de lino lavadas con agua fresca cada día. Hallamos cosas parecıdas en Hésıodo respecto del rito de ablución, en el libro de las obras de los días, donde canta:

Nadie osará ofrendar vino a Júpiter ni a los inmortales por la ~-Una sin lavarse antes las manos; sin ello aquéllos nu los escuchan y des-precian todas las plegarías de los mortales.

Cuando un inicuo acude al río sín *lavar sus manos, las dioses se enfadan con él y le prodigan males.*

Por eso, en Virgilio, Eneas habla así a su padre:

Padre mío, toma en tus manos las cosas sagradas y los dioses pena-tes; sería criminal que las tocase, al salir de tan gran guerra y reciente masacre, antes de lavarme en una corriente de agua viva.

Pues era costumbre de los gentiles, cuando debían sacrificar en honor de los dioses de lo alto, higienizar sus cuerpos con abluciones. Pero cuando debían ofrendar en honor de divinidades de lo bajo, bastaba la aspersión. De allí que en Virgilio, Dido preparando sacrificios para los dioses de abajo, diga:

Querida nodriza mía, haz venir aquí a, mi hermana Ana y dile que se apresure a efectuar la aspersión sobre el cuerpo con el agua del río.

Y en otra parte, donde muestra a Eneas llevando a los infiernos la rama de oro a Proserpina, canta así:

Eneas cruza la entrada y echa agua fresca sobre su cuerpo.

E incluso cuando cuenta la inhumación de Misena:

Derrama tres veces agua pura en torno de sus compañeros, efectuando aspersiones de leve rocío con un ramo de olivo .propicio.

El hombre que está en posesión de esta limpieza y pureza se torna celeste y espiritual, y de esa manera se prepara para ver a Dios y unirse a él, siempre que le sirva con cuerpo limpio y pensamiento puro, y guarde en todas las cosas la limpieza, en sus entrañas, en su piel, en sus ropas, en sus utensilios, en sus habitaciones, en sus dones, en sus oblaciones, en sus hostias y en sus sacrificios; la limpieza de todas estas cosas purifica hasta el aire, y atrae el influjo tan puro de los seres celestes y divinos igual que los puros ministros de Dios y los buenos demonios; pero a ve-ces también los espíritus inmundos y los demonios malignos exigen esa limpieza para hacerse adorar o para engañar, y, en consecuencia, ante todo es menester observar la pureza del espíritu y del corazón, a la cual los poderes inmundos no pueden elevarse.

Capítulo LV

ABSTINENCIA, AYUNO, CASTIDAD Y SOLEDAD; TRANQUILIDAD Y ASCENSO DEL ESPIRITU

De modo parecido, la abstinencia es, para quienes la guardan con constancia, preservación y defensa contra los vicios y los demonios malignos; convierte su espíritu en templo inmaculado donde mora Dios, y une su pensamiento a Dios; no hay nada mejor para la salud y el buen eguilibrio del temperamento como no acumular 10 superfluo ni sobrepasar la medida necesaria para vivir, pues no hay que ingerir alimento más fuerte que la naturaleza sino más bien lo que fortifica a ésta, como algunos dicen del CRISTO que ingería tal medida de alimento que no producía lo superfluo de la cuarta digestión. Muchos otros, comiendo poco, tuvieron el goce de la salud y de la agilidad corporales, como Moisés y Elías, que ayunaron cuarenta días seguidos. Por eso brilló el rostro de Moisés y Elías transportó su cuerpo donde quiso como un espíritu sin pesadez. Los magos y los filósofos dicen que nuestro espíritu no se nutre como algo terrestre, ní como un cuerpo por la mezcla de alimentos o bebidas, recibiendo el alimento a través de ciertos órganos, sino que toma su alimento por todo el cuerpo a la manera de las esponjas, o sea, los más finos vapores que penetran en el cuerpo por todas partes. Por ello, quieren tener el espíritu puro y fuerte, ingieren alimentos más secos, aligeran el cuerpo denso y burdo con ayunos y lo permeabilizan fácilmente por temor a que su pesadez no sea causa de que el espíritu se espese o sofoque; luego mantienen el cuerpo limpio con lociones, fricciones, ejercicios y vestimentas, y fortalecen el espíritu con lustraciones y fumigaciones, conduciéndolo a una sinceridad pura y sutil. Por tanto, en la bebida y lα comida debemos conservar la pureza de la abstinencia, corono los filósofos pitagóricos que, guardando en la mesa santidad y sobriedad, llevaban una vida de total templanza. Lα templanza de vida y la complexión no nos causa, de por sí. ningún desorden de abundancia de humores que pueda excitar nuestra fantasía hacia alguna imagen, v hace que nuestra alma, muy a menudo adormecida y a veces también despierta, esté siempre dispuesta a recibir el influjo de lo alto. Los pitagóricos pro-meten, además, a quien se rija sabiamente con las reglas de la abstinencia, todos los movimientos espirituales y corporales, salud perpetua espıritual y corporal, e incluso longevidad. Así los braharnanes sólo recıbían en su congregación hombres que se abstenían de vino, carnes y vicios, diciendo que sólo podía conocer a Dios quien, por transformación divina, se tornaba semejante a él; esto, según Fílóstrato, los bajos indios también lo aprendıeron de Fraotes.

Además debemos abstenernos de todo lo que pueda mımar al espíritu, de la codicia y la envidia, que son, según Hermes, siervas de la injusticia, que llevan el peτısamiento y la mano hacia las malas acciones: de la

ociosidad, y de la lujuria, pues el alma sofocada en el embotamiento la voluptuosidad, nada celestial puede prever. Por ello, los sacerdotes Atenas, llamados en griego *hierofantes,* según cuenta Jerónimo, para cc portarse más castamente en lo sagrado y aplicarse bien al servicio divi conservaban la costumbre de emascularse, ingiriendo pociones de tico Además, la Castidad de pensamiento consagrado a Dios (como lo ens(Orfeo a Museo en el cántico de todos los dioses) convierte a nuestra al: en templo de Dios, eterno y siempre preparado. Debemos incluso abe nernos de toda la multitud y diversidad de sensaciones, afectos, imagiı ciones, opiniones y pasiones que hieren al espíritu y pervierten el jui(de la razón, como lo observamos patentemente en los apasionados, en dioses y ambiciosos. Por ello Cicerón llama a estas pasiones (en s Cuestiones tusculanas) enfermedades del espíritu, males pestilenciales; Horacio las denomina furores o locuras, cuando canta:

Mil locuras en los doncellas, mil furores en los mancebos.

El mismo parece también pensar que todos los hombres son un po locos en esto; por eso se lee en el E lesiastés: El número de los necios infinito. Por ello los estoicos niegan que el sabio esté sujeto a las pass nes; a estas clases de pasiones, digo, nue siguen el contacto de los sentido pues las pasiones racionales y mentales concuerdan con el sabio. Pare que ésta era la opinión de Boecio cuando canta que es preciso deshacer de algunas pasiones en la búsqueda de la verdad, en estos versos:

Tu.quo que si vis
Lumine claro
Cernere verum
Tramite recto
Carpere callem:
Gaudia pelle,
Pelle timorern,
Nec dolor ads t,
Spemque fugato,
Nubila mens est,
Vinctaque frenis
Haec ubi regnant.

Es pues necesario librar nuestro espıritu de toda confusión, despojar] y desviarlo completamente de estas clases de pasiones, a fin de que pod^ mos hallar la verdad en toda su simplicidad.

Se dice que muchos filósofos la hallaron verdaderamente habiend morado largo tiempo en soledad; pues el espíritu liberado, por la soledac de toda preocupación por cuestiones humanas, entregándose íntegrament a las divinidades sagradas v celestes, siente la necesidad de realizar lo qu las gracias celestes le inspiran. Así Moisés, legislador de los hebreos, c más grande de los profetas, instruido en toda la sabiduría de los caldeos
egipcios, cuando quiso separarse de la vida de los sentidos, se retiró e: las vastas soledades de Etiopía donde, tras abandonar todos los asunto humanos, llevó su espíritu y su pensamiento hacía la sola contemplación de las cosas divinas, con lo que complació tanto al Dios omnipotente qu mereció verle y mirarle cara a cara, v recibir el asombroso poder de rea lizar todos los milagros que las Sagradas Escrituras narran al respecto

Por este medio, Zoroastro, padre y jefe de los magos, adquirió, según se dice, la ciencia de todas las cosas naturales y divinas en una soledad de veinte años íntegros durante los cuales escribió e hizo muchas cosas relativas al arte total de la adivinación y el vaticinio. Los escritos de Orfeo, dirigidos a Museo, declaran que realizó cosas parecidas en los desiertos de Tracia. Así descubrimos en la historia que Epiménides de Creta fue instruido en un larguísimo sueño, pues se dice que durmió cincuenta años: por ello se entiende que estuvo oculto. Se dice, de manera similar, que Pitágoras llevó vida oculta durante diez años; por lo misma Heráclito y Demócrito amaban la soledad. Cuanto más nos alejamos de la vida animal y humana, más nos acercamos a la vida de los ángeles y de Dios, y al unirnos así con ellos, y al mejorar nuestra condición, tenemos poder sobre todo y dominamos todo.

Para saber de qué manera debemos separar nuestro espíritu de la vida animal y de toda multitud, elevarla hasta que ascienda hasta el Unico, bueno, verdadero y bello, atravesando todos los grados de las cosas cognoscibles y de los conocimientos, hay que leer a Proclo en sus comentarios sobre Alcibíades, donde enseña cómo hay que huir primeramente de los objetos sensibles para transferirnos a la esencia incorporal de donde debe ascenderse por encima• del orden de las almas, multiplicado aún por muchas razones, por hábitos y proporciones diferentes, de numerosas relaciones y una variedad multiforme de fuerza, elevando luego el intelecto a los reinos inteligibles para contemplar cuán superiores son a los espíritus; hay que abandonar también la multitud intelectual, aunque unida e individualizada, y llegar a la unidad superintelectual y esencial, separada de toda multitud, fuente del bien mismo y de la verdad misma. Por la misma razón, debemos huir de todas las cogniciones multiformes, desconcertantes y falaces, a fin de que podamos hallar la verdad que es muy simple.

Es menester, pues, abandonar la multitud de los afectos, de las sensaciones, de las fantasías y de las opiniones, la que es tan diversa en sí misma que unas destruyen a las otras en todos los aspectos; debemos elevarnos hasta las ciencias, en las que, aunque la multitud sea variada, no hay allí, sin embargo, contradicción alguna, pues se vinculan todas y se someten unas a otras, hasta una que las domina a todas, sin otra que la supere y a la que todas deben converger; sin embargo éste no es el grado soberano de los conocimientos pues encima está el intelecto puro.

Por ello, abandonando toda composición, toda división y todo razona-miento multiforme, elevándonos a la vida intelectual y a la intuición simple, contemplamos la esencia inteligible mediante percepciones indivisibles y simples, como soberana existencia del alma, por la que somos uno y bajo la cual toda nuestra multiplicidad se une; y así podremos alcanzar este primer Uno, de donde depende la unión de todas las cosas, por el Une que es como la flor de nuestra esencia, el cual adquirimos al fin, cuando, huyendo de toda multitud, surgimos en nuestra unidad misma, nos unificamos y actuamos uniformemente.

Capítulo LVI

LA PENITENCIA Y LA LIMOSNA

La parte más importante de las purificaciones es la Penitencia voluntaria de los pecados, pues como dice Séneca en Thyeste, quien se arrepiente de su pecado es casi inocente. En efecto, la penitencia procura grandísima expiación oponiendo el tormento a la delectación, desterrando del alma una alegría estúpida y dándole cierta fuerza particular para que se eleve hacía el cíelo. La penitencia es, pues, no sólo la mortificación de los vicios sino también el martirio espiritual del mal que es atravesada por todas partes por la espada del espíritu; esta espada del espíritu es el Verbo de Dios. Esta hace decir a Jeremías, y a Pablo al. escribir a los Efesios: "Maldito quien desvíe su espada de sangre". Y el Salmista canta: "La espada está sobre sus labios". Por ello es preciso declarar los pensamientos y afectos del espíritu y todas las cosas malas que salen de nuestro corazón y nuestra boca al sacerdote confesor, a fin de que juzgue según el Verbo de Dios y, según el poder que de Dios recibió, por la penitencia que nos ordene, nos limpie y purifique de nuestros vicios y nos conduzca hacia el bien. En la religión no hay sacramento más poderoso para abolir los pecados que la penitencia: también los dioses (según el testimonio de Ovidio) :

A menudo ponen fin a nuestras penas y nos dan la luz que nos quita-ron al ver que nos arrepentimos bien de nuestro pecado.

Hay otro sacramento de expiación, la Limosna; los filósofos dicen poco o nada de él por lo que yo recuerdo de mis lecturas. Mas la Verdad soberana nos 10 enseñó con estas palabras: Dad limosna y seréis limpios de todo. Se lee también en el Eclesiastés : "Así como el agua apaga el fuego, de igual modo la limosna extingue el pecado". Daniel enseñó al rey de Babilonia a redimir sus pecados mediante limosnas. Y el ángel Rafael declara a Tobías que la limosna libra de la muerte, limpia al hombre de sus pecados y le hace hallar la vida eterna. De allí que el CRISTO nos enseñe a rezar al Padre diciendo: "Perdónanos como nosotros perdonamos y danos como nosotros damos". Y dice en otra parte al respecto: "Recibiréis el céntuple y poseeréis la vida eterna". Cuando juzgue a los vivos y a los muertos, él mismo reprochará principalmente a los condenados por no haber dado limosna ní realizar obras de misericordia, diciéndoles: Tuve hambre *y* sed *y* no me disteis de comer ní de beber. Y en otra parte, hablando de los pobres, dice: "Lo que hagáis a uno de ellos lo consideraré como si a mí me lo hiciéreis". Creo que ésta era también la opinión de Homero en el pasaje donde hace hablar á un joven que dice estas palabras a Antinoo:

No está bien que hayas golpeado a este pobre mendigo; esto será tu perdición si es uno de los dioses supercelestes, pues a menudo los dioses, bajo apariencia de huéspedes extranjeros y viajeros, recorren el mundo y derriban las ciudades de los hombres al ver las injusticias y los crímenes.

Capitulo LVII

PRACTICAS EXTERIORES UTILES PARA LA EXPIACION

Se cree (y contamos con la tradición de personas bien experimentadas en materias sagradas) que es posible expiar también el espíritu mediante ciertas instituciones y sacramentos administrados exteriormente, como con sacrificios, bautismos, exorcismos, bendiciones, consagraciones, aspersiones de agua purificada o bendita, y con ciertas unciones y fumigaciones no sólo sagradas sino que también posean naturalmente esa virtud. De esa manera el azufre se emplea en las religiones para expiar con sus vapores los demonios malignos; el huevo era utilizado, de modo parecido en la purificación, de donde deriva la denominación de huevos lustrales, y estos versos de Ovidio:

Que se haga venir una mujer de edad, que bendiga el lecho y la habitación, y que lleve azufre y huevos en su mano temblorosa.

Proclo también escribe que los sacerdotes empleaban azufre y asfalto en la purificación, o abluciones de agua marina: porque el azufre purifica por lα penetración de su olor y el agua marina por su parte ígnea. La hierba denominada quinquefolio purifica de la misma manera; por ello, a causa de su pureza, los antiguos sacerdotes utilizaban en sus purificaciones ramas de olivo : porque es amigo de la pureza y se dice que un olivo plantado por la mano de una prostituta, jamás da fruto, o se seca total-mente. También para purificar se emplea incienso, mirra, verbena, y vale rιana, que también se llama *herba lucía y* en árabe *f u*^ asimismo, llantén y clavo de olor. De modo parecido, la hiel de perro negro en fumigación se considera excelente en estas cosas, para expulsar a los demonios malignos e impedir los maleficios de cualquier parte que sea. Asimismo, las plumas de abubilla, en fumigación, alejan los fantasmas. Resulta marav[l]lloso y casi increíble, sí no fuese atestiguado por Josefo, autor serlo e irm futable, en su historia de Jerusalem, donde dice que la raız de *Baaras,* (así llamada por el lugar donde crece, cerca de Macherunte, ciudad de Judea) color fuego, que de noche arroja mucha luz, es dificil de asir pues escapa de las manos y la vista, y sólo se detiene si se le echa orina de mujer con menstruación; sin embargo, no desaparece el peligro si [se 1]

arranca después de detenida de esa manera, pues quien lo hace muere al instante a menos que esté munido de un amuleto de esa raíz; están los que cavan la tierra alrededor de la raíz, la atan con un cordel que sujetan a un perro y así se la arranca de inmediato; el perro tira con esfuerzo de la cuerda para seguir a su amo, arranca al fin la raíz de la tierra, y como sí pagase por él, muere en el instante en que la raíz es arrancada; después de eso no hay peligro para quien la toque. La virtud de esa ταíz es fortísima para expiaciones pues está demostrado que libra al punto a los atormentados por espíritus inmundos. Se cree que estas clases de materias actúan sobre las sustancias espirituales, expulsando, atrayendo, endulzando y aguijoneando, de igual manera que el fuego de Sicilia actúa sobre las almas. el cual (según Guillermo de París) sin herir los cuerpos, atormenta de manera insoportable a quienes se le acercan; en cuanto al resto, sin embargo, ya hablamos de estas cuestiones en parte.

Capítulo LVIII

LAS ADORACIONES Y LOS VOTOS

Las Adoraciones y los Votos, los Sacrificios y las Ofrendas son verdaderamente grados sagrados en la búsqueda de Dios; excitan sobre todo la voluntad divina e insuflan en las almas la comunión santa e indisoluble con los dioses; pues las plegarias que pronunciamos con palabras veraces y sagradas, en los sentidos y el pensamiento, nos procuran gran fuerza, y cuando las dirigimos a una divinidad, la impulsan a proyectarnos su palabra y respuesta mediante un rayo divino. A través de este rayo, tal como lo dice Dionisio, Dios habla a los hombres, pero de una manera oculta que poquísimos entienden. El rey y profeta David la oyó muy a menudo : "¿Cuándo oiré", dice, "lo que el Señor Dios habla en mí?" La adoración, continuada largo tiempo y reiterada a menudo, perfecciona el entendimiento y engrandece el alma para percibir las luces divinas, encendiendo el amor divino, la fe y la esperanza, y confiriendo las buenas costumbres; libra al alma de todo lo que es contrario y adverso, y disipa también muchos males que, de otro modo, sobrevendrían según el curso de las cosas naturales. Por ello, Ovidio dice:

Dios aplaca su ira al oír la voz que reza; he visto con frecuencia a Júpiter, ansioso de lanzar su rayo, detener su brazo, satisfecho con el incτPensO que humeaba en *sus altares.*

El hombre vuelve a Dios con las plegarias, y una vez allí, dice Platón, detiene los caballos, y entra en la sala del festín donde come la ambrosía y bebe el néctar. Por ello, quienes quieren disfrutar de una virtud, deben

rezar y dirigir a menudo sus súplicas a quien en sí contiene toda virtud. La mejor, la que a todas sobrepasa, es la oración que no se profiere con la boca sino que se ofrece a Dios en lα santidad del silencio y la integridad del espíritu, y que clamando con la voz del pensamiento, venera a los dioses tutelares con palabras del mundo intelectual.

El Voto es un ardiente afecto hacia Dıos, del espíritu casto que escogıó lo que le pareció bueno, tomando su compromiso; ese afecto, según el testimonio de Jámblıco y Proclo, une las almas a Dios tan estrechamente que, a veces, la operación de Dıos y del espíritu es una sola y misma operación, a saber, de Dios como artista, del espíritu como instrumento divino. Por ello, toda la antigüedad atestigua que, en virtud de los votos, a veces se operan milagros, curaciones de enfermedades, desvíos de tempestades y otras cosas semejantes. De allí que hallemos en la historia que los personajes más excelsos y sabios de todas las naciones, como los brahamanes de la India, los magos de Persia, los gımnosofistas de Egipto, los teólogos de Grecia y Caldea, que instituyeron y ordenaron festividades de los dioses y misterios ocultos, se ocuparon principalmente de los votos divinos y las plegarias y, de ese modo, realizaron cantidad de cosas maravillosas.

Para la perfección del voto y de la adoración (pues de ningún modo hay voto perfecto sin adoración, ní adoración perfecta sin voto) se requieren principalmente dos cosas. La primera es el conocimiento de lo que se debe adorar y de aquello a lo cual se dirige el voto, y cuál es la manera, el orden y el medio de adorar; pues Dios tıene muchos cooperadores e instrumentos, como ios cıelos, las estrellas, los espíritus administradores, las almas celestes y los héroes, de los cuales se sirve como porteros, intérpretes, ejecutores y mediadores, a los que debe invocar primeramente quien se dirige al Dios arquetıpo que es el cínico término supremo de adoración; las otras divinidades son como avenida para marchar hacía Dios mismo. Ha de saberse, pues, que sólo hay un Dıos, el Padre Soberano, el Rey y Señor de todos los dioses, a quien deben formularse principalmente los votos con pensamiento puro y pıadoso; cuando haya que dirigirse a los dioses inferiores, se procederá tan sólo como servicio por subdelegación de parte del Padre Soberano. Por ello, Zoroastro y Orfeo creían que estaba permitido, cuando se formulaban votos y adoraciones a poderes inferiores, emplear allí fumigaciones, caracteres y otras cosas semejantes; mas ciando se dirigen a la majestad del Júpiter soberano, no deberán observar-se estas circunstancias. Por eso Hermes dice a Tacıo: "Es algo cercano al sacrilegio querer quemar incienso y cosas semejantes cuando se ruega a Dios". "Estas cosas", dice Proclo, "son extrañas a toda piedad, puesto que no se puede hallar materıal que no sea inmundo para Dios inmaterial; por ello, la oración que se dirige de viva voz no le corresponde, ní la oración mental, sí el espíritu está manchado por el vicio".

La segunda cosa que se requiere es cierta semejanza de nuestra vida a la vida divina, procedente de la pureza, la castıdad y la santidad, con un deseo lícito de lo que pedimos; por medio de ello ganamos soberana-mente la benevolencia divina y somos sujetos dispuestos para recibir su

liberalidad; pues si no somos dignos, por la pureza de nuestro espíritu, de ser escuchados, y si las cosas pedidas no son dignas de ser cumplidas, es evidente que los dioses no escuchan nuestras plegarias: esto hace decir al divino Platón que, por las plegarías que podamos pronunciar, no podemos obtener de Dios cosas injustas. Por tanto, no pidamos a Dios lo que deberíamos avergonzarnos de pedir. Por esa sola razón vemos cantidad de personas que formulan plegarias y votos en vano, porque, de por sí, no están dispuestas ni preparadas religiosamente; sus anhelos y pedidos no son formulados para cosas agradables a Dios, y no saben distinguir el orden de la adoración y por qué mediadores hay que dirigirse a Dios; la ignorancia de estas circunstancias reduce muy a menudo a la nada nuestras oraciones y plegarias, y hace que nuestros votos sean destruidos por nuestras súplicas.

Capítulo LIX

LOS SACRIFICIOS Y OBLACIONES, SUS GENEROS Y MODALIDADES

En cuanto al Sacrificio, es una oblación que se torna sagrada por el hecho de la ofrenda, y que sacraliza o santifica a quien efectúa la ofrenda a menos que constituyan impedimento la irreverencia o algún otro pecado. Estos sacrificios y oblaciones nos dan, pues, mucha confianza, nos hacen de la familia de Dios, y rechazan muchos males que nos amenazan. Es verdad lo que los doctores hebreos, más que todos los otros, nos.confirman, diciendo que, porque inmolamos nuestros anjmales y consumimos nuestros bienes en sacrificios, los males que nos amenazan son desviados sobre esta clase de cosas ; y así como el sacerdote mortal sacrifica, en este bajo mundo a Dios, las almas de los animales, desprovistos de razón, por la separación del cuerpo con el alma, de igual manera el arcángel Miguel, sacerdote del alto mundo, sacrifica las almas de los hombres, y ello por la separación del alma respecto del cuerpo, y no del cuerpo respecto del alma, a menos que sea por accidente, como ocurre en el furor, el rapto y el éxtasis, el sueño y estados similares del alma, y esa separación es llamada por los hebreos la muerte del beso. Primero y principalmente hay que realizar los sacrificios y oblaciones al Dios supremo; pero cuando se los efectúa a divinidades de segundo orden, hay que entender bien que ello deberá hacerse de la manera que señalamos respecto de los votos y las plegarias: todo lo dicho allá deberemos entenderlo también aquí por similitud. Hay muchos géneros de sacrificios, pues unos se llaman holocaustos, cuando la hostia es consumida por el fuego, y otros,. inmolaciones, que se efectúan mediante efusión de sangre; hay otros que se llaman salutfferos, que se efectúan para obtener salvación; otros pacíficos, para obtener la paz; otros

están constituidos por cánticos y alabanzas, para la liberación de males o el envío de bienes; otros son gratulatorios; para honrar a Dios y agradecer sus mercedes. Algunos no se realizan para gloria de Dios, ni como signo de buena voluntad, como entre los hebreos el sacrificio de celos, que se efectuaba solamente para descubrir un adulterio oculto. Y antiguamente, entre los gentiles se acostumbraba el sacrificio de expiación, ροτ el que los pueblos, afligidos por hambre, peste o calamidad horrible, purificaban sus ciudades; el rito consistía en buscar al hombre más vil e infame del lugar, se le detenía, trasladaba al lugar constituido, teniendo en su mano un queso con una galleta e higos secos; luego de azotado siete veces con varas silvestres, lo quemaban con madera silvestre y arrojaban sus cenizas al mara Licofrón e Hipponax hacen referencia a esto. Filóstrato narra hechos que no difieren de lo dicho, respecto de Apolonio de Tiana que hizo cesar la peste en Efeso. Entre los gentiles también se empleaban muchas clases de sacrificios y víctimas, como los Agonales, Dapses, Farreaciones, Hecatombes, Hostias, Jacintos, Armilustres, Januales, Lucαles, Lupercales, Muníquios, Novendinales, Nictiluces, Palaciales, Pastillares, Populares, Protervios, Scenopegios, Solitaurilares, Estados, Rubibales, Fontanales, Órmios, Parentales, Consueles, Inferios, Lampterios, Amburvios, Ambarvales, Viva-les, Thyos, Holocaustomates, Orgías, Laciales, Dianetáuricos, Bacanales, Trietéricos, Liberales, Cocitios, Cereales, Tesmoforios, Adoníos, Teonios, Laurentales, Opalios, Palilios, Quirinales, Vertumnales, Ginecios, Panateneos, Quincatríos, Diapαlios, Diasios, Hormos, Hormeos, Nemeos, Mítríacos y Palogigios. Había también víctimas apropiadas y diferentes para todos estos sacrificios; pues el macho cabrío y el asno eran para Baco; la marrana, para Ceres; el caballo, para el Sol; la corza y los canes, para Diana; el asno, para Príapo; el pato, para Isis; el gallo, para la Noche; la cabra, para Fauno; el toro, para Neptuno; lα cabra, para Minerva; el toro, para Hércules; el niño, para Saturno; la corza servida, para Maya, y el gallo, para Esculapio; a Hércules de Gnidia le efectuaban sacrificios de oprobios e injurias. Había también-muchos órdenes sacerdotales: Pontífices; Flámines, Archiflámínes, Filades, Salíos, Hierofantes, y nombres variados de religiones y supersticiones, sacrificios, ceremonias, festividades, consagraciones, dedicaciones, votos, devociones, expiaciones, juramentos, hostias, ofrendas, que seducían a los gentiles y los hacían sacrificar a falsos dioses y demonios.

Pero el verdadero sacrificio, que purifica al hombre y lo une a Dios, es de dos clases: el primero es el que el Pontífice soberano, el CRISTO, ofreció en remisión de los pecados, purificando todo con la sangre de su cruz; el otro, por el cual el hombre se ofrece puro, inmaculado, en hostia viva a Dios, a ejemplo del sacerdote soberano, el CRISTO, que se ofrendó y nos enseñó a ofrendarnos con él imitándole, diciendo del sacramento de su cuerpo y sangre: "Haced esto en memoria de mí"; es decir, a fin de que mortificándonos con él, vivificados en espíritu por la pasión del cuerpo mortal, nos ofrendemos con él. Respecto a ello dice Porfirio: "Esfomémonos poτ ofrendar en sacrificio la santificación de nuestra vida; puse

nadie puede ser buen sacerdote de Dios sí no se ofrenda como hostia, edifica su alma como una especie de imagen y constituye, con su pensamiento e inteligencia, un templo donde pueda recibir la luz divina". En cuanto a los sacrificios externos, dice Heráclito, son remedios para las al-mas, ordenados por el Médico soberano; pues el demonio maligno posee al hombre, dice Proclo, hasta que se purifique con sacrificios. Los sacríficios son, pues, requeridos para apaciguar a Dios y los poderes celestes, y para purificar al hombre que lleva la imagen de Dios y el mundo. Pero nuestro Señor Jesucristo, verdadero pontífice y soberano sacerdote, encerró todo el sacrificio en pan y vino únicamente, como sustancia primera del alimento humano; no tenemos más necesidad de inmolar animales ní cosa alguna, ni de derramar sangre, para purificarnos, quienes ya fuimos perfectamente purificados en su sangre.

Había 666 clases de sacrificios en uso entre los egipcios; establecíant honores divinos y sacrificios sagrados para cada estrella y cada planeta, porque eran animales divinos, participando de un alma intelectual y un pensamiento divino; por ello dicen que las estrellas invocadas oyen nuestras plegarias y nos reparten dones celestes, no por un pacto natural sino por su libre arbitrio. Y Jámblico dice que los cuerpos celestes y las divinidades del mundo poseen, en sí mismos, ciertas fuerzas divinas y superiores, y que también las tienen naturales e inferiores, las que Orfeo denomina llaves para abrir y cerrar; y que por ellas quedamos sujetos a los influjos del destino, librándonos también por ellas del destino. De allí que, si ocurre un infortunio a una parte de Saturno o Marte, los magos nos recomiendan no recurrir a Júpiter ni a Venus sino a Saturno o a Marte. De esa manera, la Psiqué de Apuleyo perseguida por Venus, a causa de su igual belleza, se esforzó por obtener su gracia; no de Ceres, ní de Juno, sino de la misma Venus.

Los antiguos realizaban sacrificios a cada estrella con lo que le era propio: al sol, con cosas y animales solares, como el laurel, el gallo, el cisne y el toro; a Venus, con sus anímales, como la paloma o la tórtola, y sus plantas, como la-verbena, tal como lo canta Virgílio:

Traed agua y armad delicado ceñidor en torno de los altares; quemad verbena e incienso macho.

Además, cuantas veces los magos confeccionaban una cosa natural o artificial respecto de una estrella, la consagraban y sacrificaban después a esa estrella más religiosamente, no para obtener de ella su virtud natural, atrayendo su influjo armonioso, sino para recibirla divinamente confirma-da y más fuerte por la oblación misma. Y ello porque cuando la oblación de una cosa cualquiera es, de alguna manera, bien presentada a Dios, igual que el sacrificio, esa cosa, en virtud de la oblación, es santificada por Dios y se convierte en parte de él. Asimismo, las hostias inmoladas a los dioses del cíelo y del éter eran blancas, y las negras eran para los dioses de la tierra y los infiernos; mas para los dioses de la tierra se las

colocaba sobre los altares, y'pαrα los dioses de los infiernos se las ponía en fosas; a los dioses del aíre y de las aguas se ofrecían volátiles, a los prımeros blancos, a los segundos negros. En fın, se inmolaba volátiles a

todos los dioses y demonios, exceptuados los de la tierra y los infiernos;

a éstos sólo bestias de cuatro patas, pues lo semejante se solaza con lo semejante. Sólo estaba permıtido comer lo que se inmolaba a las divinidades del cíelo y del éter, reservando las extremidades para la divinidad.

Mas el oráculo de Apolo expresó todas estas cesas én estos versos:

Habrá tres hostias para los dioses del cielo y serán blancas para sus *sστrificios; tres también para los dioses de la tierra, y las quieren negras. Las divinidades celestes gustan que les coloquen las víctimas al deseubierto sobre los altares, y al contrario las divinidades infernales quieren que se las ponga en fosas, y tintas en sangre, y sólo les agrada las que se esconden en tierra. En cuanto a las ninfas, se regocijan con miel y vino que fluγe, y con fuego sobre sus altares. Las divinidades que giran en torno de* la *tierra, quieren que se les ofrezca un cuerpo negro con incienso, y* que allí *se arrojen harinas saladas y tortas de miel. Haced esto sin falta;* mas *quienes habitan en el fondo del agua quieren que se les sacrifique siempre sobre el río y se les arroje el animal entero en las olas: reservaréis las extremidades a las divinidades celestes y las quemaréis al fuego. Tomad el resto para vosotros y reservadlo para banquetes; que el aire rezume vapores adorados y espesos.*

Porfirio, en el libro de las Respuestas, y otros autores de igual criterío, al hablar de los mediadores, dicen que estos sacrificıos son naturales entre los dioses y los hombres; esto lo confirma Aristóteles, expresando que en la naturaleza humana radıca el hacer sacrificios a Dios. Por ello los sacrificios son, después de ellos, intermediarios de dos naturalezas, y representan las cosas divinas por analogía; tienen en común con la dívinıdad a la que se los ofrece, y con quienes efectúan la expiación ciertos símbolos perfectamente adaptados, pero tan ocultos que el genio del hom-

hre apenas puede captarlos; Dios y las divinidades en particular los piden

para nuestra expiación, complacen a las virtudes celestes y las contienen en la ejecución de castigos que merecemos por nuestros pecados: a esto Orfeo llama llaves que abren las puertas de los elementos y los cielos,

a

fin de que por ellas el hombre pueda penetrar en el mundo superceleete, y que las inteligencias de los cíelos y los demonios de los elementos descıendan hacía él. Mas los hombres perfectos y verdaderamente religios^os no los necesitan; corresponden únicamente, como dice Trismegísto, a q^u* nes, al dar un paso en falso en la armonía, se convirtieron en servidores de los cielos y de los creadores, los cuales, porque están sometidos a los cielos, creen que serán fortalecidos a favor de la virtud celeste, hasta q ° al volar más alto, se liberen del gobierno de estas criaturas, superándol^as•

Capítulo LX

IMPRECACIONES Y RITOS ANTIGUOS EMPLEADOS EN LOS SACRIFICIOS Y OBLACIONES

Veamos ahora qué Imprecaciones aplicaban los Angeles a las oblaciones y los sacrificios. Esto es lo que decía (u otra cosa semejante) quien ofrecía un sacrificio a Dios: "Yo, vuestro servidor, os ofrezco y sacrifico estas cosas; os reconozco autor de la santidad, y para santificarme invoco esta obligación, a fin de que le infundáis lα virtud de vuestro espíritu ele-vado y honrado para que obtengamos por ella lo que pedimos. Mas como esta cosa presente se torna vuestra por lα obligación que os hago de modo que en adelante viva y muera por vos, al igual que yo me convierta en vuestro yo que, por esta oblación y esta comunión y por lo que vengo a ofreceros y sacrificares, coufieso que soy de vuestra familia y de vuestros adoradores". Además se decía en las inmolaciones: "Así como este animal está en mi poder para matarlo, sí yo quiero, o de salvarlo, de igual modo está en vuestro poder quitarnos por vuestra ira o darnos por vuestra benevolencia lo que os pedimos". En fin, cuando el sacrificio se realizaba para expiar, o para desviar un mal, se decía: "Así como este animal muere en mí mano, que de igual modo mueran en mí todo vicio y toda impureza", o bien: "Así como la sangre de este animal sale de su cuerpo, de igual modo que todo vicio y toda impureza salgan de mí". En el holocausto se decía: "Así como esta oblación es consumida por este fuego, sin que quede nada de ella, de igual modo sea consumido en mí todo mal", o tal y tal incomodidad que queríamos rechazar o desviar. También se acostumbraba, al efectuar las imprecaciones, tocar el altar con las manos por parte de todos los que ofrecían tal sacrificio y quienes querían participar, porque la plegaria sola no puede sacrificar a menos que quien reza también toque el altar con sus manos; por eso leemos en Virgilio:

El Omnipotente le oyó rezar con tales palabras y tocar los altares. Y en otra

parte dice también:

Toco los rltares en medio del fuego y tomo a las divinidades como testigo.

Capítulo LXI

PRESENTACION DE SACRIFICIOS Y OBLACIONES A DIOS Y A LAS DIVINIDADES INFERIORES

Toda Adoración, Oblación o Sacrificio, Imprecación e Invocación, se presenta, pues, de diferente manera, según se dirija a Dios sólo, o a las Divinidades inferiores como ángeles, estrellas y héroes. Por ello en estas cosas se observarán las siguientes reglas: cuantas veces se ofrezca la oración a Dios para obtener un efecto, se hará coη la conmemoración de una obra, milagro, sacramento o promesa, extraída de las Sagradas Escrituras; si se efectúa la súplica para la destrucción de los enemigos, habrá que recordar cómo Dios destruyó a los gigantes con el Diluvio de las aguas, el esfuerzo de Babel en la confusión de las lenguas, Sodoma y Gomorra bajo la lluvia de fuego, el ejército del Faraón en el Mar Rojo y hechos similares, uniendo todo lo que se puede recoger de maldición de los salmos y del conjunto de las Sagradas Escrituras. De la misma manera, en las deprecaciones contra el peligro de las aguas, se conmemorará a Noé sal-vado del Diluvio, el cruce del Mar Rojo por los hijos de Israel, el CRISTO caminando sobre las aguas, cómo salvó la barquilla en peligro, cómo ordenó a los vientos y las olas, y cómo hizo lo mismo con Pedro, en las aguas del mar, cuando se hundía, y otros milagros de esa índole. Si es necesario rogar a Dios, a los ángeles o a los héroes para pedir oráculos o sueños, tenemos a nuestra disposición una infinidad de pasajes del Antiguo Testa-mento, donde leemos que Dios habló a los hombres, y también muchos versículos que prometen presagios y revelaciones, igualmente sueños proféticos variados, de Jacob, José, Faraón, Daniel y Nabucodonosor; tenemos también todo lo que se halla en el Nuevo Testamento y en la religión, el Apocalipsis de Juan, las revelaciones de Pablo, de los santos Magos, de Elena; de Constantino y de Carlos; e incluso los profetas modernos, Meto-dio, Círílo, Joaquín, Merlín, Brígida, Mecrindis e Hildegarda, cuyas divinidades, invocadas piadosamente a menudo nos hacen participar de revelaciones divinas. Invocamos, además, todos los nombres sagrados de Dios, pero principalmente los que significan le cosa que pedimos, o las que les referimos de cualquier manera que sea: así para la destrucción de los enemigos, invocamos los nombres de la ira de Dios, de la venganza de Dios, del temor de Dios, de la justicia de Dios, y de la fuerza de Dios; y para desviar un peligro invocamos los nombres de la misericordia, protección, salvación, bondad y otros semejantes. En fin, pedimos para el cun ▸ -plímiento de nuestro deseo, un ángel ejecutor de su voluntad, o una estre.- lla, o uno de los héroes encargados de este oficio, a quien hay que dirigir también su invocación, hecha con el número, peso y medida correspondientes, según las reglas que enseñamos cuando tratamos sobre la composición de los encantamientos. Pues no hay otra diferencia que ésta: los encantamientos tocan a nuestro espíritu y disponen sus pasiones conforme

a ciertas divinidades; en cuanto a las oraciones, se las presenta a unα divinidad para honrarla y venerarla; y sobre este mismo principio se puede efectuar un método de consagración, del que hablaremos después.

Capítulo LXII

LAS CONSAGRACIONES Y SU REGLA

La Consagración es una sublimación de experiencias por la que el alma espiritual, atraída por proporción y conformidad, es infusa en la materia de nuestras obras, preparada con el rito legítimo según la tradición del arte mágico; y nuestra obra es vivificada por el espíritu del entendimiento. La eficacia de las consagraciones se cumple por dos cosas principalmente; a saber, por la virtud de quien consagra y por la virtud de la oración y la ceremonia que sirve a la consagración; en la persona se requieren santidad de vida y poder de santificar; la naturaleza y el mérito dan la primera cosa; la segunda se adquiere por la iniciación y la dignificación, de lo que hablamos en otra parte; además, la persona que consagra debe conocer en ella, por una fe firme e inquebrantable, esa virtud y poder. Mi intención es decir ahora lo que se requiere para la oración.

La Oración posee cierto poder, divinamente infuso, de santificar, como si Dios lo hubiese ordenado así para ello mismo, como son la mayoría de las referencias que leemos en las elocuciones sagradas de la Biblia; o como si fuese instituida para esto en virtud del Espíritu Santo, según disposición de la Iglesia y, de esa manera, también 'se encuentran muchas; o bien esa santificación está en la oración misma, no ρor virtud de institución, sino por virtud de conmemoración de cosas sagradas, como las Escrituras e historias sagradas, los milagros, las obras, los efectos, las gracias, las promesas, los sacramentos, cosas sacramentales, que parecen tener conexión con la cosa a consagrar, por apropiación o impropiación, o por alguna similitud; y daremos algunos ejemplos de esto, que abrirá fácil-mente el camino a toda esta consideración. Así, en la consagración del agua se conmemora que Dios ubicó el firmamento en medio de las aguas; que puso una fuente sagrada en medio del Paraíso terrenal, que regó toda la tierra con cuatro ríos sagrados; que convirtió a las aguas de su justicia en instrumento del que sirvió para destrucción de los gigantes por el Diluvio universal sobre toda la tierra y para destrucción del ejército del Faraón en el Mar Rojo, y cómo condujo a su pueblo a través de ese mar a píe desnudo, y en medio del Jordán; que milagrosamente hizo manar agua de lα roca del desierto, e hizo surgir una fuente de aguα vιva del diente de la quijada de un asno ante la plegaria de Sansón; que estableció las aguas como instrumento de su misericordia y baño de salvación para

remisión de los pecados; que el CRISTO, bautizado en el Jordán, purificó y santificó las aguas; y otros hechos de esa calidad, invocando los nombres divinos que se le relacionan, como cuando Dıos es llamado fuente de vida, agua viva, río viviente. De la misma manera, al consagrar el fuego, se conmemora que Dios creé,. el fuego de su justicıa como instrumento para todo castigo, la venganza y la purificación de los pecados, y que, al venır a juzgar al mundo, hará que le preceda su conflagración; que apa-
reció a Moisés en la zarza ardiente; que precedió a los hijos de Israel en la columna de fuego; que estableció un fuego inextinguible para que se
le conservase en el Arca de la Alianza, y que lo volvió a encender milagrosamente cuando se apagó y lo mantuvo oculto bajo las aguas sin que se extinguiese, y otros prodıgios semejantes. Tenemos incluso los nombres divinos, como los de fuego consumidor, fuego abrasador y otros deriva-dos, como esplendor de Dıos, luz de Dios, lumınar de Dios y otros semejantes. Asimismo, en la consagración del aceite, se recuerda las cosas sagradas que se le relacionan, como en el Exodo el aceite de unción y el perfume, y los nombres sagrados que se relacionan con estas cosas, como el nombre de Cristo que quiere decir ungido; lo que hay de semejante en los misterios, igual que en el Apocalipsis, los dos olivos degustando el aceite santo en las lámparas ardientes ante la faz de Dios. Asimismo, en la consagración de los lugares se conmemora el monte Sinaí, el tabernáculo de la Alianza, el santo de los santos, el templo de Salomón, y la santificación del monte Gólgota por el mısterio de lα pasión del CRISTO, igual que el monte Tabor, donde se concretaron la transfiguración y lα ascensión a los cíelos; únese a ellos los nombres sagrados como trono de Dios, silla de Dios, tabernáculo de Dios, altar de Dios, sede de Dios, habitáculo. de Dios y otros semejantes. De igual modo se procederá con las demás bendicıones, buscando en las Sagradas Escrituras, en los nombres divinos y en las santificaciones de la religión, las cosas que de alguna manera puedan convenir a esta cuestión. Por ejemplo, sí se trata de una carta o un libro, en las conmemoraciones de los misterios están las tablas de los diez mandamientos dadas a Moisés sobre el monte Sinaí, y la santificación de la ley, de los profetas y de las Escrituras promulgadas por el Espíritu Santo; e incluso estarán los nombres divinos, como testamento de Dios, libro de Dios, libro de vida, ciencia de Dios, sabiduría de Dios, y semejantes. Asimismo, sí hay que bendecir una espada para la conmemoración se hallará en el segundo libro de los Macabeos que fue enviado a Judas Macabeo de una
manera divina una espada para que despedazase a los enemigos del pueblo
de Israel. En los Evangelios también se leen estas palabras: "Vended vuestras túnicas para comprar espadas". Y en la historıa de David se
habla de un ángel que entregó lα espada ensangrentada. Se hallarán incluso muchas cosas de esta índole en los profetas y en el Apocalipsis, igual
que nombres sagrados de espada de Dios, vara de Dios, bastón de Dios, venganza de Dios, y otros semejantes.

Estas indicaciones relativas a las consagraciones y bendiciones, apoyadas con ejemplos, son bastantes; las consagraciones y bendiciones perso-

nales se lograrán fácilmente. Pero hay todavía otro rito de consagración y expiación, potente y de gran eficacia, que pertenece a las supersticiones; tiene lugar cuando se transfiere el rito de un sacramento a una cosa que se pretende consagrar o expiar, como el rito del bautismo, de la confirmación, de los funerales, etc. Además, habrá de saberse que el voto, la oblación y el sacrificio tienen determinada fuerza de consagración tanto material como personal, por el hecho de que las cosas o personas son dedicadas y ofrendadas a ciertas divinidades particulares.

Capítulo LXIII

COSAS SAGRADAS Y CONSAGRADAS; PRESENCIA DE LOS DIOSES; TIEMPOS SAGRADOS

Se llama Cosas Sagradas todas las que los dioses o demonios, por preferirlas, convirtieron en sagradas, las que, por así decirlo, nos dedica-ron los mismos dioses. De esa manera, decimos los demonios sagrados, porque Dios habita en ellos y se dice que llevan a menudo el nombre, de allí que se lea en el Exodo: "Enviaré mi ángel que marchará ante vosotros, observadle y no le despreciéis pues lleva mí nombre sobre él". En este sentido se llama sagrados a los misterios pues el misterio es una cosa que encierra una virtud sagrada y oculta, y una gracia acordada por los cielos o los demonios, o dispensada por el mismo Dios soberano, como son los nombres sagradas y los caracteres, de los que ya hablamos. Así tenemos la cruz sagrada y misteriosa, consagrada por la pasión de JESUCRISTO; ciertas oraciones y plegarias llamadas sagradas y místicas, instituidas no por lα devoción de los hombres sino por la revelación divina, como leemos en los Evangelios que el Cristo instituyó la oración del Señor. Del mismo modo se llama sagradas a las composiciones donde Dios indujo un rayo particular ele su vírtud, como leemos en el Exodo respecto del *thymiama)* del óleo de unción, y como, entre nosotros, las fuentes sagradas, el crisma sagrado, el óleo de los catecúmenos, etc. Hay incluso otro género de cosas sagradas, en el que llamamos sagradas a las cosas que los hombres dedicaron y consagraron a Dios, como votos y sacrificios de los que va se habló. Por eso Virgilio escribe estos versos:

Mas César, elevado por un tríele triunfo sobre los muros de Roma, consagró su voto inmortal a los dioses de Italia.

Y Ovidio, en el libro de las Metamorfosis, canta:

Llegado el día de la festividad, Aquiles, portador del cisne, sacrificó a Palas la sangre de una vaca inmolada; tcm *pronto efectuó su ofrenda*

sobre los altares calientes y el olor de la víctima agradable a los dioses ascendió en los aíres, *las cosas sagradas tomaron su parte, el resto fue dado para las mesas.*

De modo parecido se llama sagrados a los simulacros, los *delubra,* los ídolos, las estatuas, las imágenes y las pinturas a semejanza de los dioses, o dedicadas a los dioses mismos, como canta Orfeo en el himno dírigido a Venus de Licia:

Pues nuestros jefes, que tienen la protección de las cosas divinas de la patria, establecieron una pequeña ciudad para el coloso sagrado.

Y Virgilio dice:

Padre mío, toma con tu mano las cosas sagradas y los penates de la patria.

Por eso el divino Platón, en el libro XI de las Leyes, recomendó honrar las estatuas e imágenes de los dioses, no por ellas mismas sino porque nos representan a los dioses, igual que los antiguos veneraban la representación de Júpiter, interpretándolo así; pues lo que la estatua lleva del hombre significa que es el pensamiento que produjo todo a manera seminal; está sentado para representar la virtud estable e inmutable; está des-nudo *y* descuiberto por lo alto, porque es visible a las inteligencias *y* seres superiores; está cubierto por debajo, porque está oculto a las criaturas inferiores; tiene su cetro en la mano izquierda, porque se halla en estas partes del cuerpo el domicilio de la vida más espiritual; intelecto creador, es el rey y el espíritu vivificante del mundo; lleva en su mano derecha un águila y una victoria: porque es el señor de los otros dioses, como el águila lo es de las demás aves; lo otro porque todo le está sometido. De la misma manera también veneramos la figura del cordero porque representa al CRISTO, y la figura de una paloma, porque nos señala al Espíritu Santo, y las figuras del león, del buey, del águila y del hombre, que significan los evangelistas, y otras semejantes que hallamos expresadas en las revelaciones de los profetas en diferentes lugares de las Sagradas Escrituras. Las pinturas que sirven para revelaciones y sueños del mismo género se denominan sagradas. Hay también ritos y observancias sagrados, que se efectúan para venerar a los dioses y la religión, como los gestos devotos, las genuflexiones, el descubrirse la cabeza, las aspersiones de agua bendita, los inciensamíentos, las expiaciones exteriores y las procesiones de supo cantes; y la ornamentación exterior de las alabanzas divinas, como la resonancia musical, el encendido de cirios y lámparas, el ritmo de campanas, los adornos de los templos, altares e imágenes: todas estas cosas exigen culto y decoro elevadísimos y bellísimos; por ello se emplea todo lo más brillante, bello y precioso, como oro, plata, piedras preciosas, etc. Y todas estas veneraciones y cosas sagradas exteriores, son instrucciones Y

exhortaciones para llevarnos a las cosas sagradas del espírıtu y obtener los beneficios de los dioses, como lo atestiguó Proserpina en estos versos:

Quis nam hominum formas aerís neglexerit unquam, Aut auri flava,
aut argenti candida dona:
Quís non miretur, quis ποπ haec ipsa deorum. Dixerit?

También se llaman sagrados los sacerdotes de las divinidades y los ministros de los dioses, y consagrados a ellos; igualmente todos los administradores y consagradores de cosas sagradas.¡ Esto hace decir a Lucano :

Pontífices sagrados a quienes el poder fue conferido.

Y Virgilio, respecto de Heleno, sacerdote de Apolo, dice:

Ruega a los dioses por la paz y quita las cintas de la cabeza consa-
grada.

Estas clases de cosas sagradas son como pactos entre los dioses y nosotros, bajo forma de alabanza, respeto y obediencia, por medio de los cuales a menudo obtenemos una virtud maravillosa de la divinidad por la que tenemos tal veneración. De esa calidad son los himnos sagrados, los sermones, los exorcismos, los encantamientos y los vocablos compuestos y dedicados para alabar y venerar a los dioses; por eso Orfeo dice en su himno de los astros:

Invoco, pues, ahora a los demonios puros con vocablos sagrados.

La iglesia primitiva empleaba ciertos encantamientos contra enfermedades y tempestades, y todo ello realizado bajo la veneración de una divinidad a la que se reza pronunciando palabras o llevando escritos colgados; así obtenemos a menudo de esa divinidad una virtud que los hombres admiran grandemente. Hay también, pertenecıentes a este género, nombres, figuras, caracteres y sellos sagrados que los hombres contemplativos
confirmaron con votos, dedicaciones y consagraciones, con toda la pureza
de su pensamiento en la veneración de Dios, como secretos para el logro de sus votos, y si alguien en seguida los pronuncia con la pureza de pensamiento que los ınstituyera la prımera vez, realizará, de modo parecido, cosas maravillosas como ellas, a condición de guardar la modalidad y norma dadas por el primer institutor: pues quienes ignoran estas cosas, pierden su tiempo y trabajan en vano. De esa manera, a veces hacemos cosas admirables, no sólo con palabras bárbaras sıno también hebreas, egipcias, grıegas, latinas y con otros nombres de cualquier lengua que sea, siempre
que sean dedicadas a Dios, y atribuidos y consagrados a su esencia, o a
su virtud, o a su operación. Así son para Jámblico los nombres Osiris, Icton, Emeph, Ptha, Epies, y Amun; igual para Platón y los griegos (U, Tóv ·rαu-rov; así los griegos llaman Iove tíva, átó rá ζP~v, lo que quiere

decir vivir, porque da vida a todas las cosas; de modo parecido δfz, que significa *por,* pues todo se hace por él; así dθdv=ον, que quiere decir inmortal; los lαtinos, Júpiter, como quien dijera *juvans paler, y* otros términos semejantes. También se dan a los hombres ciertos nombres apropia-dos para un voto, como Eitíquides, Sosias y Teófilo, es decir, feliz, servidor y querido de Dios. De modo similar, ciertas cosas materiales obtienen mucha virtud y santidad de la consagración, principalmente del sacerdote, como vemos que los sellos de cera, donde está inscripta la figura de corderos, reciben por la bendición del Papa de Roma una virtud contrα el rayo y las tempestades, para preservar de ser heridos a quienes la llevan; pues la virtud divina es inspirada en estas imágenes sagradas, y contenida en ellas, como en una carta sagrada que tienen la imagen de Dios. Parecida virtud reciben los cirios bendecidos en Pascua y en la fiesta de Purificación de la Virgen divina; las campanas, de modo parecido, por su consagracíón y bendición, reciben una virtud de rechazar y detener el rayo y las tempestades, para impedir que causen mal en los sitios donde su sonido se oiga durante ese tiempo. De la misma manera, también el agua y la sal, por sus bendiciones y exorcismos, reciben lα virtud de purificar y expulsar los demonios malignos, y lo mismo ocurre con cosas parecidas.

Hay también Tiempos sagrados, siempre observados con grandísima veneración por las naciones de toda clase de religiones, que los dioses nos ordenaron santificar, o que nuestros padres y superiores los dedicaron en conmemoración de un bien recibido de ellos y en perpetua acción de gracías; así, los hebreos tienen sus *sabbaths y* los gentiles sus ferias; así recibimos los días solemnes de nuestros misterios sagrados, para celebrar-los siempre con gran solemnidad. Hay también tiempos contrarios, que llamamos expiatorιos, y también días negros porque en ellos la república tuvo una gran pérdida, o sufrió una gran calamidad; de esta clase eta, entre los romanos, la cuarta de nonas de sextíl, porque ese día sufrieron el gran desastre de la batalla de Caηnas; por una razón semejante todos los días *postríduos* se llamaron negros, en los que muy a menudo tuvieron lugar combates desgraciados. Así, entre los judíos, el 17 de junio es día negro porque ese día Moisés rompió las tablas, Manasés erigió el ídolo en el Santo de los Santos, y los enemigos derribaron las murallas de Jerusalén. De modo similar, tienen como desdichado el día 9 de julio porque ese día fue perpetuada la doble desτrucciόn del templo. Por la misma razón, los días llamados egipcíacos eran antiguamente observados por los egipcios. Y cada nación puede efectuar sin dificultad un cálculo parecido de los días felices y desdichados. Los magos ordenan observar estos días sagrados y religiosos, igual que los días de los planetas y las disposiciones celestes; dicen también que son muy eficaces para adquirir virtudes espirituales y divinas, porque su potente influjo no desciende tanto de los elementos y cuerpos celestes cuanto del mundo inteligible y supercelest[e], y ayudada por los comunes sufragios de los dioses, no quebrantada por . disposición contraría alguna de los cuerpos celestes ní menguada por el contagio corruptible de los elementos, siempre que se tenga fe firme y

veneración religiosa, es decir, acompañada de temor y temblor, pues es esto propiamente lo que quiere decir la religión. De allí que se llamen religiosos los días que está prohibido violar, que observamos ansiosamente, temerosos de que nos ocurra un gran mal, si se comete algo indebido.

Capítulo LXIV

OBSERVANCIAS RELIGIOSAS, CEREMONIAS, RITOS DE PERFUMES, UNCIONES Y COSAS SEMEJANTES

Quienquiera desee operar en este orden, deberá comenzar a rezar piadosamente a Dios Padre único para ser una unidad digna de su clemencia, puro y limpio interna y externamente, y en un lugar puro, pues está escrito en el Levítico: Todo hombre que se acerque a cosas consagradas, sí está inmundo, perecerá en presencia del Señor. Por ello habrá que lavare a menudo y en días fijados según los misterios de los números, usar ropas limpias y guardarse de todα suciedad, polución o lascivia; los dioses, dice Porfirío, rehusan escuchar al hombre que no se abstuvo durante largo tiempo de tratos venéreos. No habrá que unirse con mujer manchadα ni con sus menstruaciones, ni con la que sufra hemorrea, ní tocar cosas inmundas ni muertas. Por eso dice Porfirio: "Quien tocó a un difunto tiene prohibido acercarse a los oráculos". Esto puede ser porque el espíritu corrompido por una afinidad de hedor fúnebre, se torna inepto para recibir los influjos divinos.

Habrá que lavarse, ungirse, fumigarse y ofrecerse en sacrificio, pues Dios toma en aroma muy suave lo que hace en su honor un hombre purificado y dispuesto, y recibe, junto con el incienso, su oración y oblación que ascienden a él, como lo canta el Salmista: "Que mí oración ascienda hacía tí, Señor, como el incienso que arde en tu presencia". Además, el alma, hija e imagen de Díos mismo, se deleita en estos perfumes y fumigaciones, captándolos con las mismas narices por las que entró en el hombre corporal, y por las que, según el testimonio de Job, a veces salen espíritus muy vivaces que no pueden ser retenidos en el corazón del hombre irritádo por bilis o trabajo; por ello, muchos estiman que el olfato es el más lleno de vida y más espiritual de todos los sentidos. Además, el humo y la unción de los sacrificios penetran todo, y abren las puertas de los elementos y los cíelos a fin de que el hombre pueda ver y conocer los secretos del Creador, las cosas del cielo, las que están encima del cíelo, y las que descienden del cíelo, como los ángeles y espíritus de las cavernas y los abismos, los fantasmas de lugares desiertos, cómo hacerlos acudir, aparecer, comparecer y obedecer; apaciguan incluso a todos los espíritus y los atraen con los elementos, y hacen que los espíritus ocupen cuerpos, mien-

tras el cuerpo espiritual crece pues vive de vapores, fumigaciones y olores de las libaciones.

Todo esto deberá realizarse además con sentimiento y deseo plenos del corazón, para ser favorecido con la clemencia del cíelo y de todos los poderes celestes, cuyo favor se obtiene maravillosamente con la adaptación del lugar, del tiempo, de la profesión, de la costumbre, de la vida, del atuendo, del ejercicio y del nombre.

Estas circunstancias no sólo cambian sino también sobrepasan la fuerza de la naturaleza. Un lugar afortunado es muy útil para este favor; y no es sin razón que Dios dijo a Abraham que se allegase a la tierra que le mostraría, y que Abraham continuase su marcha hacía el Mediodía. De modo parecido Isaac se dirigió a Gerαrath donde sembró, recogió el céntuple y enriqueció grandemente. Para saber qué lugar conviene a un hombre, es preciso escrutar su génesis, y quien no pueda, debe observar dónde se complace más su espíritu, dónde son más vigorosos sus sentidos, dónde funcionan mejor la salud y la fuerza corporales, dónde logrα mejores negocíos, dónde tiene más amigos y dónde sucumben los enemigos; deberá saber que ese país, ese lugar le fue destinado por Dios y los seres superiores, y que los cielos lo dispusieron y prepararon para él. Deberá habitar entonces en ese lugar y cambiar según el tiempo y el negocio, pero huyen-do siempre de un sitio desgraciado.

Los nombres felices mejoran también nuestros asuntos, y los nombres desgraciados los destruyen. Por eso, antiguamente, los romanos, al elegir soldados para enrolarlos, tenían buen cuidado de que el primer soldado no llevase un nombre de alguna manera desgraciado; y para la repartición de impuestos, revista de ejércitos o colonias, escogían hombres con nombres afortunados. También creían, sí se cambiaban los nombres infortunados por otros afortunados, que cambiaba para mejor la fortuna de las cosas. Así decidieron cambiar por Dyrrachium el nombre de Epidamnum, por temor a que los navegantes no corriesen peligro, *in damnum*. Por razones semejantes, a Maleoton, por temor a que causase mal, la llamaron Beneventum, es decir, bienvenido. Decían que el lago Lucrino era el más afortunado de todos, a causa de su nombre afortunado.

Habrá que escoger también días y horas para las obras, pues no sin motivo dijo el Salvador: "¿No hay doce horas en la jornada?", etc. En efecto, los astrólogos enseñaron y los magos observaron que los tiempos pueden imponer buen éxito en nuestros negocios. En fin, los más sabios de nuestros antiguos coinciden todos en que importa mucho en qué momento y disposición de los cielos cada cosa tomó su ser en este mundo, no súlo en cuanto a lo natural sino también en cuanto a lo artificial. Por eso escribieron que este momento de comienzo tenía tan gran fuerza que de alh dependía y podía ser predicho todo el curso de la fortuna y que, por la misma razón, al examinar las sucesiones de la fortuna de cada cosa, se podía, retrotrayéndose, hallar su comienzo, y aseguraban haberlo exper'mentado. Así, el astrólogo Sulla predijo a Calígula, que le consultab[a] sobre la naturaleza, la muerte violenta a breve plazo. El astrólogo Me-

theón, viendo que los atenienses se preparaban para la guerra contra los habitantes de Siracusa, les predijo desgracia y derrota en su guerra; como los mismos querían conducir una flota hacia Sicilia, Mesón les predijo tempestad. Anaxágoras, con esa ciencia de los tiempos, predijo en qué día sobrevendría la caída de una piedra del sol, hecho que verdaderamente se produjo en seguida sobre el Aegos, río de Tracia. Por el contrarío, Lucio Tarnucio Firmanio descubrió por los hechos y la fortuna de Rómulo, su concepción y nacimiento. Descubrió también el día natal de la ciudad de Roma, según la anotación de la constante de su fortuna. Así Materno informa que se descubrió el comienzo o nacimiento del mundo por la evo-lυcιóη de las cosas.

También es posible demostrar claramente, con muchos ejemplos, que los tiempos tienen mucho poder sobre las cosas naturales. Así, vemos que los árboles vuelven sus hojas háciá el solsticio, como el álamo, el olmo, el olivo, el tilo y el sauce blanco; los mariscos, cangrejos y otras engordan a medida que la luna crece y adelgazan cuando ésta mengua; y los mares por su flujo y reflujo siguen el movimiento y los tiempos de lα luna. ¿El Euripo de Euboé no tiene siete veces su flujo y reflujo de velocidad asombrosa? Esta misma corriente queda tres días sin movimiento cada mes, a saber, en la séptima, octava y novena luna. Y en el país de los trogloditas hay un lago que, tres veces por día, se torna amargo y salado, y alternat^vamente dulce. En el día del solsticio de invierno, cuando todas las cosas están muertas y marchitas, el poleo seco florece. Se dice que el mismo día las vesículas hinchadas revientan y que las hojas de los sauces y las semillas de las manzanas se van. Y esto es patente pues lo ví en Italia y Francia y sé de un nogal, seco todo el año, que en la víspera de San Juan produjo hojas, flores y frutos maduros. Y todo este milagro consiste en observar solamente el tiempo de plantación.

Por lo demás, los astrólogos nos afirman constantemente, en sus libros sobre Elecciones e Imágenes, que los tiempos pueden acordar maravillosas virtudes a las cosas artificiales. Por esa razón leemos en Plutarco que, entre los peleneos, se fabricaba una estatua con tal arte que de cualquier lado que se la observase, producía en todos terror y grandísima alteración, de manera que nadie osaba mirarla. Y leemos, en la vida de Apolonio, que los magos de Babilonia habían colocado en el techo cuatro dragones de oro a los que denominaban lenguas de los dioses, y que en ellos había tal fuerza que inclinaban los espíritus de la multitud al amor y la obediencia hacia el rey. En la isla de Quío existía un rostro de Diana en alto sitial, que parecía triste a quienes entraban y feliz a quienes salían. En la Tróada no se corrompían los restos de los sacrificios dejados en torno de la estatua de Minerva. En el templo de Venus, entre los pafios, en el *área* jamás llovía. Si se quitaba algo del túmulo de Anteo, caía lluvia del cíelo hasta que se restituía lo que se había desenterrado. Sobre la tumba de Bibria, rey del Ponto, estaba plantado un laurel; bastaba introducir una rama de éste en una nave para que no cesasen las disputas hasta que se lo tiraba. En la isla de Boristena ningún pájaro infectaba el templo de

Aquiles. En el templo de Hércules, en el mercado de bueyes, en Roma, no entraban moscas ní perros. En Olinto de Tracia había un lugar donde sí entraba un escarabajo, no podía salir y moría retorciéndose.

Podría aportar infinidad de ejemplos y más maravillosos que éstos, que lα antigüedad nos cuenta del arte de las imágenes y de la observación de los tiempos; pero a fin de que no se dude de estas cosas y se las tome por boberías debido a su antigüedad, mencionaré aquí milagros más recientes del arte, todavía observables en ciertos lugares. Se dice que con el arte de las imágenes se lograba que, en Bizancio, nadie fuese picado por serpientes, y que los grajos no volasen sobre su muralla; que no hubiese búhos en Creta; que no se oyese cantar a las cigarras en lα campiña de Nápoles; que no entrasen moscas en las barberías de Venecia; y que en todo el año no se viese en Toledo sino una sola mosca de notable blancura. En el libro anterior ya hemos dicho cuáles son los modos y tiempos a observar para realizar estas cosas y otras semejantes.

Además, las fuerzas y virtudes de las sentencias y palabras son cosas que hay que observar principalmente, pues por medio de ellas el alma se derrama en las sustancias inferiores, como piedras, metales y animales, y en todas las cosas naturales, imprimiéndoles figuras y pasiones diferentes, introduciendo fuerza en todas las criaturas o conduciéndolas y atrayéndolas mediante determinado amor. Así Catón atestigua que las palabras reaniman a los bueyes fatigados; con palabras y plegarias se puede obtener de tierra que produzca árboles que no son habituales; con plegarias también se puede obtener de los árboles que cambien de sitio y crezcan en otro suelo; que los nabos sean más gruesos, sí al sembrarlos se les reza para que obren bien para con nosotros, nuestra familia y vecinos. Si se alaba a un pavo real, al punto se le hace desplegar sus plumas. Al contrario, se descubrió que sí se siembra basílico con gruesas injurias y maldiciones, da frutos tardíos. El *garus* quemado y en infusión cura los males sí durante ese tiempo no se lo nombra. Incluso los fascinadores hacen morir los árboles, alabándolos, y así perjudican a semillas y niños. Además, se dice que la fuerza de las execraciones humanas es tan grande que puede expulsar y exterminar a los demonios malignos; así Eusebio cuenta que Serapis, en Egipto, enseñaba símbolos para expulsar demonios y cómo éstos, asumiendo figura de bestias, acechan a los hombres y los sorprenden.

En fin, en todas las cosas habrá que tener a Dios ante los ojos, pues está escrito en el Deuteronomío: "Cuando busques al Señor tu Dios, lo encontrarás sí lo buscas de todo corazón y en toda la tribulación de tu alma". Con confianza verdadera y constante es posible aplacar a Dios y a todos los demonios. Por eso leemos en Marcos: "Todo lo que pidas con plegarias, cree que lo recibirás y te llegará". Y en Mateo se dice: "Si tienes fe como un grano de mostaza, nada te será imposible". La plegaría perpetua del justo tiene también mucho poder; pues Helio, como dice Santiago, era un hombre semejante a nosotros, y en su oración rogó que

no lloviese sobre la tierra, y no llovió durante tres años y seis meses; rezó de nuevo y el cielo dio lluvias y la tierra su fruto. Habrá que evitar pedir cosas vanas en las plegarias, o contra lα voluntad divina; Dios quiere todas las cosas buenas; no se usurpará el nombre de Dios en vano, pues nó quedará libre de castigo quien invoque su nombre por una cosa vana. Hay que hacer abstinencia y dar limosna, pues como dice el ángel a Tobías, la oración es buena con ayuno y limosna; y leemos también en el libro de Judith: "El Señor oirá tus plegarias si perseveras en los ayunos y oraciones en presencia del Señor".

Capítulo LXV

CONCLUSION DE TODA LA OBRA

Esto es lo que reunimos en este libro, mediante compilaciones diversas, sobre la tradición de los antiguos, para que sirva de introducción a la Magia. El discurso en verdad no es largo pero bastará para quienes lo entiendan. Algunas de estas materias están escritas sin orden y otras con él; algunas se entregan en fragmentos; algunas fueron también ocultadas y dejadas para que las busquen los inteligentes, los cuales, considerando y escrutando más sutilmente estos escritos, pueden obtener documentos completos con las experiencias infalibles del arte mágico, pues hemos transmitido este arte de manera tal que no pueda permanecer oculto a los hombres prudentes e inteligentes, y que la entrada no esté expedita para los inicuos e incrédulos indignos de participar en los arcanos de estos secretos, que sin reconocer su estupidez quedan con las manos vacías sobre la pequeña sombra de la ignorancia y la desesperación.

Por tanto hemos escrito esta obra para los hijos de la doctrina y la sabiduría, quienes deberán indagar en este libro, recogiendo allí nuestra intención dispersa, ubicada en muchos sitios; 10 oculto en un sitio lo manifestamos en otro, a fin de que se manifieste a la sabiduría. Sólo hemos escrito para quienes tienen espíritu puro y formado para guardar un buen orden de vida, cuyo pensamiento es casto y púdico, cuya fe íntegrá teme y reverencia a Dios, sin las manos manchadas de pecados o crímenes, de buenas costumbres, sobrios y modestos. Sólo ellos hallarán la doctrina que les está reservada, como así también los arcanos velados bajo muchos enigmas que sólo serán descubiertos por una inteligencia pro-funda; entonces, toda la ciencia íntegra de la inexpugnable disciplina mágica penetrará en ellos y manifestará las virtudes -adquiridas antigua-mente por Hermes, Zoroastro, Apolonío y otros taumaturgos. En cuanto a los malévolos calumniadores, hijos de ignorancia malvada e iniquidad ignorante, deberán evitar nuestro libro pues es su enemigo, sito en el

precipicio que los lanzará en el error y la miseria. Si alguien, pues, a cάυαa de su incredulidad e inercia intelectual no halla lo que busca, no diga que le engañé, que a sabiendas escribí falacias o mentí, sino que se acuse a sí mismo por no comprender nuestros escritos, pues son oscuros y velados por muchos misterios, donde ocurrirá que muchos se engañarán y perderán el buen sentido. Nadie se enoje con nosotros sí ocultamos la verdad de esta ciencia bajo la ambigüedad de los enigmas, y si la dís-persamos en muchos sitios de esta obra, pues no la hemos ocultado a los sabios sino a los espíritus perversos y deshonestos, y la hemos transmitido con un estilo tal que el necio no la entienda y llegue fácilmente al sabio intelecto de quien no lo es.